# EOPLÁN

AGAZINE POPULAR ARGENTINO

Raúl Valencia 44

este número:

## ELLA Y ÉL

Texto íntegro de la famosa novela de amor de JORGE SAND

## ELI, EL PASTOR

Novela dramática de GIOVANNI VERGA



# SUFRIENDO HAMBRE PARA COMPRAR VELAS




**Pobre, desconocido, sin la ayuda de nadie, así come Emilio Zola su carrera, que había de llevarlo hasta la cu del éxito!**

**¡Qué diferente es la situación de los jóvenes de hoy! UNIVERSIDAD POPULAR SUDAMERICANA, co grada a través de más de tres lustros, pone a su dispos todo cuanto necesitan para triunfar!**

**No importa dónde vivan; no importa que sus recursos reducidos, ni que dispongan de poco tiempo libre: con cursos de esta Universidad cualquiera puede estudiar sin ficultad!**

**¡Aproveche esta oportunidad! ¡Inicie hoy mismo su tudios, y pronto triunfará Ud. también!**

## IMPORTE DE LOS CURSOS PAGADERO EN PEQUEÑAS CUOTAS MENSUALES

| | | | |
|---|---|---|---|
| Tenedor de Libros | $ 60 | Técnico en Pinturas, Barnices y Materias Colorantes | $ 60 |
| Contador General | $ 190 | Aceites y Grasas | $ 80 |
| Contador Mercantil | $ 130 | Dibujo Artístico | $ 100 |
| Jefe Oficina | $ 100 | Dibujo Ind y Com. | $ 105 |
| Empleado Bancario | $ 105 | Adminis. de Hoteles | $ 100 |
| Cajero | $ 40 | Radiotelefonía | $ 170 |
| Emp. de Comercio | $ 40 | Electrotécnico | $ 100 |
| Corresponsal | $ 40 | Construcción | $ 170 |
| Secretariado | $ 95 | Arquitectura | $ 185 |
| Mecanografía | $ 18 | Mecánico Automóvil | $ 140 |
| Taquigrafía | $ 42 | Motores a Explosión | $ 140 |
| Téc. Arg. Cinem. | $ 175 | Perito Agrónomo | $ 195 |
| Taqui-mecanógrafo | $ 50 | Adm. de Estancias | $ 100 |
| Caligrafía | $ 30 | Técnico Tambero | $ 60 |
| Aritmética Comercial | $ 28 | Mecánico Agrícola | $ 65 |
| Redac. y Ortografía | $ 37 | Avicultura | $ 45 |
| Martillero Público | $ 54 | Jard. y Arboricultura | $ 78 |
| Procuración | $ 150 | Motores Diesel | $ 160 |
| Prep. p/Id. Farmacia | $ 130 | Corte y Confección | $ 39 |
| Química Industrial | $ 125 | Radiotelegrafía | $ 165 |
| Técnico en Vinos y Licores | $ 100 | Inglés (c. discos) | $ 150 |
| Jabones y Perfumes | $ 100 | | |
| Telegrafía (c. discos) | $ 110 | | |

★

# UNIVERSIDAD POPULAR SUDAMERICANA

RIVADAVIA 2465 - Buenos Aires

REPRESENTANTES EN:

COLOMBIA
Alfonso Fernández Quintero
Edificio Olano, Medellín

BOLIVIA
Calle Belisario Díaz Romero
(Miraflores) 411. Casilla de Correos 1307. La Paz

PARAGU
Ramón Ortiz C
Brasil 142.

Sr. Ing. B. Margulian, Director de la "Universidad Popular Sudamericana"
RIVADAVIA 2465 (R-25). — Buenos Aires.

Mándenos este cupón y recibirá GRATIS y sin compromiso el interesante folleto "HACIA ADELANTE" que le enseñará a triunfar en la vida.

NOMBRE ..............................

DIRECCION ..............................

LOCALIDAD ..............................

AÑO XI - N.º 241
7 de junio de 1944

# LEOPLÁN

ESMERALDA 116
U. T. 33 - 0063
BUENOS AIRES

MAGAZINE POPULAR ARGENTINO

UNA PUBLICACION DE LA EDITORIAL SOPENA ARGENTINA

Registro Nacional de la Propiedad Intelectual Nº 138.577

## Sumario



◆

Ilustraciones de: **RAUL VALENCIA, FAIRHURST, VALDIVIA, ARTECHE** y **MARIANO ALFONSO**. Historietas de: **CAO, TOONDER, VILLAFAÑE, HALEBLIAN Y DEL CASTILLO, HERGOTT, GONZALEZ FOSSAT, J. CHRISTIE M.**, etc., etc.



**DE LAS TABLAS AL CIELO**

Tal ha sido la trayectoria de Elida Carlés, joven y destacada figura de nuestro teatro y una de las más brillantes de la aviación femenina nacional. Lea en las páginas 20 y 21 el interesante reportaje de Regina Monsalvo a la actriz aeronauta.
Foto de Pedro Cuesa.

*En el próximo número:*

# LOS ASESINATOS DEL CANAL, una novela policial de GEORGES SIMENON

# MI RIVAL EL DIFUNTO, una novela argentina de PILAR DE LUSARRETA

Ambas con su texto íntegro

Y trabajos de: **JUAN VALERA, ALCALA ZAMORA, HECTOR PEDRO BLOMBERG, MAX Y ALEX FISCHER etc. etc.**

"LEOPLÁN" aparece el 21 de junio ◆ Treinta centavos en todo el país



# JELI EL PASTOR

TEXTO ÍNTEGRO
de la famosa novela corta de
***GIOVANNI VERGA***

ILUSTRACIONES DE ARTECHE

CUANDO Jeli, el guardián de caballos, conoció a don Alfonso, el señorito, tenía trece años, mas era tan pequeño, que no alcanzaba a la panza de la "Blanca", la vieja yegua que llevaba la esquila de la manada. Siempre se le veía de un lado para otro, por cerros y valles, donde apacentaba su ganado, erguido e inmóvil sobre algún muro o sentado en una piedra. Su amigo don Alfonso, cuando estaba veraneando, iba a buscarlo todos los días a Tebidi, y entrambos se repartían las provisiones: los buenos bocados del amigo, el pan de maíz del pastorcito y la fruta robada en algún cercado. Jeli, al principio, trataba de "excelencia" al señorito, como se acostumbra en Sicilia; pero después que se habían vapuleado de firme, su amistad se estableció fuertemente. Jeli le enseñaba a su amigo a trepar hasta las copas de los nogales, más altos que el campanario de Licodia, para agarrar los nidos de las urracas; a derribar un pájaro, en pleno vuelo, de una pedrada; o a montarse de un salto, a pelo, en las indómitas yeguas, agarrando por la crin a la primera que se ponía a su alcance, sin asustarse de los relinchos de rabia de los potros salvajes ni de sus brincos desesperados. ¡Ah, qué escapatorias por los verdes campos, con las crines al viento! ¡Los buenos días de abril, cuando el aire enmarejaba en ondas la hierba verde, y las yeguas relinchaban en las praderas! ¡Los claros mediodías estivales, en que el paisaje blancuzco callaba bajo el cielo fosco, y las chicharras brincaban entre los surcos, como si se incendiasen los rastrojos! El límpido cielo de invierno, a través de las desnudas ramas de los almendros, que se sacudían al soplo del cierzo, y el helado sendero que resonaba bajo los cascos de los caballos, y las calandrias que cantaban en lo alto buscando el calor y el azul. Las preciosas noches de verano, en que se esparcían poco a poco, como la niebla, el buen olor del heno, en que se hundían los codos; el melancólico y monótono zumbido de los insectos nocturnos, y aquellas dos notas de la flauta de caña de Jeli, siempre las mismas —¡iuh, iuh, iuh!—, que hacían pensar en las cosas distantes, en la fiesta de San Juan en la Nochebuena, en el alba de la jira campestre, en todos los sucesos ya pasados, que a la distancia parecen tristes y hacen mirar a
lo alto, húmedos los ojos, como
estrellas que van prendiéndose
mento lloviesen en el corazón y

Jeli no tenía melancolías sem
manecía sentado en un ribazo,
mofletes, dado a tocar y más
iuh, iuh!—. Luego congregaba
fuerza de gritos y pedradas y la
la cuadra, más allá del cerro

Anhelante, escalaba la cuesta
del valle, y a veces gritábale a
fonso:

"¡Llama al perro; ¡eh!, llama
O también: "Tírale una piedra
está remolón y va parándose
en las matas del valle". O: "Llé
una aguja gruesa, de las de la

Sabía realizar toda clase de lab
ja, y siempre llevaba consigo un
pos para remendarse los calzones
del jubón; también sabía tejer
crin de caballo, y él mismo se
mo con creta del valle el pañuelo
nía al cuello cuando sentía frío
con tal de tener su zurrón, no
nadie en el mundo, aunque se



los bosques de Resendone o perdido en
último de la llanura de Caltagirono. La "
ñá" Lía solía decir:
—Ahí tenéis a Jeli el pastor; como estu
siempre solo por el campo, cual si le hub
ran parido sus yeguas, sabe arreglárselas.
Por lo demás, muy cierto es que Jeli
precisaba de nadie; pero todos los de
hacienda habrían hecho gustosos cualqu
cosa por él, porque era un muchacho ser
cial y siempre había que ir a pedirle al
La "señá" Lía le cocía el pan por amor
prójimo, y él se lo pagaba con preciosos
nastos de mimbre para los huevos, mesas
caña y otros enseres.
—Hagamos como sus animales —decía
"señá" Lía—, que se rascan por turno el p
cuezo.
En Tebidi, todos le conocían desde b
pequeño, cuando todavía no se le veía en
las colas de los caballos, según pastaban
el llano del Literero, y puede decirse qu
sus ojos había crecido, aunque nadie le v
nunca, andando, como andaba, de un l
a otro con su ganado. Era como los que

tienen casa ni padres, y que según reza el proverbio: "Había caído del cielo, y la tierra lo había recogido". Su madre servía en Vizzini, y sólo lo veía una vez al año, cuando iba él con los potros a la feria de San Juan, y el día que se murió, un sábado por la noche, fueron a llamarlo, y el lunes ya había vuelto Jeli con la manada; de suerte que no perdió ni un día; pero tan desolado volvió el pobre chico, que los potros se le escapaban a veces por los sembradíos.

—¡Eh, Jeli! —gritábale entonces el señor Agripino desde la era—. ¿Es que quieres que te alumbre con el vergajo de las fiestas, hijo de perra?

Jeli se largaba a correr tras los potros desmandados, y poco a poco los llevaba hacia el cerro. Pero siempre tenía ante los ojos a su madre, con la cabeza envuelta en aquel blanco pañuelo, sin hablar ya.

Su padre estaba de vaquero más allá de Licodia, en Ragoleti, "donde se respiraba la malaria", según decían los campesinos de los contornos; pero en los terrenos pantanosos, los pastos son buenos y las vacas no agarran las fiebres. Jeli, en consecuencia, permanecía todo el año en el campo, ya en Donferrante, ya en los cercados de la Encomienda o en el valle del Tacitano, y los cazadores o los viandantes que tomaban los atajos, siempre lo veían de aquí para allá, como perro vagabundo. No lo pasaba mal, porque estaba habituado a ir con los caballos, que andaban paso a paso delante de él mordisqueando el trébol, y con los pájaros, que revoloteaban en bandadas sobre su cabeza, mientras el sol hacía su lento viaje, hasta que se alargaban las sombras, desapareciendo luego; tenía tiempo para ver amontonarse las nubes poco a poco, semejando montes y valles; sabía cómo sopla el viento cuando hay tormenta y de qué color son las nubes cuando está por nevar. Cada uno tenía su aspecto y significación, y siempre había cosas que ver y que oír a toda hora del día. Así, cuando al anochecer, Jeli se ponía a tocar en su flauta de saúco, la yegua negra se aproximaba, masticando trébol, y se quedaba mirándole fijamente, con grandes y pensativos ojos.

Donde le daba melancolía era únicamente en las desiertas landas de Passanitello, en las que no hay ni un arbusto ni una mata, y en los meses de calor no vuela un pájaro. Los caballos agrupábanse en corro, con la cabeza baja, para hacerse sombra los unos a los otros, y en los largos días de la siega caía aquella gran luz silenciosa, siempre igual y agobiante, durante dieciséis horas.

Pero en los lugares en que el pasto era abundante y los caballos estaban a gusto, Jeli ocupábase en cualquier otra cosa; confeccionaba jaulas de caña para grillos, pipas incrustadas y canastos de junco con cuatro asas; sabía levantar un cobijo cuando la tramontana arrojaba hacia el valle las largas bandadas de cuervos, o cuando las cigarras batían las alas al sol que caldeaba los rastrojos; asaba en las brasas de los sarmientos de zumaque las bellotas del encinar, que parecíanle tostadillas, o cocía grandes rebanadas de pan cuando comenzaba a tener la barba del moho, puesto que cuando estaba en Passanitello, durante el invierno, los caminos se ponían tan intransitables que, a veces, transcurrían dos semanas sin que pasara por ellos alma viviente.

Don Alfonso, que estaba pegado a las polleras de su madre, envidiaba a su amigo Jeli el zurrón en que llevaba todo su bagaje: pan, las cebollas, la botellita de vino, el pañuelo para el frío, el ... de trapos con el hilo y las agujas gruesas; la caja de hojalata con ... yesca y el pedernal; también le envidiaba la soberbia yegua "Pía", el animal aquel de las enruladas crines en la frente, que tenía ... malos ojos e hinchaba los morros como un mastín receloso cuando alguien quería cabalgar sobre ella. A Jeli, por el contrario, le dejaba cabalgar y rascar las orejas, que le gustaba mucho, y se quedaba quieta escuchando lo que le decía.

—Deja a la "Pía" —le advertía Jeli—. No es mala; pero a ti no te conoce.

Después que Scordu, el recovero, se llevó la yegua calabresa ... había comprado por San Juan, para que se la tuviesen allí con ... ganado hasta la vendimia, el potro zaino, una vez huérfano, no se ... daba tranquilo y correteaba monte arriba con largos y lamentosos ... linchos, al viento las crines. Jeli marchaba tras él, llamándolo ... fuertes gritos, y el potro se paraba a escuchar, tenso el pescuezo, enhiestas las orejas, sacudiéndose los flancos con la cola. "Como le ... sacado la madre, no sabe lo que le pasa —observaba el pastor—. ... que estar alerta con él, porque sería capaz de arrojarse prec... abajo. También yo cuando se me murió mi madre andaba a c...

Y cuando el potro comenzó de nuevo a oliscar el trébol y a ... algunas dentelladas de mala gana, repetía: "Mira, poco a poco le va olvidando. Pero a él también lo venderán. Los caballos ... para que se vendan, como los corderos para el matadero y las ... para traer la lluvia. Sólo los pájaros no tienen otra cosa que hacer ... cantar y volar todo el día".

Las ideas no se le ocurrían rápidamente y una tras otra, ... rara vez había tenido con quien hablar, y por eso no tenía ap... sacárselas de la cabeza, donde estaba habituado a que surgieran ... a poco, como las yemas de los árboles bajo el sol. "También ... pájaros —agregó— tienen que buscarse la pitanza, y cuando la ... ve cubre la tierra perecen".

Luego reflexionó un instante: "Tú eres como los pájaros; ... cuando el invierno llega te puedes estar al fuego sin hacer nada".

Don Alfonso expresaba que él también tenía que ir a aprender ... colegio. Entonces Jeli abría mucho los ojos y se volvía todo o... el señorito se ponía a leer, mirando al libro y a él con ojos ... confiados, y permaneciendo atento, con ese leve temblor de p... que revela la intensidad de atención en los animales que ... acercan al hombre. Le agradaban los versos, que le acaric... oído con la armonía de una incomprensible canción, y a veces ... las cejas, adelantaba la barbilla y parecía como si en su interior tuviera germinando un grave pensamiento; entonces con la ... decía que sí, sonriendo burlonamente, y se rascaba la nuca. ... do después el señorito se ponía a escribir, para hacer ver to... cosas que sabía, Jeli hubiese estado mirándolo horas enteras, ... de pronto dejaba escapar una mirada de desconfianza. No ... comprender que en el papel se pudiesen repetir las palabras ... había dicho o que había dicho don Alfonso, y aun cosas ... baco no había pronunciado; tanto, que acababa por echarse ... incrédulo, con sonrisa maliciosa.

Toda idea nueva que llamaba a su cerebro queriendo entr... bale que sospechar, y parecía como si la oliscase con la mis... tintiva desconfianza que su yegua "Pía". Pero de nada se mara... si le hubieran dicho que los caballos van en coche en la ... se habría quedado impasible, con esa máscara de indiferencia ... que forma la dignidad del campesino siciliano. Parecía abro... instintivamente en su ignorancia, como si fuese la fuerza ... pobreza. Siempre que carecía de argumentos, exclamaba: "Yo no ... da. Yo soy pobre", con una sonrisa obstinada y algo maliciosa.

Cierto día pidió a su amigo Alfonso que le escribiera el ... de Mara en un pedazo de papel que había encontrado quién ... dónde, porque recogía del suelo cuanto veía, y lo había pu... el lío de los trapos. Otra tarde, luego de estar un rato callado ... rando muy pensativo de un punto a otro, dijo con toda seriedad:

—Yo tengo mi novia.

Alfonso, aunque sabía leer, abrió desmesuradamente los ojos.

—Sí —agregó Jeli—; Mara, la hija del señor Agripino, que ... aquí, y que ahora marchó a Marineo, a ese caserío tan gra... llano que se ve desde el muro del Literero, allá arriba.

—Conque... ¿te casarás?

—Sí; cuando sea mayor y gane seis onzas de salario al año. ... todavía no sabe nada.

—¿Por qué no se lo dijiste?

Jeli movió la cabeza y se puso a reflexionar. Después desató ... y desdobló el papel en que le habían escrito el nombre de ella.

—Es verdad que aquí dice Mara; lo leyó don Jesualdo, el ... y fray Colás, cuando vino a buscar las habas. Uno que sepa ... bir —observó luego— es como uno que guardase bien las pala... la caja del eslabón y pudiese llevarlas en el bolsillo y ... adonde quisiera.

—¿Qué vas a hacer ahora tú, que no sabes leer, con ese pe... papel? —le preguntó Alfonso.

Jeli se encogió de hombros; pero siguió doblando cuidados... en el envoltorio de los trapos su papel escrito.



A la Mara la había conocido cuando niña, que bien se pegaron al encontrarse en el valle, agarrando moras en las zarzas. La chiquilla, que sabía que "aquello era cosa suya", aferró a Jeli por el pescuezo, como un ladrón. Se dieron sus buenos puñetazos, por turno riguroso, como hace el tonelero con los aros de los toneles, y cuando se cansaron, calmáronse poco a poco, pero no se soltaron.

—¿Tú quién eres? —le preguntó Mara.

Y al ver que Jeli, más arisco, no decía quién era, agregó:

—Yo soy Mara, la hija del señor Agripino, que es el campero de todos estos campos.

Entonces Jeli soltó la presa sin decir nada, y la chica se puso a recoger las moras que se le habían caído por el suelo, mirando de cuando en cuando de reojo a su adversario con curiosidad.

—Del otro lado del puentecillo, en el seto del huerto, hay muchas moras muy gordas —prosiguió la pequeña—, que se las comen las gallinas.

Jeli, mientras tanto, se alejaba paso a paso, y Mara, luego que le siguió con los ojos hasta que se perdió en el encinar, volvió las espaldas a su vez y marchó corriendo a casa.

Pero desde aquel día comenzaron a domesticarse. Mara iba a hilar siempre al parapeto del puentecillo, y Jeli empujaba el ganado poco a poco hacia las laderas del cerro del Bandido. Al principio quedábase algo apartado de ella, revoloteándole alrededor, mirándola de lejos con aire desconfiado, y poco a poco iba aproximándose con paso cauteloso de perro acostumbrado a las pedradas. Cuando al fin se hallaban juntos, permanecían horas enteras sin decir palabra: Jeli, observando atentamente el complicado trabajo de media que habíale mandado hacer su madre a Mara, o ésta enseñándole a él incrustar caprichosos zigzags en las varas de almendro. Luego cada cual íbase por su lado sin decirse nada, y la niña, cuando llegaba a la vista de su casa, echaba a correr, levantándosele la falda sobre las sonrosadas piernezuelas.

Por el tiempo de los higos chumbos, marchábanse a la espesura del matorral, a comer higos todo el santo día. Juntos vagabundeaban bajo los nogales seculares, y Jeli vareaba las nueces, que caían como granizo; la niña recogía con gritos de júbilo cuantas podía, y luego escapaba a toda prisa, agarrándose las dos puntas del delantal y cimbreándose como un junco.

Durante todo el invierno, Mara no se atrevía a asomar la nariz con aquel frío tan grande. A veces, al anochecer, veíase el humo de las hogueras de zumaque, que Jeli hacía en el cerro de la Abundancia o en el llano del Literero, para no quedarse aterido, igual que los abejarucos que hallaba por las mañanas detrás de una piedra, o al reparo de su surco. También a los caballos les placía menear un poco la cola en torno al fuego, y se apretaban unos con otros para calentarse.

Con marzo, las alondras volvieron al llano, los pájaros al tejado, las hojas y los nidos a los setos, y Mara volvió a salir en compañía de Jeli por la blanda hierba, entre las matas en flor, bajo los árboles todavía desnudos que comenzaban a vestirse de verde. Jeli se metía entre los espinos como un sabueso para agarrar los nidos de tordos, que le miraban espantados con sus ojillos castaños; muchas veces los dos niños llevaban entre la camisa gazapos desencamados, casi pelados aún, mas ya con largas e inquietas orejas; otras veces correteaban por los campos tras la manada de los caballos, entraban en los rastrojos siguiendo a los segadores, paso a paso, con el ganado, deteniéndose cada vez que una yegua se paraba a arrancar un matojo. Por la noche, al llegar al puentecillo, cada cual se marchaba por su lado sin decirse adiós.

Así pasaron todo el verano. Entretanto, el sol empezaba a ocultarse tras el cerro de la Cruz, y los jilgueros iban siguiéndole hacia la montaña, a medida que obscurecía, por entre las chumberas. Ya no se oían cigarras ni grillos, y a aquella hora expandíase por el aire como una gran melancolía.

Por ese tiempo llegó a la cabaña de Jeli su padre, el vaquero, que había agarrado la malaria en Ragoleti, y no podía ni tenerse sobre el burro que le llevaba. Jeli prendió el fuego a toda prisa y corrió "a las casas" a buscar algún huevo.

—Extiende un poco de paja cerca del fuego—le dijo su padre—, que siento que la fiebre me vuelve.

El calofrío de la calentura era tan intenso que el compadre Menu, sepultado bajo su gran tabardo, el zurrón de Jeli y la albarda del asno, temblaba como las hojas en noviembre ante la hoguera de sarmientos, que le reflejaba una cara blanca como la de un muerto. Los hombres de la hacienda se acercaban a preguntarle:

—¿Cómo va, compadre Menu?

El pobrecillo sólo respondía con un quejido como el de un perrillo nuevo.

—Es malaria de la que mata como un escopetazo —decían los amigos acercando las manos al fuego.

Llamaron, sin embargo, al médico; pero eran dineros despilfarrados, porque la enfermedad era tan clara que sabría curarla un niño; y si la fiebre no era de las que matan de todos modos, con el sulfato se curaba pronto. El compadre Menu se gastó en sulfato un ojo de la

(CONTINUA EN LA PÁGINA 92)



La foto artística que reproducimos fué tomada desde la catedral, y hermana en una sola placa los sentimientos que mueven a la serena ciudad: religiosidad y tradición.

# LA CIUDAD

**Despertar**

Los pájaros de la plaza vecina han comenzado a disputar. Me asomo al balcón. Allá al fin de la callecita larga se eleva majestuosa la montaña recortada sobre un cielo claro. Un viento vagabundo sopla por la ciudad colonial colándose por las celosías y atisbando por las rejas obscuras.

En la plaza, el surtidor fresco de las palmeras se mece al viento. Hay sombra en las recovas. Pasa una "victoria" con ruido de cascos de madera sobre el asfalto. Circula uno que otro taxi moderno con los faros encendidos. Se extraña un ruido característico: el de los tranvías. Y es que Salta no los tiene.

Pasa un indio, emponchado y sombrío, a lomo de burrito. Una viejecita arrebujada en el mantón negro, con labios rezadores hundidos en un sol de arrugas, cruza hacia las recovas.

Se apagan las luces de la plaza. La campana de San Francisco llama con voz cascada, con voz antigua que resonó a través de los tiempos, cuando la patria era aún niña. Su voz despierta una disputa de lenguas de bronce. Una vecina madrugadora barre la vereda.

Poco a poco la ciudad se anima, la gente y el tránsito se multiplican: bicicletas, personas atareadas, persianas que se levantan, y la vida de todos los días.

La montaña se quita su rebozo de nieblas y una luz rosada se extiende por las calles. Detrás de las moles rocosas y cercanas aparece, poco a poco, un sol rojizo y deslumbrante como una moneda de cobre recién acuñada.

**Ante Aquel cuyo nombre endulza los labios**

—Con permisito. ¿Puedo retirar el desayuno?

La cara morena de la mucama sonríe con deslumbre de dientes blancos.

—¿A qué hora es la misa en la catedral?

—Y ahorita no más hai ser...

Una mantilla española, el misal, y me encamino al templo.

Entro en la catedral —edificio armonioso y de un estilo puro. Tres naves amplias recamadas de oro, un altar monumental y doce estrellas claras. Además, capas pluviales, ornamentos violados y olas de armonía. Misticismo y oración—. Un coya reza de rodillas en el suelo, brillándole en los ojos negros una fe sencilla y pura, que envidio desde el fondo del alma.

Más tarde me enfrento con la imagen milagrosa. Allí en

He aquí una ciudad, vista desde el monumento a Güemes. Salta se extiende entre un cerco de montañas, y la paz, que es corolario de la dulzura de costumbres, hace de ella un oasis dentro de la afiebrada vida moderna. →



Güemes, la figura central de la más grande epopeya argentina, parece atisbar, desde lo alto del monumento que le levantara la gratitud criolla, la llegada de los enemigos de su patria, de cuyas manos recibió la muerte y la gloria.

# DE LOS NARDOS

Por **Dinorah Olmos**
ESPECIAL PARA "LEOPLÁN"
FOTOS DE ACEDO Y GARCIA

el leño está pendiente Aquel cuyo nombre endulza los labios. Nuestro Señor del Milagro, para cuya procesión llegan gentes de todos los rincones de la República, se ofrece con su cuerpo desangrado y doliente; con sus labios, que parecen dejar escapar el último aliento, y sus pies llagados, que una mujer ungiera con nardos y con besos.

La hermosa talla descansa en un altar lateral, pero al mirarla se diría que no descansa, sino que sufre, que sufre con un dolor constante y mudo. Al contemplarlo, los labios se olvidan de rezar, y solamente se alza el incienso de una plegaria muda.

Salgo. La húmeda huella del agua bendita es un dedo frío sobre mi frente.

**Vagabundeando**

Son las 11. Un vestido fresco, el cabello peinado, y a la calle. ¿Pretexto? Cualquier cosa; comprar unos bizcochos para acompañar el "vaso de leche con canela", a la tucumana.

Calles céntricas, ciudadanas, y los negocios de siempre. Tras una vidriera, la misma corbata que compré por original en un negocio de la calle Santa Fe de Buenos Aires.

La panadería no aparece. Los bizcochos van resultando artículos de lujo.

Cuadras y más cuadras en dirección a las montañas. Mis ojos indiscretos indagan en los portales. Me detengo ante uno de tantos. Tras una reja, un patio colonial, columnas trepadas de jazmines corredores en cuadro, macetas con helechos y luz conventual. Una niña en delantal azul cose algo blanco y espumoso. A su lado, algarabía de pájaros enjaulados, y pendiente del techo de la galería un globo de vidrio rojo que caricaturiza la escena

Serenidad, descanso para los nervios doloridos y tensos y para esta gente de ciudades afiebradas. Todavía existen en provincias rincones como éste, donde se vive y se sueña y donde la vida se detiene en un remanso de paz.

—¿Deseaba algo?

—Nada, gracias.

Sigo mi camino. Arrabales, gentes cobrizas de ojos alargados y pómulos altos. Frases cantadas y con terminaciones musicales.

Pasa una mujer obscura, emponchada de rojo y a lomo de mula. A ambos lados de la cabalgadura lleva canastas llenas de verdura. Tiene las trenzas retintas y los ojos impenetrables. Mira a lo lejos y en sus pupilas negras hay un destello celeste de cielo.

Una ancianita, quizá la misma que vi esta mañana desde mi balcón, pasa y sonríe mirándome con sus ojos acuosos.

—Buenos días —dice amigable.

—Buenos días, abuela.



En la catedral salteña se conservo, para la veneración de los fieles, este precioso relicario con la miniatura de la virgen que lloró por los dolores de la humanidad.





El Parque San Martín es el Palermo salteño. Este rincón poético, donde se está formando actualmente un interesante jardín de tunas, tiene

Y todo esto, que es sencillez, que es dulzura de costumbre, que es entendimiento de la vida, me va ganando el corazón.

Un alto en el camino. Entro en San Francisco. Calidoscopio de vidrieras, luz hecha trizas, losas venerables, sombras rezadoras y perfume de nardos.

Sigo mi camino. Los cerros que creía cercanos, se alejan cada vez más. El sol blanco cae a plomo. Desde una ventana me llega una voz:

—¿Ya son las doce?

¡Las doce! ¿Y mi pretexto?

Vuelvo. En una confitería céntrica me informo.

—A esta hora va a ser difícil. En cambio compre "tortitas". Es aquí cerca..., dos cuadritas, no más.

Al fin entro en el negocio que he buscado toda la mañana y que tenía a dos cuadras del hotel. Me entregan unas galletas redondas, calientes y de prometedor perfume.

Con paso apresurado me encamino de vuelta.

**Un paseo en "victoria"**

Bajo la capota de bebé de un coche a caballo, miramos desfilar la ciudad. Quiero verla paso a pasito, y por eso he desdeñado los taxis modernos.

Casonas coloniales, calles estrechas y rectas. Es esta una ciudad de un "dinamismo tranquilo". Las cosas se hacen y bien, pero sin prisas ni nervios. Además, se puede decir con un sentimiento de justicia, que es culta hasta la galantería, y limpia hasta la pulcritud.

Poco a poco dejamos los barrios centrales. Allá, al pie de la montaña, se ve el convento de las Carmelitas.

Nuestro caballejo ya no pisa asfalto, sino barro.

Paredes de adobe donde se asoman las caritas curiosas de [illegible] soles. Una plaza amplia, con árboles centenarios, y en un [illegible] jardín de las tunas. Cantos de pájaros, un temblor de alas y [illegible] el cerro.

**El jardín de los angelitos**

Coyitas, mestizos y gente humilde. Pobreza que no parece [illegible] miento, sino un dejarse estar resignado y natural en conform[illegible] los hechos. Caritas cobrizas que a una insinuación de sonrisa [illegible] con toda la ingenuidad de un corazón sano y libre de mali[illegible]

—¿Entramos en el cementerio?

—¿Al cementerio en una mañana tan alegre? ¿No se te ocu[illegible] cosa?

—¿Por qué no? Veamos cómo Salta honra a sus muertos.

Calles de cipreses. Nombres tradicionales: Solá, Cornejo, [illegible] Leguizamón... Soledad interrumpida por la algarabía de los [illegible] rostros que sonríen desde el más allá; flores frescas y sere[illegible] signada. Nada de columnas rotas, ni gritos de desesperación. [illegible] lugar hay un sentimiento de confianza y un pensamiento co[illegible] amor, renovado en los cientos y cientos de flores frescas.

Vemos un campo extendido, un campo de cruces blancas y [illegible] y en el lado opuesto otro de cruces negras.

—¿Por qué esa división de colores?

—Es que éste es el lado de los "angelitos", y el otro el de los [illegible] Abandonamos el lugar. Ya al dejar el jardín de los niños [illegible] tengo ante una crucecita humilde, pendiente de la cual hay un[illegible]

La recua de burritos leñateros recorre los arrabales y pone su pincelada provinciana que





... ondulación de los cerros y el cielo puro y sin nubes.

... para pájaro. Dentro de ella, un osito de celuloide me mira ... ojos vivos y negros.
... sientes enturbiada de tristeza?
... estoy como saturada de ternura.

... duerme

... amplio y hogareño. Desde mi balcón veo la plaza rodeada por ... y aromada de naranjos. Los cortos chaparrones, que a me... refrescan el ambiente, han preparado para esta hora una tem... ideal.

... encienden las luces y la "banda" comienza su programa. Los jó... pasean. Miradas y sonrisas. Música de Verdi.

... de la puerta que da al balcón se mueven al viento. ... de mi pieza, aroma de nardos. Estas flores perfumarán para ... mis recuerdos de mi viaje a Salta y quedarán asociadas a ... y seres queridos.

... que por montones, por brazadas, encuentro por donde voy: ... mesas del hotel, en las manos cobrizas de las vendedoras, ante ... de los santos y a mi alcance mientras escribo. Nardos, con ... rosados y tiernos y su estrella carnosa y perfumada, con ... de tierra húmeda y de arroyos puros donde se deslíe ... flor de escarcha la sombra de una estrella...

... asomo al balcón que quedará abierto toda la noche, para que ... la sombra fresca y la luna extienda un sudario de plata sobre la ... Allí, en el fondo de la calle, la noche se condensa en las mon...

... vientecillo trae un hálito de flores silvestres y un mensaje de ... lejanas donde ha muerto el sol... ◆

... el colorido local.










EL CUENTO DRAMATICO

# EL EXTRANJERO

I

«No consiste la fuerza en echar por tierra al enemigo, sino en domar la propia cólera"— dice una máxima oriental.

*"No abuses de la victoria"* — añade un libro de nuestra religión.

*"Al culpado que cayere debajo de tu jurisdicción, considérale hombre miserable, sujeto a las condiciones de la depravada naturaleza nuestra; y en todo cuanto estuviere de tu parte, sin hacer agravio a la contraria, muéstratele piadoso y clemente, porque, aunque los atributos de Dios son todos iguales, más resplandece y campea, a nuestro ver, el de la misericordia que el de la justicia"* —aconsejó, en fin, D. Quijote a Sancho Panza.

Para dar realce a todas estas elevadísimas doctrinas, y cediendo también a un espíritu de equidad, nosotros, que nos complacemos frecuentemente en referir y celebrar los actos heroicos de los españoles durante la *Guerra de la Independencia*, y en condenar y maldecir la perfidia y crueldad de los invasores, vamos a narrar hoy un hecho que, sin entibiar en el corazón el amor a la patria, fortifica otro sentimiento no menos sublime y profundamente cristiano: el amor a nuestro prójimo; sentimiento que, si por congénita desventura de la humana especie, ha de transigir con la dura ley de la guerra, puede y debe resplandecer cuando el enemigo está humillado.

El hecho fué el siguiente, según me lo han contado personas dignas de entera fe, que intervinieron en él muy de cerca y que todavía andan por el mundo. — Oíd sus palabras textuales:

II

—Buenos días, abuelo... — dije yo.

—Dios guarde a usted, señorito... —dijo él.

—¡Muy solo va usted por estos caminos!...

—Sí, señor. Vengo de las minas de Linares, donde he estado trabajando algunos meses, y voy a Gádor a ver a mi familia. — ¿Usted irá...?

—Voy a Almería..., y me he adelantado un poco a la galera porque me gusta disfrutar de estas hermosas mañanas de abril. Pero, si no me engaño, usted rezaba cuando yo llegué... — Puede usted continuar. — Yo seguiré leyendo entretanto, supuesto que el escaso andar de esa infame galera le permite a uno estudiar en mitad de los caminos...

—¡Vamos! Ese libro es alguna historia...— Y ¿quién le ha dicho a usted que yo rezaba?

—¡Toma!, ¡yo, que le he visto a usted quitarse el sombrero y santiguarse!

—Pues ¡qué demonio! hombre... (¿Por qué he de negarlo?) Rezando iba... — ¡Cada uno tiene sus cuentas con Dios!

—Es mucha verdad.

—¿Piensa usted andar largo?

—¿Yo? Hasta la venta...

—En este caso, eche usted por esa vereda y cortaremos camino.

—Con mucho gusto. Esa cañada me parece deliciosa. — Bajemos a ella.

Y, siguiendo al viejo, cerré el libro, dejé el camino y descendí a un pintoresco barranco.

Las verdes tintas y diafanidad del lejano horizonte, así como la inclinación de las montañas, indicaban ya la proximidad del Mediterráneo.

Anduvimos en silencio algunos minutos, hasta que el minero se paró de pronto.

—¡Cabales! — exclamó.

Y volvió a quitarse el sombrero y a santiguarse.

Estábamos bajo unas higueras cubiertas ya de hojas, y a la orilla de un hermoso torrente.

—¡A ver, abuelito!... (dije, sentándome sobre la hierba). Cuénteme usted lo que ha pasado aquí.

—¡Cómo! ¿Usted sabe...? — replicó él, estremeciéndose.

—Yo no sé más... (añadí con suma calma), sino que aquí ha muerto un hombre...; ¡y de mala muerte, por más señas!

—¡No se equivoca usted, señorito, no se equivoca usted! — Pero ¿quién le ha dicho...?

—Me lo dicen sus oraciones de usted.

—¡Es mucha verdad! Por eso rezaba.

Miré tenazmente la fisonomía del minero, y comprendí que había sido siempre hombre honrado.— Casi lloraba, y su rezo era tranquilo y dulce.

—Siéntese usted aquí, amigo mío... — le dije, alargándole un cigarro de papel.

—Pues verá usted, señorito... — Vaya, ¡muchas gracias! — ¡Delgadillo es!...

—Reuna usted dos, y resultará uno bastante grueso — añadí, dándole otro cigarro.

—¡Dios se lo pague a usted! — Pues, señor... (dijo el viejo, sentándose a mi lado): hace cuarenta y cinco años que una mañana muy parecida a ésta, pasaba ya casi a esta hora por este mismo sitio...

—¡Cuarenta y cinco años! — medité yo.

Y la melancolía del tiempo cayó sobre mi alma.— ¿Dónde estaban las flores de aquellas cuarenta y cinco primaveras? — ¡Sobre la frente del anciano blanqueaba la nieve de [illegible] inviernos!

Viendo él que yo no decía nada, ech[illegible] yescas, encendió el cigarro y continuó [illegible] modo:

—¡Flojillo es! — Pues, señor, el día [illegible] digo a usted, venía yo de Gérgal con [illegible]ga de barrilla, y al llegar al punto en [illegible]mos dejado el camino para tomar esta [illegible] me encontré con dos soldados españ[illegible] llevaban prisionero a un polaco. —E[illegible] entonces era cuando estaban aquí los [illegible]ros franceses, no los del año 23, [illegible] otros...

—¡Ya comprendo! Usted habla de la [illegible] de la Independencia.

Por **PEDRO ANTONIO DE ALARCON**

ILUSTRACIONES DE RAÚL VALENCIA

—¡Hombre! ¡Pues entonces no había usted nacido!

—¡Yo lo creo!

—¡Ah, sí! Estará apuntado en ese libro que venía usted leyendo. — Pero ¡ca! ¡Lo mejor de estas guerras no lo rezan los libros! ¡Ahí ponen lo que más acomoda..., y la gente se lo cree a puño cerrado! — ¡Ya se ve! ¡Es necesario tener tres duros y medio de vida, como yo los tendré en el mes de San Juan, para saber más de cuatro cosas! — En fin, el polaco aquel servía a las órdenes de Napoleón... —del bribonazo que murió ya... — Porque ahora dice el señor Cura que hay otro... — Pero yo creo que ése no vendrá por estas tierras... — ¿Qué le parece a usted, señorito?

—¿Qué quiere usted que yo le diga?

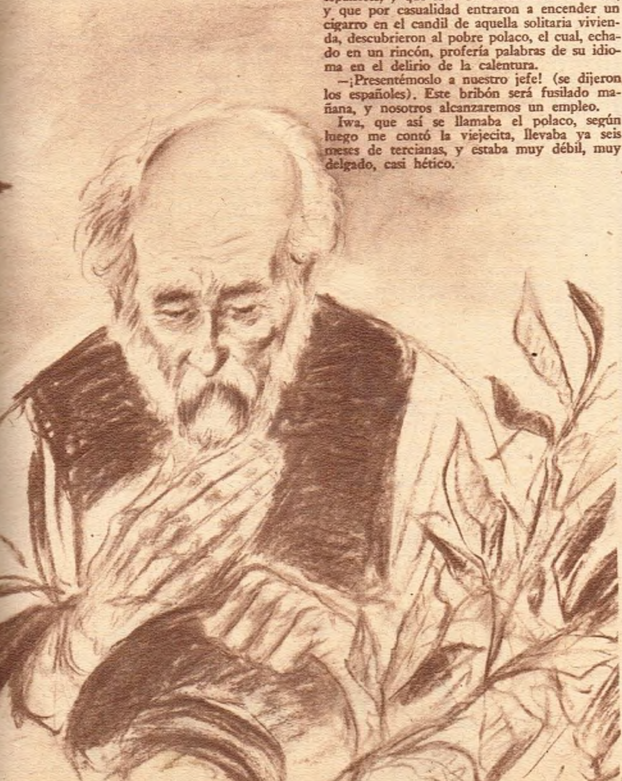
—¡Es verdad! Su merced no habrá estudiado todavía de estas cosas... ¡Oh! El señor Cura, que es un sujeto muy instruído, sabe cuándo se acabarán los mamelucos de Oriente y vendrán a Gádor los rusos y moscovitas a quitar la Constitución... Pero, ¡entonces ya me habré muerto!... Conque vuelvo a la historia de mi polaco.

El pobre hombre se había quedado enfermo en Fiñana, mientras que sus compañeros fugitivos se replegaban hacia Almería. Tenía calenturas, según supe más tarde... Una vieja lo cuidaba por caridad, sin reparar que era un enemigo... (¡Muchos años de gloria llevará ya la viejecita por aquella buena acción!); y a pesar de que aquello la comprometía, guardábalo escondido en su cueva, cerca de la Alcazaba...

Allí fué donde, la noche antes, dos soldados españoles, y que iban a reunirse a su batallón, y que por casualidad entraron a encender un cigarro en el candil de aquella solitaria vivienda, descubrieron al pobre polaco, el cual, echado en un rincón, profería palabras de su idioma en el delirio de la calentura.

—¡Presentémoslo a nuestro jefe! (se dijeron los españoles). Este bribón será fusilado mañana, y nosotros alcanzaremos un empleo.

Iwa, que así se llamaba el polaco, según luego me contó la viejecita, llevaba ya seis meses de tercianas, y estaba muy débil, muy delgado, casi hético.



La buena mujer lloró y suplicó, protes
que el extranjero no podía ponerse en c
sin caer muerto a la media hora...

Pero sólo consiguió ser apaleada por s
ta de *patriotismo*. ¡Todavía no se me l
vidado esta palabra, que antes no había
pronunciar nunca!

En cuanto al polaco, figúrese usted
miraría aquel lance. Estaba postrado p
fiebre, y algunas palabras sueltas que
de sus labios, medio polacas, medio es
las, hacían reír a los dos militares.

—¡Cállate, *didon*, perro, gabacho! —le d

Y, a fuerza de golpes, lo sacaron del

Para no cansar a usted, señorito; en a
disposición, medio desnudo, hambrien
bamboleándose, muriéndose..., ¡anduvo
feliz cinco leguas!...

¡Cinco leguas, señor!... ¿Sabe usted l
sos que tienen cinco leguas? Pues es
Fiñana hasta aquí... ¡Y a pie!..., ¡desc

¡Piénselo usted!... ¡Un hombre fin
joven hermoso y blanco como una muj
enfermo, después de seis meses de tercia
¡y con la terciana en aquel momento mi

—¿Cómo pudo resistir?

—¡Ah! ¡No resistió!...

—Pero ¿cómo anduvo cinco leguas?

—¡Toma! ¡A fuerza de bayonetazos!

—Prosiga usted, abuelo... Prosiga ust

—Yo venía por este barranco, como te
costumbre, por ahorrarme terreno, y ell
por allá arriba, por el camino. Detúveme
aquí mismo, a fin de observar el rem
aquel horror, mientras fingía picar un
negro de los de entonces...

Iwa jadeaba como un perro próximo
biar... Venía con la cabeza descubierta
rillo como un desenterrado, con dos
encarnadas en lo alto de las mejillas
los ojos llameantes, pero caídos...: ¡hec
fin, un Cristo en la calle de la Amarg

—*¡Mi querer morir! ¡Matar a mí, por*
—balbuceaba el extranjero con las man
zadas.

Los españoles se reían de aquellos
tes, y le llamaban *franchute*, *didon* y
cosas.

Dobláronse al fin las piernas de Iwa,
redondo al suelo.

Yo respiré, porque creí que el pobre
dado su alma a Dios.

Pero un pinchazo que recibió en un l
le hizo erguirse de nuevo.

Entonces se acercó a este barranco pa
cipitarse y morir...

Al impedirlo los soldados, pues no l
modaba que muriera su prisionero, n
ron aquí con mi mulo, que, como he
estaba cargado de barrilla.

—¡Eh, camarada! —me dijeron, apunt
con los fusiles—. Suba usted ese mulo!

Yo obedecí sin rechistar, creyendo h
favor al extranjero.

—¿Dónde va usted? —me preguntaro
do hube subido.

—Voy a Almería... —les respondí—.
que ustedes están haciendo es una in
dad!

—¡Fuera sermones! —gritó uno de l
dugos.

—¡Un arriero *afrancesado!* —dijo e

—¡Charla mucho..., y verás lo que
de!

La culata de un fusil cayó sobre mi

¡Era la primera vez que me pegaba u
bre, fuera de mi padre!

La Fábrica HOMEDES, Labardén 222, Buenos Aires, que con tanto éxito lanzó al mercado argentino su

**PANTUFLA - CHINELA**
**(SLIPPER)**




Art. 102. Modelo con suela de material, a pesos .......................... **2.50**

**PRESENTA SUS MODELOS DE INVIERNO**




Art. 111 - 112. Colores: negro, azul, rojo, marrón y gris; suela de material con taco, forro de lana. Precio por par, a... **$ 3.50**

Envíos contra reembolso agregar $ 0.50

**FABRICA HOMEDES,**
LABARDEN 222 — BUENOS AIRES

★

*Tenemos algunas vacantes de Representantes, disponibles para poblaciones importantes del interior. Los interesados deberán ser personas o firmas solventes, que estén dispuestos a adquirir contra reembolso los nuevos muestrarios.*

**ESTUDIE UNA PROFESIÓN**

...en su caso, durante sus ratos desocupados, por nuestro sistema que es el más FACIL, RAPIDO y ECONOMICO. Aproveche usted hoy mismo esta magnífica oportunidad que le ofrecemos para mejorar su posición y ganar PRONTO más dinero. Envíe lleno este cupón y recibirá, a vuelta de correo, informes muy interesantes. Estas famosas escuelas (fundadas en 1915) enseñan por CORREO: RADIO, AUTOS, DIESEL, DIBUJO, CONSTRUCTOR, CONTADOR, SASTRE, MODISTA, TENEDOR DE LIBROS, SECRETARIO, AGRONOMIA, ELECTRICIDAD, ORTOGRAFIA, CALIGRAFIA, ARITMETICA, etc.

ESCUELAS SUDAMERICANAS
AVENIDA MONTES DE OCA 695 - BUENOS AIRES

Nombre ............................................

Dirección ............................................

Localidad ............................................

—*¡No irritar, no incomodar!* —exclamó el polaco, asiéndose a mis pies; pues había caído de nuevo en tierra.

—¡Descarga la barrilla! —me dijeron los soldados.

—¿Para qué?

—Para montar en el mulo a este judío.

—Eso es otra cosa... Lo haré con mucho gusto —dije, y me puse a descargar.

—*No..., no..., no...* —exclamó Iwa—. *¡Tú dejer que me maten!*

—Yo no quiero que te maten, desgraciado! —exclamé, estrechando las ardientes manos del joven.

—*¡Pero mí si querer! ¡Matar tú a mí, por Dios!...*

—¿Quieres que yo te mate?

—*¡Sí..., sí..., hombre bueno! ¡Sufrir mucho!*

Mis ojos se llenaron de lágrimas.

Volvíme a los soldados, y les dije con tono de voz que hubiera conmovido a una piedra:

—¡Españoles, compatriotas, hermanos! Otro español, que ama tanto como el que más a nuestra patria, es quien os suplica... ¡Dejadme solo con este hombre!

—¡No digo que es *afrancesado!* —exclamó uno de ellos.

—¡Arriero del diablo! —dijo el otro—: ¡cuidado con lo que me dices! ¡Mira que te rompo la crisma!

—¡Militar de los demonios! —contesté con la misma fuerza—. Yo no temo a la muerte. ¡Sois dos infames sin corazón! ¡Sois dos hombres fuertes y armados, contra un moribundo inerme!... ¡Sois unos cobardes! Dadme uno de esos fusiles, y pelearé con vosotros hasta mataros o morir...; pero dejad a este pobre enfermo, que no puede defenderse. ¡Ay! —continué, viendo que uno de aquellos tigres se ruborizaba—: si, como yo, tuvieseis hijos; si pensarais que tal vez mañana se verán en la tierra de este infeliz, en la misma situación que él, solos, moribundos, lejos de sus padres; si reflexionarais en que este polaco no sabe siquiera lo que hace en España; en que será un quinto robado a su familia para servir a la ambición de un rey..., ¡qué diablo!, vosotros le perdonaríais... ¡Sí; porque vosotros sois hombres antes que españoles, y este polaco es un hombre, un hermano vuestro! ¿Qué ganará España con la muerte de un tercianario? ¡Batíos hasta morir con todos los granaderos de Napoleón; pero que sea en el campo de batalla! Y perdonad al débil; ¡sed generosos con el vencido; sed cristianos; no seáis verdugos!

—¡Basta de letanías! — dijo el que siempre había llevado la iniciativa de la crueldad, el que hacía andar a Iwa a fuerza de bayonetazos, el que quería comprar un empleo al precio de su cadáver.

—Compañero, ¿qué hacemos? —preguntó el otro, medio conmovido con mis palabras.

—¡Es muy sencillo! —repuso el primero— ¡Mira!

Y sin darme tiempo, no digo de evitar, sino de prever sus movimientos, descerrajó un tiro sobre el corazón del polaco.

Iwa me miró con ternura, no sé si antes o después de morir.

Aquella mirada me prometió el cielo, donde acaso estaba ya el mártir.

En seguida los soldados me dieron una paliza con las baquetas de los fusiles.

El que había matado al extranjero, le cortó una oreja, que guardó en el bolsillo.

¡Era la credencial del empleo que deseaba!

Después desnudó a Iwa, y le robó... hasta cierto medallón (con un retrato de mujer o de santa) que llevaba al cuello.

Entonces se alejaron hacia Almería.

Yo enterré a Iwa en ese barranco..., ahí..., donde está usted sentado..., y me volví a Gérgal porque conocí que estaba malo.

Y, en efecto, aquel lance me costó una terrible enfermedad, que me puso a las puertas de la muerte.

—Y ¿no volvió usted a ver a aquellos soldados? ¿No sabe usted cómo se llamaban?

—No, señor; pero, por las señas que me dió más tarde la viejecita que cuidó al polaco, supe que uno de los dos españoles tenía el apodo de *Risas*, y que aquél era justamente el que había matado y robado al pobre extranjero.

En esto nos alcanzó la galera: el viejo y yo subimos al camino; nos apretamos la mano, y nos despedimos muy contentos el uno del otro. ¡Habíamos llorado juntos!

### III

Tres noches después tomábamos café varios amigos en el precioso casino de Almería.

Cerca de nosotros, y alrededor de otra mesa, se hallaban dos viejos, militares retirados, Comandante el uno y Coronel el otro, según dijo alguno que los conocía.

A pesar nuestro, oíamos su conversación, pues hablaban tan alto como suelen los que han mandado mucho.

De pronto hirió mis oídos y llamó mi atención esta frase del Coronel:

—El pobre *Risas*...

—*¡Risas!* —exclamé para mí.

Y me puse a escuchar de intento.

—El pobre *Risas*... —decía el Coronel— fué hecho prisionero por los franceses cuando tomaron a Málaga y, de depósito en depósito, fué a parar nada menos que a Suecia, donde yo estaba también cautivo, como todos los que no pudimos escaparnos con el Marqués de la Romana. Allí lo conocí, porque intimó con Juan, mi asistente de toda la vida, o de toda mi carrera; y cuando Napoleón tuvo la crueldad de llevar a Rusia, formando parte de su Grande Ejército, a todos los españoles que estábamos prisioneros en su poder, tomé de ordenanza a *Risas*. Entonces me enteré de que tenía un miedo cerval a los polacos, o un terror supersticioso a Polonia, pues no hacía más que preguntarnos a Juan y a mí "si tendríamos que pasar por aquella tierra para ir a Rusia", estremeciéndose a la idea de que tal llegase a acontecer. Indudablemente, a aquel hombre, cuya cabeza no estaba muy firme por lo mucho que había abusado de las bebidas espirituosas, pero que en lo demás era un buen soldado y un mediano cocinero, le había ocu-



rrido algo grave con algún polaco, ora en la guerra de España, ora en su larga peregrinación por otras naciones. Llegados a Varsovia, donde nos detuvimos algunos días, *Risas* se puso gravemente enfermo, de fiebre cerebral, por resultas del terror pánico que le había acometido desde que entramos en tierra polonesa; y yo, que le tenía ya cierto cariño, no quise dejarlo allí solo cuando recibimos la orden de marcha, sino que conseguí de mis jefes que Juan se quedase en Varsovia cuidándolo, sin perjuicio de que, resuelta aquella crisis de un modo o de otro, saliese luego en mi busca con algún convoy de equipajes y víveres, de los muchos que seguirían a la nube de gente en que mi regimiento figuraba a vanguardia. ¡Cuál fué, pues, mi sorpresa cuando, el mismo día que nos pusimos en camino, y a las pocas horas de haber echado a andar, se me presentó mi antiguo asistente, lleno de terror, y me dijo lo que acababa de suceder con el pobre *Risas*! ¡Dígole a usted que el caso es de lo más singular y estupendo que haya ocurrido nunca! Oígame, y verá si hay motivo para que yo no haya olvidado esta historia en cuarenta y dos años. Juan había buscado un buen alojamiento para cuidar a *Risas*, en casa de cierta labradora viuda, con tres hijas casaderas, que desde que llegamos a Varsovia los españoles no había dejado de preguntarnos a varios, por medio de intérpretes franceses, si sabíamos algo de un hijo suyo llamado *Iwa*, que vino a la guerra de España en 1808, y de quien hacía tres años no tenía noticia alguna, cosa que no pasaba a las demás familias que se hallaban en idéntico caso. Como Juan era tan zalamero, halló modo de consolar y esperanzar a aquella triste madre, y de aquí el que, en recompensa, ella se brindara a cuidar a *Risas* al verlo caer en su presencia atacado de una fiebre cerebral... Llegados a casa de la buena mujer, y cuando ésta ayudaba a desnudar al enfermo, Juan la vió palidecer de pronto y apoderarse convulsivamente de cierto medallón de plata, con una efigie o retrato en miniatura, que *Risas* llevaba siempre al pecho, bajo la ropa, a modo de talismán o conjuro contra los polacos, por creer que representaba a una Virgen o Santa de aquel país. "*¡Iwa! ¡Iwa!*", gritó después la viuda de un modo horrible, sacudiendo al enfermo, que nada entendía, aletargado como estaba por la fiebre. En esto acudieron las hijas; y, enteradas del caso, tomaron el medallón, lo pusieron al lado del rostro de su madre, llamando por medio de señas la atención de Juan para que viese, como vió, que la tal efigie no era más que el retrato de aquella mujer, y, encarándose entonces con él, visto que su compatriota no podía responderles, comenzaron a interrogarle mil cosas con palabras ininteligibles, bien que con gestos y ademanes que revelaban claramente la más siniestra furia. Juan se encogió de hombros, dando a entender por señas que él no sabía nada de la procedencia de aquel retrato, ni conocía a *Risas* más que de muy poco tiempo... El noble semblante de mi honradísimo asistente debió de probar a aquellas cuatro leonas encolerizadas que el pobre no era culpable... ¡Además, él no llevaba el medallón! Pero el otro..., ¡al otro, al pobre *Risas*, lo mataron a golpes y lo hicieron pedazos con las uñas! Es cuanto sé con relación a este drama, pues nunca he podido averiguar por qué tenía *Risas* aquel retrato.

—Permítame usted que se lo cuente yo... —dije sin poder contenerme.

Y acercándome a la mesa del Coronel y del Comandante, después de ser presentado a ellos por mis amigos, les referí a todos la espantosa narración del minero.

Luego que concluí, el Comandante, hombre de más de setenta años, exclamó con la fe sencilla de un militar antiguo, con el arranque de un buen español y con toda la autoridad de sus canas:

—¡Vive Dios, señores, que en todo eso hay algo más que una casualidad! ◈


# TODDY GUSTA MAS!

Y **RINDE MUCHO MAS**

Tal para cual!... Para una verdadera felicidad, los hijos!... Y para la felicidad de los hijos, TODDY, que los nutre, los vigoriza y les proporciona esa energía que los mantiene tan vivaces y tan sanos! Y TODDY rinde mucho más!... De cada tarro de TODDY sale una "ponchada" de tazas para una infinidad de deliciosos desayunos!... Pruébelo!... A usted también le va a gustar como a sus niños!... Lo tomará y lo servirá TODDYta la vida!



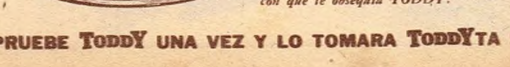

**APENAS UNAS MONEDAS!..**

...le bastan para darse el gusto de probar el delicioso TODDY! Pida ahora mismo el económico estuche familiar a su almacenero!

CONTENIDO NETO
TODDY
COMPAÑIA TODDY S.A. COMERCIAL E INDUSTRIAL
INDUSTRIA ARGENTINA

**MICROCOMEDIAS TODDY**

*Escuche por LR1 RADIO EL MUNDO y la Red Azul y Blanca toddytos los miércoles a las 20 hs. este maravilloso y original programa con que le obsequia TODDY!*



# LAS NOVELAS DEL



OR
DUARDO
IALLEA
ESPECIAL PARA
"LEOPLÁN"

No siendo, como no soy, buen lector de novelas, soy un excelente buscador de ellas, si es que algún perdón existe por llamarse uno a sí mismo excelente en algo. Mal lector de novelas, desecho pronto aquellas en las que no me siento ni por instinto ni por la empírica vía de una lectura de las primeras páginas llevado a encontrarme con algo realmente exquisito en el género. En arte, lo que no es de primer orden me parece difícilmente soportable. Y en materia de novelas, los hazgos y la novedad se hacen de día en día más difíciles.

Recientemente he vuelto a la relectura de los grandes novetas clásicos. Esto es una buena experiencia. Uno descubre e son siempre nuevos, y aun los más vilipendiados por ese ganismo productor de jugos ácidos que se llama la "intelintsia", aparecen llenos de virtudes cándidas y dotados de a fuerza, un cuerpo, una animación y un fervor que no sólo encontramos ya en el arte, sino que no descubrimos tamco en la vida misma.

He vuelto a leer —con inagotable placer— el *David Copperld* y el *Pickwick*, libros que yo llamaba, en mis años infanes, de convalecencia, porque llenaban los días de cama de s triviales enfermedades con su fuente riquísima de deleite. o era también aquel gran Quijote con ilustraciones de Doré una negra, descomunal Biblia familiar, cuya pérdida lloro sde entonces.) Junto con la lectura de Dickens he visto que si al mismo tiempo lo releeía —y comentaba— mi ilustre nigo don Ramón Pérez de Ayala, cuyos excelentes ensayos ore el insigne novelista son de pasta dickensiana ellos miss y uno los lee como leyendo la novela-vida del Dickens velista. Y no digo vida novelada, sino novela-vida, matiz e percibirán mis lectores y que presumo que los pondrá de lado en no hallar tan admirables como se cree las famosas ografías noveladas, invención periodística que confunde la ografía y la novela, despojando a la primera y a la segunda sus excelencias privativas y peculiares, sin habernos dado davía un solo libro que la redima de semejante pecado.

La relectura de Dickens ha ido en mí acompañada de una ectura de Henry James, de Fielding y de Meredith. No pue- haber cuatro más distintos. Y, sin embargo, algo tienen de ertemente común: su caudalosa riqueza de visión. Esto es, por lo demás, lo que se ha perdido. Esto es lo que cualquier lector de novelas actuales encontrará perdido.

Aquella caudalosa riqueza de visión —que yo separo y considero como calidad por antonomasia de los novelistas ingleses —proporcionaba a los novelistas post-isabelinos, hasta su epígono Thomas Hardy, ciertas condiciones complejas que equivalían, por su fuerza aluvional y de arrastre, a todos los hallazgos de la técnica juntos. Una técnica rica es la mejor de las técnicas, porque es la que comprende el mayor número de formas o posibilidades particulares. Estos grandes arquitectos eran grandes constructores, porque sus materiales eran grandes y porque los manejaban con grandeza. Los resortes delicados de los que algunos hacen su solo título de presunción eran en aquéllos meras partes de un todo donde a veces lo exquisito va mezclado a lo grueso o lo vulgar para formar su completa estructura, su equilibrio sinfónico y su magnitud.

Estas novelas lo conducen a uno naturalmente a pensar que el género no se rescatará sino cuando vuelva a asumir, no los tonos delicados y tenues de esa nueva presunción donde algunos actuales novelistas instalan su pingüe trono, más los elementos, creados según sus lógicas —y muy importantes— diferencias, de la vieja grandeza. Muy importantes, sí, serán sus diferencias, ya que en ellas residirán nada menos que la nueva visión, partición, distribución y narración de un mundo nuevo.

Ya podemos percibir, en alguno que otro caso —para ser más precisos, porque toda previsión de masa no pasaría de capricho o puerilidad— cuáles han de ser, o por qué camino han de ir las disimilitudes y oposiciones de la nueva novela con la antigua y tradicional.

Por lo pronto, una actitud del novelista parece definirse desde hace no muchos años como típica de la nueva manera de pensar las novelas y de hacerlas. Esta nueva manera, que se parece, en cuanto al principio, a la forma peculiar inaugurada por Valéry en lo que concierne a la poesía —y cuyo más eminente ejemplar es su poema *El cementerio marino*—, se revela como un esfuerzo de penetración por medio de los instrumentos imaginarios y narrativos en ciertas provincias que el novelar de otras épocas no había siquiera rozado. De la pasión primero, de la psicología después, un gran rodaje moral viene a substituir los emocionales y empíricos resortes, y a hacer de la novela un objeto de intelección y de interpretación, una vía de reflexión casi directa, un elemento en que las líneas descriptivas y las líneas reflexivas parecen correlacionarse en forma indiferenciable. En vez de reflejo, la novela se hace intelección del mundo, y no ya por las vías de la razón razonante, que


UNAMUNO · KAFKA · BALZAC · DICKENS · VALÉRY

# ONOCIMIENTO

...mpre lisas y lineales y que ya actuaron en algunas no... tradicionales, sino por la vía de otras intuiciones, de otras ...ciones, de otro sentido y planteo de la conformación y ...tura del mundo. La nueva novela no es ya *cosa artística* ...finición, sino cosa directamente trasplantada de la vida ...n fórmulas no sintéticamente solucionadas. Lo que se ...porta a la novela y el modo de ese transporte se hacen más ...ente complejos.

...elas concebidas y realizadas como *Troteras y danzaderas* ...ismo Pérez de Ayala, libro que con *Niebla*, de Unamuno, ...spirado a libros franceses, ingleses e italianos que por ...uerte irrisoria alcanzaron más universal difusión que sus ...s mismas, o como los episodios proustianos y joycianos, ...asas de contemporaneidad volcadas en la novela con una ...masiva de interpretación *moral* —en el sentido de no ... de espiritual, de trascendente del acontecer inmediato ...ual o externo — del universo. Por poco cargados de con... moralmente dirigido, las novelas de Proust y el *Ulises* ...oyce son libros de significado inmanentemente moral; de ...anteo moral muy diferente al moralismo stendhaliano, ...ertiano, dickensiano o balzaciano. El nuevo planteo se ...encia del antiguo en que aporta *metafísicas;* o sea con... ...iones intrincadamente espirituales — recibidas *en* el espí... y cifradas *para* el espíritu — de la disposición visible de ...ateria humana y sus movimientos individualizables.

...nz Kafka —el más grande de los novelistas que haya ...ucido nuestro tiempo — es el mayor de los planteadores ...a concepción del mundo en que el espíritu niega la orde... de las cosas en que se le educó. El hombre de Kafka ... el agente activo y primordial del mundo, como el hombre ...ciano, flaubertiano, stendhaliano o dickensiano; el hom... de Kafka — un hombre tornado taciturno por los nuevos ...rios que la realidad le devela, o mejor dicho, le deja sin ...elar —, es un hombre que lleva como el caracol la carga de ...persecuciones místicas más atroces, más imponderables, me... ...visibles; la carga de sentencias, autoridades, órdenes y con... ...ones de naturaleza tremendamente trascendente, inevita... ...ignoradas, sobrenaturales. (Pero ya he hablado de Kafka ...estas páginas y no seguiré hablando de él.)

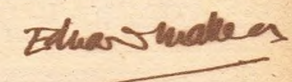
... nuevo novelista no asiente a las categorías establecidas. ...hombre no ocupa para él en el mundo el lugar que se ha ...do. Esta rodeado de presencias, agentes, acciones y vincu... ...iones más importantes que las presencias humanas con las ...les, únicamente, lo puso en confrontación y conflicto la ...elística de los tiempos pasados. Esas fuerzas a veces son interiores — como en el caso de Joyce —, a veces trascienden ese interior, como en el caso de Kafka. En ambos autores las presiones y la latitud de esas fuerzas adquieren una magnitud aciaga.

Quiere decir que en esta nueva novelística, en esta novelística del conocimiento, no siempre los medios de llegar a las conclusiones son típicamente racionalistas o explanativos, pero en cambio siempre están en actitud de buscar esas conclusiones con la actitud a la vez temerosa y vigilante de querer llegar a un mundo del todo inexplorado, a un mundo de formas e instancias, de vínculos y realidades, insospechables.

Ecos y datos que me llegan de recientes novelas checas, de nuevos libros ingleses, me afirman, en fin, en la idea de que muchos autores trabajan en los planteos de simetrías sensibles y concretas que nada tienen que hacer con la concepción antigua de las cosas. Un joven novelista polaco, que vive hoy entre nosotros, ha sido de los que últimamente han entrado en esa vía y a él se le debe una novela en la cual los prejuicios dogmáticos de la *madurez* del individuo aparecen sometidos a una novísima y original revisión. ¿Por qué ha de tender siempre el hombre a creer que la socorrida madurez — o sea en cierto modo la etapa en que va a comenzar a secarse — es el camino ideal, en vez de buscar otros caminos de frescura y sostenimiento de los rasgos espontáneos y naturales del espíritu?

Pero esa novela de Witold Gombrowicz, que no conozco sino por referencias y escorzos alusivos, no pertenece quizás a la clase de libros que me parece estar en camino de surgir. Estos serán, a mi juicio, de naturaleza más seria y encarnizada, más trágicos en las buscas de salida de un mundo que ya nos ahoga con lo mucho que creemos conocerlo y con lo nada que lo sabemos. Pese a sus enormes hallazgos técnicos y científicos, a sus descubrimientos *instrumentales*, el hombre sigue casi tan ignorante del mundo como en sus días iniciales. Cientos y cientos de misterios nos rozan cada mañana con sus alas terribles en las que parece a veces venir envuelta cierta bronca irrisión, cierta fabulosa burla por la falacia de nuestra presunción ilimitada.

Las novelas de antaño — aun las más crueles — eran felices. Las de ahora — aun las más esperanzadas — ya no lo son. ¿Quién nos dirá la condición de las de mañana? Si temblarán de temor aciago o hallarán en su propio cuerpo los elementos de su radiante salvación. ◈





STENDHAL · PROUST · FLAUBERT · JOYCE · PEREZ DE AYALA

# ACTUALIDADE

## LA CELEBRACION DE LAS FIESTAS MAYAS



Un aspecto de la gran concentración realizada en la plaza de Mayo el día 24.



El presidente y las altas autoridades de la Nación, a la salida de la

Con hondo fervor patriótico y con la más amplia adhesión popular realizáronse en todo el país las fiestas con las cuales celebróse el 134º aniversario de la revolución de mayo. En la capital federal, los diversos actos de carácter oficial culminaron con la gran concentración efectuada el día 24 en la plaza de Mayo, el solemne tedéum, en la Catedral Metropolitana, y la reunión realizada frente al La presencia del presidente, general Edelmiro J. Farrell, altas ridades de la Nación y eclesiásticas dió a dichos actos destacado





En el Club Social de Barracas celebróse, con diversos y significativos actos, el nuevo aniversario de la revolución de mayo. En uno de esos actos, a los que concurrió un público tan numeroso como selecto, el presidente de la institución, doctor José Pigretti, pronunció una bella alocución patriótica. En la foto de la derecha, el presidente del Club Social de Barracas, acompañado por los miembros de la Comisión Directiva del mismo, señores: Frers, Mangonet, Laborde, Benvenutto, Echeverría, Abelló, Carbone, Lainati y Perasso. En la de la izquierda, el doctor Pigretti durante su disertación.



CONCIERTOS.—La Asociación Argentina de que dirige el maestro Carlos Olivares, efectuó lón Biblioteca del Consejo de Mujeres, su cierto de la presente temporada musical. mismo, el trío de la institución, que integran sa Ritterstein, piano; M. Mercedes Field de lín, y Carlos Olivares, violoncelo, ejecutó obras zart y Schumann. Actuó también la soprano Anna Christie, a quien acompañó al piano Alberto Grigera. Junto al maestro Olivares, aquí los artistas que tomaron parte en el



DEL 80º ANIVERSARIO DE LA CASA KRAFT.—En un nuevo acto de la serie de festejos organizados por la Casa Kraft, con motivo del 80º aniversario de su fundación, el señor Ramón Pérez de Ayala pronunció una notable conferencia que versó sobre el tema "Mis primeras impresiones a través de la Patagonia". El señor Pérez de Ayala aparece aquí con el señor Guillermo Kraft, momentos después de haber hecho uso de la palabra ante una selecta concurrencia.



CONFERENCIA.—Una interesante conferencia, que versó sobre el tema "Campo en la ciudad", pronunció en el salón de actos del edificio Volta el poeta Salvador Merlino, quien aparece en la fotografía con algunos miembros de la junta directiva y de la Comisión de Estímulo Cultural y Artístico de la Unión Personal Cade, con cuyo auspicio se realizó el acto.



AUTOR.—Guillermo Cabane que conoce ya los halagos de agrega con "La selva siempre un libro más a su numerosa literaria. En las páginas de nuestro colaborador, el doctor llas, describe con maestría el de la selva del Africa colonial que él conoce, ambiente en el arrolla una trama original y claro, donde juegan las ambici odios del hombre blanco y del

## GRAFICAS



El cuerpo diplomático extranjero, en la Catedral Metropolitana.

La fecha patria celebróse también con igual fervor cívico en los distintos barrios de la capital, donde la iniciativa privada agregó una nota más de entusiasmo popular a los festejos del 25 de Mayo.



RECEPCION.—Con motivo de la reciente inauguración de los servicios médicos gratuitos del Patronato Sirio-Libanés, obra con que culmina la meritoria labor de carácter social y cultural de la institución, la Comisión Directiva de la misma ofreció una recepción en honor de los periodistas. En esta fotografía, obtenida durante el acto, aparecen el señor Moisés José Azize, presidente del Patronato Sirio-Libanés; el doctor Guillermo Obeid, director de los nuevos servicios médicos; el doctor Emilio Constantino, director del "Diario Siriolibanés"; el doctor Jorge Schehdan y los señores Jorge Assef y Rachid Rustom.



PREMIADA.—En el concierto que con motivo de "El día del himno y música nacional" realizó la Asociación Argentina de Música de Cámara, en la Biblioteca del Consejo de Mujeres, la precoz concertista de piano Perlita Argerich Beascoechea, obtuvo el premio Medalla de Oro.



"SOLFEO LUNAR".—Con este libro de versos, el joven poeta Carlos H. Albarracín Sarmiento inicio públicamente su trayectoria literetia. Públicamente, porque ya en 1940 "Tres cielos" lo reveló como poeta precoz. Se advierte en "Solfeo lunar" soltura en la rima y profundidad en la idea, lo que autoriza a dar la bienvenida al bisnieto del prócer sanjuanino a la pléyade de jóvenes valores que expresan en verso sus inquietudes estéticas.



TEATRALES. — Con una obra del escritor Manuel Kirs, titulada "La gracia del gas", inició su quinta temporada, en La Casa del Teatro, el conjunto experimental "El Tinglado", que integran jóvenes escritores y periodistas.





DE ARCINIEGA, PUB.

Sólo hasta ese día podrá estudiar **por correspondencia,** completamente



Y no olvide que por sólo **3 PESOS AL MES** Ud. puede estudiar en su casa y por correspondencia, cualquiera de nuestros cursos.

# *Gratis*

Un curso a elección que estamos ofreciendo a todo alumno que se inscriba en cualquier otro de nuestros cursos que enseñamos por correo con el famoso

## *"Método Scotch"*

DE NUESTRA EXCLUSIVIDAD.



QUIMICA INDUSTRIAL, CONTABILIDAD, PUBLICIDAD, SECRETARIADO, TAQUIGRAFIA Y DACTILOGRAFIA, APICULTURA, AVICULTURA, JARDINERIA Y HORTICULTURA, PROCURACION, COCINA, CORTE Y CONFECCION, LABORES Y TEJIDOS, ARTES DECORATIVAS, TECNICO MECANICO, MOTORES A EXPLOSION, DIESEL, TECNICO EN TORNERIA Y FRESADO, DIBUJO MECANICO, RADIO, ELECTRICIDAD, ARQUITECTURA, CONSTRUCCIONES, TECNICO EN HORMIGON ARMADO, AGRIMENSOR. ETC.

INSTITUTO POLITECNICO AMERICANO

Señor Director del
INSTITUTO POLITECNICO AMERICANO
Av. de Mayo 840 - Buenos Aires
Ruego enviarme informes GRATIS sobre el curso de........................
Nombre........................
Dirección........................ L. 241
Localidad........................



# DE LAS TABLAS

ELIDA CARLÉS, LA UNICA ACTRIZ AVIADORA DE LA ARGENTINA, CRE

## Ficción y realidad

"ALAS *sobre el corazón*", se titula la última interpretación de esa joven y ya notable actriz argentina que es Elida Carlés. Y mientras nos preparamos para interrogar a su dinámica protagonista, pensamos que vale la pena mencionar ahora ese título.

Por una vez, la ficción y la realidad coinciden. Elida Carlés, que en "Alas sobre el corazón" hace el papel de aviadora, lo es en la realidad. Y tanto lo es, que cuando llegamos al campo de aviación donde hemos venido a entrevistarla, un mecánico vestido de "mono" azul, a quien preguntamos por ella, nos dice, sintéticamente:

—Está "arriba"...

—¿Dónde?...

—"Arriba"... —Y luego, condescendiendo, explica:— La señorita salió en su avión. Está volando...

No tenemos que esperar mucho. Una hélice zumba en el espacio. Sobre el campo de aterrizaje se dibuja la silueta de un avión. Es Elida, que con matemática precisión hace describir a su máquina la suave y exacta maniobra del aterrizaje...



Una sesión de maquillaje ante el espejo que multiplica la belleza de la joven actriz en cuatro imágenes, [...]mitiendo un detalle perfecto en la labor de caracterización...

## "Muy pronto, todo el mundo volará..."

Esa preciosa criatura, fina, elástica, que al descender de su máquina parece una niña que abandonara por un momento el más querido de sus juguetes, es la única actriz nacional que haya aprendido a pilotear un avión. Sólo otros dos actores obtuvieron en nuestro país este privilegio: Florencio Parravicini y Rodolfo de la Serna.

—¿Esta ausencia de actores y de actrices, con respecto a un deporte que cada vez está más difundido, implica una incompatibilidad entre las alas y las tablas?...

Tal es la pregunta que formulamos a Elida, instalados ya en el *buffet* del aeródromo. Y ella nos contesta sin vacilar:

—No lo creo. Para mí, el teatro y la aviación ni se excluyen ni se complementan. Sencillamente: no tienen nada que ver entre sí... Estoy convencida de que muy pronto todo el mundo volará, del mismo modo que hoy todo el mundo es capaz de manejar un automóvil...

—Pero en su caso, concretamente: ¿por qué se hizo usted aviadora?...

—Porque me gusta poder transportarme con facilidad a otros lugares. Porque el volar tiene siempre algo de aventura y de inesperado. Porque en la aviación, lo mismo que en todos los deportes, hay siempre algo de imaginación, de espíritu poético... ¿Qué se yo?... Ser actriz y aviadora no tiene nada de particular. Es como el hecho de que a un nadador le guste leer; o a un escritor hacer automovilismo...



Dominando la práctica de todos los aspectos de la aviación, Elida Carlés no tiene inconveniente en poner en marcha el motor por sí misma.

## Un secreto que se descubre

—¿Y no tuvo que vencer dificultades familiares? ¿No encontró oposición?

Elida sonríe como quien va a contar una travesura, y replica:

—Bueno; si he de ser sincera, les diré [...] al principio este fué un secreto. Un se[...] que quedó guardado entre mi mamá, mi [...]manita Eva y mi amiga Nilda Arrieta...

—¿De modo que su mamá no se asustó [...] la perspectiva de verla aviadora?...

—Le pinté el asunto tan bien, que no [...] que pudiera sucederme nada. La conven[...] que firmara mi solicitud de ingreso. [...] pronto, ya volaba. Todo fué muy bien [...] que un día, con motivo de unos cursos, se [...]blicó una foto. Entre 116 alumnos [...] solamente había dos mujeres: una com[...] y yo. Mi padre vió esa foto y se enojó [...] El secreto estaba roto. Creo que fué la [...]ca vez en que corrió peligro la excelente [...]tad que une a mis padres...

—¿Y ahora?...

—Ahora mi padre es un entusiasta de [...] aviación y hasta vuela conmigo como [...]jero...

Elida Carlés nos cuenta muchas co[...] su afición por el vuelo. Posee el títu[...] aviadora civil de la categoría "B", que [...] es compartido por otra mujer: la avia[...] Susana Ferrari Billinghurst. Le gusta [...] volar, pero detesta la exhibición y no se [...]cupa por lucirse. "Si una actriz quiere [...] aplaudida, lo puede lograr mejor en el [...]tro"...

Totaliza 380 horas de vuelo, y ha rec[...] gran parte del país. No hace mucho cap[...] la escuadrilla femenina argentina que v[...] Montevideo. Cree que estos vuelos deben [...] extenderse a todos los países de América [...] un mensaje de buena vecindad. Cuando le [...]guntamos por sus proyectos futuros, nos [...]

—¡Volar! ¡Volar! ¡Y volar!...

## Una carrera brillante

Sin embargo, basta hablar con Elida C[...] para darse cuenta de que el teatro y el de[...] no son sus únicas preocupaciones. A su [...]




Por
**Regina Monsalvo**

ESPECIAL PARA "LEOPLÁN"
FOTOGRAFIAS DE PEDRO CONESA

## TEATRO Y LA AERONAUTICA SON DOS COSAS MUY DISTINTAS...

reportaje, en el grato rincón del "buffet" del aeródromo.

a su simpatía, une esta joven actriz una cultura y una inquietud nada comunes. A una inteligencia esmeradamente cultivada, junta un carácter definido y disciplinado que uno no esperaría encontrar aliados a tanta juventud.

Su palabra es fácil y exacta. Mientras hablamos evoca los principios de una carrera tan rápida como brillante. Se inició en el Odeón con "El país de la sonrisa", bajo la dirección de Susini, cuando tenía quince años. Inmediatamente pasó al Teatro Nacional de Comedia, y siguió los cursos del "Instituto" que dirigía Cunill Cabanellas, donde ingresó junto con Malisa Zini, Delia Garcés, Nilda Arrieta, etc.

Cuando se retiró el director, ella, junto con los que habían sido premiados con su incorporación al elenco estable, hizo causa común con Cunill Cabanellas y se retiró también.

El teatro radial ha tenido en Elida Carlés a una de sus intérpretes más inteligentes y destacadas. Su interpretación en "El Ciudadano", junto con López Lagar, es algo que el público no puede haber olvidado.

—En "Alas sobre el corazón" —nos dice Elida—, hago un papel de aviadora. El argumento se base en una expedición que se organiza para buscar a un hombre de ciencia perdido en la selva. Hay un "reportero" que es un galán, a cargo de Airaldi. Naturalmente, todo gira en torno de una trama de amor. Al final, "mi rival" se casa con el galán, y yo me quedo, muy románticamente, "con las alas sobre el corazón"...

—¡Buen final para una aviadora de verdad! —comentamos.

—Ya les he dicho —replica, sonriente, Elida— que, para mí, el teatro y la aviación son dos cosas muy distintas... ◈

# COMO VIVE LA PRIMERA DA



Mrs. Anna Eleanor Roosevelt contaba alrededor de 40 años cuando resolvió secundar a su marido, participando activamente en política. Aquí la vemos acompañada por su esposo, el presidente de los Estados Unidos.

Al fondo, la mesa de trabajo de Mrs. Roosevelt, en la
mansión de Hyde Park, en Nueva York.

—Doll, Cecily, Jenny, ¿a que no adivinan quién acaba de llegar? — exclama sofocadísima alguien que llega a la carrera, al grupo de jovencitas que pasean por el rincón más tranquilo del parque.

—¿Quién?

—La sobrina del terror de los leones africanos.

—¿Dónde está?

—En la rectoría. Creo que será nuestra compañera de enclaustramiento; quizá nuestra compañera de clase.

—Cuenta, Nancy. ¿Cómo es? ¿La viste?

—No. Pero podremos verla si nos acercamos a la rectoría.

Mientras el grupo echa a andar hacia el cuerpo de edificios que se ve al otro lado del parque, una pregunta, curiosa:

—Estoy intrigada, Doll. ¿Quién es el terror de los leones africanos?

—¡Cómo, Margaret! ¿Lo ignoras? Pues, el nuevo presidente de los Estados Unidos.

—¿Teodoro Roosevelt?

—El mismo. Cuando el presidente aparece en Africa, en tren de caza, las fieras huyen aterrorizadas, gritando: "¡Corramos, hermanos de la selva, que ha llegado Teodoro Roosevelt con sus escopetas!" ¿Tendrá el mismo espíritu aventurero esta sobrina del presidente, que acaba de penetrar en nuestro santuario? Pronto lo sabremos.

¡Qué decepción! La nueva pupila es, ni más ni menos, como cualquiera de las internadas en colegios de señoritas, exclusivos, costosísimos y, por lo tanto, sólo accesibles a una pequeña minoría privilegiada. Más todavía. Siendo quien es, ¡qué contraste! Parece la contraparte del tío. No obstante sus 17 años de edad, la nueva pupila es de carácter alegre, pero extremadamente juiciosa: nada, juega al tenis y... escribe siempre.

—¿Quién es el afortunado? — quieren saber, indiscretas, las compañeras cuando la sorprenden sola en el parque o en su cuarto, escribiendo absorbida.

—¡El canasto de papeles! — replica, rompiendo o guardando lo que escribe.

—¿Para qué escribes, entonces?

—Para eso; para aprender a escribir. ¡Algún día seré periodista!

Esa es la máxima aspiración de la joven Anna Eleanor Roosevelt. Escribir, llegar a periodista.

Sin embargo, no todo lo que escribe va al canasto por inservible o mal redactado, sino que toma el camino de Cambridge, en el Estado de Massachusetts, para uno de los estudiantes de abogacía de la Universidad de Harvard: Franklin Delano Roosevelt, nacido en Hyde Park, el 30 de enero de 1882, descendiente directo de Claes Martenszan van Rosenvelt, un holandés emigrado a América del Norte, allá por el año 1649. Es indiscutiblemente probable que el joven Roosevelt respondiese a una de las esquelas recibidas: "...y estoy deseando terminar con esto, graduarme de una
vez, para correr a tu lado. ¡Ah, Anna
ce y lejano tormento! Cuánto tendré
manecer todavía lejos de ti. Tú sa
que..." Poco. Se gradúa en 1904; se
1905. Franklin, dinámico, inteligente,
una sagacidad política extraordinaria,
resueltamente a la conquista de su des
rolándose en las filas del Partido De
en 1910, va al Congreso, ganando las
en el distrito de Hyde Park; le re
1912, y, al año siguiente, el preside
le nombra secretario de Marina. La
ción Demócrata realizada en San Fra
julio de 1920, le proclama candidato a
presidencia de los Estados Unidos; pe
rrotado por los republicanos y vuelve
fete de abogado, en Nueva York. A
guiente, mientras veranea en Campo
va Brunswick, Franklin Delano Ro
atacado por la terrible parálisis. ¡El
derrumba para el ex candidato a la
dencia de la República! Su madre
no, resuelve que el hijo se retire,
en la posesión que la familia Roo
en Nueva York, en Hyde Park. Pe
guien que se rebela, que no puede
espectáculo de aquel hombre jove
el umbral de los cuarenta años —,
vigoroso, puesto en vitrina como
del aire y del polvo. Es Anna
hasta ese momento se ha movido
penumbra del segundo plano de la
se concretan al hogar y a los de
Anna Eleanor consulta con los
gos del marido, quienes le asegura
como está, Franklin es mejor y
muchos de nosotros. Todavía pue
tante por el partido". Luego con
dicos, confiándoles lo que acab
los amigos políticos: "¡Estupendo
se pondrá mejor si ocupa la
que le absorban por completo.
un juego notablemente absorbente
En seguida aborda a la suegra,
vencerla de que Franklin debe
la política y que ella está dispue

# [illegible] LOS ESTADOS UNIDOS

## [illegible]LABORADORA IDEAL DE SU ESPOSO, ANNA ELEANOR [illegible]OOSEVELT SECUNDA AL MANDATARIO NORTEAMERICANO EN MUCHAS DE SUS TAREAS OFICIALES

**Por Pedro Patti**

ESPECIAL PARA "LEOPLÁN"

[illegible]noces mejor que yo, Anna — res[illegible] Delano—. Apruebo tu plan, pero [illegible] que será tarea titánica para ti.

[illegible] estos tres puntos vitalísimos, Anna [illegible] con el marido:

[illegible] debes abandonar este encierro; [illegible] a la lucha. El partido te reclama. [illegible] haré lo que tú no puedas.

[illegible] Eleanor debe hablar con la fe ciega [illegible] de los inspirados, de los ilumi[illegible] Delano Roosevelt abandona el [illegible] Park y vuelve a la política. Y [illegible] cuando se produce la milagrosa [illegible] de Anna Eleanor. Del esfuma[illegible] plano que ocupara hasta ese mo[illegible] de un brinco magistral a primer [illegible] en público, pronunciando dis[illegible] tímidos al principio, se vuelven [illegible] más precisos, más seguros, más vibrantes; alterna con políticos, frecuentando sus reuniones o citándoles en su casa, al tiempo que cristaliza aquel sueño de internada: escribe en los diarios más importantes del país, da conferencias, habla por la radio. Marido y mujer trabajan intensamente, como fundidos en una sola personalidad, y, en 1928, Franklin Delano Roosevelt es proclamado gobernador del Estado de Nueva York.

Y he aquí lo increíblemente fantástico, lo que remarca con gruesas líneas rojas lo que puede la inspiración de la mujer y la voluntad del hombre cuando marchan tomados del brazo. El Partido Demócrata, que había sido vencido por los republicanos en las elecciones presidenciales de 1924 y 1928, triunfa en 1933, con Roosevelt como presidente de los Estados Unidos. ¡Es como echarse encima una montaña! Las obligaciones de un presidente son múltiples; incluso debe viajar a cada momento, de un lado para otro, y, a veces, de la costa del Atlántico a la del Pacífico. Como no puede someterse al intensísimo trajín, allí está la esposa que lo hará por él, representándole.

—Anna, mañana irás a la inauguración de la fábrica de municiones de Princeton.

Anna Eleanor asiste a la inauguración de la fábrica. Cuando regresa, el marido le pregunta:

—Cuéntame; ¿qué tal estuvo?

—Aquello fué maravilloso. Mr. Barrow me condujo por todas las dependencias de la planta; me presentó a varios caballeros, entre los cuales estaba el capitán Folson. ¿Recuerdas a Folson? Uno de tus compañeros de Harvard... Después de la fábrica me brindaron una recepción en la Municipalidad e, incluso, hubo baile...

(CONTINUA EN LA PAGINA 96)




[illegible] que [illegible] gana [illegible] 100.000 [illegible] anuales por [illegible]nes ra[illegible]cas, ga[illegible] destina [illegible] a obras [illegible]ficencia.



[illegible] Anna Eleanor [illegible] conversan[illegible] la señora [illegible] Letts de [illegible] esposa del ex [illegible] argentino [illegible]ington, du[illegible] una fiesta la[illegible]americana.


APRENDA
MECANICA
DENTAL

LE ENSEÑAREMOS EN POCOS MESES. CLASES DIURNAS Y NOCTURNAS.

Toda persona tarde o temprano necesitará colocar dientes artificiales, que los mecánicos para dentistas ejecutan para los profesionales. HAY GRAN DEMANDA.



*Profesión lucrativa para ambos sexos.*

No hace falta experiencia mecánica previa. ¡ABRASE CAMINO EN LA VIDA! **GRATIS.** — Pida inmediatamente el interesante folleto explicativo, o mejor pase a conversar personalmente. — Escríbanos hoy mismo.

Escuela de Mecánica Dental de Buenos Aires
2021 - RIVADAVIA - 2021
NO SE DICTAN CLASES POR CORRESPONDENCIA
Nombre ........................................
Calle ........................................
Localidad ........................................ L. 241

**Dr. ROMEO J. MESSUTI**
Médico cirujano del Hospital Zubizarreta
Consultas: de 15 a 17 h.
VALLEJOS 4645 — U. T. 50 - 0224

**Dr. ANIBAL O. de ROA (h)**
ENFERMEDADES DE LA PIEL
VIAMONTE 830, Cap. — Solicitar hora a 243-2305

**Dr. ANGEL E. DI TULLIO**
MEDICO CIRUJANO
Para enfermedades de Oídos, Nariz y Garganta
NUEVA YORK 4020 — U. T. 50 - 4278

Remita su nombre y dirección a las Escuelas Latino-Americanas, Boyacá 932, Capital, y a vuelta de correo recibirá GRATIS Y SIN COMPROMISO LA "GUIA DE ENSEÑANZA", de 92 páginas ilustradas, con detalles de los 72 cursos que enseñamos por correo.
Ver última tapa.

*** PRODUCTOS ***
CAPILATYS

ABSOLUTAMENTE VEGETALES

*LOCION CAPILAR: Preserva y detiene la calvicie; tonifica, fortalece y favorece el crecimiento del cabello. Evita y combate la caspa y seborrea. Fco. de 150 c. c., $ 4.50; de 250 c. c., $ 7.—, y de 500 c. c., a $ 12.—*



*SHAMPOING, para el lavado e higiene de la cabeza. Frasco de 100 c. c., $ 0.90, y de 250 c. c., $ 2.40.*

*FIJADOR LIQUIDO VEGETAL, exento de grasas y aceites; no produce caspa; fija, da brillo y sedosidad al cabello. Frasco de 50 c. c., $ 0.70; de 100 c. c., $ 1.50, y de 160 c. c., $ 2.50.*

*Venta en perfumerías, farmacias y tiendas, y si no los encuentra en la casa de su preferencia, pídalos hoy mismo previo envío de giro o bonos postales, directamente a:*

LABOR. CAPILATYS Bdo. de Irigoyen 1269 - (U.T. 23-8648) Bs. As.

EL CUENTO DE GRAN GUIGNOL

# BERENICE

Por

**EDGAR ALLAN POE**

ILUSTRACIONES DE FAIRHURST

En la tierra, el dolor y la desgracia son múltiples y de forma diversa. Dominan, como el arco iris, el amplio horizonte, y aparecen tan íntimamente fundidos, y a la vez tan diferentes, como los matices de dicho arco. ¡Dolor y desgracia dominan el inmenso horizonte, igual que el arco iris! ¿Cómo, de tal belleza, es posible deducir un motivo desagradable, y un símil de tristeza de este nuncio de paz? Pero igual que en ética el mal es la consecuencia del bien, así el dolor nace de la alegría: ya sea que el recuerdo del pasado engendre la angustia de hoy, o ya que los actuales sufrimientos tengan su causa en la felicidad que pudo *haber sido*.

Egeo es mi nombre de pila, sin que el de mi familia interese revelarlo. En el mundo no hay torres más cargadas de historia que mi casa paterna, gris y sombría. Nuestra raza ha sido considerada como de gente visionaria, habiendo suficiente motivo para justificar esta creencia en el aspecto de la casa señorial, en las pinturas del salón principal, en los tapices de las habitaciones, en los labrados de las columnas de la sala de armas y, sobre todo, en la galería de cuadros antiguos, en el carácter de la biblioteca y, especialmente, en la naturaleza de su contenido.

El recuerdo de mis años infantiles se halla ligado fuertemente a esta sala y a sus volúmenes, de los cuales no diré nada. Mi madre allí murió. Yo nací allí. Pero inútil sería decir que mi vida no había comenzado antes, que no tiene existencia anterior el alma. Si ustedes lo niegan, no hay para qué discutir sobre el asunto, ya que, hallándome yo plenamente convencido, no pretendo comunicar a nadie esta creencia mía. Existe, no obstante, como una remembranza de formas aéreas, de inteligentes y expresivas miradas, de sonidos musicales, aunque melancólicos; una suerte de recuerdo que insiste en nuestra vida; una memoria semejante a una sombra, vaga, variable, indefinida, vacilante; una sombra de la que me será imposible librarme en tanto brille la luz de mi razón.

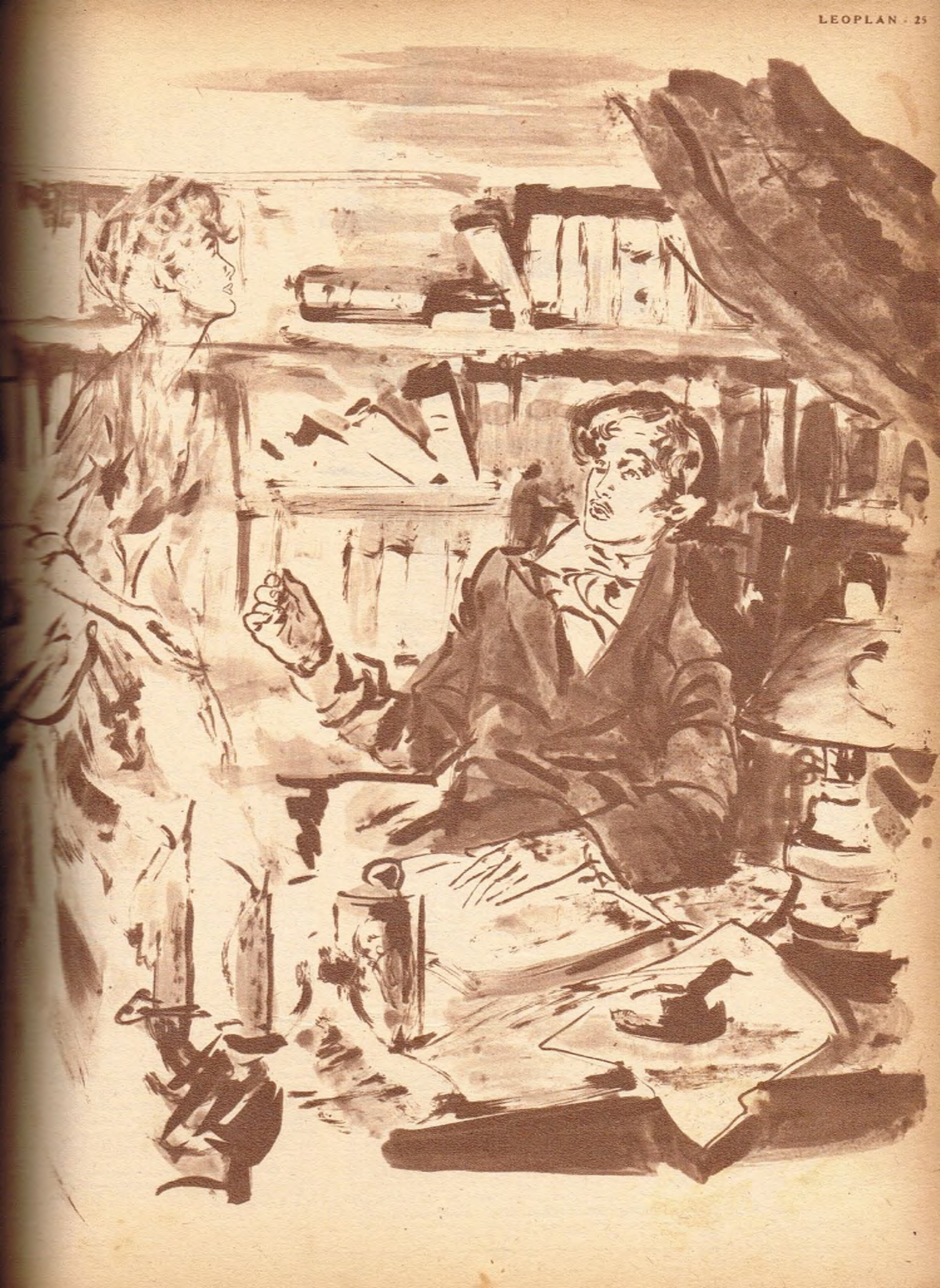
En dicha cámara nací, despertando así de la larga noche en que parecía no existir, aunque ello no era así; penetrando de súbito en las regiones de un país de hadas, en un palacio de fantasía, en los extraños reductos del pensamiento y la erudición monásticas; por lo que no debe sorprender que yo mirase a mi alrededor con ojos asustados y ardientes, que hubiese gastado mi infancia en los libros y despilfarrado mi juventud en fantasías; pero lo que en verdad parece raro es que, con el correr de los años, al hallarme en plena virilidad en la casa paterna, haya ocurrido, como una detención en las fuentes de mi existencia, la asombrosa y plena inversión operada en el carácter de mis más corrientes pensamientos. Como una visión, sólo como una visión, me afectaba la realidad del mundo, mientras que las ideas extrañas del país de los sueños trocábanse a su vez no en el objeto de la existencia diaria, sino en la esencia de esta misma existencia, de una manera profunda y singular...

Juntos crecimos en la casa paterna mi prima Berenice y yo. Pero nuestra crianza fué distinta: yo enfermizo y melancólico; ella ágil, graciosa y de desbordante energía. Así, mientras ella correteaba, yo me afanaba en los estudios escolásticos, viviendo dentro de mi corazón y entregando cuerpo y alma a la más intensa y penosa meditación, en tanto que ella gozaba de la vida libre de todo cuidado, sin importársele de las sombras del camino, ni del vuelo silente de las horas de negro plumaje. ¡Berenice! —así impetro su nombre— ¡Berenice! ¡Y de las grises ruinas de la memoria surgen ante esta palabra mil recuerdos tumultuosos! Su imagen aparece ahora ante mí tan viva como los primeros días de su ingenuidad y alegría. ¡Oh, belleza espléndida, aunque fantástica! ¡Oh, sílfide entre las frondas de Arnheim! ¡Oh, ninfa en la fontana! Y después, todo misterio y terror, y una historia que no debía ser referida. Una enfermedad, una funesta enfermedad cayó como el simún sobre ella, y, sin que dejase de contemplarla, pude advertir como cambiaba todo en ella, penetrando su espíritu, sus costumbres, su carácter y hasta alterando de la manera más sutil y terrible la identidad de su persona. ¡Ay!, el agente destructor venía y se marchaba; mas la víctima, ¿dónde estaba? Yo, al menos, no la reconocía como tal Berenice.

Entre las múltiples enfermedades derivadas de la primera y fatal que causó una revolución tan horrible en el aspecto físico y moral de mi prima, debe citarse como la más penosa y pertinaz una especie de epilepsia, que terminaba corrientemente en un estado muy similar a la muerte, del cual se recobraba de una manera brusca. Entretanto mi enfermedad (así me dijeron que debo llamarla), mi propia enfermedad se agravaba velozmente, concluyendo por tomar un aspecto de monomanía de forma nueva y rara que, al acrecentarse por
momentos, ejercía un incompre
cendiente sobre mí. Esta mono
así debo llamarla, consistía en una
za irritabilidad de las facultades
denominadas "facultades de la
Es muy posible que no se me co
mas temo, en verdad, no poder
a mis profanos lectores una idea
lo que es esa nerviosa *intensidad*
con la cual, en el caso mío, el
meditación (para no emplear voc
nicos) se ocupaba y entregaba a
templación de los más triviales
orbe.

Meditar durante largas e in
horas, con la atención fija sobre
lema sin importancia o sobre la
de un libro; permanecer absorto
parte de un día estival en
traña sombra que caía oblicuam
los tapices o en el suelo; pasar
entera mirando la tranquila llam
lámpara o el rescoldo dorado
ños; repetir, con monotonía,
cablo, hasta que el sonido, merce
petición frecuente, dejaba de sig
go en mi espíritu; perder toda
movimiento o de existencia física
dio de una larga, obstinada y di
tud corporal: tales eran algunas
comunes y menos perjudiciales
producidas por un estado espec
facultades mentales, caso que,
muy raro, tiene difícil explicac
lisis.

Sin embargo, no quisiera ser
prendido. La atención ardiente,
mórbida, excitada por cualquier
volo en sí, no debe confund
propensión natural a la med
cuente a toda la especie hum
ticada muy particularmente p
sonas de ardiente imaginación.
se trataba de una exageración
clinación llevada al extremo,
distinto y esencialmente dife
aquélla, el soñador interesado
jeto que *no* suele ser frívolo,
perceptiblemente de vista tal
hunde en las sugerencias y
que de él se desprenden, h
concluir su meditación, *casi si*
*pañada de placer*, se halla con
sa principal de su cavilación,
*tum*, se ha desvanecido y ol
pletamente. En mi caso, el obje
era *siempre pueril*, aunque
través de mi perturbada visión





tancia refractada e irreal. Cuando más, lograba ciertas deducciones, en escaso número, que volvían de modo obstinado al objeto original como a su centro. Estas meditaciones *nunca* me causaban placer, y, al concluirlas, la causa primera, lejos de haberse perdido de vista, había adquirido un interés desusado y sobrenatural que constituía el predominante síntoma de mi enfermedad. En una palabra, las potencias del espíritu que yo ejercitaba especialmente eran las de la *atención*, como ya indiqué antes, en tanto que el hombre de pensamiento suele emplear las de *especulación*.

Aunque los libros que en aquella época utilizaba no sirviesen para excitar mi inclinación, participaban grandemente, como se verá, por su contenido imaginativo e ilógico, de las facetas características de mi enfermedad. Recuerdo, entre otros, el tratado de Coelius Secondus Curio, noble italiano, *De Amplitudine Beati Regni Dei;* la gran obra de San Agustín, *La Ciudad de Dios;* la de Tertuliano, *De Carne Christi*, en la que la paradójica frase "*Mortuus est Dei filius; credibile est quia ineptum est; et sepultus resurrexit; certum est quia impossible est*", pobló mi mente y mi tiempo sin descanso, durante semanas, llevándola a investigaciones laboriosas e ineficaces.

De lo cual resulta que, agitada mi razón por motivos triviales, semejase aquella roca de que habla Ptolomeo Hephestion, que, resistiendo con firmeza las acometidas violentas del hombre y la furia más encarnizada de los vientos y de las aguas, trepidase tan sólo al contacto de la flor llamada asfódelo. Aunque el pensador superficial pudiera suponer que la alteración producida en el estado *moral* de Berenice por su desgraciada enfermedad, me facilitaba múltiples motivos para ejercitar mi anormal e intensa tendencia a la meditación, cuya índole traté de explicar, no era éste, ni mucho menos, el caso. En los intervalos lúcidos de mi dolencia, la suya me producía, en verdad, pena y, lamentando profundamente la ruina de su vida preciosa y tranquila, no dejaba de considerar con pesar por qué extraordinarios medios había podido operarse una transformación tan rápida como extraña. Mas estas reflexiones no participaban de la curiosa modalidad de mi enfermedad y revestían el mismo carácter que las de cualquier otro sujeto colocado en idénticas circunstancias. Mi indisposición, más bien manifestaba su forma en el modo de apreciar los cambios menos importantes, pero más llamativos, producidos en la parte *física* de Berenice, en la singular y terrible alteración de su personalidad.

Estoy convencido de no haber experimentado pasión por ella durante los espléndidos días de su incomparable belleza. En mi extraña y anómala existencia, los sentimientos *no ocuparon nunca* mi corazón, y todas mis pasiones moraban en el espíritu. En las grises mañanas, en la tamizada luz del bosque al mediodía, en el recoleto silencio de mi biblioteca a la noche, había pasado ante mis ojos y la había considerado, no como la Berenice que vivía y alentaba, sino como la Berenice de un sueño; no como un ser terreno, sino como la abstracción de tal ser; no como algo que admirar, sino como algo para analizar; no como objeto de amor, sino cual tema de la más inconstante y obscura meditación. Y *ahora*..., ahora en su presencia temblaba, y cuando se aproximaba palidecía; aunque lamentando amargamente su estado de enfermedad, recordaba su inclinación hacia mí, y así en ocasión infortunada, aflictivo, me referí a nuestra posible unión...

La fecha de la boda se aproximaba, cuando una tarde de invierno de aquel año —uno de esos días de suave temperatura, anormal, tranquilo y nublado, en el signo de la bella Halcyon (1)—, yo me hallaba sentado (solo, según creía) en el departamento interior de la biblioteca, cuando levantando la vista vi de pie ante mí a Berenice.

¿Sería mi imaginación sobreexcitada o la nebulosa influencia de la atmósfera, o el incierto crepúsculo de la habitación, o los paños grises que envolvían su cuerpo, lo que hacía parecer tan vacilante y confusa su silueta? No podría decirlo. Ni una palabra me habló, y yo por nada del mundo hubiera podido pronunciar una sola sílaba. Un frío estremecimiento recorrió mi cuerpo; una sensación de ansiedad insufrible me oprimió; una curiosidad que me consumía invadió mi alma y, abatido sobre el asiento, los ojos fijos en ella, estuve algún tiempo sin respiración y sin movimiento. ¡Ah!, su extenuación era absoluta y no quedaba en ella un solo vestigio de las líneas de la figura que había sido. Mi ardiente mirada se posó, al fin, sobre su semblante.

La frente alta y muy pálida reflejaba singular placidez; su cabello, de azabache en otro tiempo, la cubría parcialmente, sombreando sus hundidas sienes con innumerables rizos, cuyo color amarillento contrastaba, en su aspecto fantástico, con la melancolía que envolvía toda su persona. Sus ojos sin vida, sin brillo, en apariencia sin pupilas, miraban con una mirada vítrea que me hizo apartarme involuntariamente de su contemplación para considerar los labios finos y sumidos, que, al desplegarse con una sonrisa significativa, me permitieron ver los *dientes* de la transformada Berenice. ¡Dios hubiera permitido que no los contemplase o que, luego de hacerlo, yo me hubiese muerto!

❦ ❦ ❦

El ruido de la puerta que se cerraba me perturbó y, levantando la vista, vi que mi prima había salido de la habitación. Pero en mi desordenado cerebro no se había borrado, ni podía borrarse, el blanco y pálido *spectrum* de sus dientes. Ni una mancha en su superficie, ni una sombra en su esmalte, ni una falla en sus bordes dejó de imprimirse en mi memoria durante el corto lapso de su sonrisa. Los veía *ahora* mejor todavía que *antes*. ¡Los dientes!, ¡los dientes! Estaban aquí, allá, en todas partes, visibles y palpables ante mí: largos, angostos, extremadamente blancos, con los labios pálidos plegándose sobre ellos como en el instante mismo en que por primera vez se abrieron de terrible modo para mí. Entonces sobrevino el furor completo de mi *monomanía* y en vano luché contra su extraña e irresistible influencia. Al considerar los múltiples objetos del mundo exterior, mi pensamiento tendía hacia los dientes, que deseaba con el deseo más ferviente. Todo lo demás, todo interés diverso fué absorbido por esta contemplación única. Ellos, sólo ellos, se hallaban presentes a mi visión mental, y en su individualidad fueron

(1) En el invierno, Júpiter concede dos veces siete días de calor; por ello los hombres llamaron a estas jornadas templadas y suaves la nodriza de la bella Halcyon.

ya en lo sucesivo como la esencia de mi vida espiritual. Los observaba bajo la diversa luz y en todos sus movimientos; estudiaba sus características; divagaba sobre sus particularidades; consideraba su conformación; meditaba en torno a los cambios de su materia; me estremecía, al otorgarles en mi imaginación un poder de sensibilidad y, aun prescindiendo de los labios, cierta capacidad de expresión moral.

Se ha dicho de mademoiselle Salle *que, tous ses pas étaient des sentiments*, y con mayor justeza cabría decir de Berenice *que toutes ses dens étaient des idées. Des idées!* ¡Ah!, ¡tal era el necio pensamiento que me destrozaba! *Des idées!* ¡Ah!, ¡por eso los deseaba tan frenéticamente! Sentía que sólo su posesión podría devolverme la razón y la paz.

Llegó la noche, y con ella la oscuridad, que se detuvo y se fué; un nuevo día amaneció y otra vez me envolvieron las sombras de una segunda noche. Y seguía sentado, inmóvil, en aquella solitaria habitación, abismado en mis meditaciones, soportando la terrible dominación del *fantasma* de los dientes que, con una claridad viva y odiosa, flotaba entre aquellas luces y sombras cambiantes. Al fin un grito de horror y de congoja, al que siguieron un momento después los sonidos de voces turbadas confundidas con sordos lamentos de tristeza y de dolor, vino a interrumpir mis sueños. Me levanté del asiento y, al abrir una de las puertas de la biblioteca, vi llorando en la antesala a una criada joven, que me anunció que Berenice ¡había dejado de existir!: un ataque de epilepsia al amanecer, y ahora, al llegar la noche, ya la tierra esperaba su cuerpo, haciéndose todos los preparativos para darle sepultura.

* * *

Nuevamente me hallé sentado en la biblioteca, solo, como siempre. Me parecía despertar de una nefasta pesadilla. Sabía que era medianoche y que, desde la puesta del sol, Berenice estaba en la tumba; mas de las tristes horas transcurridas no retenía ningún recuerdo positivo ni definido. No obstante, mi espíritu hallábase inundado de horror, horror todavía más terrible por su vaguedad y terror, todavía más terrible por su confusión. Era una angustiosa página en el libro de mi existencia, escrita con vagos, incomprensibles y espantosos recuerdos. En vano me esforzaba por aclararlos: sólo de vez en cuando, como el espíritu de un sonido desvanecido en mis oídos, resonaba el grito penetrante y agudo de una voz femenina, como si fuera el espíritu de un sonido que fué. Seguramente había hecho alguna cosa..., ¿pero qué había sido? Me formulaba esta pregunta en voz alta, y el eco rumoroso de la habitación respondía: "¿Qué había sido?".

A mi lado, en la mesa, la lámpara hallábase prendida, y junto a ella estaba una cajita. No tenía nada de particular y la había visto múltiples veces, puesto que pertenecía al médico de la familia; pero ¿por qué estaba allí, sobre mi mesa, y por qué al mirarla temblaba? Tales preguntas no merecían respuesta; pero mis ojos fueron a posarse sobre las páginas abiertas de un libro, fijándose en una frase subrayada. Pertenecía al poeta Ebn Zaiat. Sus palabras sencillas y singulares eran éstas:

*Dicebant mihi sodales si sepulchrum amicae visitarem, curas meas aliquantulum fore levatas.*

¿Por qué se me pusieron los pelos de punta y se heló la sangre en mis venas al leerlas?

Golpearon en la puerta de la biblioteca y apareció un criado, pálido como un muerto, que entró de puntillas. Sus ojos reflejaban un terror loco y su voz era trémula, ronca y apagada. ¿Qué dijo? Oí algunas frases entrecortadas. Me habló de un desgarrador grito en el silencio de la noche, de toda la familia y servidumbre acudiendo en la dirección del sonido y — dando a su voz una inflexión temblorosa — murmuró algo de una tumba violada, de un cuerpo desfigurado, fuera de su mortaja, respirando, latiendo aún, ¡vivo todavía!

Señaló mi traje; estaba manchado de lodo y cuajado de sangre. No respondí. Entonces, levantando suavemente mi mano, mostró en ella las señales de unas uñas humanas. Después llamó mi atención hacia un objeto apoyado en la pared: era un azadón. Lanzando un grito, me abalancé sobre la mesa, apoderándome de la caja que allí se veía. No pude abrirla y mi mismo temblor la deslizó de mis manos, cayendo pesadamente y haciéndose pedazos. De ella salieron, con un sonido metálico, algunos instrumentos de odontología, mezclados con treinta y dos objetos pequeños, blancos, marfileños, que se desparramaron por la biblioteca. ◈


COMUNICACIONES




ESTO DEMUESTRA LA IMPORTANCIA

ADQUIRIDA POR ESTA CIENCIA LLENA DE POSIBILIDADES PARA EL PORVENIR...

PREPARESE

siguiendo el famoso Método "ROSENKRANZ" que lo capacitará en corto tiempo y en su propia casa, para desempeñar los variadísimas ocupaciones que ofrece la RADIO-ELECTRONICA, no sólo en COMUNICACIONES, sino en la RADIOTECNICA en general. Este curso es el más completo y moderno que existe, teniendo la ventaja, además, de emanar de la más prestigiada Institución Educativa de los E. U. A., que funciona desde 1905 y que cuenta con SUCURSALES diseminadas por toda la América Hispana.

LA NATIONAL SCHOOLS ha tenido la distinción de haber sido seleccionada por el Gobierno Americano para encargarse del entrenamiento técnico de millares de miembros del Ejército de los Cuerpos de Señales y Comunicaciones.



GRATIS! GRANDES EQUIPOS EXPERIMENTALES, HERRAMIENTAS Y TODO LO NECESARIO PARA LAS PRACTICAS.




Pida este Libro GRATIS

NATIONAL SCHOOLS (de Los Angeles, California) Dept. Núm. R E 6 - 380
SUCURSAL en la Rep. ARGENTINA — VICTORIA 1556, BUENOS AIRES
Mándeme su libro GRATIS sobre RADIO-TELEVISION
NOMBRE.............................. EDAD........
DIRECCION..............................
LOCALIDAD.............................. PROV..........

También, impartimos enseñanza Personal en Clases Prácticas sobre Radio Superior, Radiotécnica, Armado y Operador Radiotelegrafista en nuestra Sucursal. CURSOS DIURNOS Y NOCTURNOS. Visítenos.




1

2

# ...NUESTRAS

¿CONOCE usted, lector, nuestro país?

He aquí una pregunta a la que no todos los habitantes de la Re-
pública podemos responder — como sería de desear — afirmativam...

La Argentina es grande y no siempre nuestras posibilidades están en re-
lación con nuestro afán de recorrerla. Pero, ¿conocemos al menos nuestras
ciudades, nuestros lugares históricos, nuestros paisajes característicos, ...




# STATUAS?

... nuestros templos o nuestras estatuas?
... a prueba el conocimiento que el lector tiene de todo eso es el ... la sección que hoy iniciamos.
... pues, los monumentos cuyas fotografías ilustran las presentes ... y recurra... si lo necesita, a los datos que damos de ellos en ... contestamos".

EL CUENTO CAMPERO

# Pendencia en "Lo

El capataz Liberato asomó cautelosamente la cabeza a la cocina, y viendo solo al viejo don Pirincho penetró en el interior sin más precaución.

—Me lo estoy "vichando" desde el jueves para encontrarlo solito con su alma, don, y recién ahora... — explicó sentándose.

—Cualquiera puede testificar que no me estuve escondiendo, capataz, pero si tengo con usted alguna deuda olvidada, recuérdemelo no más.

—No es por eso, don Pirincho; ¡usted siempre tomando las cosas por el rabo! Se trata de que me cuente *la verdad* sobre lo *sucedido* entre Zampayo y Margarito.

—¡Perfectamente! La verdad siempre es oportuna, duela a quien duela, cuando más en el caso que me requiere, pues le adelanto que se intenta fraude.

—Ya lo estaba maliciando.

—¿A usted le toca dirimir?

—El patrón don Gándara me ordenó despedir a los dos, y si le desconfío al Margarito, siento de veras echarlo a Zampayo, que siempre se demostró hombre derecho.

—Eso... y no le cabe que así, de la noche a la mañana, el hombre se tuerza sin causa valedera.

—Usted lo ha dicho.

—Bueno... La madrugada de aquel día, don Gándara ordenó a Zampayo que revisara los potreros; parece que había trabajo fuerte por ahí, y como el Margarito le estaba debiendo un par de pesos, Zampayo convino con él que harían la fajina a medias, quedando en pago la cuenta saldada.

—¡Ajá!

—Sí..., el hombre debió hacer lo mandado sin meterse en modificaciones, pero es frecuente entre compañeros prestarse ayuda y...

—¡No se pierda, don Pirincho, y sígame el hilo del relato!

—Bueno... Salieron los paisanos cada uno por su lado, y cuando a la tardecita volvieron a las casas, no se debían nada.

—Eso es.

—Pero a la mañana siguiente a don Gándara se le ocurrió verificar el buen estado de sus potreros, que para eso es el dueño y paga a sus peones, porque usted sabe...

—¡Siga, siga, que otra vez se desvía!

—Cierto, no me doy cuenta... Repito: el patrón salió a revisar, y allá por el jagüel del este encontró una vaca recién parida con la cría encharcada y medio muerta a causa del solazo y las mataduras.

—Perdió res y ternero.

—Sí... Ahí empieza la pendencia entre el Margarito y Zampayo, porque el primero dijo que por aquel lado revisó el segundo, cuando lo cierto debe ser lo contrario, porque alguien vió al Margarito mateando en el puesto de don Zacarías, que queda en las cercanías.

—Claro; en vez de trabajar se habrá estado, bombilla en boca, de palique con la hija.

—Está poniendo el dedo en la llaga... sin impedir que por la desidia del felón pierda el trabajo un paisano buenazo como Zampayo.

—Veremos... ¿Pelearon?

—Se la juraron a muerte para cuando salgan despedidos.

—Yo intenté disuadir al patrón, sin resultado.

—Hombre furioso, razón al pozo.

—Si pudiéramos hacer algo...

—Alguna luz tendremos dentro del cráneo.

—Veamos...

Una hora larga pasaron forjando la jugada, y cuando el capataz abandonó la cocina, el Margarito te[...] tencialmente perdida la partida.

Al domingo siguiente, frío y ventoso como si el diablo anduvie[...] trando el rabo por los campos, la peonada franca de "Los Bag[...] congregó íntegra en la cocina para presenciar el duelo entre [...] avenidos.

Eran unos veinte en total, y a hurtadillas empezaban a apo[...] uno u otro, como si se tratara de echadores de taba o gallos [...] cuando el capataz los vió y previno:

—No se apuren tanto, muchachos, que por los muchos años [...] estancia pasó Zampayo le daré una despedida bebida a discreci[...] todos.

—¡Hurra por el capataz!

—Invite antes del duelo, compañero — comentó con sorna el [...] rito —, porque no se puede predecir el desenlace, y... los [...] beben.

—Ya sé que le gusta el estimulante, y no se lo cicatearé en [...] hora — barajó el capataz —. Hasta pensé que peleando bie[...] dos" mostrarán quién conserva mejor el arte del cuchillo.

—Acepto.

—Yo no — replicó Zampayo —. Unas copas le agradezco, ca[...] amistad y porque no hacen mal a nadie, pero jamás me em[...] no lo haré por vez primera en la oportunidad de aplicarle su [...] a ese maula.



# Baguales"

Por

***Sara Poggi***

ESPECIAL PARA "LEOPLÁN"

ILUSTRACIÓN DE M. ALFONSO

[illegible] yo me mamaré a conciencia para que no me remuerda cuando [illegible] sin agonía al otro mundo.

[illegible]alo ahora mismo! — gritó Zampayo desenvainando.

[illegible] amigo, no se acalore! — intervino el capataz separándolos —. [illegible] dicho que primero se beberá y ahí traen el barril de tinto y el [illegible] ginebras.

[illegible]aje, interesado en la bebida, dejó de lado a los desavenidos, [illegible]se a aprovechar la "bolada". Comenzaron las libaciones y los [illegible] se acostumbra en el campo: uno cantó unas relaciones, otro [illegible] infaltable "sucedido", y, cuando intervino don Pirincho, las [illegible] se oyeron hasta lejos, porque el viejo tenía la manía de per[illegible] filosofías traídas a propósito o a despropósito, originando la [illegible] de sus oyentes.

[illegible] esta vez muy pronto se dedicó al Margarito, apartando para los [illegible] par de botellas de ginebra.

[illegible] tenía tus años, ésta era mi ración diaria, muchacho — comen[illegible] vos sos más flojazo y emparejaremos con una cada uno.

[illegible] cede su parte comprobaremos el fundamento de su opinión.

[illegible] dando el paso más largo que la pierna.

[illegible]...

[illegible] no era precisamente un bebedor consuetudinario, pero una [illegible] semana se echaba al cuerpo una descomunal borrachera, de la [illegible] tras veinticuatro horas de sueño, fresco como si el alcohol se [illegible] convertido en agua de rosas; pero durante los efectos del [illegible] hacía mil payasadas que divertían a todo el mundo, única exte[illegible] de su estado.

[illegible] Pirincho, esforzándose, porque la ginebra era su debilidad, le [illegible] beber despacito y seguido, en tanto se iba poniendo parlero y ges[illegible]. Al abrir la segunda botella, el hombre se mantenía más o menos [illegible] de pie, pero la lengua se le había soltado una barbaridad.

[illegible] le perdonaría la vida a Zampayo, ¿sabe? — charló —, porque es [illegible] cuando se tienen a mano la libertad y la ginebra, pero le ha [illegible] demasiada importancia al despido, ¡como si en cualquier parte no [illegible]mos ganarnos la vida mejor que aquí!, y su estupidez me obligará [illegible] en el camino.

—Pero no sabes que ahora las cosas se modificaron y vos solo sales [illegible]?

—¡No diga! ¿Y cómo fué? — exclamó Margarito aceptando el absurdo [illegible] credulidad del borracho.

[illegible] mismo patrón recordó haberte visto aquel día mateando en lo de [illegible], y así descubrió tu mentira.

[illegible] por dónde se viene a romper el hilo! Y todo por culpa de [illegible], que me está tendiendo el lazo para el casorio y no me dejaba [illegible] el mate ni terminar el palique, porque le juro que yo quería hacer [illegible]jo y ganarme la deuda que tenía con Zampayo.

—No haber mentido, y las cosas no se hubieran agravado tanto.

[illegible] que en seguida se me vino con amenazas y no vi otra manera de [illegible].

[illegible] hecho, muchacho: la verdad los hubiera reconciliado, porque al [illegible] siempre se descubre lo escondido, de lo que resulta que...

—Deténgase, don Pirincho, que se me pierde en mal momento! — [illegible] el capataz tomando de un brazo al Margarito —. Y vos te vas [illegible]dita antes que la mentira te cueste una contundencia enojosa de [illegible], que entre paisanos se estila ser más derechos y tu proceder me [illegible] la moral de la peonada.

—Pero..., ¿y el duelo, compañero?

—El duelo no se hace, amigo, porque todos testificaremos ante el patrón [illegible]fesión involuntaria, y otra vez que te dé por mentir, no te dejes [illegible] en borrachera para no meter solito las zampas en la trampa.

[illegible] empujones lo llevaron hasta su caballo y le azuzaron el pingo, que [illegible] al galope. Y palmeando a Zampayo, agradecido, el capataz Liberato [illegible] de esta manera la pendencia en "Los Baguales". ◈

Gracias a TEX
puedo lucir mis prendas de lana
siempre nuevas

TEX es el más moderno y perfecto jabón en escamas para el lavado de ropa de lana, etc.
Lave sus prendas de lana y ropa fina con TEX y comprobará que su generosa espuma vigoriza los tejidos dando a las prendas ese aspecto tan lindo de la ropa nueva.

Se vende en cajas de 55 y 150 gramos.

TEX
JABON DE LAVAR PURO EN ESCAMAS

PROTEJA SU ROPA DELICADA LAVANDOLA CON TEX

DISTRIBUIDORES S. A. Com. LA CASTELLANA

MAS MODERNO MAS PRACTICO MAS ECONOMICO

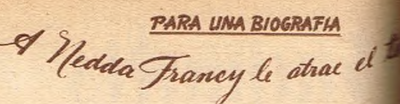
# Cine

por Amelia Monti

## De nadadora a estrella

No le fué difícil, por cierto, a Esther Williams abrirse paso por las enmarañadas calles que conducen a los estudios de Hollywood. Dejó para después de sus éxitos como nadadora su aspiración a ser estrella. Bastaron pocas demostraciones en distintas pruebas de natación, y... la demostración más elocuente, la de su belleza y juventud, para que las puertas de la ambicionada Meca se abrieran para ella de par en par. No tardaremos mucho tiempo en verla figurar en lo más calificado de algún reparto de la Metro, sello que la contrató para una de sus próximas producciones. Que Esther dará mucho que hablar, no puede dudarse, si juzgamos por esta pose de estatua viva y sonriente.

PARA UNA BIOGRAFIA




NEDDA Francy es de las actrices que han ganado justo ca... quietud tuvo manifestaciones múltiples y precisas que de... tras de su activa inteligencia. Cursó estudios secundar... rió nociones elementales de música y baile. Cultivó el period... letras. Su afán la llevó hasta el teatro, meta de un anhel... desde la niñez. Casi no hizo escalas. Ocupó, desde el princip... de responsabilidad en nuestra escena, que le brindó no p... facciones. Así llegó también al cine. Filmó su primera pelí... Se titulaba "La vía de oro" y fué dirigida por Arturo S. ... 1933 filmó "El linyera". "Monte criollo", en el 35; "Paler... porteño optimista", en el 37, y "Busco marido para mi... el 38. En diciembre de ese mismo año se fué del país. Q... sin duda, si era verdad aquello de que "nadie es profeta en s... Se embarcó rumbo a Italia, donde llegó a principios de ene... Visitó los estudios cinematográficos de la península, y despu... facer su curiosidad ... en el teatro italiano... radas con los her... lippo y una con Ta... Los primeros respl... actual contienda la ... allí... En la prime... dad regresó, con e... poco cambiado por ... lo visto, y por l... volver a esta tier... El teatro la atraj... De cine no parece ... aceptar nada que ... papel a su tono... tina. Se casó ... coronando un ... Es rubia "autén... se platina alg... propia de la ... ta muy bien, ... el tono azul ... ojos...



## Alguien dijo...

Intérpretes hay que razonan como aquel palillero que al tener una vez una flor... se sintió florero.

## Miscelanea

Prosiguen con entusiasmo los trabajos de la película "Pampa brava". El argumento y adaptación corresponden a quienes nos brindaron esa hazaña que se llama "La guerra gaucha": Ulises Petit de Murat y Homero Manzi. La realización correrá a cargo de un hombre joven que ya ha dejado de ser promesa: Hugo Fregonese. Y el sello: Artistas Argentinos Asociados. Aun se continúan contratando elementos para el reparto de tan gigantesco tema. Los últimos enrolados son: Armando Bó, Margarita Corona, Delfy Ortega y Judith Sulián.

✦

*Los exteriores de "Apasionadamente" han sido tomados en San Carlos de Bariloche, y constituyen el marco digno de esta película, que se estrenó recientemente. Su director: Luis César Amadori; sus protagonistas: Pedro López La... reno; el sello: Argen...*

✦

**¿Cámaras cinemat... cima del cerro Tr... más esto hubiera sab... hoy es una gratísi... sólo 10 horas a lo... pie emplearon los t... ton, que capitane... Christensen, para es... de los Andes. Desde ... 4.000 metros —, ... tenido, por primera ... de ser pupilas de c... tiz y Roberto Escala... en "El canto del cis... de estar, como int... tura del escenario ... les brinda...**

## Entre asteriscos

Loraine Day no se deja ver muy a menudo en los lugares nocturnos de Hollywood, y nunca fué fotografiada con una copa en la mano. Es ése un modo de vida que no le gusta, como no le gustan tampoco las bromas de dudoso sentido, aunque es dueña de un espíritu optimista, que jamás borra la sonrisa de sus labios.

Joan Crawford tuvo fama de "actriz frívola" durante algún tiempo, pero luego consiguió desvirtuar esta fama —que le hacía muy poca gracia— con interpretaciones de carácter dramático, donde prevaleció, como era su más grande aspiración.

Don Ameche ha manifestado deseos de hacer un papel "en serio" alguna vez en la pantalla. Especialmente después de "El diablo dijo no", se ha empeñado más en eso. Afirma que está un poco cansado de los papeles "servidos". Parece que van a darle pronto esa oportunidad que tanto anhela.



Marlene ... ideado una... tul, cuyo ... según el t... Su innova... la nota ... Hollywood ... timos meses...

REPORTAJE EN CINCO MINUTOS

# El "amuleto" de Greer Garson

ELENA Carrillo, la dinámica periodista latinoamericana que ejerce su cometido en la Meca del cine, es quien se ha encargado, esta vez, de entrevistar a Greer Garson. La visitó hace poco tiempo para conocer algo de su carrera artística. Durante la charla, Greer sólo se ocupó de asegurar que Walter Pidgeon, no sólo es su vecino, sino también su "amuleto". Efectivamente, al poco tiempo de haberse conocido, y de haber deseado trabajar juntos, comenzó a obtener distinciones, y Walter no se quedó a la zaga. Juntos trabajaron en "Rosa de abolengo", resultando Greer premiada por la Academia de Artes y Ciencias Cinematográficas, en tanto que Pidgeon fué candidato a tal honor. Este año, nuevamente, trabajan juntos en "Madame Curie" (La vida heroica de Madame Curie), y el *film* traerá, seguramente, nuevos lauros a los dos astros. Greer, radiante de alegría, asegura que para ella es un gran placer trabajar con Walter.

—Nos conocemos tan bien —dice—, que no tenemos dificultad alguna para armonizar nuestro trabajo. Hubo un tiempo que, casi en son de broma, soñábamos con actuar juntos. Pero yo nunca creí que esto llegase a suceder. Conocí a Walter Pidgeon después de terminar "Adiós, Mr. Chips", y fuimos vecinos de casa. Ninguno de los dos estábamos, en ese entonces, seguros de triunfar.

Cuando Greer y Walter se encontraban en el escenario o en alguna reunión social, él tenía una frase de rigor:

"—¿Cuándo voy a ser su galán, Greer?".

Precisamente a Greer se debió, en parte, el papel de Sam Gladney, que Pidgeon desempeñó en "De corazón a corazón", su primera película juntos, en 1941. Greer Garson dijo al director Mervyn Le Roy, que Walter Pidgeon era el único actor adecuado para el papel.

—No podía haber sido peor nuestro principio juntos —recuerda Greer riendo—. Tuvimos que bailar y entablar un largo diálogo mientras hacíamos piruetas en el salón de baile. Lo peor del caso es que Walter detesta bailar. Estaba un poco nervioso a causa de ello. Finalmente renunció, después de haberme dado un par de pisotones con aquellos pies, que no son muy diminutos. Se disculpó, algo avergonzado, y dijo que no podía hablar y bailar al mismo tiempo. "Para mí, Greer, eso es como quererme pasar la mano por la cabeza y frotarme el estómago al mismo tiempo", dijo. Luego comenzamos a reír, y todo salió a pedir de boca.

Es proverbial en Hollywood que las parejas románticas no se lleven muy bien fuera del *set*. Pero Walter y Greer pasaron por una verdadera prueba y salieron airosos de ella, durante los seis meses que trabajaron juntos en "Rosa de abolengo" y "Madame Curie". Jamás se ha cruzado entre ellos una palabra áspera.

—Esto se debe, principalmente, a una cosa —dice Greer—: a que nos respetamos mutuamente. Además, los dos tenemos cierto humor. Walter es muy amante de las bromas, y su compañía resulta divertidísima. Es un gran actor y trabajar a su lado me ha hecho muy feliz. Su trabajo nunca decrece, de tal manera que quienes trabajan con él saben que pisan en suelo firme, como si dijéramos... Y como lo puedo decir yo, después de haber bailado con él.

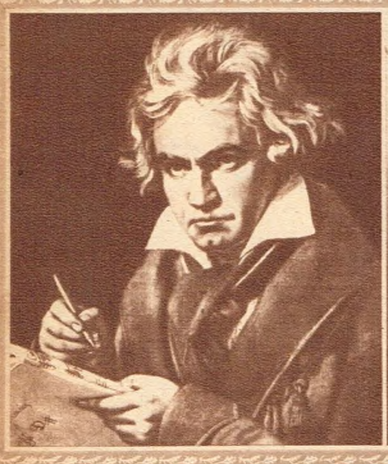
Greer y Walter han hecho tres películas juntos y esperan hacer más. Han ascendido juntos hacia el éxito, avanzando mucho en tres años. Les gustaría hacer juntos una película por año, y, según parece, sus deseos se verán cumplidos...

## Un hombre múltiple

CARLOS Borcosque es de una inquietud insospechable, dada su aparente serenidad y su natural silencioso. Fué periodista, aquí y en Chile, su país natal. Fué piloto aviador. Fundó, en 1923, en Chile, una productora cinematográfica con su nombre. Dirigió cuatro películas mudas, de metraje; el primer noticioso chileno: "Actualidades Heraldo", y el primer dibujo animado sudamericano: "Las aventuras de don Fausto y doña Crisanta". Fué a Hollywood en 1927. Allí actuó como ayudante de dirección, director técnico, codirector de la Metro y Universal. Como tal intervino en la filmación de "La mujer X", "Cheri-Bibi", "Dos noches" y "A Fighting Lady". Escribe argumentos, hace encuadres, maneja la cámara, traza bocetos... Se ha impuesto totalmente como director capaz de hacer una buena película de dos carillas de papel.

# EL ENIGMA DE LA TERCERA

**¿SE INSPIRO BEETHOVEN, PARA ESCRIBIR SU FAMOSA OBRA, EN**



Mucho se ha discutido si Beethoven, al poner en su Heroica la frase "Escrita sobre Bonaparte", hacía un vaticinio de la carrera del Gran Corso, o simplemente trazaba una dedicatoria. Este retrato pertenece a 1819.



Napoleón I en una pose característica. En esta nota se trata un interesante tema acerca del emperador y de Beethoven, el gran músico que fué su contemporáneo.



En 1804, un hombre de treinta y cinco años ya tenía tras de sí un pasado heroico y glorioso. Por toda Europa retumbaba su nombre, símbolo y sinónimo de libertad en los campos de batalla y en las conquistas pacíficas de las reformas.

Bonaparte.

El era el heraldo de los principios de la Revolución Francesa. Los había defendido victoriosamente en 1795 en París al reprimir un motín de monárquicos en contra del gobierno republicano; los había sustentado en la primera campaña de Italia, que fué la cuna de su gloria y de su potencia. El Egipto, dominado por la tiranía de los mamelucos, clamaba por la libertad, y los soldados del Gran Corso se la daban junto a las Pirámides. El joven general tenía que volver a Francia, en donde ya no reinaban el orden y la paz. Golpe de estado. Bonaparte Primer Cónsul. Y tenía que volver a Italia a fin de recuperar el predominio perdido durante su ausencia. Lo hizo pasando los Alpes por el gran San Bernardo. Victoria de Marengo, paz de Luneville: se confirmaba la de Campoformio de la primera campaña de Italia, y Francia volvía a ser dueña de la península. Y paz con Inglaterra. En 1802, el pueblo, a la pregunta de si el Primer Cónsul tenía que ser elegido vitalicio, contestaba que sí. Bonaparte ya podía nombrar a su sucesor.

Y sabias reformas administrativas, financieras, judiciales. Paz religiosa, gracias al Concordato firmado en 1801 con el Papa Pío VII. En marzo de 1804 publicábase el Código Civil —gloria de Bonaparte— que aseguraba, sobre la base del derecho romano, los principios modernos de igualdad y de justicia.

❦❦❦

En los primeros meses de 1804, Ludwig van Beethoven, el más grande compositor de todos los tiempos, inflamado por las hazañas del Primer Cónsul, en el cual personificábase un alto ideal de libertad, trazaba vigorosamente con la pluma, en la primera hoja del manuscrito de su Sinfonía en mi bemol, las siguientes palabras: "Escrita sobre Bonaparte". Bonaparte y Beethoven.

❦❦❦

Era esa su tercera sinfonía y su quincuagésima quinta obra musical. Tenía en aquel entonces treinta y cuatro años. Huraño, de aspecto torpe, brillaba en su cerebro un fuego divino. Su oído, el sentido más ne- cesario para un músico, ya no funcionaba. Beethoven estaba "sordo —escribió muy bien un autor— a todos los ruidos de la vida fí- sica, a fin de poder escuchar la música del universo y las genuinas del alma y penetrar su íntima esencia".

❦❦❦

Beethoven escribió la tercera sinfonía entre 1803 y 1804 en Döbling, en las cercanías de Viena (adonde se había trasladado, desde la ciudad alemana de Bonn, en la que, como todos saben, había nacido en A la casa en que la obra fué compuesta, situada en la calle H Nº 4 de Döbling, se la llamó después "Casa de la Heroica".

Demás está recordar a los lectores que una sinfonía —al igual una sonata, un cuarteto, etc.— está constituída por algunas partes madas "movimientos", que tienen carácter distinto. Los cuatro "mo- mientos" que forman la tercera sinfonía de Beethoven son "allegro brio", "marcia funebre", "scherzo" y "finale".

Hemos dicho que en 1804 Beethoven escribió en la primera pa del manuscrito de esta sinfonía el nombre de Bonaparte.

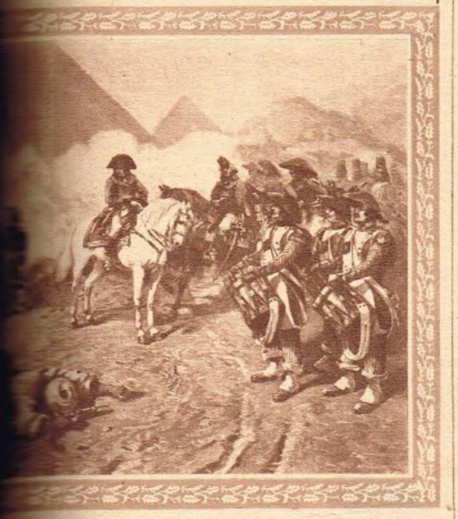
Hemos de tratar ahora un tema interesante y discutido. En ese "Escrita sobre Bonaparte", ¿hay que advertir únicamente la in de una dedicatoria, un simple homenaje que el compositor rendía Primer Cónsul o algo más? En otras palabras, ¿hay o no relación el desarrollo de la sinfonía (sus cuatro "movimientos") y la vida Corso?

Los que sustentan — y son la mayoría — la opinión de que no esta relación entre la música del maestro y la vida de Bonaparte, san sobre todo en la época en que la "Marcha fúnebre" fué bosq en la primavera de 1801. En la misma época fallecía en la batalla de Alejandría, el general inglés Abercromby, y en esa muerte se h inspirado Beethoven para escribir la marcha. El primero y el se movimientos fueron compuestos dos años después. El maestro — ellos — no pensaba, al escribir la tercera sinfonía, en *un* héroe minado, de quien iba trazando la biografía, sino en hombres y he heroicas. En el primer movimiento — "allegro con brio" — se senta —dicen— a un héroe vencedor; en el segundo, a un vencido mo puede ser?

# ...INFONIA

## ...VIDA DE NAPOLEON?

Por
Conrado A. Finzi
ESPECIAL PARA "LEOPLÁN"



... en la batalla de las Pirámides, en la que adquirió gloria al dar ... el pueblo dominado por la tiranía de los mamelucos. Cuando Bonaparte ... proclamado emperador, Beethoven perdió por él toda estima.

... dicen, en cambio, que la tercera sinfonía es la biografía de Bo... No hay dudas, afirman estos comentaristas: Bonaparte está en ... movimiento, en el tercero en que se escucha un eco de gue... el último, el cual contiene un tema sacado de su obra "Prome... que glorifica al mitológico iniciador de la primera civilización ... Bonaparte está también –dicen– en la "Marcha fúnebre"; Bee... presentía el trágico fin del Corso.

❦❦❦

... de mayo de 1804 –exactamente ciento cuarenta años hace–, ... era proclamado emperador de los franceses: Napoleón I. ... alumno y amigo de Beethoven, Fernando Ries, le trajo la ...

... el gran maestro estalló de rabia y de furor: "¡El no es otra ... un hombre vulgar! – exclamó. Ahora pisará todos los dere... hombre para satisfacer su orgullo. Necesita estar por encima ... Un tirano!".

... que había representado a sus ojos la encarnación de su ideal de ... justicia, convertíase ahora en un hombre común, en un tira... iba a renovar las viejas formas. De héroe a enemigo.

... pedazos la primera hoja de la sinfonía – la que llevaba las pa... "Escrita sobre Bonaparte" – y volvió a escribir la primera pá... encabezándola así: "*Sinfonía heroica* para celebrar el recuerdo de ... hombre".

... más que el recuerdo.

... ocupará Viena en 1809. Tenía que ir una noche a un con... en cuyo programa figuraba la "Heroica", pero un cambio de cam... obligó a salir de la ciudad un día antes. ¿Se habría reconocido en ... –si la hubiera escuchado– el emperador?

❦❦❦

...león y Beethoven: dos inmensas figuras.

...león y su imperio han muerto. Beethoven sigue viviendo, en el ... abstracto y divino de los sonidos de sus sonatas, de sus cuar... de sus nueve sinfonías.

... día, para los pueblos oprimidos de Europa, las cuatro primeras ... de la quinta sinfonía son símbolo de esperanza y de victoria. ◈





Cuide su dentadura que es el alma de su belleza!
Cepíllela diariamente con KOLYNOS,
la crema dental que más se vende porque permite una limpieza de toda la boca!
Compruébelo personalmente!
Pida hoy mismo un tubo grande de KOLYNOS y someta sus preciosos dientes a la prueba del centímetro de KOLYNOS!
Verá que inefable sensación de frescura experimentará y cuanto más hermosos lucirán sus dientes!
Esos dientes que él compara siempre con la más preciosa de las joyas.

HAGA DE SU DENTISTA SU MEJOR AMIGO



*KOLYNOS es mi dentífrico favorito*
*Mi sonrisa atrae gracias a KOLYNOS. Hay que ver como limpia diente por diente! Y como refresca su deliciosa espuma!... Y que rendidor es KOLYNOS!*




RITMO Y LEYENDAS DE AMERICA con el cuarteto vocal GOMEZ CARRILLO. Se irradia por RADIO BELGRANO todos los miércoles y domingos a las 22.05 hs. ¡No deje de escucharlos!

# MI AMIGO LARCO

Esa noche se retrasaba. Por último caí en la cuenta de que estaría con ella. Ya eran pasadas las diez. Comíamos en el mismo fondín. Agosto parecía arrastrar a la cama a los más noctámbulos, y en el comedor alfombrado de aserrín dos guardas pasaban una sobremesa en confidente camaradería evocando tiempos idos de Italia. Frente a la ochava se abría una cortada fangosa en diagonal que se internaba en el villorrio paralelo a un arroyo de agua infecta, retorcido como una culebra, donde las gallinas picoteaban por las tardes y los chicos destrozaban ratas a pedradas. Un vaho desagradable subía de allí, mezclándose con la niebla, que remedaba fardos de algodones sucios, despeinados por el viento. Los vidrios estrellados del lugar y reparados con botones de cobre, nunca se lavaban, y las moscas zumbaban como en colmenas, en los que aparecían papeluchos pegados con grasa. *—Hoy buseca. — Cabecita de cordero.*

Se había desatado un viento de remolino y en la recova volaba un papel como una paloma borracha. Los pocos transeúntes que pasaban apresuradamente encorvaban el cuerpo con las ropas agitadas, disparando de pánico, como de un cataclismo. Un gato negro runruneaba a mi alrededor tratando de rascarse el lomo en mis piernas; le aplasté suavemente la cola y me expresó un miau de grima tan conmovedor que accedí a que ocupara la silla en la que se sentaba el retrasado Larco. El bicho conquistó mi simpatía por su extraordinaria pelambre reluciente y sus fulgentes pupilas. Bostezó con el placer de un bebé, sacándome la lengua; se lavó la cara y quedó avizorando a través del cristal. Larco había excitado mi curiosidad. Difícilmente podría discriminar la sensibilidad de ese muchacho de quien Ingenieros o Freud habrían hecho un digno psicoanálisis. Por mi cuenta declaro que Larco era un tipo original.

A su favor diré que tenía un carácter exclusivo y que había recorrido mundo con su empuje audaz de solitario. Le gustaba filosofar socarrón, y en las paredes de su cuartujo inscribía frases célebres de autores inmortales, y entre las ajenas, las suyas propias.

Una vez leí entre una de Goethe: *—Marcha sin prisa y sin pausa como la estrella—* y otra de Florencio Sánchez: *—Es más fácil que se destruya el hogar de un hombre que el nido de un pájaro—*, una suya: "No creo en el amor, ni en la hermandad, ni en la amistad; pero me atraen los hombres ridículos, los animales cómicos, las mujeres charlatanas; en particular por la mujer siento gran admiración".

Reí por su originalidad.

—¿Crees que no tengo condiciones de escritor? —me atajó—. Para desarrollar mi talento me es imprescindible una paciencia que me falta, y nunca lograré escribir lo que siento. Es una gran lástima.

El mozo fregaba una mesa con el desgano del que ha recorrido un par de kilómetros alrededor de sillas.

—Parece que su compañero no viene.

—Es extraño —respondí mirando su cara de idiota: belfos caídos, frente estrecha, ojos inexpresivos de tapir.

Estaba decidido a marcharme cuando alguien abrió la puerta dirigiéndose a mí. Lo conocía vagamente del fondín.

—¿Usted espera a su compañero?

Ante mi afirmación, dijo a quemarropa:

—No quiero que espere inútilmente. He visto hace un rato que se lo llevaban preso.

Mi sorpresa fué grande. Le agradecí y quedé pensativo. El notición disipó todo mi cansancio y mi sueño. Invité al confidente con un café. Conversamos. No sé por qué descubrí en su cara larga reflejos de una oculta ironía. El cartílago de su nariz filosa como una navaja parecía cortar mi paciencia. Luego de preguntarme qué tiempo hacía que era amigo de Larco, agregó que sabía que *hablaba* con una muchacha de ahí cerca, y suponía que no podría casarse con ella, puesto que tenía ella demasiadas pretensiones para aceptar como marido a un simplote.

Sorprendido de sus datos, inquirí si conocía a la muchacha.

—Alquilo un cuarto en la misma casa, y estoy comprometido con una hermana de la misma.

Callé. Curioso por saber qué pasaba, me despedí dirigiéndome a la seccional. Intuí que el arresto de Larco estaba más o menos ligado a la conversación del sujeto. El viento me hacía correr más de la cuenta. Era el único que recorría los extramuros. Todas las puertas cerradas me producían una extraña impresión, y el rumor de las escobas dadas vuelta de los árboles, se hacía tan prolongado que parecía como si todas las brujas de las montañas se hubieran encaramado a sil... ciones infernales en sus ramas. ¿Qué ... no se estremecería en su nido si me ... cía yo oyendo aquella zarabanda?

Entré en el zaguán iluminado de la ... saludando al agente de guardia. En la ... de oficiales pedí informes.

—El detenido —me dijeron— está ... do por inmoralidad. Le había faltado ... a una dama.

Una barra de hielo resbaló por ... nazo. Pedí por favor que se me ... verlo.

—Traiga al detenido Larco —or... guien a no sé quién. Minutos desp... hacia mí, desgarbado como un ca... traviado en su madriguera. Tenía los ... cos, la cara pálida, el pelo revuelto. ... de un tic nervioso que le hacía ... cabeza y tartamudear.

—¿Qué te pasó?

Movió el hombro derecho, se ... mano por la boca, haciendo un du... guince.

—Ya te explicaré. Ahora no ha... Mañana van a pasarme a Devoto. ... miten, tráeme sandwichs y cigarri... único que necesito...

❦ ❦ ❦

Por unos días me repartí en dilige... dolor me ocasionó el granuja de ...



## Brillante Plastino

ESPECIAL PARA "LEOPLÁN"
ILUSTRACIÓN DE VALDIVIA

...conseguir dinero para pagar la multa y ... su libertad. Fuí a Contraventores a ... Me conmovía verlo desmejorado en ... poco tiempo. Se había puesto seco como ... Entre las rejas y el griterío de ... visitantes, no se entendía ni jota. Tuvo ... de escribir una carta y pasármela por ... barrotes.

... me enteré de lo que había ocurrido.

❦ ❦ ❦

... de largo preámbulos y acotaciones, y ...:

—En seguida me di cuenta de que algo ... a Cándida. No anduvimos ni una ..., ni me sonrió una vez. Me sorprendió ... permitiera tomarla del brazo. Fué ... buen humor para sacarla de su mu...

—¿Te ocurre algo?

—Mucho.

... de hablar se hundió los dedos en ... de su melena, movió la cabeza hacia ... expresivamente.

—Usted no trabaja en el Correo. Usted es ...

... penas pude mantenerme sereno. ... quién me vendió. Sonreí a mi pesar.

—... cierto, soy un pobre —le dije—. Pero ... hubiese dicho que soy un ganapán, nun... habría conquistado. Mentí por que te ... Los pobres como yo no podemos con... mujeres como tú. Eres un sueño, se... siempre un sueño para mí.

... la esquina en que estábamos, la lamparita ... las horquetas y sus reflejos tejían un ... de lentejuelas en el rostro de la mu... que perdería para siempre.

... una pena atroz al dejarla. Después de ... de ella caminé como un ciego tro... con señoras que entraban y salían del ... Desdichado, me detuve en la vidrie... de una sastrería. Dos maniquíes de yeso ... sonreían tras el vidrio. Ilusamente pensé ... hacerme diez trajes, y pasarme todas las ... por su casa del brazo con otra. Al ... mis pasos, la vi, como si soñara, ... de mí, del brazo de otro hombre.

... que el alma se me caía. Sin poder ... mi despecho, corrí hacia ella, empu... a la gente, y ante la expectativa ge... grité:

—¿Por qué no me escupís en la cara ahora?

... sé decir el tumulto que en seguida ..., y el terrible puñetazo con que el ... me tiró contra el tronco de un árbol, ...ando por la nariz.

Me levantó un agente. Oí risas. Y la voz ... de Cándida, que decía:

—Ahora tendrá para arrepentirse, ¡idiota!".

❦ ❦ ❦

No me costó trabajo deducir quién lo ha... vendido. Había sido el sujeto que me ... la novedad del arresto.

En cuanto Larco salió de la cárcel me ... unos pesos prestados. Fué a sacar un ... de tren. Antes de subir, dijo como dis...dose:

—¿Qué puedo hacer ya de mí? Soy un ... perdido. Ambularé un poco. Cuando ... aburra volveré.

Su cara cómica me dió realmente lástima, ... aquella pitada de la locomotora en marcha ... pareció un sollozo arrancado de su alma ...funda... ◈





*Su alcurnia en los salones*

Del bullicioso revuelo de jovencitas, del sereno coloquio de hermosas damas, parte y se expande esa fragancia tenue y persistente de Colonia Rusa de Preal, que lleva en su finura el sello indeleble de su alcurnia.

Usted puede llevar también en su persona ese sello inconfundible que destaca la gracia femenina. Use Colonia Rusa de Preal.

*Venta en tiendas, farmacias y perfumerías.*

Colonia Rusa de PREAL

Camauër & Cía., Soc. de Resp. Lda.
Capital $ 200.000 m/n.
Inclan 2839/47 Buenos Aires.

VENTANA AL MUNDO

# CAZADORES DE TORTUGAS E…

PARA los que vivimos de este lado del Ecuador, las islas del Pacífico, en general, tienen un aire de misterio, de leyenda, de cosa lejana e inalcanzable. Como lo tendrá, para los seres semisalvajes que las habitan, el mundo occidental. Ese mundo que ahora se les está revelando en el aspecto más terrible de la civilización: la guerra.

Para los nativos de Nueva Guinea, por ejemplo, asistir al espectáculo del bombardeo aéreo de Port Moresby, habrá sido sin duda una experiencia por demás fuerte. ¿Qué podrían sus pobres flechas y sus hachas de piedra contra la desatada furia del hombre blanco que llegaba desde los aires? ¿Contra sus ametralladoras, contra los tanques y los lanzallamas?

Por otra parte, la actualidad gráfica nos trae, aquí y allá, la imagen de esos nativos apostados tras de algún nuevo modelo de ametralladora. Prueba de que, ante el imperativo de la guerra, están siendo absorbidos por la civilización en forma precipitada. Por eso, nada más de actualidad, en estos momentos en que sus costumbres primitivas están por desaparecer, que echar un vistazo sobre los primeros habitantes de Nueva Guinea.

Un nativo típico de Nueva Guinea. Para preservar su cabeza de parásitos la cubre con una toca hecha de corteza de árboles.

## En la Edad de Piedra.

Los miembros de las diversas expediciones que han atravesado el corazón de la isla están de acuerdo en que los nativos de Nueva Guinea viven aún en la Edad de Piedra. No usan metales ni en sus armas de guerra ni en sus materiales domésticos; su lenguaje es por demás primitivo. Algunas tribus, principalmente las de las costas, viven en curiosas cabañas construídas sobre los árboles. Los estudiosos no se han puesto de acuerdo sobre el porqué de tales construcciones, aunque lo más probable es que su origen resida en algún peligro que sus habitantes tuvieron que combatir antaño, como ser la crecida de las aguas o bien el ataque de animales salvajes hoy exterminados. Los integrantes de estas tribus costeras son excelentes marinos, y dominan el arte de la navegación a vela, alejándose considerablemente de la costa en algunos de sus viajes. El mar les provee también de alimento, pues aparte del pesc… suelen cazar tortugas gigantes.

## La caza de la tortuga.

Es interesante seguir a los nativos de N… Guinea cuando se disponen a capturar … esos quelonios cuyo peso alcanza a … los 50 kilos.

Cuando uno de ellos descubre cerca … costa algún ejemplar de gran tamaño, … seguida la voz de alarma, y todos los … se hacen inmediatamente a la mar en … Navegan en fila hasta que, llegados al … donde se halla la tortuga, se abren en … para cerrarse luego formando un amplio … lo en cuyo interior nada la presa. Esta … se ha dado cuenta ya de las intenciones … perseguidores, trata desesperadamente de … per el cerco. Pero sus esfuerzos son van… remeros la siguen de cerca, gritando de… damente cada vez que el animal aparece … superficie del mar para respirar, con el … de impulsarlo hacia la costa. Cuando la … ga se halla en aguas poco profundas y … gada por la persecución, los nativos se … al mar. Entáblase entonces un duelo de … tencia: la tortuga se hunde hacia el fondo … cazadores la siguen. Por fin, aquélla reto…



Diestros navegantes, los indígenas se alejan a … ta perder de vista la costa de la isla. Un … ellos efectúa una maniobra a bordo de … embarcación.

superficie en busca de aire. Es el mom… perado: los nadadores, mediante dies… vimientos, se colocan debajo de la … tomándola del borde de la caparazón … vuelta con el vientre hacia arriba. L… tre varios la izan a bordo, o bien, si … es excesivo para una sola embarcación, … locan entre dos o tres juntas. Después … gen triunfalmente a tierra. Entonces … caníbales, reeditan en las arenas cálid… playa, y teniendo la presa por centro, … danza guerrera que bailaban antaño … a las víctimas humanas, y en seguida … dazan al animal.



# NUEVA GUINEA

Por
**Remo Valcarce**

ESPECIAL PARA "LEOPLÁN"



He aquí una belleza de Nueva Guinea, pintada y ataviada para tomar parte en la fiesta a que da lugar la caza de una tortuga.

**guerreros.**

... aún muchos años, los blancos que se ... tierra adentro, en Nueva Guinea, ... expuestos a los ataques de los cazado... cabezas, quienes ambicionaban poseer en ... colecciones el cráneo del extranjero. Entre ... de esa isla, el crimen constituye un ... de honor, aunque para matar se ajustan ... código que ha sido estudiado por va... hombres de ciencia. Por ejemplo: el indí... suele matar a fin de hacerse valer a los ... la mujer que ha elegido por compañera, ... a un miembro de una tribu enemiga. ... los parientes del muerto reclaman el ... de la sangre, y la serie de crímenes con... hasta que éste se paga, o bien hasta que ... la llamada fiesta guerrera.

... fiesta guerrera consiste en un combate ... en el cual toman parte hombres de ... tribus rivales, seleccionados entre los me... guerreros. Usan el arco y la flecha, o



...tes nadadores, los remeros, después de haber descubierto la tortuga, se ... a seguirla en las profundidades del mar. En segundo plano se alcanzan a ver las rompientes de los arrecifes de la isla.



La tortuga, que ha sido capturada tras accidentada persecución bajo las aguas, es depositada en una jaula de varas de mangrove. Luego llegarán los demás integrantes de la tribu y bailarán todos en torno a la víctima.

... hachas de piedra de rudimentaria fabrica... Como se protegen con un gran escudo ... muy diestros, los muertos que resultan ... combate son pocos, y éste termina con ... puesta del sol. A veces, sin embargo, los ...res de una tribu hacen muchas bajas entre ... guerreros de la tribu rival y entonces, mien... los vencidos huyen, los otros, enardecidos, ... una verdadera matanza. De más está ... que las cabezas de los muertos van a en...cer las colecciones de cráneos de los gue... vencedores. Y si actualmente los cadáve... no sirven de alimento, ello se debe a la ac... civilizadora de las autoridades australianas.

**El jefe, la familia, el matrimonio.**

Las tribus no tienen un jefe, sino que los guerreros más viejos son quienes emiten sus opiniones, cuando la tribu debe tratar alguna cuestión de interés común, sin que ello implique, no obstante, que tal opinión tenga un peso decisivo. La familia es monógama, por lo general, aunque el hombre puede tomar otra mujer, cuando la primera no tiene hijos. Por lo demás, cada individuo es absolutamente libre y puede proceder como le plazca. Las asociaciones son ocasionales y se realizan cuando algún interés, como el de la guerra o el de la caza, lo requiere.

Ahora, bajo el influjo de la guerra, los indígenas de Nueva Guinea se han plegado a los guerreros blancos. Y si bien es cierto que la fuerza de la sangre les hará sentir placer en el manejo de un fusil o de una ametralladora, no lo es menos que la guerra ha contribuído a romper la barrera de aislamiento que los separaba de la civilización. Cuando llegue otra vez la paz, esos pueblos habrán entrado definitivamente en el concierto de las naciones occidentales, con las cuales estarán en contacto, merced a las nuevas rutas comerciales que recorrerá el avión, señor de las distancias, antes casi infranqueables, del Pacífico. ◈

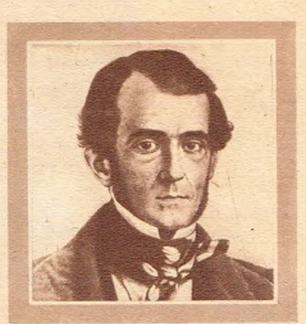
MEDALLONES DE SANGRE

# A FLORENCIO VARELA LO ASESINO UN

El director de "El Comercio del Plata", que vive en la misma casa en que tiene la imprenta, no sale casi nunca después de terminada la diaria faena del periódico. Sin embargo, aquella tarde del 20 de marzo de 1848 ha salido ya por segunda vez.

Su mujer le ha dicho sus temores: pronto oscurecerá y no le hace ninguna gracia que ande por la ciudad entre las sombras de la noche. Doña Justa se las imagina pobladas de peligros para su marido. El largo sitio de la ciudad puede haber acostumbrado a sus habitantes a vivir entre continuos riesgos, sin hacerles mucho caso; pero ella, particularmente, tiene sus motivos para alarmarse. No hace más que diez días, en el campo sitiador se organizó una "pueblada" a cuenta de su marido, en la cual despedazaron un busto hecho a su semejanza, sin duda para mostrar así las ganas que pasaban de hacer lo mismo con su persona. Y que sus enemigos tienen agentes en la ciudad, lo prueba el que la otra noche penetraron en su casa unos desconocidos y empastelaron la imprenta. No en balde su marido es don Florencio Varela.

Su periódico es uno de los más fuertes baluartes de Montevideo: torre más alta que el Cerrito de la Victoria, donde tiene su campamento el sitiador, y teme más el brigadier Manuel Oribe a sus columnas de bien trabajada prosa, que a las más aguerridas columnas de soldados que lo tienen a raya, hace ya cinco años, en las afueras de la ciudad. Dentro de ésta, don Florencio Varela, con su prestigio día a día acrecentado, con su gran



Don Florencio Varela.

talento, con su ponderación y su mesura, hace más daño a sus enemigos — Juan Manuel de Rosas y Manuel Oribe— que puedan hacerles los ataques más violentos. El pone en el ambiente de exaltación romántica en que se vive en la Nueva Troya una nota de serenidad clásica. Hace años ha dejado de escribir versos. Quédese toda la gloria del poeta para su hermano Juan Cruz.

Toda su vida se asienta equilibradamente sobre la Razón: él la ha ido construyendo sin desmayo y sin pausa, fiándolo todo a su propio esfuerzo. Hoy tiene un hogar de numerosa prole, una imprenta, un importante diario, una
vidiable reputación. En sus largos
de arquitecto de su propia vida,
ha contado con lo imprevisto, ni
suerte, ni con el azar. No cree en

Por eso aquella tarde sale a la
sin prestar mucha atención a las
bras con que su mujer quiere
en casa, sin tener en cuenta las
taciones de los amigos para que se
de de posibles peligros. El sigue
su vida como de costumbre. Y sale

Y, cuando al volver a casa
que aun tiene que ver a una
con la cual le interesa hablar,
salir. Sí, es cierto que se está
de noche; pero no hay nada que
es cosa de un momento; volverá
guida...

Y efectivamente, ya vuelve por
lle 25 de Mayo, la más transitada
pequeña ciudad.

Su gentil presencia pone una
distinción europea en la calle
con aire colonial; a su paso va
a los amigos; aunque no quisiera
nerse, no puede por menos de
con algunos de ellos, que se le
deseosos de hablar con él. Su
siempre un regalo, ya que ella es
presión de su gran cultura, de
espiritualidad, de su claro juicio.
quedó tan gratamente
su trato cuando lo conoció en
en una ocasión dijo en el
francés: "—El señor Varela es
hombres más distinguidos que
ble encontrar en cualquier
mundo".

Después de conversar con el



El asesinato de Florencio Varela, según un grabado de la época.



El entierro del gran hombre público, en Montevideo.



Justa Cané de Varela, la esposa del prócer.

# SOMBRA

**Por**

**Valentín de Pedro**

ESPECIAL PARA "LEOPLÁN"

...cienda, dobla la esquina de su ...

... y la gente se han quedado en ... 25 de Mayo, como si toda la vi... ciudad estuviese en aquella ho... principal arteria. Al doblar por ... donde está su casa, es como ...ara en un túnel, donde se van ...do las sombras.

... aquí el azar influyendo de una ... definitiva en su existencia: la ... de su casa, que lo es también de ...ta, está cerrada, y esto le obli... ...erse ante ella.

... la habrá cerrado? Mientras ... en los talleres o en las ofici... ...anece entornada. Y precisa... ... aquellos momentos están en ...cho, que da al zaguán, junto a ... su cuñado y otras personas. ... la habrá cerrado?

... Algún operario, al salir, sin ...nta...

... dispone a llamar, para que le ...

... aun resuena el último golpe ... que ha dado; cuando aun tie... ...zo en alto, la mano en la alda... ... hoja de acero se le clava en la ...

... Florencio Varela quiere gritar, ... sale de su garganta un ron... ... lastimero.

...ita la sangre en la mortal he... ... puede tenerse de pie, pero, ¡ay!, ... le cuesta perder la verticalidad a ... poderosa naturaleza, tan equi... ... Es terrible. Toda su vida, cons... ... tan sólidamente, en la que nada ...aba al azar, que no contaba con ..., derribada de pronto, como por ...

...esta caer.

...cede.

... la calle, tambaleándose como ...

...errumba en fin en la acera de en... ... donde le recogerán ya muerto.

... siquiera ha visto a su asesino. Na... ... ha visto, por otra parte. Como si ... sido una sombra salida de en... ...sombras para asestarle a traición ... terrible cuchillada y perderse ... entre las sombras.

...que se supo luego que el autor ...al del hecho fué un marinero ca... ... llamado Andrés Cabréra, quien ... a don Florencio Varela fué en ... una sombra, desprendida del ... para cometer el vil asesinato que ... impune; y, una vez éste cometido, ...bra se deslizó fuera de la ciudad ... para adherirse de nuevo a su ..., que estaba allá en el Cerrito de ...toria... ◈

HOMBRES DEBILES

Nuevo método naturista (Hidro-Neumático) BIER y KUHNE alternado, para combatir en privado los TRASTORNOS GENESICOS y restaurar sin drogas el VIGOR MASCULINO PERDIDO. NUEVA PATENTE concedida por el SUPERIOR GOBIERNO DE LA NACION ARGENTINA BAJO EL Nº 44.485.

GRATIS Pidan folleto explicativo "L" a Ortopedia "JUPITER", Casilla Correo 1924 Bs. Aires, incluyendo $ 0.30 para franqueos.

Resotil FUCUS

JARABE

EXPECTORANTE

PARA NIÑOS



# EL CUENTO HUMORISTICO



# UNA CUESTIO

Como ahora ya da lo mismo, lo confieso; pero antes de empezar estas líneas tenía el propósito de arreglar con este escrito una cuestión particular, una cuestión discreta. Tenía el propósito de escribir sobre este papel de cartas a mi amigo, el consejero municipal, para que le hablase al alcalde, para que éste le hablase al secretario de Estado, para que éste le hablase al ministro sobre aquella cuestión, aquella cuestión muy discreta de que ya tuve el honor de hablarle en nuestra última entrevista. Ha sido en el café donde se me ha ocurrido la idea de que era necesario escribir ya al consejero municipal para poder echar la carta al correo inmediatamente, y he querido escribir la carta en el mismo café. Pero en cuanto he dado la modesta orden de que me trajesen papel, tintero y una pluma (pues en tales asuntos discretos no está bien el escribir con lápiz), he producido, inmediatamente, una gran sensación.

El que recibe la orden es el botones; pero, como aquello no es cosa suya, se la traslada al mozo.

—A ver, papel para el escritor. El escritor quiere escribir. ¡Eh!

Este ¡eh!, hace referencia a que yo soy un escritor humorista de fama universal; luego, yo voy a escribir algo muy humorístico, y ya, anticipadamente, hay que festejarlo: ¡eh!

El mozo, que no tiene nada de lo que para escribir se necesita, traslada mi deseo al jefe de los camareros.

—Papel a la segunda mesa de la izquierda. Parece ser que quiere escribir algo. Algo muy divertido.

El jefe de los camareros deja que la orden le penetre por la oreja derecha y le salga por la izquierda, y se la traslada al encargado del guardarropa, que es el personaje competente. Jamás sabré por qué; pero lo cierto es que, en los cafés, el hombre del guardarropa es el depositario del papel, de la pluma y del tintero.

Y al instante me trae los artículos pedidos.

Coloca el papel delante de mi nariz, coloca el tintero delante del papel, coloca la pluma delante del tintero, y acto seguido se coloca él a su vez detrás de mí, a mi espalda, inmediatamente detrás de mi hombro. Y comienza a clavar los ojos en mi mano, en lo que haré con ella, en si escribiré y qué será lo que con ella voy a escribir.

Cuando me he dado cuenta de ello — y me he dado
de ello inmediatamente, porque ha sido imposible el
me diese cuenta, ya que el hombre del guardarropa
poco asmático y resopla ruidosamente detrás de mi espa
cuando me he dado cuenta de su presencia he comen
mirar al aire, como si estuviese reflexionando acerca
que debo escribir sobre el papel. Aunque yo sabía ya
tualmente las frases que deseaba escribir al consejero
cipal para que le hablase al alcalde, para que le habla
etc., hasta llegar al ministro, no comienzo a escribir,
trata de una cuestión discreta; se trata de una *prima* m
la que trabé conocimiento en el parque de la ciudad
que desearía diesen un empleo de telefonista en una
central de provincias, allí donde la circulación es es
queda mucho tiempo libre.

Pero esto pertenece a la corrupción; por lo tanto,
puede escribir ante los ojos del encargado del guard

Entretanto, el botones se ha colocado igualmente a
palda, y el hombre del guardarropa, que es alto,
pasar amablemente delante, y, por lo tanto, caldea m
con su respiración. El botones ve que me devano los
lo que le hace creer, no sin motivo, que voy a escrib
muy chistoso y que vale la pena de esperar.

En estas circunstancias, decido no escribir la carta
de la cuestión discreta, pero escribiré lo que aquí
bo. Y... escribo. Hasta este momento, únicamente el
bre del guardarropa y el botones son los que me lee
aun no han llegado a poner en claro cuál es el cará
mi trabajo. No saben si es serio o cómico. Hacen, pue
seña al jefe de los camareros para que les ayude a d
el sentido de lo que yo escribo.

En este momento es cuando llega detrás de mí el
del servicio, y, haciendo enormes esfuerzos con to
ojos, lee estas modestas líneas por encima de mis ho
después de haber apartado a un lado la oreja del hom



# DISCRETA

Por ANDOR GABOR

ILUSTRACIONES DE RAÚL VALENCIA



...rropa, que es grande y desigual ...apaba la vista. Y el botones saca ...rrón de azúcar del bolsillo y se lo ... en la boca, comiéndoselo detrás de ...uca y haciendo chascar los labios; ... no puedo darle una bofetada por... de ese modo declararía saber lo que ... ocurriendo aquí, a mis espaldas. ... a pesar de saberlo lo aguantase, to... personal no me tendría ya ningún ..., y la próxima vez que deseara ... una carta discreta, la próxima ... En realidad, ¿qué sería lo que ... podrían hacer la próxima vez? Po... mirar lo que yo escribiese. En ... eso es lo que podrían hacer, y ... más. Y eso ya están en disposición ...rlo. De suerte, que... ¿sería me... le diese al botones una bofetada ... volviese la cara al revés?

... botones lee el mensaje que le di... pero, ¡oh maravilla!, a pesar de ... se separa de mi espalda. ¿Dime, ..., por qué no te vas de detrás de ... espalda cuando ves que los otros dos ...ables están también ahí? Y ahora ... tres, pues el jefe de los camare... queriendo ver qué es lo que tanto ... a sus dos colegas, se ha acerca... también. Ahora estamos ya encade... los unos a los otros. Yo escribien..., y ellos tres —es decir, con el ... tres y medio— leyéndolo. Yo no ... decirles nada por las razones ex... más arriba, mientras que ellos... —aunque yo escriba de ellos las cosas ... graves— no pueden ofenderse, pues ... eso confesarían que estaban leyendo ... que yo escribo.

...do, pues, escribir aquí, impune... que jamás he visto cuatro cerdos ...antes.

...upp!

...ento que se han movido. ¿Se habrán ofendido?

...nto que mueven la cabeza para decir que no se han ofen... Bueno, señores de detrás de mi espalda, ¿es que no tie... ustedes vergüenza? Les juro que yo jamás me pongo a ... los escritos del jefe de los camareros, ni siquiera cuando ...ra mis cuentas, y, sin embargo, si entonces mirase, po... economizarme mucho dinero.

—Vamos, hijos míos, marchaos de detrás de mi espalda, ... me ponéis nervioso. Estáis respirando toda vuestra neu...nia sobre mi nuca.

No se marchan.

—¿Cuánto es?

¡Gran éxito! El jefe de los camareros ha escapado de ... hasta el otro extremo del café. Ha corrido hasta allí ...que su obligación consiste en no oír cuando alguien quie... pagar. Ahora ya estoy seguro de que durante una hora, ... lo menos, no se me pondrá ni delante ni detrás.

Por las mismas razones vuelvo a lanzar al aire, sin vol...me, las siguientes palabras:

—Café puro... en copa.

El mozo se evapora lo mismo que el alcanfor.

—¡Guardarropa!

El hombre del guardarropa desaparece igualmente.

Ya no queda detrás de mí más que el botones. Voy a echarle una copa de agua sobre su chata nariz.

Lo hago.

Pero sin resultado. Porque el botones leyó muy atentamente la frase precedente, averiguó de este modo mi intención, saltó de lado, y el agua se ha derramado sobre la mesa de atrás.

Perdón, señores; tengo que dejar de escribir. El señor de la mesa de atrás, que ha recibido el agua, se acerca a mí con toda gravedad, y, ya desde lejos, me grita "animal". Esto va a dar lugar, sin duda, a una cuestión personal.

Ya referiré lo que suceda. ◈

# OCASO DE LA



Quedan pocas victroleras en Buenos Aires. Símbolos de una época, han sido desplazadas por las orquestas. He aquí, quizá, la última...

### Reminiscencias

FRENTE a nosotros, en la mesa próxima del café, dos muchachos interrumpen su diálogo de palabras y gestos. Uno de ellos gira la cabeza y eleva la vista; después, dice a su compañero:

—Mira, una victrolera...

Nos hacemos eco de su curiosidad, y repetimos el gesto: en efecto, allá arriba, en su palco, está la victrolera.

Hace unos años era figura popular en todos los cafés y confiterías. Hoy ha pasado ya a la categoría de las figuras inusitadas.

Marca toda una época en el Buenos Aires de ayer. Nació sin duda después de un diálogo violento entre un patrón irreductible y un director de orquesta intransigente:

—¡Pero lo que usted me quiere cobrar es una barbaridad!...

—Por menos no toco; los tiempos son malos y no va a encontrar una orquesta como la mía. Créame que le cobro barato...

Después, el patrón buscó la manera de resolver el problema. Imposible dejar el café sin música: los parroquianos estaban acostumbrados a escuchar el último tango de moda. Y de súbito, la idea salvadora:

—¡Ya está! Compraré una victrola y...

Y así nació la victrolera. Aquel desconocido "inventor" tuvo en seguida quien lo imitara, como todos los inventores. Bien pronto, en cada bar, en cada café de Buenos Aires, sobre el palco y jun piano enfundado, la victrolera se enseñoreaba del local.



Cuando el salón es de cierta categoría, no es ya una victrolera, sino una orquesta completa de señoritas, la que brinda música al cliente. Pero también esas orquestas se van...

### Allá por el año 1914...

¿Qué había sucedido?

La guerra del 14 —cosa extraña— tuvo su repercusión en el musical porteño. Los hombres que integraban las orquestas para Europa a empuñar un fusil o se dedicaban a otra más lucrativa. Y se produjo lo inevitable: llegó un momento no había quien tocara el "fuelle" o el violín; las pocas orque quedaban, al verse tan solicitadas, aumentaron los precios. Los de cafés tuvieron que hacer frente al conflicto. Lo demás ya consignado.

Las elegían jóvenes y bonitas; ellas, sabiéndose admiradas, ban su coquetería. Daban categoría al negocio y muchos se perfilaban así:

—¿Vamos al café?

—Vamos..., ¿y a cuál?

—Al de la otra cuadra. Hay una victrolera nueva..., es muy

A veces, en un rincón, alguien consumía un cigarrillo frente donde se enfriaba el café. Era el novio, que esperaba la hora de Después, un día, los clientes comprobaban que había otra

—¡Cómo!, ¿y la Julia?...

—¿No sabes? Se casó.

### Ronda al pasado

Mientras tanto, la victrolera del café en que nos hallamos ha sando" varios discos. Sentimos nostalgias de ese aspecto un Buenos Aires que ya Queremos hablar con ella.

Cuando la interrogamos, rada se le va lejos y los le llenan de pasado.

—Sí, ya quedamos muy —nos dice.

—Pero usted continúa

—Hay que vivir..., pero son aquellos tiempos. Ya mandan copitas de anís, ni un piropo o una decla amor en el dorso de la la que pedían un tango

—Cierto; ya no son tiempos —repetimos para sus recuerdos.

—Ya lo creo; vean, nía que darle cuerda ces a la victrola. Esta aquí es eléctrica —y seña el palco.

—¿No le agrada? Es trabajo...

Nos mira en silencio. decirnos muchas cosas, encuentra palabras. Luego ne de pie y expresa:

—Pondré algo para

Se aleja. Poco después en el café las notas de tango. Nos vamos cuando ba el disco. Ha de haber algún otro café donde victrolera.

Lo encontramos en pleno tro, en la esquina que intersección de dos calles van nombres de próce establecimiento que es bar y café, todo en

Expresamos nuestro dese blar con la victrolera, y ella nos manda decir que la espera salida. Intrigados, la esperamos.

—Disculpen, pero en el almacén no puedo hablar —nos pronto como se reúne con nosotros.

—¿Por qué?

# VICTROLERAS

FIGURA POPULAR HACE UNOS AÑOS, LA VICTROLERA ES YA EN BUENOS AIRES EXPONENTE DE UN TIEMPO QUE PASÓ

**Por**

**Manuel Hernández**

ESPECIAL PARA "LEOPLÁN"

Pero ella no hace caso de nuestra pregunta para seguir el hilo de su pensamiento:

—Estoy del almacén, del dueño, de los fideos y de los porotos, hasta la coronilla. No puedo hablar, no puedo. Mirar: a nadie. Adonde vuelva la vista me encuentro con una caja de pastas o una bolsa de arroz.

—Es una lástima —exclamamos, por decir algo.

—Y saben ustedes por qué? Porque el dueño está enamorado de mí.

Hay, sin duda, en nuestra mirada un interrogante tan marcado, que se apresura a agregar:

—Pero yo no le hago caso...

—Y los clientes?

—Eh? Bueno... Tengo un admirador constante, un viejecito que viene todas las tardes y mientras toma su café no me quita los ojos de encima. Pero el patrón..., el patrón me vigila como si fuera un guarda.

El colectivo corta nuestro diálogo. Ella se despide con un ademán y sube al vehículo.

**La última victrolera**

Nos vamos al extremo de la calle más larga del mundo. Es imposible que en Liniers, barrio donde se van a refugiar los recuerdos, no haya una victrolera. La encontramos, en efecto, en plena calle Rivadavia: es, quizá, la última victrolera de Buenos Aires.

Es morocha, joven y bonita. Acepta una taza de café y nos dice:

—Yo estoy muy contenta con mi oficio. Vivo tranquila y feliz..., cambio los discos, doy vueltas a la manija, escucho linda música y aprendo algunas composiciones clásicas. Ya sé definir lo que es de Verdi o de Wágner; lo que es español o cubano,

—Verdi, Wágner — decimos sin ocultar nuestro asombro.

—Sí, aquí vienen muchos clientes que son amantes de la buena música. Y ya saben ustedes que al cliente hay que complacerlo.

—Y entre disco y disco?

—Tejo. Para mí, para mis amigas, para mi madre.

❦ ❦ ❦

Se acaban las victroleras en Buenos Aires. Se van, lentamente, hacia el pasado. Hoy, las confiterías y los cafés tienen su orquesta. Algunas, compuestas de señoritas. Son las que tocan piezas clásicas y valses. Las otras, las de hombres, tienen siempre al frente, como línea de batalla, tres, cuatro o cinco bandoneones. Tienen también su soprano o su tenor "popular". Algunos —influencia del cinematógrafo—, cantan con mímica. Eso ha hecho nacer el aplauso. Al disco no se le podía aplaudir...

Cuando a la una de la madrugada la ordenanza municipal impone silencio a los violines, al piano y a los bandoneones, pensamos en la frase que oímos en el café:

—Mira, una victrolera.

Que es como el capítulo final tras el cual se bajará muy pronto un telón definitivo tras la última victrolera de Buenos Aires. ❖




EL CUENTO DE COSTUMBRES



ILUSTRACIONES DE VALDIVIA

# EL VELORIO

Una estrella asoma más allá del monte, sobre los cerros. Brilla lejana, sin alegría.

Candelaria Arrúa, a quien llaman simplemente Ña Candé, abre la puerta del rancho. Un silencio profundo, total, que parece nacer de las entrañas de la tierra, se extiende por las obscuras soledades de la noche.

—Después de todo, Ña Candé, el angelito irá mismo al cielo...

Lentamente torna los ojos hacia el trémulo y fino florecer de las velas. Después mira con extraña fijeza a la viejecita que, arrebujada en su negro chal, parece un ave agorera. Desde temprano le repite las mismas palabras, maquinalmente, como una cantinela. Son las palabras que siempre se dice a las madres, para consolarlas. La viejecita lo sabe. Ella misma las escuchó una y otra vez, antes, cuando en su rancho brillaban las cuatro velas.

Perseguida por aquella voz, Candelaria Arrúa se acurruca en un rincón y desde allí mira vagamente lo que sucede en el rancho.

—Total, es mejor así. Los ángeles no sufren. Siempre son niños, y en gloria esperan el día de juntarse con la madre. Su mitaí (¹) estará prontito allá arriba, vestido de blanco, con una coronita de flores. ¡Y Tupá (²) sonriéndole entre las nubes!... Más bien alégrese, Ña Candé...

La voz de la anciana tiene una monotonía desgarrante. La madre la escucha ahogando su pena. Quiere creer que es así como se lo dicen. Pero se siente triste, desolada, lo mismo que si se hallara ante un largo camino abierto en la noche.

—Madre de un angelito... —insiste la voz.

Ella piensa que sólo quiso un niño de carne y hueso como los que alegran los brazos de todas las madres. En los rudos días de la zafra, habría sido dichosa teniendo a su mitaí cerca, meciéndose en una hamaca de arpillera, a la sombra de una mata de yerba. En cambio su hijito se iba al cielo y ella se quedaba con los brazos vacíos, en el rancho vacío...

Penosamente se levanta y observa al niño. Las manos morenas, cruzadas sobre el pecho, son como hojas marchitas. La llama trémula, humosa de la vela, al agitar las sombras, parece animar con un gesto la cara del pequeño. Candelaria Arrúa le besa la frente. Y la siente fría, distinta a la carne palpitante que soñó acunar junto a su pecho...

—No esté triste..., el niño murió sin pecado, limpio como el agua del rocío...

Durante días y días le dirán lo mismo, y cuando las voces fatigadas callen, seguirá oyéndolas llegar hasta el fondo de su alma, hurgando en su dolor. Brotarán de los rincones del rancho, en las picadas del monte, en el viento cálido de las noches.

¡No! No quiere palabras de consuelo. Quiere su pena; su pena desnuda y única. Quiere pedirle a Dios que le devuelva su hijito...

❦ ❦ ❦

El "rezador" amarra un cordel lleno de nudos al pie del difunto. El otro extremo lo conserva entre sus manos y, con voz cantante, empieza las oraciones. Las mujeres, mordiendo la punta de los negros rebozos, corean las Avemarías. El rezador, al terminar cada oración, da un tironcito del cordel.

Los hombres están descubiertos, gachas las cabezas, iluminadas las frentes por la luz temblorosa de las velas.

—Don Anacleto está ayudando al angelito a remontarse al cielo...

Los mensús siguen atentamente el rito. Todos saben lo que es aquello. Al angelito le cuesta desprenderse de su envoltura material. Tiene las alas tiernas y no sabe volar. Rezos y tirones lo van levantando suavemente hasta que se eleva solito.

—Amén —murmura don Anacleto cuando sus manos, al final del cordel, rozan el dedo gordo del difuntito.

En el rancho reina un silencio imponente. Mujeres y hombres mantiénense en suspenso, gachos los ojos, contenido el aliento. Las llamas de las velas ascienden rectas, sin un temblor. Las sombras se han quedado detenidas en la puerta.

Una ráfaga repentina que avanza por el camino, mezclando, en rápidos remolinos, las hojas muertas y el polvo rojizo, penetra en la habitación. Flamean los rebozos, y las llamas, empequeñecidas por el soplo violento, dejan, por un fugaz instante, de alumbrar. La ráfaga azota la cumbrera y escapa por entre las pajas del techo. La escena vuelve a resurgir clarísima, como nacida de las tinieblas, en medio de las luces agrandadas de los velones.

Ese soplo extraño, que parece sobrenatural, acelera el latir de los corazones.

Una voz rompe, limpia, el profundo estupor que domina a todos.

—El ánima aleteó lindo y bandeó el techo, camino del cielo...

Y otra voz:

—Los rezos lo levantaron suavecito...

Y otra:

—Mismo...

❦ ❦ ❦

Candelaria Arrúa siente un enorme vacío. Es como si su corazón se le hubiera desangrado en la noche. Una soledad igual a la que experimenta cuando se halla en el monte, y la obscuridad la oprime con su aliento negro.

Con la angustia de un pájaro q[...] orienta en las sombras, abandona la [...]bitación.

Quiere mirar el cielo donde aho[...] tá su hijito...

Las estrellas, trémulas y lejanas, [...] sus ojos sin fatiga en la infinita [...] de la noche. La luna delgadísima [...] como una ajorca sobre la mancha [...] de los árboles. Más allá, al final [...] barranca, el río quieto y brillante [...] mo otro cielo caído donde la luz [...] estrellas se agranda en una floració[...] blorosa.

Se siente como suspendida entre [...] cielos, envuelta totalmente en la [...] Imagina que arriba y abajo hay [...] que se han ido de los brazos de [...] dres. Y en medio, flotando en la[...] bras, el llanto y los sueños, las vo[...] las criaturas desveladas y las ca[...] maternales. Pero todo ocurre muy [...] al borde de la obscuridad. Ella es[...]

❦ ❦ ❦

Su oído, habituado a los ruidos [...] nos, percibe, entre el canto de los [...] y el intermitente ametrallar de [...] tugas, un chirrido melodioso que [...] de muy lejos.

—Debe ser él —murmura—. Tr[...] sica...

Su pensamiento recae en los re[...] Evoca la magra silueta del violini[...] do rendía caminos al paso de sus [...] Era en los tiempos en que ella [...] se sumaba al grupo de los vecinos [...] seguían a través de las picadas. [...] veces fué tras él, de baile en b[...] de bautizo en velorio. Una mañ[...] ra, cuando los pájaros cantaban e[...] boles del camino, se casaron.

Su marido fué para ella como [...] ño que vivió siempre entre el re[...] partida. Signos misteriosos, voces [...] sólo conocidas, lo llamaban desde [...] fundidades del monte. Tras lar[...] cias volvía al rancho. Entonces [...] días enteros, ajeno a los aprem[...] vida, mientras ella hacía frente a[...] mulo abrumador de tareas.

El destino no es cosa en la [...] pueda intervenir. ¿Por qué, ent[...] compadecían sus vecinas? ¿Porque [...] ridos que ellas tenían trabajab[...] carpida y en la zafra? Sí... ¿Per[...] compararse, acaso, con su hombre [...] sin que nadie se lo enseñara, [...] su violín, dió forma a la madera [...] voz..., con sus propias manos. [...] no era un violín comprado en el [...] era un violín del monte. Bajo la [...] de sus dedos revivía las voces de [...] jaros, adormecidas en la memoria [...] árboles... ¿Y entonces?

❦ ❦ ❦

Cuando se anunció su propio [...] puso todas sus ilusiones en el hijo [...] cer. Mientras carpía o tarifeaba [...] imaginaba cómo sería su gurisito. [...] cobrizo, como el ñaú de los ar[...] ojos negros y alucinados, como el [...] ¡Ya nunca estaría sola!

# DEL ANGELITO

por
**C. Selva Andrade**

ESPECIAL PARA "LEOPLÁN"

[illegible]ando sus esperanzas, trabajó hasta el último momento, hasta que, con la luna nueva, vino al mundo el pequeño. Era [illegible]ito y pálido, apenas si tenía voz.

La curandera sentenció moviendo la cabeza:

—Hijo del cansancio, nace rendido...

Y añadió después, como hablando consigo misma:

—Quiere morirse para descansar toda la [illegible]ga de la madre...

Era verdad. El pequeño había muerto, con su muerte pequeña de recién nacido...

❦ ❦ ❦

La música ya está cerca. Las siluetas del violinista y su séquito de vecinos se [illegible]filan en el débil halo de un farol bamboleante. El músico pasa junto a su mujer y penetra en el rancho. Don Ana[illegible] lo recibe con un mate.

—Tome, compadre; debe estar cansado...

La luz amarillenta de las velas ilumina una fila de rostros inmóviles, endurecidos por los fuertes trazos de la sombra.

❦ ❦ ❦

Candelaria Arrúa, sentada afuera, con el rebozo caído, parece un ave nocturna. Siente que todas las soledades del mundo caben en su corazón. Siente que es distinta a esos seres que rodean al difunto: que está fuera de sus pensamientos, lo mismo que la sombra se halla fuera del follaje de los árboles.

Su marido no le ha dicho una palabra. ¿Para qué? Pasó por su lado como el viento cargado con los rumores de la noche. Ahora está en medio del círculo luminoso, con los ojos sin expresión clavados en el suelo.

—Hay un ángel más en el cielo; Dios lo quiso —dice una voz plañidera.

❦ ❦ ❦

De pronto suena el violín. Junto a la mesa ve al hombre puesto de pie. Del rancho viene un caliente y pesado vaho de flores marchitas, que se expande en el aire fresco de la noche. Candelaria Arrúa escucha ensimismada. Se siente asida por la música, arrastrada por su extraña voz.

Transcurre un instante de comprensión. El violín cuenta una historia, expresa algo que ya sabía su corazón. Algo que, como una semilla, no podía, no atinaba a levantarse en flor, pujando desde el seno obscuro de la tierra.

De pronto sabe que la curva del cielo es el camino de la mirada de las madres; que los hijos fallecidos no se van del todo porque vuelven en los sueños, en la ilusión renovada, en esa fecundidad incansable como la tierra...

Cuando la última nota se apaga, el violinista vuelve a pasar por su lado y se pierde en el misterio de la noche.

Candelaria Arrúa no esboza ni un gesto para detenerlo.

Se queda mirando el cielo.

En el polvo luminoso de los astros, ve la sonrisa que no llegó a florecer en la cara de su hijito. ◈

---

(1) Niñito, pequeño.
(2) Dios.



# "ELLA Y EL", LOS AMANTES



Jorge Sand.



Alfredo de Musset.

## Literatura confidencial

La literatura de la primera mitad del siglo XIX fué, esencialmente, confidencial. El escritor romántico no se resignaba a desempeñar en sus obras el papel de testigo de su contemporaneidad. Su aventura expresiva realizábase en coto cerrado; parecía hallar amargo disfrute en el buceo de las propias reconditeces. Atestiguábase con saña, con sagrado furor. Pocos escaparon a este apetito de autodilucidación, de empecinado forcejeo consigo mismos, que descúbrese, por ejemplo, en "Voluptuosidad", de Sainte-Beuve —¡tan injustamente olvidada!—; en "Oberman", de Senancourt; en "Armancia", de Stendhal; en "Las confesiones de un hijo del siglo", de Alfredo de Musset; en "Ella y El", la novela de Jorge Sand que LEOPLÁN publica íntegramente en este número.

Trataremos, pues, y sucintamente, de ayudar al lector a entrever a través de las páginas de esta novela la porción de vivida realidad que le dió origen, la tragicomedia amorosa cuyas alternativas fueron la comidilla de los cenáculos literarios de París durante largos años.

## La tentativa amorosa

Jorge Sand —Aurora Dupin en la realidad— conoció a Alfredo de Musset, que descubriremos en la novela que comentamos bajo el nombre de Lorenzo de Fauvel, en una cena realizada en el año 1833 en la "Revista de ambos mundos". Cuando Musset la vió por vez primera, tenía Aurora Dupin veintinueve años, positivo talento, un marido indiferente o resignado, un pasado amoroso que nutriría abundantemente en lo sucesivo —dos nombres ilustres lo enriquecían ya: el de Julio Sandeau y el de Próspero Merimée— y adornaba su pecho con una rosa roja, como si llevara el corazón a flor de piel. Detalle éste que, más que un adorno, semejaba auténtica predisposición. Musset, por su parte, no había cumplido aún veintitrés años; decíase hastiado de la vida, cultivaba la impertinencia, profesaba desmedida inclinación por las bebidas espirituosas, padecía de alucinaciones y de ataques de epilepsia. En suma, tratábase de dos personalidades tiránicas y poderosas para quienes estaba vedada la vida en común. El hecho es que, y precisamente porque habían nacido para comprenderse, pero no para tolerarse, iniciaron juntos una aventura sentimental... Más aun: una auténtica tentativa amorosa. El amor no sería para ellos manso acatamiento, mutuo abandono a las posibilidades deleitosas que prodiga la pasión. Debía ser lucha, afán de dominio, necesidad de herir para consolar, de humillar para humill[...] su turno... Jorge Sand lo sabía. "Todo esto —díjole a su amigo [...] vez— es un juego que emprendemos, pero nuestro corazón y [...] vida sirven de prenda, lo cual no resulta tan divertido como pare[...] Resucitaba en ellos, sin armas y sin sangre, el viejo mito de Aqu[...] Pentesilea.

## Una noche en Fontainebleau

La tentativa amorosa sufrió su primer tropiezo —el histórico, [...] lo menos— en el bosque de Fontainebleau. Los nuevos amantes [...] caron su amparo, pues una pareja legítimamente romántica nece[...] de la aquiescencia de la naturaleza y el cielo libre. Allí, Musset, [...] jado por una de esas vagas melancolías que trocábanse de pron[...] accesos de auténtica locura, sufrió una alucinación, la cual hállase [...] lijamente detallada en las páginas de "Ella y El". Por su parte, [...] formóla el poeta con el tiempo en el tema entrañal, en el lei[...] de "La noche de diciembre", uno de los más bellos, profundos y [...] nantes poemas que escribiera. En medio de la nocturna soledad, [...] dido en la hierba, había visto pasar un hombre "que corría, [...] con el traje desgarrado y los cabellos agitados por el viento". "[...] mirándome estúpidamente, haciéndome un guiño de odio y de [...] cio. Entonces tuve miedo y me arrojé de bruces al suelo, porque [...] hombre... era yo". Esta versión, la de Jorge Sand, aproxima[...] duda a la de "La noche de diciembre":

*Partout où j'ai voulu dormir,*
*Partout où j'ai voulu mourir,*
*Partout où j'ai touché la terre,*
*Sur ma route est venu s'asseoir*
*Un malheureux vetu de noir,*
*Qui me resemblait comme un frère... (1)*

Con mal auspicio comenzaba la aventura amorosa, pues [...] presentía que ese compañero inseparable que habría de aco[...] durante toda su existencia, y que se le asemejaba como un he[...] era la soledad, la irremisible soledad de los seres. Jorge Sand, [...] todo, estaba de más en su vida.



En Venecia, ciudad de leyenda y de poesía, Jorge Sand y Alfredo de Musset vivieron los capítulos más importantes de su tragicomedia amorosa.

## Pagello, médico y seductor

La romántica excursión debía [...] en Venecia con la intromisión [...] tor Pagello, Pietro por más señas, [...] biombo, una taza de té y pocos [...] tos más, todos dignos de un [...] *vaudeville*. Musset enfermó [...] cierto cuidado por culpa de su [...] intemperancia, y requiriéronse los [...] cios del doctor Pagello, rubio y [...] —un verdadero tudesco, lo juzga[...] ge Sand tras el inevitable dese[...] el cual aparece en la novela [...] nombre de Dick Palmer, y en "La[...] fesiones de un hijo del siglo" ba[...] Smith, como si ambos amantes hu[...] se puesto de acuerdo para atri[...] cendencia sajona al mediquillo [...] que debía desencadenar, un poco [...] sar suyo, la tragedia.

El hecho es que Pagello agrad[...] ge Sand, quizá un poquitín ca[...] su poeta moribundo, pero, com[...] miración que despertara el pri[...] la novelista no fuera retribuida [...] nera explícita y apasionada, res[...] tomar la iniciativa. Entrégale, [...] ces, y en propias manos del [...] tado Pietro, poética declaración, [...] llo, que ignora o finge ignorar [...] el afortunado destinatario, le pre[...] quién debe entregar el mensa[...] Sand le arrebata el sobre de la[...] y escribe: "Al estúpido doctor Pa[...]

## La taza de té

Poco después, Musset cree [...] en su delirio el rumor de un [...]

# DE VENECIA

RGE SAND, LA CELEBRE ESCRITORA FRANCESA, RRO EN LAS PAGINAS DE ESA FAMOSA NO- ELA SUS AMORES CON ALFREDO DE MUSSET

**Por Julio Ellena de la Sota**

ESPECIAL PARA "LEOPLÁN"

bo oportuno, descubre una taza de té en la que su médico y han bebido, en íntima y amorosa comunión. Musset increpa, Jorge Sand niega, confiesa; Pagello accede a asumir la res- lidad de seductor a pesar suyo. Musset, ante la evidencia de su arrepiéntese de sus errores pasados, dispónese a apartarse nueva pareja, truécase en protector del naciente idilio. "Los des- sufren; se aman, entonces". dice. Se aleja, camino de París, física y espiritualmente. Poco más tarde, Jorge Sand, a su –para quien el mediquillo veneciano brindó las efímeras satisfac- de una plácida cura de reposo–, reúnese con el poeta en Francia. Musset el que se defiende contra los redivivos arrestos de una que juzga peligrosa. Inviértense los papeles. Jorge suplica, gi- escribe, arrepentida y llorosa, ante la posible ruptura definitiva: de la muerte, amor funesto, oh negro destino oculto bajo el de un niño rubio y delicado. ¡Oh, cuánto te amo aún, asesino!... besos me quemen de inmediato y muera consumida. Tú arro- cenizas al viento y ellas harán brotar flores que te rego- . Dulces ojos azules que no me miran... Hermosa frente, te veré inclinarte sobre mí y velarte con dulce languidez..." a Jorge Sand tan encendida retórica. Cortóse sus trenzas se las envió a Musset. "Acudía a llorar sobre su puerta y en", dice madame Arvède Barine.

amor terminó por morir de inanición, de oculto y creciente ren- Eran, antes que enamorados, literatos.

**almíbar al veneno**

publicó, en 1835, "Las confesiones de un hijo del siglo", por páginas desfila, transfigurada y en dos versiones sucesivas, Jorge muy bien tratada por cierto. A "La noche de diciembre", en el mismo año, replicó ella en la segunda edición de "Lelia". y en cierto modo, mezclaban veneno con almíbar. Musset, a replica con la "Historia de un mirlo blanco". La discusión En 1837 aparece "La noche de octubre", colmada de invectivas:

*Honte à toi qui la première*
*M'as appris la trahison...* (2)

años después de la muerte del poeta, en 1859, Jorge Sand edita y Él". Interpreta en sus páginas, a su manera, y con vistas a la los incidentes dramáticos y a veces graciosos de sus ilustres Pablo de Musset, hermano de Alfredo, recoge el guante, re- a su vez indignado con "Él y Ella", donde reivindica apasionada- la memoria del desaparecido. Luisa Colet aprovecha la opor- para escribir un novelón truculento y escabroso. Jorge y Al- pasan a ser "Los amantes de Venecia" por antonomasia, pese Byron. Ascienden al teatro, continúan en la escena su eterno Eruditos e historiadores hurgan con denuedo, trocados en pa- de Sandistas y Mussetistas. Sólo una persona conserva su calma turbable, su bonhomía: es Pietro Pagello. Sobrevive largos años Sand y Musset. Satisfecho de haber entrado a la posteridad, aun- por la puerta falsa, concede entrevistas, prodiga detalles, con tar- y voluptuoso deleite de anciano que recuerda aventuras juveni- Describe a Jorge Sand con moroso placer de miniaturista: "Se abrió puerta –dice– y Jorge Sand apareció calzando su mano pequeñita guante de rara blancura, ataviada con un vestido de satín color con un sombrero pequeño de peluche adornado con una on- pluma de avestruz y una echarpe de cachemira a grandes ara- de un excelente y fino gusto francés..."

Cuando lo visitó en Belluno el doctor Cabanès, sesenta y dos años de la famosa aventura, Pagello, trocado en patriarca, obsequió- famosa taza de té.

"All'egregio Dr. Cabanès. In memoria della visita che mi faceste oggi, Belluno, vi offro questa tazza, nella quale molte volte la Sand ha il thé quanto abitata con me a Venezia". (3)

Desprendíase de su más caro recuerdo. Ya estaba maduro para la muerte. ◈

(1) Donde quise dormir, donde quise morir, donde toqué la tierra, en mi vino a sentarse un infortunado vestido de negro, que se me aseme- como un hermano.

(2) Vergüenza a ti, la primera, que me enseñaste la traición...

(3) Para el distinguido doctor Cabanès. En memoria de la visita que me hi- hoy, en Belluno, os ofrezco esta taza, en la cual muchas veces Sand cuando vivía conmigo en Venecia.





**LLAMA A SU PUERTA!**

**Piense que ese cartero que pasa frente a la puerta de su casa, puede traerle una fortuna! Porque si Ud. anhela mejorar su situación y se inscribe en la UNIVERSIDAD POPULAR DE LA MUJER, él le entregará valiosas lecciones de enseñanza por correo que le permitirán triunfar en la vida, como ya triunfaron más de 40.000 de nuestras ex-alumnas!**

**Con la ayuda de nuestras expertas profesoras le resultará fácil aprender una profesión lucrativa, estudiando en su propia casa y aprovechando sus horas libres, y conquistar así una posición envidiable!**

**Mándenos, pues, HOY MISMO el cupón adjunto. ¡No vacile! Su firma en este pequeño trozo de papel es el primer paso que Ud. dará para conquistar su fortuna!**

UNIVERSIDAD
POPULAR
DE LA MUJER

IMPORTE DE LOS CURSOS PAGADERO EN PEQUEÑAS CUOTAS MENSUALES

| | | |
|---|---|---|
| Corte y Confección | $ 25 | $ 3 por mes |
| Labores | $ 25 | $ 3 » » |
| Labores y Artes Decorativas | $ 32 | $ 3 » » |
| Cocina | $ 22 | $ 3 » » |
| Hig. y Belleza Femenina | $ 32 | $ 4 » » |
| Teneduría de Libros | $ 45 | $ 4 » » |
| Contadora Mercantil | $ 140 | $ 10 » » |
| Cajera | $ 31 | $ 7 » » |
| Corresponsal | $ 27 | $ 6 » » |
| Secretaria | $ 95 | $ 10 por mes |
| Contadora General | $ 190 | $ 10 » » |
| Taquigrafía | $ 32 | $ 4 » » |
| Mecanografía | $ 18 | $ 5 » » |
| Jefa Oficina | $ 100 | $ 6 » » |
| Emp. de Comercio | $ 32 | $ 7 » » |
| Empleada Bancaria | $ 80 | $ 6 » » |
| Caligrafía | $ 20 | $ 3 » » |
| Redac. y Ortografía | $ 29 | $ 4 » » |
| Aritmética | $ 29 | $ 6 » » |
| Taqui-mecanografía | $ 50 | $ 10 por mes |
| Téc. Arg. Comm. | $ 175 | $ 20 » » |
| Química Industrial | $ 120 | $ 10 » » |
| Prep. p/Id. Farmacia | $ 130 | $ 10 » » |
| Dibujo Artístico | $ 95 | $ 6 » » |
| Dibujo Industrial | $ 105 | $ 10 » » |
| Avicultura | $ 45 | $ 10 » » |
| Telegrafía (con discos) | $ 110 | $ 15 » » |
| Radiotelegrafía | $ 165 | $ 15 » » |
| Inglés (c. discos) | $ 150 | $ 15 » » |

REPRESENTANTES EN:

COLOMBIA
Alfonso Fernández Quintero
Edificio Olano, Medellín.

BOLIVIA
Calle Belisario Díaz Romero (Miraflores) 411. Casilla de Correo 1307. La Paz.

PARAGUAY
Ramón Ortiz Cabriza
Brasil 142, Asunción.

Mándenos este cupón y recibirá GRATIS y sin compromiso el interesante folleto "COMO LABRARSE UN PORVENIR", que le enseñará a triunfar en la vida.

Sra. Directora de la UNIVERSIDAD POPULAR DE LA MUJER
RIVADAVIA 2465 (R-25) Buenos Aires.

NOMBRE
DIRECCION
LOCALIDAD

L. 241

MANDE ESTE CUPON HOY
Y VIVIRA MEJOR MAÑANA

# ELLA Y EL

*A LA SEÑORITA SANTIAGO.*

Mi querida Teresa: Ya que usted me autoriza a suprimir fórmulas de cortesía, voy a darle una noticia importante en el mundo de las artes, o *del bardo*, como dice nuestro amigo Bernardo. *¡Cállate! Esto rima.* Lo que no rima, ni tiene razón de ser, es lo que voy a contarle.

"Figúrese usted que ayer, después de haberla aburrido con mi visita, encontré, al volver a casa, a un milord inglés... Puede que no fuera un milord; pero sí, de seguro, un inglés, que me dijo en su jerga:

"—¿Es usted pintor?

"—Yes, milord.

"—¿Pintor de figura?

"—Yes, milord.

"—¿Con manos?

"—Yes, milord, y también con pies

"—Entonces, ¿puede usted hacerme un retrato?

"—¿A usted?

"—¿Por qué no?

"Este *por qué no* fué dicho tan de buena fe, que ya no le tuve por un imbécil, con tanta más razón cuanto que el hijo de Albión es un hombre magnífico. La cabeza de Antinoo sobre las espaldas de..., sobre las espaldas de un inglés; un tipo griego, de la mejor época, algo extravagantemente vestido y engallado a la usanza británica.

"—A fe mía —le dije—, es usted seguramente un buen modelo, y me gustaría hacer de usted un apunte para mí; pero no su retrato.

"—¿Por qué?

"—Porque no soy pintor de retratos.

"—¡Oh!... ¿Es que se paga patente en Francia por esta o la otra especialidad en las artes?

"—No, pero el público no nos permite abrazarlas todas. Quiere saber a qué atenerse sobre nosotros, sobre todo cuando empezamos, y si yo, que soy joven, tuviera la desgracia de hacer a usted un buen retrato, costaríame mucho trabajo alcanzar éxito en la próxima exposición en género distinto del de retratos; y si, por el contrario, sólo consiguiera hacer de usted un retrato mediano, se me prohibiría insistir en esa clase de pintura; en lo sucesivo se decretaría que carecía de condiciones para ello y que había sido un presuntuoso atrevido arriesgándome.

"Añadí a mi inglés muchas más pataratas de que hago a usted gracia, que le asombraron; después se echó a reír y comprendí clarísimamente que mis razones le inspiraban un gran menosprecio por Francia, y quizá por este indigno servidor vuestro.

"—Acabemos —me dijo—. A usted no le place hacer mi retrato.

"—¡Cómo! ¿Por qué *Welche* (1) me toma usted? Diga usted más bien que no me atrevo a pintar retratos y que no sabría hacerlo; porque una de dos: o es una especialidad a la que hay que entregarse exclusivamente, o es la perfección, como si dijéramos la cumbre del talento. Algunos pintores, incapaces para la composición, logran copiar fiel y agradablemente el modelo vivo. Estos tienen asegurado el éxito,

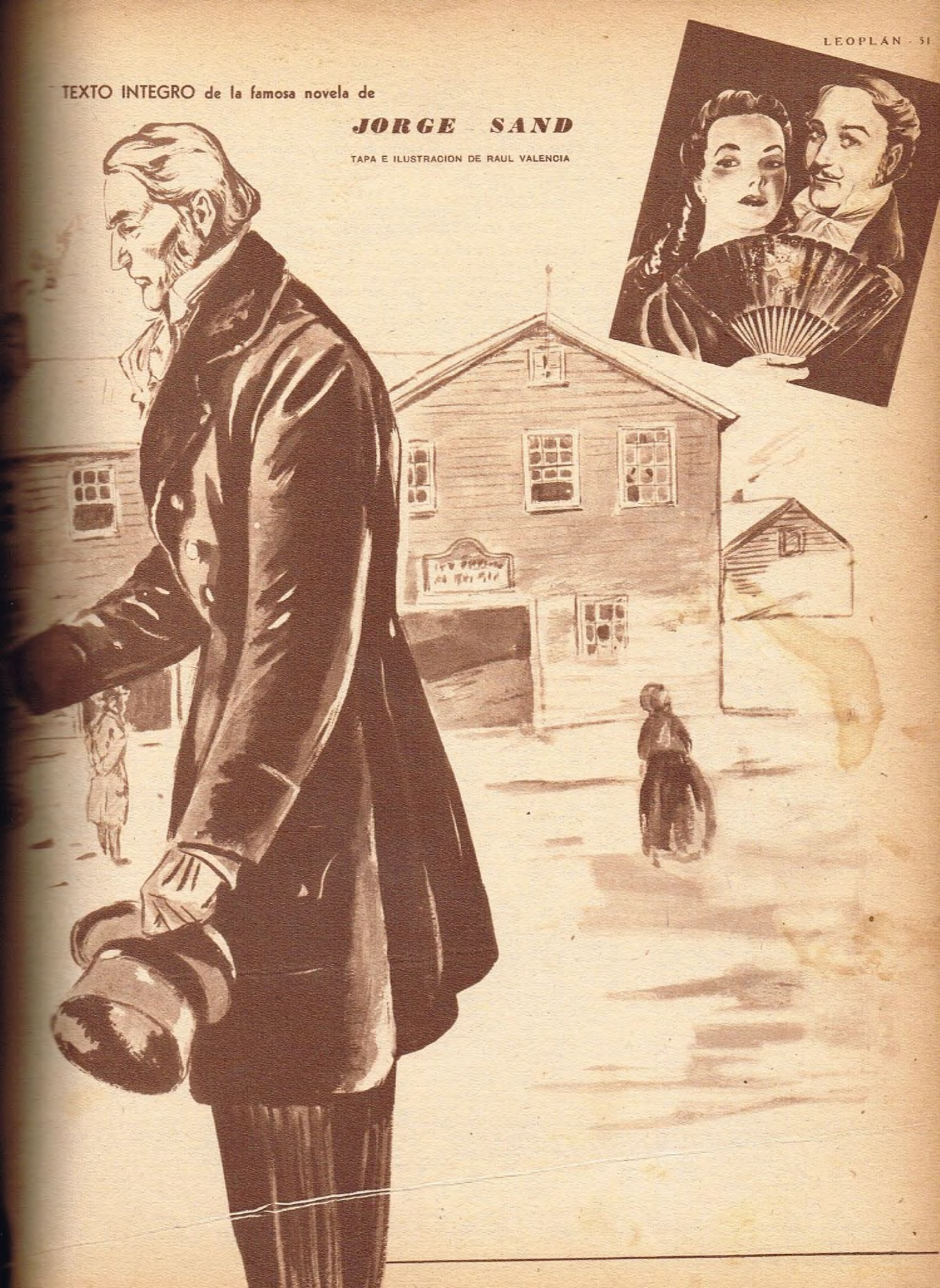


(1) En cualquier buen diccionario francés se encuentra la palabra Velche o Welche, con su significación clara y concreta de hombre ignorante y sin gusto. Así por ejemplo, en la edición 37 del pequeño Larousse, publicada en el año 1875. No he querido, sin embargo, traducirla, porque su significado en español no daría la idea exacta de lo que quiere expresar el personaje, en cuyos labios la pone el autor. Para comprenderlo, es preciso saber que esa palabra es una especie de mote despreciativo con que los franceses designan a los naturales de los cantones suizos en que se habla, o exclusivamente o con preferencia, el idioma francés. Estos cantones son los de Ginebra, Vand, Valais, Fridburgo y Neufchatel. El mote lleva la significación, análoga a la de los diccionarios, de hombre torpe y mal educado. El usarlo en este sentido que explico es la razón por la que lo escribe Jorge Sand con mayúscula.

TEXTO INTEGRO de la famosa novela de

# JORGE SAND

TAPA E ILUSTRACION DE RAUL VALENCIA



por poco que acierten a presentar el modelo bajo su aspecto más favorable, y tengan la habilidad de vestirlo con gracia y a la moda; pero cuando no se es más que un pobre pintor de historia, principiante y discutido, como yo tengo el honor de serlo, no es posible luchar contra las gentes del oficio. Confieso que no he estudiado jamás a conciencia los pliegues de un frac ni los gestos habituales de una fisonomía. Soy un desdichado inventor de actitudes, tipos y expresiones. Me hace falta que se subordine todo a mi propósito, a mi idea, a mi ensueño, si así os place llamarlo. Si usted me permitiese vestirlo a mi capricho y consintiera en posar para un cuadro de mi cosecha..., entonces tampoco valdría nada el retrato, porque no sería usted. No serviría para darlo a su querida, y menos a su legítima esposa. Ni una ni otra le reconocerían. Por consiguiente, no me pida usted ahora lo que sabré hacer algún día, si por fortuna llego a ser un Rubens o un Ticiano, porque entonces podré seguir siendo poeta y creador, al par que copie, sin esfuerzo y sin temor, la potente y majestuosa realidad. Por desgracia, no es probable que llegue a ser más que un loco o un imbécil. Lea usted a Fulano o Mengano, que lo han resuelto así en sus críticas.

"Ya comprenderá usted, Teresa, que no he dicho a mi inglés ni una palabra de todo esto que escribo; siempre corrige uno cuando se hace hablar a sí mismo; pero de todo lo que he podido decirle para excusarme de no saber pintar bien un retrato, nada ha sido tan eficaz como estas palabras:

"–¿Por qué diablos no se dirige usted a la señorita Santiago?

"Exclamó tres veces: "¡Oh!", me pidió la dirección de usted y partió sin la menor protesta, dejándome confuso e irritado por no poder terminar mi disertación sobre el retrato, porque, en suma, mi buena Teresa, si este hermoso animal de inglés va hoy a su casa de usted, de lo que le creo muy capaz, y le repite todo lo que acabo de escribirle, es decir, todo lo que no le he dicho sobre los pintores adocenados y sobre los grandes maestros, ¿qué va usted a pensar de su ingrato amigo, que la coloca entre los primeros y la juzga incapaz de hacer otra cosa que retratos muy lindos, de los que placen a todo el mundo? ¡Ah, mi querida amiga! ¡Si hubiera usted oído todo lo que de usted le he dicho después que se marchó!... Lo sabe usted: sabe usted que, para mí, no es usted la señorita Santiago que pinta retratos a la moda y con gran parecido, sino un hombre superior disfrazado de mujer, que, sin haber dibujado jamás en una academia, adivina y sabe hacer adivinar todo un cuerpo y toda un alma en un busto, del propio modo que los grandes escultores de la antigüedad y los grandes pintores del Renacimiento. Callo: no gusta usted de que le digan lo que de usted se piensa. Hace usted cara de tomarlo por pura cortesía. Es usted muy orgullosa, Teresa.

"Hoy me siento profundamente melancólico, no sé por qué. Me desayuné tan mal esta mañana... Jamás he comido peor que desde que tengo cocinera. No puede uno comprar buen tabaco: la administración nos envenena. Me han traído unas botas nuevas que no me sientan tan bien... Llueve... ¿Qué sé yo qué más?... Los días son largos, como días sin pan, desde hace algún tiempo, ¿no es cierto? No; usted no lo cree así. Usted no conoce este malestar, el placer enojoso, el tedio que embriaga, el mal sin nombre de que le hablé noches pasadas en el saloncito color lila, en que quisiera ahora encontrarme, porque estoy pasando un día fatal para pintar, y, no pudiendo pintar, me agradaría mucho aburrirla con mi conversación.

"¡Ya no veré a usted hoy! ¡Tiene usted una familia insoportable que la roba a sus mejores amigos! Esta noche me voy a ver obligado a hacer alguna tontería indisculpable... Estos son los efectos de la bondad de usted para mí, mi excelsa y querida compañera: los de convertirme en un ser tan necio e incapaz cuando no la veo a usted, que me es preciso aturdirme, aun a riesgo de escandalizarla. Pero, tranquilícese, no le contaré cómo he pasado la noche.

"Su amigo y servidor,

*"Lorenzo.*

"11 mayo 183..."

### *A M. LORENZO DE FAUVEL*

"Ante todo, mi querido Lorenzo, si algún afecto merezco a usted, le pido que no haga con frecuencia locuras que perjudiquen a su salud. Permito a usted todas las demás. Me pedirá usted que le cite una de éstas y me pone en un aprieto, porque, en materia de locuras, no conozco más que las nocivas. Queda por averiguar a qué llama usted locuras. Si se trata de esas comidas interminables de que me hablaba usted el otro día, creo que le matan, y eso me desconsuela. ¿Qué se propone, Dios mío, destruyendo así, alegremente, una vida tan bella y tan preciosa? No le agradan los sermones: me limitaré a la plegaria.

"En cuanto a su inglés, que es americano, acabo de verle, y puesto que no veré a usted ni esta noche ni quizá mañana, con gran pesar mío, preciso es que le diga que ha obrado muy mal negándose a hacer su retrato. Hubiera ofrecido a usted un ojo de la cara, y un ojo de la cara de un americano, como Dick Palmer, es un montón de billetes de Banco, de los que usted está muy necesitado, precisamente para no hacer locuras, es decir, para no coserse al tapete verde con la esperanza de un azar venturoso que jamás llega para los hombres de talento que no saben jugar, que pierden siempre, y a los que es forzoso pedir, con apremio, a su genio, con qué pagar sus deudas, oficio para el que este príncipe encantado no se siente nacido y al que no se presta sino abrasando al pobre cuerpo en que ha hecho su morada.

"¿Me encuentra muy positivista, no es cierto? Me es igual. Además, si miramos la cuestión desde más alto, todas las razones que ha dado usted a su americano y a mí, no valen dos ochavos. Es posible, tal vez indudable, que usted no sepa pintar un retrato, si es preciso hacerlo en las condiciones exigidas para que tenga éxito entre el vulgo, pero míster Palmer no exigía esto en manera alguna. Usted le ha tomado por un salchichero y se ha equivocado. Es un hombre de buen juicio y de buen gusto, que se aprecia a sí mismo en lo que vale y que es entusiasta por usted. ¡Juzgue usted si le habré recibido bien! He comprendido que venía a mí como por recurso, y se lo he agradecido. Le he consolado, prometiéndole hacer cuanto me fuera posible para decidir a usted a hacer su retrato. Hablaremos de este asunto pasado mañana, porque he citado a Palmer para esa noche, para que me ayude a defender su propia causa y obtener de usted la deseada palabra.

"No se enoje, mi querido Lorenzo, por no verme durante dos días. No le será muy penoso: conoce usted mucha gente de amena conversación y frecuenta el gran mundo. Yo no soy más que una vieja sermoneadora que quiere a usted de veras, que le ruega no se acueste tarde y que le aconseja que no se exceda ni abuse de nada. No tiene usted derecho a eso: genio obliga.

"Su camarada,

*"Teresa Santiago".*

### *A LA SEÑORITA SANTIAGO*

"Mi querida Teresa: Dentro de un par de horas salgo para una partida de campo con el conde L... y el príncipe D... Me aseguran que asistirán hermosas mujeres. Prometo a usted y juro que no haré locur
beberé *champagne*... sin reprochármelo
gamente. ¡Qué quiere usted! Hubiera
rido divagar en su estudio o disparatar
saloncito lila; pero, puesto que se ha
rrado usted con sus treinta y seis primos
vincianos, no advertirá mi ausencia
mañana; gozará usted, en cambio, de la
sica deliciosa, del acento angloamericano
rante toda la velada. ¡Ah! ¿Se llama
el buen Palmer? ¡Creía yo que Dick
diminuto familiar de Ricardo! Verd
que, en materia de idiomas, apenas
francés.

"En cuanto al retrato, no hablemos
usted cariñosamente maternal, mi buen
resa, cuidando de mis intereses con
de los suyos. Aunque tenga usted una
clientela, sé demasiado que su generosi
le permite enriquecerse y que algunos
de Banco sobrantes estarían mejor
manos que en las mías. Usted los em
en hacer felices a algunos y yo los ti
tapete verde, como usted dice.

"Además, nunca me he encontrado
en vena de pintar. Son precisas para
cosas, que usted tiene: reflexión e insp
Jamás tendré la primera y *tuve* la
Estoy hastiado como de la compañía
vieja alocada que me hubiese agotado,
dome a través de los campos, sobre la
lética grupa de su caballo apocalíptic
claro qué es lo que me falta; aunq
no lo crea, aún no he vivido
parto, por tres o por siete días, co
ñora Realidad, encarnada en algun
del cuerpo de baile de la Opera. Co
ser, a mi retorno, el hombre de m
perfecto, es decir, el más extenua
más razonable.

"Su amigo,

*"Lor*

## CAPITULO I

A primera vista comprendió Teres
despecho y los celos habían dictado
carta.

"Sin embargo –se dijo–, no est
rado de mí. ¡Oh! No tiene traza
morarse jamás, y de mí menos que
Soñadora y reflexiva, Teresa te
ñarse tratando de persuadirse de que
no corría peligro alguno junto a e

"¿Cuál? ¿Qué peligro? –se decía–
por un capricho no satisfecho? ¿S
mucho por un capricho? No sé: j
ninguno".

El reloj señalaba las cinco de la
resa, después de guardar la carta en
llo, pidió su sombrero, licenció a s
por veinticuatro horas, hizo a su fiel
lla Catalina algunas advertencias y
carruaje. Dos horas después volvía
mujercita delgada, encorvada y tan
por un velo, que ni aun el cochero
su rostro. Encerróse con esta mister
sona y Catalina les sirvió un almuer
pero sustancioso. Teresa cuidaba y
su compañera, que la miraba tan em
extasiada, que apenas podía comer.

Por su parte, Lorenzo se disponía a
ciada partida de placer; pero cuando
cipe D... vino a buscarle en su co
renzo le dijo que un asunto imp
detenía dos horas más en París y que
ría a ellos por la noche en su casa de

Y la verdad era que ningún asunt
a Lorenzo. Habíase vestido febrilme
bíase hecho peinar con particular es
pués había tirado su frac sobre un
había metido los dedos por entre l
demasiado simétricos de sus cabe
pensar en la forma desdichada en que
quedar; paseábase en su estudio,
rápida y otras lentamente. Cuando
cipe D... salió de su casa, no sin




EXTRACTO Y LOCION **Origan** de PREAL

*(Destaca su personalidad)*

diez veces la palabra de que se apresuraría a seguirle, corrió a la escalera para rogarle que le esperase y decirle que abandonaba el asunto de que le hablara por acompañarlo; pero no le llamó, y volviendo a entrar en su habitación, se arrojó sobre el lecho.

"¿Por qué me cierra su puerta durante dos días? Algo me oculta. Y cuando me cita para el tercer día es con el propósito de que encuentre en su casa a un inglés o americano a quien no conozco. Ella sí conoce a ese Palmer, puesto que le nombra por su nombre familiar. ¿Por qué entonces él me preguntó su dirección? ¿Me engañan? ¿Por qué ha de fingir ella conmigo? Ni soy amante de Teresa, ni tengo derecho alguno sobre ella. ¡Amante de Teresa! ¡No lo seré nunca! ¡Dios me libre! ¡Una mujer que tiene cinco años más que yo, tal vez más de cinco! ¿Quién es capaz de saber la edad de una mujer, y menos de ella, de quien nadie sabe nada? Tan misterioso pasado debe encubrir alguna gran locura, quizá una terrible deshonra. Además, ¿es gazmoña, o devota, o filósofa? ¿Quién presumirá saberlo? Habla de todo con una imparcialidad, con una tolerancia, con una indiferencia... ¿Quién sabe lo que cree, lo que no cree, lo que desea, lo que ama, y aun si es capaz de amar?"

Marcourt, joven crítico amigo de Lorenzo, entró en aquel momento.

—Sé —le dijo— que parte usted para Montmorency. Vengo sólo para pedirle las señas del domicilio de la señorita Santiago.

Lorenzo se estremeció.

—¿Para qué quiere usted a la señorita Santiago? —respondió fingiendo buscar un papel para liar un cigarrillo.

—¿Yo? Para nada...; es decir..., quisiera conocerla, y sólo la conozco de vista y de reputación. Es que una persona que quiere que la retrate me pide su dirección.

—¿Conoce usted de vista a la señorita Santiago?

—Naturalmente. ¿Quién no la conocerá, dada su celebridad de hoy? Ha nacido para eso.

—¿Cree usted?...

—¿Y usted?...

—¿Yo? No sé. Tengo por ella tal afecto, que me recuso.

—¿La quiere usted mucho?

—Tanto, que lo proclamo; es la mejor prueba de que no le hago la corte.

—¿La ve usted con frecuencia?

—Algunas veces.

—¿Es usted su amigo... solamente?

—Sólo su amigo... ¿Por qué se ríe usted?

—Porque no lo creo. A los veinticuatro años no se es amigo, y nada más, de una mujer... joven y bonita.

—¡Bah! Ni es tan joven, ni tan bonita como usted dice. Es un buen camarada, con el que agrada conversar, y eso es todo. Además, pertenece a un tipo que no me gusta. He de perdonarle que sea rubia. Sólo me agradan las rubias en los cuadros.

—¡No es rubia del todo! Tiene los ojos dulcemente negros, y su pelo, que peina con arte singular, no es ni rubio ni castaño. Esa tinta indecisa la favorece, le da el aire de una esfinge candorosa.

—La frase es ingeniosa, pero... a usted le gustan las mujeres gruesas...

—No es muy gruesa. Tiene los pies y las manos pequeños. Es un verdadero tipo de mujer. La he mirado bien porque estoy enamorado de ella.

—¡Qué idea!

—Nada le importa, puesto que no le gusta a usted como mujer.

—Querido, aunque me gustase, sería lo mismo. En tal caso, trataría de intimar más con ella, pero no me enamoraría; es un estado que no me place. Por consiguiente, no me inspiraría usted celos. Puede usted comenzar el asedio, si le parece.

—¡Oh! Si encuentro ocasión. Pero no tengo tiempo de buscarla, y, en suma, Lorenzo, me asemejo a usted en mi inclinación a la paciencia, viviendo en un mundo en que no echo de menos el placer... Y ya que hablamos de esta mujer, a quien usted conoce, dígame, por pura curiosidad: ¿es viuda, o?...

—¿O qué?...

—Quería decir si era viuda de un amante o de un marido.

—¡Nada sé!

—No es posible.

—Mi palabra de honor de que no se lo he preguntado jamás.

—¿Usted sabe lo que se dice?

—No, no me cuido de ello. ¿Qué se dice?

—¿Ve usted cómo le interesa? Se dice que ha estado casada con un hombre rico y noble..., con todos los requisitos, ante el alcalde y el cura.

—¡Qué tontería! Llevaría su nombre y su título.

—Precisamente. Luego, hay misterio. Cuando tenga tiempo trataré de descubrirlo y le daré cuenta. Se dice que, a pesar de vivir con gran independencia, no tiene amante, que se sepa. ¿Quién mejor que usted para tener noticia de esto?

—No sé una palabra. ¿Cree usted que me paso la vida espiando o interrogando a las mujeres? Yo no soy un desocupado, como usted. La vida se me hace muy corta para vivir y trabajar.

—Vivir..., puede. Parece que vive usted muy de prisa. En cuanto a trabajar..., se murmura que no trabaja usted demasiado. Veamos: ¿qué tiene usted por aquí? Enséñemelo.

—No, nada; no tengo aquí nada comenzado.

—¡Oh, sí! ¡Esta cabeza..., es muy hermosa, diablo! Déjeme ver, o hablo mal de usted en mis próximas críticas del salón.

—Es usted muy capaz.

—Cierto, si usted lo merece; pero en cuanto a esta cabeza me parece soberbia y la admiro como un idiota. ¿Qué va a ser?

—Qué sé yo.

—¿Quiere usted que yo se lo diga?

—Me complacerá mucho.

—Haga usted una sibila. Tiene usted completa libertad para el tocado.

—Es una idea.

—Y además no se compromete en nada a la persona a quien se parece.

—¿Tiene parecido con alguien?

—Pardiez, mal bromista, ¿cree usted que no la he reconocido? Vamos, querido, ha procurado usted burlarse de mí, negando hasta las cosas más sencillas. ¡Usted es el amante de esa... pintura!

—Prueba de ello es que me voy a Montmorency —repuso fríamente Lorenzo tomando su sombrero.

—Eso no importa —respondió Marcourt.

Salió Lorenzo, y Marcourt, que había salido con él, le vió subir a un coche de punto; pero Lorenzo se hizo llevar al Bosque de Bolonia, en donde comió solo en un cafetín, y de donde volvió, cerrada la noche, a pie y entregado a sus ensueños.

El bosque de Bolonia no era entonces lo que es ahora. Era más pequeño, más abandonado, más pobre, más misterioso y más campestre. Se podía soñar en él.

Los Campos Elíseos, menos lujosos y menos habitados que hoy, tenían nuevos barrios, en que se alquilaban, a precios modestos, casitas con jardincillos de aspecto íntimo, familiar. Allí se podía vivir y trabajar.

En una de aquellas casitas blancas y limpias, rodeada de lilas en flor, tras de un seto de espino albar, cerrado por una valla p[...]
de verde, vivía Teresa. Corría el mes de [...]
yo. El tiempo era hermoso. Cómo se en[...]
tró Lorenzo, a las nueve de la noche, [...]
a esta valla, en la calle desierta y [...]
terminada, en que todavía no se habían [...]
faroles y en que sobre los desmontes [...]
crecían las ortigas y las malvalocas, es [...]
él mismo no se hubiera podido explic[...]

Era muy espesa la valla, y Lorenzo [...]
la vuelta silenciosamente, sin distingu[...]
cosa que hojas levemente doradas por [...]
que supuso colocada en el jardín so[...]
mesilla, junto a la cual tenía costum[...]
fumar cuando pasaba la velada en [...]
Teresa. ¿Fumaban, pues, en el jardín? [...]
maban el té, como otras veces? Teresa [...]
anunciado a Lorenzo que esperaba [...]
familia provinciana, y él sólo escuch[...]
misterioso murmullo de dos voces, de [...]
una parecíale la de Teresa y la otra [...]
en tono muy bajo. ¿Era voz de hom[...]

Lorenzo escuchó con tal ahinco, [...]
a sentir zumbidos en las orejas, [...]
por fin, oyó o creyó oír estas palab[...]
por Teresa:

—¿Qué me importa todo eso? No [...]
más que un amor en la tierra, y es [...]
tro.

"Ahora —se dijo Lorenzo, alejánd[...]
cipitadamente de la calleja desierta [...]
do a la ruidosa avenida de los Ca[...]
seos— ya estoy tranquilo. ¡Tiene un [...]
Después de todo, no estaba oblig[...]
círmelo. Pero tampoco debió hablar [...]
de manera que yo creyese que ni [...]
ría ser de nadie. Mujer como las [...]
necesidad de engañar sobre todo. [...]
me importa? ¡No lo hubiese cre[...]
Preciso es, sin embargo, que algo me [...]
aunque no quería confesármelo a [...]
poniéndome en acecho y dedicánd[...]
cobarde de los oficios, cuando no es [...]
celoso. No me arrepiento; esto me [...]
una gran vergüenza y de una gran [...]
de desear a una mujer, que no [...]
las demás nada deseable, ni siquiera [...]
ceridad.

Detuvo Lorenzo a un coche que [...]
alquilado y partió para Montmor[...]
metióse pasar allí ocho días y no [...]
de quince a casa de Teresa. A pes[...]
resolución, sólo permaneció en el [...]
renta y ocho horas, y la tercera noche [...]
contró a la puerta de Teresa, jus[...]
mismo tiempo que Ricardo Palmer.

—¡Oh! —dijo el americano tend[...]
diestra—. ¡Cuánto me alegro de ver [...]

No pudo dispensarse Lorenzo [...]
también la suya; pero tampoco lo[...]
mir su impulso de preguntar a Pa[...]
qué se alegraba de verle.

El extranjero no paró mientes en [...]
algo impertinente del artista.

—Me alegro porque le quiero a [...]
puso con irresistible cordialidad—, [...]
ro porque le admiro mucho.

—¿Cómo? ¿Usted aquí? —dijo [...]
Lorenzo, admirada—. No contaba [...]
esta noche.

Pareció al joven que había un to[...]
usada frialdad en aquellas sencillas [...]

—¡Ah! —respondió él casi a su [...]
hubiera usted consolado fácilmente [...]
creo que he venido a turbar un [...]
mano a mano.

—Tan doloroso sería eso para uste[...]
ella en el mismo tono festivo—, [...]
parece sino que lo desea.

—Contaba usted con él, puesto que [...]
bía dado contraorden. ¿Debo irme? [...]

—No, quédese. Me resigno a sop[...]

El americano, después de saludar [...]
había abierto su cartera y buscaba [...]
que se había encargado de entregar[...]
rrió Teresa la carta con aire imp[...]
hacer la menor advertencia.

—Si quiere usted contestar —dijo Palmer—, parte para La Habana.

—¡Gracias! —respondió Teresa, abriendo la de un mueblecillo que estaba al alcance de su mano—. No contestaré.

Lorenzo, que seguía todos sus movimientos, vió unir la carta a otras muchas, de una, por la forma y letra, le saltó, por así, a los ojos. Era la que había escrito Teresa dos días antes. No halló explicación al porqué se sintió interiormente viendo su carta en compañía de la que acababa de entregar Palmer.

"Me deja —se dijo— mezclado con sus desplumados, sin tener derecho a disputar tal, puesto que jamás le hice el amor".

Teresa comenzó a hablar del retrato de Lorenzo se hizo rogar, espiando las ojeadas y las más tenues inflexiones de voz de sus interlocutores, imaginando a cada momento descubrir en ellos un temor de que cediese; pero su in- era de tan buena fe, que se tranquilizó y reprochó sus sospechas. Si Teresa ligada a aquel extranjero, libre y sola pareciendo no depender de nadie y sin ocuparse jamás de lo que de ella decirse, ¿tenía necesidad del pretexto para recibir con frecuencia y por tiempo al objeto de su amor o de su

...ya, no se sintió Lorenzo cohibido temor de manifestar su curiosidad.

—¿De modo que es usted americana? — a Teresa, que, de cuando en cuando, en inglés a Palmer las frases que comprendía del todo.

—Sí —repuso Teresa—. ¿No le dije a que tenía el honor de ser compatriota

—¡Habla usted tan bien el inglés!...

—Usted no es capaz de saber si lo hablo puesto que no lo entiende. Pero ya es usted curioso y desea saber conocimiento con Dick Palmer data de hace mucho tiempo. Pregúntelo a

Palmer no esperó la pregunta que Lorenzo se había decidido a formularle. Res- que no era la primera vez que venía y que había conocido a Teresa, en casa de sus ascendientes. No ascendientes. Teresa acostumbraba a no había conocido ni a su padre madre.

El pasado de la señorita Santiago era un impenetrable para las personas que hacerse retratar por ella y para el número de artistas que recibía. Lle- a París, no se sabe de dónde, ni con quién, era conocida sólo des- dos o tres años por un retrato que llamado la atención de las gentes de gusto y que se había estimado, desde como la obra de un maestro. Entonces, clientela y de una vida pobres y os- había pasado bruscamente a una repu- de primera línea y a una vida des- pero esto no había cambiado sus tranquilos, su amor a la independen- a la jovial austeridad de sus costumbres. daba importancia ni hablaba jamás de sino para expresar sus opiniones y sentimientos con franqueza y valentía. a los sucesos de su vida, tenía una manera de eludir las preguntas y de por la tangente, que la dispensaban contestar. Si el curioso hallaba medio de tenía costumbre de decir, después de palabras vagas:

—No se trata de mí. No tengo nada inte- que contar, y si algún pesar he su- no lo recuerdo, porque no tengo de pensar en él. Hoy soy dichosa por- trabajo, y amo el trabajo sobre todo.

Sólo por casualidad, y después de relacio- paramente de compañeros de arte, trabó


## ALBUM DE TEJIDOS




Todas las novedades exclusivas en materia de tejidos, para las cuatro estaciones del año, aparecen en este hermoso Album, lujosamente presentado y que pertenece a la nueva Colección "MARIBEL".

Las mujeres habilidosas, que le esperaban con tanta ansiedad, no quedarán defraudadas, pues hallarán en él cuanto necesiten para la realización de las prendas más bellas, desde formas, puntos y nuevas combinaciones de colores, hasta las explicaciones claras y concisas que facilitarán su tarea.

Originales pull-overs, blusas, chalecos y chaquetas, creados por el delicado buen gusto de la señora Elizabeth de Faludi exclusivamente para TRICOTS DE MODA, están en esta forma a disposición de las lectoras, quienes, sin duda, se apresurarán a adquirirlo, como fuente segura de inspiración para las más bonitas labores que hayan ejecutado nunca...

tricots de moda

Creaciones

Fantasías

Novedades

COLECCION "MARIBEL"

EDITORIAL SOPENA ARGENTINA

Reproducción en tamaño muy reducido del Album y de los grabados que ilustran uno de los modelos.

Con tapas en fino cartoné, papel especial y encuadernación sistema Avon, perforado, con alambre sin-fin, que permite doblar la página en la labor escogida, protegiendo su mejor conservación a pesar de su uso continuado. Tamaño 31 X 23 centímetros.

Contiene 90 modelos con 300 fotografías y un patrón para cada modelo. Además de proporcionar instrucciones claras y sencillas para la ejecución de cada labor, tiene dibujos explicativos de los detalles en colores de cada prenda.

*Se vende al extraordinario precio de $* **8.—** *(Flete: 30 ctvs.)*

**Solicítelo a su librero o a la**

**EDITORIAL SOPENA ARGENTINA S. R. L.**

Capital $ 3.800.000

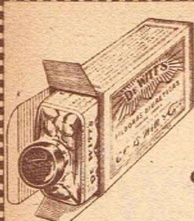
**Esmeralda 116-Buenos Aires**

Adjunto $ 8.30 para que me remitan por certificado y a vuelta de correo el álbum TRICOTS DE MODA.

Nombre..............................

Dirección..............................

Localidad.............................. L. 241




Píldoras diuréticas (aumentan la cantidad de orina) y para las vías urinarias

EN VENTA EN FARMACIAS EN FRASCOS DE 40 Y 100 PILDORAS

Píldoras DE WITT

PARA CONSERVAR LA BOCA HIGIENICA USE TODOS LOS DIAS

Piorri Brisol

LIQUIDO





amistad Lorenzo con la señorita Santiago. Lanzado, como hom
la moda y como artista, en un doble mundo, *monsieur* Fauvel,
veinticuatro años, tenía la experiencia que no siempre se tiene
cuarenta. Ofendíase o entristecíase a veces; pero carecía de l
periencia del corazón, que no se aprende en la vida desord
Gracias al escepticismo de que se vanagloriaba, había empezado
afirmarse a sí mismo que todos los que Teresa trataba como
eran sus amantes, y le habría sido preciso oírles poco a poco,
rar y probar la pureza de su amistad con ella, para llegar a
derarla como una persona capaz de una pasión, mas no de una
explotación de galantería.

Sintióse, desde entonces, vivamente interesado en conocer la
de esta anomalía: una mujer joven, hermosa e inteligente, ab
mente libre y voluntariamente aislada. La vió con frecuencia;
todos los días; al principio con toda suerte de pretextos;
presentándose como un amigo sin otras aspiraciones, demasiado
galón para unirse a una mujer formal, demasiado idealista, a d
de todo, para no tener necesidad de afecto y no apreciar el valor
amistad desinteresada.

Aquello fué verdad al princio; pero ya el amor había sent
redes en el corazón del joven, y ya hemos visto que Lorenzo
contra la invasión de un sentimiento que trataba de encubrir a
y a sí mismo, con tanta más razón cuanto que era la prim
de su vida que lo experimentaba.

—Pero —dijo después de prometer a Palmer que probaría
retrato—, ¿por qué diablo tiene usted tanto empeño en un
que tal vez no resulte bueno, cuando conoce usted a la señor
tiago, que no se opone a hacer uno, que sería de seguro ad

—Se me niega —respondió Palmer candorosamente— y no sé
Yo he prometido a mi madre, que tiene la debilidad de cre
soy muy hermoso, un retrato de maestro, y si el retrato lo
mente, dirá que no tiene parecido. He aquí por qué me dirigí
como a un maestro idealista. Si usted no lo consiente, tendré
gusto de no complacer a mi madre, o el fastidio de seguir b

—No buscará usted mucho tiempo. ¡Hay tantos pint
aptos que yo!...

—No encuentro a ninguno; pero suponiendo que existan,
posible que no pudieran hacérmelo en seguida, y yo tengo
enviar el retrato. Quiero que lo reciba en el aniversario de
cimiento, para el que faltan cuatro meses, y el transporte
cerca de dos.

—Es decir, Lorenzo —añadió Teresa—, que es preciso hacer el
en seis semanas a lo sumo, y como yo sé el tiempo que le ha
hay que comenzar mañana. De modo que estamos conformes
da su palabra, ¿no es así?

Palmer alargó su mano a Lorenzo, diciendo:

—Hecho el contrato. No hablemos del precio: lo fijará
rita Santiago. De antemano estoy conforme. ¿A qué hora

Convenida la hora, tomó Palmer su sombrero, y Lor
obligado a hacer lo mismo por consideración a Teresa. Pe
no paró mientes en ello, y partió después de estrechar,
la mano de la señorita Santiago.

—¿Debo seguirle? —dijo Lorenzo.

—No es necesario —repuso ella—. Todas las personas que
conocen bien. Solamente le ordeno que se marche a las diez,
en estos últimos tiempos me he entretenido charlando con
ta cerca de la medianoche, y como pasadas las cinco de la
es imposible dormir, me encuentro después muy fatigada.

—¿Y por qué no me despedía usted?

—No pensaba en tal cosa.

—Si yo fuese presuntuoso, podría envanecerme de ello.

—Gracias a Dios, no lo es usted. Lo deja para los imbéciles.
la cortesía, maestro Lorenzo, tengo que reñirle. Me dicen
trabaja usted.

—Y, sin duda, por forzarme a trabajar, me ha puesto
garganta, como una pistola, la cabeza de Palmer.

—¿Y por qué no?

—Es usted buena, Teresa; lo sé. Quiere usted hacerme rico
mío.

—No pretendo mezclarme en sus medios de vida; no
derecho. No tengo la dicha... o la desgracia de ser su ma
soy su hermana... *en Apolo*, como dice nuestro clásico
y no puedo menos de afligirme por sus accesos de pereza.

—Pero, ¿en qué puede eso interesarla? —exclamó Lorenzo
to mezclado de gozo y despecho que advirtió Teresa, y la
a responder con franqueza:

—Querido Lorenzo —dijo—, escúcheme bien: es preciso
expliquemos. Tengo verdadera amistad hacia usted.

—Me congratulo de ello, pero no sé explicármelo. No
bre a propósito para hacer amigos, Teresa. Tampoco cre
amistad, como en el amor entre un hombre y una mujer.

—Me lo había usted dicho ya, y me importa poco que
Yo doy crédito a lo que siento, y siento por usted interés
Soy así; no puedo tolerar junto a mí un ser cualquiera sin
cariño y desear que sea feliz. Tengo el hábito de hacer
puedo por lograrlo sin cuidarme de que me lo agradezca.
no es un ser cualquiera, es un hombre de talento, y lo que

creo en que también lo sea, un hombre de corazón.

—Un hombre de corazón yo? Desde luego, si usted entiende por eso lo que el mundo entiende. Sé batirme en duelo, pagar mis deudas y defender a la mujer que lleve del brazo, sea quien fuere. Pero si usted me juzga de corazón tierno, amante, sincero…

—Sé que pretende usted que le tengan por un hombre viejo, gastado y corrompido. No hago caso de tales pretensiones. En estos tiempos es una moda que se lleva mucho. En usted es una enfermedad real, y dolorosa, que pasará cuando usted quiera. Es usted hombre de corazón, precisamente porque el vacío de su corazón le hace sufrir, y llegará un día una mujer que llenará ese vacío, si acierta a llenar la misión y usted la deja cumplirla. Pero no me proponía hablar de eso. Hablo al artista. En usted es desgraciado el hombre, porque el artista no está contento de sí mismo.

—Se engaña usted, Teresa —respondió Lorenzo vivamente—. Es todo lo contrario. El hombre es el que sufre en el artista y lo ahoga. No sé qué hacer de mí. El hastío me mata. Hastío, ¿de qué?, me va usted a decir. ¡Hastío de todo! No puedo, como usted, permanecer quieto y tranquilo durante seis horas de trabajo, dar una vuelta por el jardín echando migajas de pan a los pajarillos, volver a trabajar otras cuatro horas y después sonreír por la noche a dos o tres importunos como yo, por ejemplo, hasta que llega la hora del reposo. Mis sueños son tristes, mis paseos agitados, mi trabajo febril. La concepción me turba y me hace temblar; la ejecución, siempre muy lenta para mi gusto, me produce horribles palpitaciones, y sólo llorando y ahogando mis sollozos doy a luz la idea que me enloquece entonces y de la que me siento avergonzado y disgustado a la mañana siguiente. Si la retoco es mucho peor; ya no la siento. Vale más olvidarla y esperar otra, y ésta llega a mí tan confusa, tan grande, que mi pobre espíritu no puede contenerla. Me oprime, me tortura hasta que se reduce a proporciones realizables y vuelve entonces el otro sufrimiento, el del parto, verdadero sufrimiento físico que no sé definir. Así transcurre mi vida cuando me dejo dominar por el artista gigante que hay dentro de mí, al que el miserable hombrecillo que le habla arranca uno a uno, con el *forceps* de su voluntad, racimillos medio muertos. Por eso, Teresa, es mejor que yo viva como me place, que cometa toda clase de excesos y que me asesine ese gusano roedor que mis compañeros llaman modestamente su inspiración y yo llamo sencillamente mi enfermedad.

—De modo que es cosa decidida, resuelta —dijo Teresa sonriendo—, que usted trabaje para matar su inteligencia? Bueno, pues no creo de eso ni una palabra. Si mañana le propusieran ser el príncipe D… o el conde de S…, con los millones del uno o los famosos caballos del otro, usted diría, refiriéndose a su pobre y despreciada paleta: "¡Volvedme a mi adorada!".

—¿Despreciada mi paleta? ¡Usted no comprende, Teresa! Es un instrumento de gloria, lo sé demasiado, y lo que llamamos gloria es la consideración concedida al genio, más pura y más exquisita que la que se otorga a los honores y a la fortuna. Por lo tanto, es una gran ventaja y un gran placer para mí el poder decir: "No soy más que un oscuro aristócrata sin dinero, y mis iguales, que no quieren rebajar sus pergaminos, llevan una vida de guardabosques y tienen por aventuras galantes las que les acaecen con las recogedoras de ramas muertas, a las que pagan con haces de leña. Yo he olvidado mi nobleza, he elegido una profesión, y ocurre que a mis veinticuatro años, cuando paso sobre un caballejo de alquiler por en medio de los hombres más ricos y más derrochadores de París, montados en caballos de diez mil francos, si entre los papanatas sentados en los Campos Elíseos hay un hombre de talento o una mujer de buen gusto, es a mí a quien miran y nombran, y no a los otros. ¿Se ríe usted? ¿Me juzga muy vanidoso?

—¡No, pero sí muy niño, a Dios gracias! No se matará usted.

—¡Pero si no pienso en suicidarme! ¡Amo mi vida tanto como otro cualquiera y con todo mi corazón, se lo juro a usted! Pero sostengo que mi paleta, instrumento de mi gloria, es el instrumento de mi suplicio, porque no sé trabajar sin sufrir. Por eso busco en el desorden, no la muerte de mi cuerpo o de mi inteligencia, sino el desgaste y el aplanamiento de mis nervios. Eso es todo, Teresa. ¿Qué hay aquí que no sea razonable? Sólo trabajo como debo cuando la fatiga me rinde.

—Es cierto —dijo Teresa—, lo he observado, y me ha extrañado como una anomalía; pero creo que este modo de producir no le mata a usted, y no puedo concebir lo contrario. Responda usted a esta pregunta: ¿Ha comenzado usted su vida actual por el trabajo y la abstinencia y ha sentido entonces la necesidad de aturdirse para descansar?

—No, al contrario. Salí del colegio enamorado de la pintura, pero no pensando jamás que me vería obligado a pintar. Creíame rico. Mi padre murió, no dejando más que unos treinta mil francos, que me apresuré a devorar para tener en mi vida, al menos, un año de bienestar. Cuando mi bolsillo quedó vacío, tomé los pinceles: me han condenado y me han subido a las nubes, lo que, en nuestros días, equivale al mayor éxito posible, y ahora, durante unos cuantos meses, o unas cuantas semanas, me entrego al fausto y al placer mientras me dura el dinero. Cuando no me queda nada, casi debo alegrarme,





ESCOPETAS - RIFLES - CARABINAS




con todos los calibres y se venden con certificado de garantía.

SI SU VENDEDOR NO LAS TIENE SOLICITELAS A

LEANDRO REDAELLI SALTA 1071 – Bs. AIRES






REPASADORES
ORO y PLATA
COLORES FIRMES
GARANTIZADOS

**Trabaje con provecho en su propia casa**



Adquiera, sin pérdida de tiempo, la máquina de tejer medias "La Moderna", con la que Ud. puede obtener fácilmente hasta $ 300.— mensuales. Le compramos las medias bajo contrato y le enseñamos gratis su manejo. AMPLIAS FACILIDADES DE PAGO. Visítenos o solicite folletos ilustrados.

THE KNITTING MACHINE Cº

Salta Nº 482 Buenos Aires

TENEMOS UN
EMPLEO
PARA USTED

A quienes sigan el curso de
**VENDEDORES**
para ambos sexos que dictamos por correspondencia, garantizamos un empleo al finalizar el mismo.
Enviando $ 0.60 en estampillas recibirá una lección de muestra.
*Solicite informes a*
**AMCAR**
Diag. Roque Sáenz Peña 615 - Buenos Aires

Desde su lugar de origen, previa una elaboración efectuada bajo el más estricto control, llega al mostrador




Frascos de 40 y 100 tabletas.
Venta en farmacias.


porque también he llegado al límite de mis deseos y de mis fuerzas. Vuelvo entonces al trabajo con rabia, con dolor, con ahinco, y, una vez terminado, tornan a comenzar el ocio y el derroche.

—¿Y hace mucho tiempo que lleva usted esa vida?

—A mi edad no puede hacer mucho tiempo. Hace tres años.

—Demasiado para su edad. Además, ha empezado usted mal; ha prendido usted fuego a sus alas antes de levantar vuelo; ha bebido usted vinagre para no crecer. A pesar de ello se ha engrandecido su cabeza y su genio se ha desarrollado; pero quizá se ha atrofiado el corazón, quizá no será usted jamás ni un hombre ni un artista completo.

Las palabras de Teresa, pronunciadas con tranquila tristeza, irritaron a Lorenzo.

—¿Luego usted me desprecia? —exclamó levantándose.

—¡No —repuso ella tendiéndole la mano—, le compadezco!

Lorenzo vió que dos gruesas lágrimas se deslizaban lentamente sobre las mejillas de Teresa.

Aquellas lágrimas provocaron en él una violenta reacción; un diluvio de llanto inundó su faz, y cayendo de rodillas ante Teresa, no como un amante que se declara, sino como un niño que se confiesa:

—¡Ah, mi buena y querida amiga! —gritó tomándole las manos—. Razón tiene usted en compadecerme, porque soy digno de compasión. Soy desgraciado, tan desgraciado, que hasta me avergüenza decirlo. Esto que llevo en el pecho en el lugar del corazón, sin cesar suspira por no sé qué, y no acierto qué es lo que debo darle para apaciguarlo. Amo a Dios, y no creo en él. Amo a las mujeres, y las desprecio. A usted puedo decírselo; a usted, que es mi amiga y mi camarada. Algunas veces me sorprendo idolatrando a una cortesana, mientras quizá junto a un ángel estaría frío como un mármol. Todo está trastornado en mí, todo fuera de su cauce en mis instintos. ¡Si yo le dijera que ya ni el vino me sugiere ideas risueñas! Mi borrachera es triste, según dicen; anteayer, en la francachela de Montmorency, me puse a declamar versos trágicos con entonación tan pavorosa como ridícula. ¿Qué va a ser de mí, Teresa, si usted no me tiene compasión?

—Cierto que la tengo, pobre hijo mío —dijo Teresa enjugándole los ojos con su pañuelo—; pero, ¿de qué le va a servir?

—¡Si usted me amase, Teresa! ¡No me retire sus manos! ¿No me ha permitido ser para usted un amigo especial?

—He dicho a usted que le quería, y usted me ha contestado que no podía creer en la amistad de una mujer.

—Quizá en la de usted crea. Debe usted tener un corazón de hombre, puesto que tiene fuerza y talento. Vuélvame su afecto.

—Nunca dejé de tenérselo, y me place probar a ser un hombre para usted —respondió ella—; pero tal vez no acierte a manejarme. La amistad de un hombre debe tener más rudeza y autoridad de las que soy yo capaz de usar. A pesar mío, más bien que reñir a usted, le compadeceré, y... ¡ya ve! Habíame prometido hoy humillar a usted, irritarle contra mí y contra usted mismo; en vez de ello, heme aquí llorando con usted, con lo que nada se consigue.

—¡Al contrario! ¡Al contrario! —exclamó Lorenzo—. Esas lágrimas son benéficas, han regado la tierra abrasada. Tal vez mi corazón retoñará. ¡Ah, Teresa! Usted me dijo una vez que yo hacía gala ante usted de cosas que me debían avergonzar, que era como el muro de una cárcel. Olvidó usted algo: ¡que detrás de ese muro vivía un prisionero! Si yo pudiera abrir la puerta, le vería usted; pero la puerta está cerrada, el muro es de bronce, y mi voluntad, mi fe, mi ardimiento, mi misma palabra, no pueden romperlo. ¿Es- taré condenado a vivir y morir así? ¿De qué me servirá haber embadurnado de pintu- fantásticas los muros de mi celda, si la pa- labra *amar* no se ve escrita en ninguna par-

—Si no he comprendido mal —dijo Te- pensativa—, usted cree que su obra tiene ne- cesidad de que el sentimiento le preste ca- y emoción.

—¿No lo cree usted así también? ¿No sig- nificaban eso sus reproches?

—No del todo, porque lo que sobra en ejecución de las obras de usted es el fue- y la crítica se lo echa a usted en cara. he mirado siempre con respeto esa exube- cia en la juventud de los grandes artis- cuyas bellezas impiden a los entusiastas pa- rarse a desmenuzar los defectos. En vez estimar que el trabajo de usted es frío y fático, paréceme ardiente y apasionado buscaba dónde estaba en usted el foco de pasión. Ahora lo sé: reside en el deseo. ¿ Ciertamente —añadió, siempre pensativa, mo si tratase de rasgar el velo de su pro- pensamiento—, el deseo puede ser una pa-

—¿En qué piensa usted? —dijo Lorenzo guiendo la dirección de su mirada ab-

—Me pregunto si debo declarar la gue- a esa potencia que en usted reside, y persuadirle de que viva feliz y tranqu- apago el fuego sagrado. Sin embargo... so que la aspiración no puede ser s- permanente para el alma y que, cuan- expresamos vivamente en nuestros rientos accesos, o ha de extinguirse, o matarnos. ¿No tiene cada edad su fu- su manifestación exclusivas? Lo que las diversas *maneras* de los maestros, la expresión de las transformaciones su- de su ser? ¿Será posible a los treinta haber aspirado a todo sin haber cons- nada? ¿No habrá usted adquirido la c- de algo? Usted está en la edad de la f- del ensueño. Pronto la sucederá la de ¿No quiere usted progresar?

—¿Depende acaso de mí?

—Sin duda, si usted no se empeña en truir el equilibrio de sus facultades. me convencerá usted de que el agota- es el remedio de la fiebre; lo que es, fatal resultado.

—Entonces, ¿qué febrífugo me aconse- ted?

—No sé: tal vez el matrimonio.

—¡Horror! —gritó Lorenzo estallando carcajadas.

Después añadió, riendo siempre y s- se cuenta de por qué le acudía a la tal correctivo:

—A menos que no fuese con usted, Te- ¿Eh? Es una idea, ¿verdad?

—Encantadora —repuso ella—, pero completo imposible.

La respuesta de Teresa chocó a L- por su tranquila firmeza, y lo que a- de decir como una agudeza le pare- pronto, como un ensueño desvaneci- terrado, que hubiera tomado posesi- fondo de su alma. De tal modo estaba aquel potente y desdichado espíritu, bastaba la palabra imposible para hacer- seable cualquier cosa, y precisamente palabra era la que Teresa acababa de nunciar.

Asaltáronle de pronto sus veleidade- amor hacia ella, y sus sospechas, y sus y su cólera. El encanto de aquella am- había mecido y casi embriagado hasta momento. De súbito tornóse frío y

—¡Ah, sí! —dijo tomando su sombrero marcharse—. Ya está aquí la palabra q- en mi vida a propósito de todo, tra- por una broma, ora como consecuenc- algo serio: *imposible*. Usted no conoce enemigo, Teresa. Usted lo ama todo t- lamente. Tiene usted un amante, o un que no es celoso, porque conoce que

...ría y razonable. Eso me hace recordar que el tiempo corre y que tal vez, ahí fuera, esperan mi salida los treinta y siete primos de usted.

—¿Qué dice usted? —preguntó Teresa estupefacta—. ¿Qué ideas se le ocurren? ¿Padece accesos de locura?

—Algunas veces —respondió él alejándose—. Es preciso perdonármelos.

## CAPITULO II

Al otro día Teresa recibió la carta siguiente de Lorenzo:

"Mi buena y querida amiga: ¡En qué estado me separé de usted ayer! Si dije alguna necedad, olvídela, porque no tuve conciencia de mis palabras. Padecí una ofuscación que no se disipó al salir de su casa, pues me encontré a la puerta de la mía, en casa, sin recordar cómo y cuándo había vuelto a él.

"Con frecuencia me acontece, amiga mía, que mis labios pronuncian una palabra, cuando mi pensamiento dice otra. Compadézcame, perdóneme. Tiene usted razón: estoy enfermo y la vida que llevo es detestable.

"¿Con qué derecho puedo interrogar a usted? Hágame la justicia de reconocer que al cabo de tres meses de tratar a usted íntimamente, es la primera que le dirijo. ¿Qué me importa que sea usted prometida, casada o viuda? Quiere usted que todo el mundo lo ignore... ¿He tratado yo de saberlo? ¿Se lo he preguntado? ¡Ah, Teresa! Aun vacila mi cabeza esta mañana, sé que miento, y a usted no le quiero mentir. Mi primer impulso de curiosidad, respecto de usted, lo tuve el viernes por la noche. El de ayer fué el segundo. Juro a usted que será el último, y para que no torne a retoñar esta cuestión, quiero confesárselo a usted todo. Estuve días pasados a la puerta de su casa, es decir, junto a la verja de su jardín. Miré, no vi nada; traté de oír, algo escuché. ¿Qué importa lo que oí? Ignoro su nombre, no vi su figura; usted es mi hermana, mi confidente, mi consuelo, mi sostén. Sé que ayer lloraba a mis pies y que usted enjugó mis ojos con su pañuelo, diciéndome: "¿Qué hacer, qué hacer, pobre hijo mío?". Sé que, prudente, libre, tranquila, respetada, siendo a la vez libre, amada, feliz, aun halla usted ocasión y tiene la caridad de compadecerme, de saber que vivo y de querer que viva más y mejor. ¡Mi buena Teresa, el que no la bendiga será un ingrato, y por miserable que yo sea, no conozco la ingratitud. ¿Cuándo quiere usted recibirme, Teresa? Creo que la he ofendido. Sólo esto me faltaba. ¿Voy a su casa esta noche? Si me dice usted que no, es como si me condenara al infierno".

Lorenzo recibió, al volver su criado, la respuesta de Teresa. Era breve: "Venga esta noche". No era Lorenzo ni desconfiado ni presuntuoso, aunque varias veces se propuso o se sintió inclinado a ser una u otra cosa. Era, como ya se habrá visto, un ser lleno de contrastes, que describimos sin explicarlo, porque no sería posible: ciertos caracteres se escapan al análisis lógico.

La respuesta de Teresa le hizo temblar como un niño. Nunca le había escrito en aquel tono. ¿Tenía su brusca partida del día anterior tal fundamento que traía la consecuencia de aquella orden de ir a comprobarlo? ¿Le llamaba a una cita amorosa? Aquellas tres palabras secas y ardientes, ¿habían sido dictadas por la indignación o por el delirio?

Entró míster Palmer, y Lorenzo, agitado y preocupado, tuvo que comenzar su retrato. Habíase prometido interrogarlo con habilidad consumada y arrancarle todos los secretos de Teresa. No halló la frase para entrar en materia, y como el americano posaba concienzudamente, inmóvil y mudo como una estatua, transcurrió la sesión casi sin despegar los labios ni uno ni otro.

Tuvo tiempo Lorenzo de calmarse lo bastante para estudiar la fisonomía plácida y correcta de aquel extranjero. Era de una perfecta hermosura, lo que le daba ese aire inanimado que caracteriza a las facciones de admirable regularidad. Examinándolo mejor, advertíase la finura de su sonrisa y el fuego de su mirada. A la vez que hacía Lorenzo tales observaciones, calculaba la edad de su modelo.

—Perdonad —le dijo de pronto—, pero quisiera y debo saber si usted es un joven envejecido o un hombre maduro muy bien conservado. Por mucho que le miro no llego a comprender lo que veo.

—Tengo cuarenta años —respondió Palmer sencillamente.

—Mi enhorabuena —replicó Lorenzo—. ¿Goza usted de completa salud?

—Excelente —dijo Palmer, recobrando su actitud cómoda y su tranquila sonrisa.

"Es la imagen de un amante feliz —pensó el artista— o la de un hombre que no ha amado otra cosa que el *roast beef*".

No pudo resistir al deseo de proseguir diciendo:

—¿De modo que conoció usted muy joven a la señorita Santiago?

—Tenía quince años cuando la vi por primera vez.

No se atrevió Lorenzo a preguntar en qué año. Parecíale que, al hablar de Teresa, se le encendía el semblante. ¿Qué le importaba la edad de Teresa? Su historia es lo que anhelaba conocer. Teresa no aparentaba tener treinta años. Palmer pudo no ser para ella entonces más que un amigo. Habíale contestado con voz clara y vibrante pronunciación. Si era él a quien Teresa dijo: "No amo a nadie más que a usted", hubiera respondido de modo muy diferente.

Llegó, por fin, la noche, y el artista, que no acostumbraba a ser puntual, apareció antes de la hora en que Teresa solía recibirle. Hallóla en el jardín, ociosa, contra su costumbre, y paseando agitada. Corrió a su encuentro en cuanto le vió, y tomándole la mano con más autoridad que afecto:

—Si es usted un hombre de honor —le dijo—, me va a repetir todo lo que oyó a través de esa valla. Vamos, hable: ya escucho.

Sentóse en un banco, y Lorenzo, irritado por acogida tan inesperada, trató de inquietarla con respuestas evasivas. Pero ella le dominó con una actitud de descontento y una expresión en el semblante que le era desconocida. El temor de una ruptura definitiva hízole declarar sencillamente la verdad.

—¿De manera —tornó a decir ella— que eso es todo lo que oyó? ¿Que yo decía a una persona, a la que usted no pudo entrever: "Es usted hoy mi único amor en la tierra"?

—Lo he soñado, Teresa. Estoy dispuesto a creerlo así si usted me lo manda.

—No, no ha soñado usted. He podido, he debido decir eso. ¿Y qué me contestaron?

—Nada oí —repuso Lorenzo, a quien la respuesta de Teresa hizo el efecto de una ducha fría—, ni aun el sonido de una voz. ¿Está usted tranquila?

—No. Quiero saber más. ¿A quién supone usted que hablaba yo así?

—No supongo nada. Todas las amistades de usted me son conocidas, excepto Palmer.

—¡Ah! —exclamó Teresa con aire de satisfacción extraño—. ¿Creyó usted que era Palmer?

—¿Por qué no? ¿Sería injurioso para usted suponer que había existido, entre usted y él, un afecto antiguo, hoy renovado? Sé que las relaciones de usted con todos los que veo frecuentar su casa de tres meses acá, son tan desinteresadas por su parte y tan indiferentes por la de usted, como las que yo con usted sostengo. Palmer es de arrogante figura y de maneras distinguidas. Me es muy simpático. Ni tengo el derecho ni la pre-


Utilice sus manos y su cerebro para
GANAR DINERO!



APRENDA A HACER
TRABAJOS PLASTICOS, JUGUETES, FANTASIAS, OBJETOS DE ASTA Y HULE

Solicite informes enviando o mencionando este aviso, a
UNIVERSIDAD INDUSTRIAL Y COMERCIAL
SARANDI 1273 BUENOS AIRES

APRENDA RADIO!
Curso completo en 4 tomos, $ 20.—. Claramente expuestos están en estos libros los más modernos conocimientos sobre radiotécnica. Además se incluyen lecciones para la construcción de receptores y transmisores, con un amplio estudio sobre cine sonoro.
Cada tomo, $ 5.— (Flete: $ 0.75)
Envíos C. Reembolso Pedidos: A. WARD
Sgo. DEL ESTERO 1519 - Bs. As.



Ortopedia Científica

La ortopedia moderna ha realizado grandes conquistas en su técnica. TOUSON las ha aplicado y las proporciona en todos sus aparatos ortopédicos, así como en sus miembros artificiales, livianos, cómodos y, en una palabra, perfectos.
CONSULTAS GRATUITAS
Seriedad-Responsabilidad-Prestigio
INSTITUTO ORTOPEDICO
TOUSON
PUEYRREDON 1318 - U. T. 41, PLAZA 9708

S SOLICITE FOLLETOS
Nombre.......
Domicilio.......
Localidad....... F. C.......

tensión de pedir a usted cuenta de sus particulares afectos. Pero... dirá usted que la he espiado...

—Sí, es cierto —dijo Teresa, sin parecer dispuesta a negar cosa alguna—; ¿por qué me espiaba usted? Aunque no lo comprendo, me parece mal. Explíqueme ese capricho.

—¡Teresa! —respondió vivamente el joven, resuelto a acabar con su tormento interior—. Dígame usted que tiene un amante, y que ese amante es Palmer, y yo amaré a usted de todo corazón y le hablaré con completa ingenuidad. Pediré a usted perdón de un acceso de locura y nunca más tendrá usted nada que reprocharme. Vamos, ¿quiere usted que sea su amigo? A pesar de mis baladronadas, comprendo que me hace falta y que soy digno de serlo. Sea usted franca conmigo: eso es todo lo que le pido.

—¡Pobre amigo mío! —respondió Teresa—. Me habla usted como a una coqueta que tratara de retenerle junto a sí teniendo una falta que confesar. No puedo aceptar esa situación: no me conviene. Palmer no ha sido ni será jamás para mí más que un amigo estimadísimo, con quien no he llegado nunca a intimar y al que hace tiempo que había perdido de vista. Es todo lo que debo decir a usted, y nada más. Mis secretos, si los tengo, no han menester de desahogo, y ruego a usted no se mezcle en ellos más de lo que yo deseo. A usted no le toca preguntar, sino responderme. ¿Qué hacía usted aquí hace cuatro días? ¿Por qué me espiaba? ¿Qué acceso de locura es el que debo conocer y juzgar?

—No es alentador el tono en que usted me habla. ¿Por qué he de ser sincero cuando usted no se digna tratarme como a un buen camarada ni tiene confianza en mí?

—No lo sea usted, pues —replicó Teresa levantándose—. Eso me probará que no merece usted la estimación de que le he dado pruebas, y que, tratando de averiguar mis secretos, usted no la sentía por mí.

—¿Me despide usted? —repuso Lorenzo—. ¿Todo ha concluído entre nosotros?

—Todo. Adiós —respondió Teresa severamente.

Salió Lorenzo presa de tal cólera, que no le permitió pronunciar una palabra; mas aun no hubo andado treinta pasos retornó, diciendo a Catalina que había olvidado un encargo que se le había dado para su señora. Halló a Teresa sentada en un saloncillo. La puerta que daba al jardín permanecía abierta. Parecía que Teresa, desolada y abatida, estaba abismada en sus reflexiones. Su acogida fué glacial.

—¿Vuelve usted? —dijo—. ¿Qué ha olvidado?

—He olvidado decir a usted la verdad.

—No quiero saberla.

—¿Pues no me la preguntaba usted?

—Creí que usted me la diría espontáneamente.

—Podía, debía hacerlo; creí mejor callarla. ¿Cree usted posible, Teresa, que un hombre de mi edad la vea sin quedar enamorado de usted?

—¿Enamorado? —dijo Teresa frunciendo las cejas—. De modo que al decirme que usted no se podía enamorar de mujer ninguna se burlaba usted de mí.

—No; decía lo que pensaba.

—Entonces se equivocaba usted, y resulta que se ha enamorado, ¿no es eso?

—¡Ah, no se enfade! ¡Dios mío! No hay nada de eso. Han pasado ráfagas de amor por mi imaginación, por mis sentidos, si a usted le parece mejor. ¿Tan poca experiencia tiene usted que lo juzga imposible?

—Tengo la edad de la experiencia —respondió Teresa—, pero he vivido sola mucho tiempo. No tengo experiencia de ciertas situaciones. ¿Le extraña? Sin embargo, así es. Soy bastante candorosa, aunque he sido engañada..., como todo el mundo. Usted me ha dicho cien veces que me respetaba demasiado para ver en mí a una mujer, porque usted no amaba a las mujeres más que groseramente. Creíme, por lo tanto, a salvo del ultraje de sus deseos y de todo lo que me hacía estimarle: su sinceridad sobre este punto era lo que estimaba más. Me ligué a usted con tanto más descuido cuanto que una vez, acuérdese usted, nos dijimos riendo, pero en el fondo seriamente: "Entre dos seres, uno idealista y otro materialista, se extiendo el mar Báltico".

—De buena fe lo dije, y eché a andar tranquilo por mi ribera, sin acometerme la idea de atravesar el mar; pero ha acontecido que por la parte en que yo estaba no resiste el hielo. ¿Qué culpa tengo yo de tener veinticuatro años y de que usted sea hermosa?

—¿Lo soy todavía? Creí que no.

—No sé; no me lo parecía usted antes, pero un día venturoso así se me mostró usted. De sobra sé, por lo que a usted se refiere, que este cambio fué involuntario; también involuntariamente prendió en mí esa seducción, tan involuntariamente, que fué contra mi prohibición y mi anhelo de huir de ella. Di a Satanás lo que a Satanás pertenecía, mi pobre alma, y traje aquí a César lo que era de César: mi respeto y mi silencio. Ocho o diez noches hace, sin embargo, que esta mala idea me acosa en sueños. Se disipa cuando estoy junto a usted. Le juro, Teresa, que cuando la veo, cuando me habla, me siento calmado. No recuerdo haber descubierto mi herida más que en aquel instante de demencia que aun no acierto a explicarme. Cuando hablo de usted, digo que no es usted joven o que no me agrada el color de sus cabellos. Proclamo que es usted un buen camarada, un hermano mío, y no miento al decirlo. Y pasan después sobre el triste invierno de mi corazón no sé qué soplos de primavera, y pienso que es usted la que los produce. ¡Y usted es, Teresa, con ese culto por lo que usted llama el amor verdadero! Y esto da en qué pensar, a pesar de todo.

—Creo que usted se engaña: no hablo jamás de amor.

—Sí, lo sé. Ha tomado usted su partido en este asunto. Ha leído usted en alguna parte que hablar de amor es sentirlo o inspirarlo; pero su silencio tiene una gran elocuencia, sus reticencias contagian la fiebre y su excesiva prudencia tiene un atractivo diabólico.

—Entonces, no nos veamos más —dijo Teresa.

—¿Por qué? ¿Qué importa que yo pase noches de insomnio, cuando sólo de usted depende que viva tranquilo como antes?

—¿Qué hay que hacer para eso?

—Lo que he pedido a usted: decirme que pertenece usted a alguien. Lo creeré, y, como soy muy soberbio, quedaré curado como por la varita de un hada.

—Y si le digo a usted que a nadie pertenezco, porque no quiero amar a nadie, ¿no bastará?

—No, porque tendré la presunción de pensar que puede usted cambiar de opinión.

No pudo contener la risa Teresa al ver la franqueza con que Lorenzo se expresaba.

—Bien —le dijo—: quede usted curado y vuélvame la amistad, que me enorgullecía, en lugar del amor, que me hubiese avergonzado. Amo a un hombre.

—No es bastante, Teresa. Es preciso que me diga usted: "Soy suya".

—Porque, si no, usted creerá que es usted mismo ese hombre, ¿no es eso? Pues bien, sea: tengo un amante. ¿Está usted satisfecho?

Del todo. Vea usted: le beso la mano para darle las gracias por su franqueza. Sea usted buena por completo. Dígame que es Palm

—Imposible. Mentiría.

—Entonces..., no comprendo.

—Es una persona que usted no conoce Está ausente...

—¿Y viene de cuando en cuando?...

—Así parece, puesto que usted sorpr un desahogo...

—¡Gracias, gracias, Teresa! Ya soy fu Sé quién es usted y quién soy yo, y decirlo todo, creo que ahora la quiero desde que sé que es usted una mujer y una esfinge. ¡Ah! ¿Por qué no ha hab usted así antes?

—¿Ha atormentado mucho a usted esa sión?— dijo Teresa chanceándose.

—¡Eh! Tal vez. Dentro de diez años taré a usted todo eso, Teresa, y nos rei juntos.

—Convenido. Buenas noches.

Retiróse Lorenzo muy tranquilo y del desengañado. Había sufrido realmente causa de Teresa. Habíala deseado con sin atreverse a manifestárselo. No era sión noble y levantada; era una mezc vanidad y de curiosidad. Esta mujer, que todos sus amigos decían: "¿A quién Desearía que fuese a mí, pero no es a apareciósele como un ideal inasequibl imaginación ardía, su orgullo sangrab temor, de la casi certeza de fracasar.

Pero no sólo el orgullo dominaba Lucían en su alma relámpagos en que b la noción del bien, de la verdad y de lleza.

Era un ángel, si no caído como otros, a lo menos extraviado y enferm necesidad de amar le devoraba el co cien veces al día preguntábase con si había vivido demasiado de prisa y le restaban fuerzas para ser dichoso.

Despertó triste y tranquilo. Ya ec menos su quimera, su bella esfinge, leía en su corazón con atención comp la que le admiraba, le reñía, le daba y le compadecía alternativamente, sin jamás nada de sí misma, pero dejando sentir tesoros de afecto, de desinterés, de voluptuosidad. Por lo menos, así era a Lorenzo interpretar el silencio de sobre su vida, y cierta sonrisa, misterio mo la de la Gioconda que aparecía en bios y en sus ojos cuando blasfemaba de ella. En aquellos momentos parecía "Yo podría mostrar el paraíso ante las das de ese infierno, pero este pobr no me comprendería".

Una vez revelado el misterio de su zón, Teresa perdió todo su prestigio ojos de Lorenzo. Ya no era más qu mujer como todas las demás. Casi tentado a rebajarla en su propia esti y, aunque ella nunca había consent dejarse interrogar, a acusarla de hip de gazmoña. Mas ya que pertenecía a ni se arrepentía de haberla respetado, seaba nada de ella, ni siquiera su amist se hacía la ilusión de encontrar con f en otra parte.

Duró esta situación dos o tres días, los cuales imaginó Lorenzo varios p para excusarse, si Teresa, por azar, cuenta del tiempo transcurrido sin Al cuarto día sintióse presa Lorenzo *spleen* inexplicable. Las mujeres alegres cortesanas dábanle náuseas; en ninguno amigos encontraba la paciente y delicad dad con que Teresa observaba su tedi tratar de disiparlo, para buscar con él sa y el remedio; en una palabra, para o de él. Sólo ella sabía lo que era oport cir, sólo ella parecía comprender que tino de un artista como él no era un sin importancia sobre el que un espíritu

el derecho de proclamar que, si era desgraciado, tanto peor

a la casa de ella con tal premura, que hasta olvidó lo que decir para excusar su ausencia; pero Teresa no se mostró ntenta ni sorprendida por su olvido, y le evitó mentir no ha- pregunta alguna. Sintióse mortificado y dióse cuenta de que eran mayores que antes.

visto a su amado –pensó– y me habrá olvidado".

dejó entrever de su despecho, y puso tan excesivo cuidado en bras y en sus gestos, que nada adivinó Teresa.

muchas semanas en constante alternativa de rabia, de frial- ternura. Nada en el mundo le era tan necesario ni tan bien- como la amistad de aquella mujer; nada tan amargo ni tan como la idea de que no podía soñar en ser amado por ella. esión que había exigido, lejos de curarle, como él se jactó, udizado su mal. Eran unos celos que tenía que reconocer, existía causa confesada y cierta. ¿Cómo pudo imaginar que, esta causa, se desdeñaría de luchar con ella para destruirla? tentativa hizo, sin embargo, para suplantar al infeliz e rival. Su orgullo, excesivo en lo que se refería a Teresa, no nsentía. Limitábase a odiar al incógnito amante, a atribuirle ridiculeces, a insultarle y provocarle diez veces al día.

de sufrir, tornaba a la vida de crápula, olvidábase de sí caía en seguida en la más profunda tristeza. Ibase entonces dos horas en casa de Teresa, sintiéndose feliz viéndola, respi- el aire que ella respiraba, contradiciéndola para tener el placer char su voz amonestadora y cariñosa.

a detestarla porque no adivinaba sus torturas; aborrecíala se mostraba fiel a aquel amante que no podía ser más que un vulgar, puesto que ella no sentía la necesidad de hablar de base de ella jurándose no volver en mucho tiempo, y hubiera a la hora si creyera ser recibido.

que advirtiera días pasados su amor, creíale curado: de tal desempeñaba su papel. Quería sinceramente a aquel desventu- grande. Artista entusiasta, bajo aquel aspecto calmoso y había consagrado una especie de culto a lo que él hubiera ser, como ella decía, y le restaba una compasión, rebosante de a la que se mezclaba un gran respeto para el genio atormentado ado. Si hubiera tenido la seguridad de que no podía despertar ngún carnal deseo, hubiérale acariciado como a un hijo, y mo- había en que detenía sus palabras, porque asomaba a sus labios de tutearle.

el amor en este sentimiento maternal? Existía, sin que Te- cuenta, porque una mujer de veras honesta, que ha vivido po, más entregada al trabajo que a la pasión, puede guardar años, hasta para sí misma, el secreto de un amor del que está a defenderse. Teresa creía estar segura de que no procuraba satisfacción en aquel afecto en que ella ponía todo el gasto; encontraba junto a ella la calma y el bienestar, también ella tan abundante en sí misma que le permitía darlo. Demasiado que él era incapaz de amar como ella entendía el amor, y por edó ofendida y espantada por aquel instante de pasión que le confesado Lorenzo. Pasada aquella crisis, felicitábase por haber ado, en una mentira inocente, la manera de impedir que se era, y como, con cualquier pretexto, cuando se sentía emo- apresurábase Lorenzo a recordar la infranqueable barrera de del mar Báltico, perdió todo temor y se habituó a vivir en me- fuego sin quemarse.

los sufrimientos y todos los peligros de los dos amigos per- escondidos, ocultos, bajo la capa de esa burlona alegría, que el modo de ser, como el sello indeleble de los artistas fran- Es una segunda naturaleza que los extranjeros del norte nos n con frecuencia, y por la que los graves ingleses, sobre todo, desdeñan olímpicamente. Y, sin embargo, es la que constituye el de las más delicadas amistades y la que nos preserva a menudo chas locuras y tonterías. Buscar el lado ridículo de las cosas brir el lado débil e ilógico. Reír de los peligros en que se ve el alma, es ejercitarse en afrontarlos, como nuestros soldados la línea de fuego riendo y cantando. Burlarse de un amigo es de un decaimiento de ánimo en que nuestra piedad le hubiera a complacerse. Por último, burlarse de uno mismo es preser- la estúpida embriaguez del amor propio exagerado. He notado gentes que jamás se chancean están dotadas de una vanidad e insoportable.

jovialidad de Lorenzo rebosaba de color y de ingenio como su y era tanto más natural cuanto original. Teresa tenía menos que él, tendiendo más al ensueño y a ser parca en la conver- Érale necesaria la alegría de los demás; entonces la suya, poco poco, hacíase de la partida, y su risa silenciosa no carecía de encanto.

resultado de este constante buen humor en que ambos se mante- era que el amor, capítulo sobre el que Teresa no se chanceaba ni gustaba de que se chanceasen delante de ella, no hallaba ja- medio de deslizar una palabra, de dejar oír una nota.

Llegó un día en que el retrato de Palmer se terminó, y Teresa en- a Lorenzo, de parte de su amigo, una buena cantidad, que el ar- prometió guardar para el caso de una enfermedad o de un gasto

........ y también al mirarse en su espejo, éste le diga, como en el famoso cuento, "eres la más hermosa del mundo". Para lograrlo, recuerde que el cuidado de su cabellera, la belleza de su permanente y la hermosura de su cutis le son indispensables

LA ESMERALDA

La mejor y más grande Peluquería de Señoras en Sudamérica

con su personal realmente experto le aseguran esa belleza que usted busca.

PERMANENTES PRINCESA SUAVES Y SEDOSAS

PERMANENTES CORONITA $ 5 MAGNIFICAS Y PERFECTAS



PERMANENTES PARA PEINADOS PLUMA

PERMANENTES AL OLEO CREMA COMO SEDA

PERMANENTES Al Vapor "ROBERTS" perfectas

PERMANENTES AUTOTERMO DE BUCLES MARAVILLOSOS

TINTURAS Policrom, al aceite, colores naturales, $ 6.-

Retoque de Tinturas COLOR UNIFORME $ 4.-

MASAJES Modernos Hollywood $ 3.-

BAÑO FACIAL Limpieza del cutis $ 1.50

DEPILACION GENERAL



Nuestra Casa Central Carlos Pellegrini 425

Permanentes especiales para cabellos teñidos y oxigenados

LA ESMERALDA

(LA MEJOR Y MAS GRANDE PELUQUERIA DE SEÑORAS EN SUDAMERICA)

Casa Matriz: PIEDRAS 79 - U. T. 34-1019 (Casi esquina Avenida de Mayo)

Casa Central: C. PELLEGRINI 425 - U. T. 35-6645-1231

| Suc. Centro: | Suc. Flores: | Suc. Once: | Suc. Belgrano: | Suc. Boedo: | Suc. M. del Plata: |
|---|---|---|---|---|---|
| Lavalle 735 | Rivadavia 7150 | Rivadavia 2579 | Cabildo 2342 | Boedo 783 | Santa Fe 1746 |
| U.T. 31-5720 | U.T. 66-0030 | U.T. 48-2267 | U.T. 76-4017 | U.T. 45-4160 | U. T. 6732 |

PRODUCTOS DE BELLEZA LA ESMERALDA



Creaciones nobles

Arrugas

Aceite de Flores

CUTINET

a base de bálsamos y aceites de flores. Un leve masaje alrededor de los ojos demuestra su bondad en las Arrugas, Patas de Gallo o Bolsas de los Ojos. Frascos de $ 2, 3 y $ 5. Al Int. c/reembolso.

GUILLERMINA SCHWARTZ

Las CANAS Envejecen

Tinturas "POLICROM"

dan aspecto juvenil. Es la tintura mejor experimentada en todos los tonos. Caja completa, para un retoque de tintura, $ 2; doble, $ 3.50, y caja gigante, $ 6. Al interior contra reembolso.



EN VENTA: LABORATORIOS LA ESMERALDA C. Pellegrini 425, Franco-Inglesa y Farmacias y Perfumerías.

CONSULTAS sobre Estética y Belleza dirigirse a GUILLERMINA SCHWARTZ, directora del Instituto de Belleza LA ESMERALDA.

imprevisto y necesario.

Lorenzo habíase aficionado a Palmer mientras hacía su retrato. Encontrábale como era: recto, justo, generoso, inteligente e instruído. Palmer era un rico burgués, cuya riqueza patrimonial provenía del comercio. Había comerciado y viajado él mismo durante su juventud. A los treinta años había tenido el buen sentido de considerarse lo bastante rico para dedicarse a vivir para sí mismo. Ya sólo viajaba por placer, y después de haber visto, como él decía, muchas cosas curiosas y países extraordinarios, complacíase ahora en la vista de las bellezas y en el estudio de los países verdaderamente interesantes por su cultura.

Sin ser un profesional en las bellas artes, su juicio era exacto, y tenía en todas las materias nociones tan sanas como sus inclinaciones e instintos. Su francés pecaba de timido, hasta el punto de ser incorrecto y casi ininteligible al comenzar una conversación; pero cuando se sentía a sus anchas, reconocíase que dominaba el idioma, y que sólo le faltaba más práctica y más confianza para hablarlo muy bien.

Lorenzo habíale estudiado con bastante turbación y curiosidad al principio. Cuando se le demostró hasta la evidencia que no era el amante de la señorita Santiago, lo estimó y sintió por él una amistad que se asemejaba, de lejos, a la que sentía por Teresa. Palmer era un filósofo tolerante, muy severo para sí mismo y muy caritativo para con los demás. Fino por el carácter, por las ideas, parecíase a Teresa y encontrábase de acuerdo con ella sobre todas las materias. Todavía algunas veces Lorenzo sentía celos de lo que llamaba musicalmente su imperturbable unísono, y como no era celoso más que intelectualmente, osaba quejarse a Teresa.

—La definición de usted no vale nada — decía ella—. Palmer es demasiado tranquilo y demasiado perfecto para mí. Yo tengo más fuego; canto un poco más alto que él. Soy, en relación con él, la nota superior de una tercera aumentada.

—Entonces yo soy una nota desafinada — respondió Lorenzo.

—No — decía Teresa —; respecto a usted me modifico, y desciendo a formar una tercera disminuída.

—¿Baja usted conmigo, entonces, un semitono?

—Y me encuentro medio intervalo más cerca de usted que de Palmer.

## CAPITULO III

Un día, a petición de Palmer, fué Lorenzo al hotel "Maurice", en que aquél se hospedaba, para cerciorarse de que el retrato estaba bien montado y embalado. Cerróse la caja ante ellos y Palmer escribió por sí mismo, con un pincel, el nombre y la dirección de su madre. Después, mientras los obreros levantaban del suelo la caja para llevársela, Palmer estrechó la mano del artista, diciéndole:

—Soy deudor a usted de la gran alegría que va a tener mi madre, y de nuevo le doy las gracias. ¿Quiere usted que hablemos un poco? Tengo algo que decirle.

Pasaron a un salón en que vió Lorenzo mucho equipaje.

—Parto mañana para Italia —dijo el americano, ofreciéndole excelentes cigarros y una bujía, a pesar de no ser él fumador—, y no quiero separarme de usted sin hablarle de un asunto delicado, tan delicado que, si usted me interrumpe, no acertaré a dar con las palabras propias para expresarme en francés.

—Juro a usted ser mudo como una tumba —dijo Lorenzo sonriente, extrañado y bastante inquieto.

Palmer continuó:

—Usted ama a la señorita Santiago y creo que también ella le ama a usted. Quizá es usted su amante; si no es así, tengo la seguridad de que llegará a serlo. ¡Oh! Me ha prometido usted callar y no interrumpirme. No diga nada; nada le pregunto. Creo a usted digno del honor que le atribuyo, pero temo que no conozca usted bastante a Teresa y que no comprenda que, si el amor de usted es una gloria para ella, el suyo debe serlo igualmente para usted. Nace este temor de las preguntas que acerca de ella me ha hecho usted y de ciertos sucesos acaecidos a ella ante nosotros y que han producido más emoción a usted que a mí. Eso prueba que usted lo ignora todo. Yo, que todo lo sé, quiero relatárselo para que el lazo entre usted y la señorita Santiago esté fundado sobre la estimación y el respeto que merece.

—¡Un momento, Palmer! —prorrumpió Lorenzo, que se abrasaba de impaciencia, pero que se sintió presa de un generoso escrúpulo—. ¿Va usted a contarme la vida de Teresa con su permiso o por orden suya?

—Ni lo uno, ni lo otro —respondió Palmer—. Teresa no le contará a usted su vida nunca.

—Entonces, calle usted. No quiero saber sino lo que ella quiera que sepa.

—¡Bravo, muy bien! —exclamó Palmer apretándole la mano—. Pero, ¿y si lo que voy a decir la justificara sobre toda sospecha?

—¿Por qué lo calla entonces?...

—Por generosidad para con otros.

—Bueno, hable usted —dijo Lorenzo, que ya no podía contenerse.

—No nombraré a nadie —continuó Palmer—. Diré a usted solamente que en una gran ciudad de Francia vivía un rico banquero que sedujo a una joven encantadora, institutriz de su propia hija. Tuvo una bastarda que nació, hace veintiocho años, el día de Santiago apóstol, y que inscripta en el Registro Civil como hija de padres desconocidos, recibió, por todo apellido, el nombre de Santiago. Esta niña era Teresa.

"Dotó el banquero a la institutriz y la casó, cinco años después, con uno de sus empleados, hombre honrado, ignorante de todo, porque todo se había hecho con el mayor sigilo. La niña se crió en el campo. Su padre habíase hecho cargo de ella. Púsola, cuando fué tiempo, en un convento, en el que recibió esmerada educación y fué tratada con mucho cuidado y mucho cariño. En los primeros años veíala su madre asiduamente, mas, ya casada, contrajo sospechas su marido, y presentando la dimisión de su empleo en casa del banquero, llevóse a su mujer a Bélgica, en donde emprendió negocios e hizo fortuna. La pobre madre tuvo que ahogar sus lágrimas y obedecer.

"Esta mujer ha vivido siempre muy lejos de su hija; ha tenido más hijos y ha observado una conducta irreprochable desde su matrimonio, pero jamás ha sido feliz. Su marido, que la adoraba, la tiene encerrada y no ha cesado de mostrarse celoso, lo que constituye para ella el merecido castigo de su falta y de su engaño.

"Cualquiera supondría que el tiempo había traído la confesión de ella y el perdón de él. Así hubiera ocurrido en una novela; pero no hay nada menos lógico que la realidad, y este matrimonio sigue anublado como en sus lejanos días; el marido, enamorado, inquieto y áspero; la esposa, arrepentida, pero muda y angustiada.

"En las difíciles circunstancias en que se ha hallado Teresa, no ha podido, por tanto, encontrar ni el apoyo, ni los consejos, ni el socorro, ni los consuelos de su madre. Su madre, que la ama con tanto más hondo afecto cuanto más se ve obligada a verla en secreto, a hurtadillas consigue venir a pasar sola uno o dos días en París, como ha sucedido hace poco. Y sólo hace pocos años que ha inventado no sé qué pretexto para obtener esos ambicionados permisos. Teresa adora a su madre y jamás confesará nada que la pueda comprometer. He aquí por qué no la oirá usted nunca una palabra de [illegible] sobre la conducta de las demás mujeres. [illegible] brá usted creído, tal vez, que así pedía [illegible] rectamente indulgencia para ella misma. [illegible] de eso. Teresa no tiene nada que [illegible] perdonar; todo lo perdona a su madre. [illegible] es la historia de sus relaciones.

"¡Ahora contaré a usted la de la [illegible] de... *tres estrellas!* Así creo que dicen [illegible] tedes en francés cuando no quieren [illegible] las personas. Esta condesa, que no [illegible] título ni el apellido de su esposo, es [illegible] Teresa".

—¿Luego es casada? ¿No es viuda?

—Paciencia. Es casada, y no lo es [illegible] usted. Tenía Teresa quince años cuando [illegible] padre, el banquero, se halló viudo y [illegible] porque sus hijos legítimos estaban todos [illegible] tablecidos. Era un hombre excelente [illegible] pesar de la falta que he contado a usted [illegible] que no trato de excusar, era imposible [illegible] estimarlo, dado su talento y su generosidad [illegible] Fuí muy amigo suyo. Me confió la [illegible] del nacimiento de Teresa y me llevó [illegible] veces con él de visita al convento en [illegible] había puesto. Era hermosa, instruída, [illegible] sensible. Creo que deseaba que yo [illegible] resolución de pedirle su mano; pero [illegible] mi corazón no estaba libre. Sin [illegible] táculo... No me era posible pensar [illegible] cosa.

"Pidióme entonces referencias [illegible] noble joven portugués que visitaba [illegible] que tenía grandes propiedades en La [illegible] y una gallarda presencia. Había [illegible] yo a este portugués en París, pero no [illegible] nocía realmente, y me abstuve de [illegible] cio alguno sobre él. Era seductor, [illegible] no me hubiera dejado llevar de su [illegible] te fué el conde con quien casó Teresa [illegible] año después.

"Tuve que partir para Rusia. Cuando [illegible] ví, el banquero había muerto de [illegible] fulminante, y Teresa estaba casada [illegible] con aquel desconocido, aquel loco, [illegible] decir aquel infame, puesto que fué [illegible] por ella hasta después de descubrirse [illegible] men; aquel hombre era ya casado en [illegible] lonias cuando tuvo la audacia [illegible] pedir a Teresa y de casarse con ella.

"No me pregunte usted cómo el [illegible] Teresa, hombre de talento y de experiencia [illegible] pudo dejarse engañar así. Repetiré a [illegible] que mi experiencia propia me ha [illegible] es decir, que en este mundo lo que [illegible] tece es, la mitad de las veces, lo contrario [illegible] lo que debiera suceder.

"En los últimos años de su vida [illegible] quero había cometido otras torpezas [illegible] dan lugar a creer que su lucidez de [illegible] era la de antes. Dejó a Teresa un [illegible] vez de dotarla en vida. Ante los [illegible] legítimos el legado quedó nulo, y Teresa [illegible] adoraba a su padre, no quiso pleitear [illegible] con grandes probabilidades de éxito. [illegible] arruinada precisamente en los días en [illegible] a ser madre, y en ellos mismos vió [illegible] su casa a una mujer irritada que [illegible] sus derechos y quería armar un escándalo [illegible] era la primera, la verdadera mujer legítima [illegible] su marido.

"Teresa tuvo un valor poco común [illegible] a aquella desdichada, consiguió que [illegible] tentara ningún proceso y obtuvo de [illegible] que volviera a unirse con su mujer [illegible] tiese con ella a La Habana. Por causa [illegible] cimiento de Teresa y del secreto [illegible] había rodeado su padre los testimonios [illegible] ternura, su casamiento se hizo a [illegible] pados, en el extranjero, y también [illegible] extranjero había residido la joven [illegible] de entonces. Su vida había sido [illegible] riosa. Temiendo, con razón, el [illegible]

enmascarado si reaparecía en sociedad, hacía creer a Teresa que era el deseo de estar siempre a solas con ella, y a la pobre muchacha, confiada, enamorada y novelesca, parecíale muy natural que su marido viajase con ella con nombre supuesto, como para evitar la vista y el trato de los extraños.

Cuando Teresa descubrió lo horrendo de su situación, no era, por tanto, imposible que todo quedase sepultado en el más profundo silencio. Consultó a un letrado discreto, y adquirida la certeza de que su matrimonio era nulo, pero que para romperlo hacía falta un proceso público si deseaba reconquistar su libertad, tomó en seguida su decisión irrevocable: la de no ser ni libre ni casada, más bien que exponer al padre de su hijo con el escándalo de una condena infamante. De todos modos, el niño era un bastardo; pero valía más que no tuviese apellido y desconociera la verdad de su nacimiento, que hubiera de reclamar un apellido innoble, deshonrando a su padre.

¡Teresa amaba a aquel desdichado! Me lo ha confesado; y él mismo también sentía por ella una pasión diabólica. Hubo luchas desgarradoras, escenas inenarrables, en las que Teresa se defendió con una energía superior, no diré que a su sexo, pero sí a su edad; porque cuando una mujer es heroica, nunca lo es a medias.

Venció al fin. Retuvo con ella a su hijo, arrojó de sus brazos al culpable y le vió partir con su rival, que, aun devorada por los celos, se declaró vencida por tanta magnanimidad, hasta el punto de besarle los pies al separarse.

Teresa cambió de país y de nombre. Hízose pasar por viuda, resuelta a ser olvidada por las pocas personas que la habían conocido, y se dedicó a vivir para su hijo con doloroso entusiasmo. Erale tan caro aquel niño, que pensó la consolaría de todo; pero esta postrera felicidad no debía durar mucho tiempo.

Como el conde era rico y no tenía hijos de su primera mujer, Teresa hubo de aceptar, a ruegos de aquella misma, una pensión decorosa que le permitiese educar a su hijo; mas apenas el conde retornó con su mujer a La Habana, la abandonó de nuevo, escapó, volvió a Europa y vino a arrojarse a los piés de Teresa, suplicándole que huyese con él y con su hijo al otro extremo del mundo.

Teresa fué inexorable. Había orado y reflexionado. Su alma recobró el reposo. Ya no amaba al conde. Precisamente por razón de ello, no quería que aquel hombre fuese el dueño de su vida. Había perdido el derecho a la felicidad, pero no el de respetarse a sí misma; rechazó sin reproche, pero sin debilidad. Amenazóla el conde con privarla de recursos; ella respondió que no le asustaba tener que trabajar para vivir.

Valióse entonces el miserable de un medio infame, sea para someter a Teresa a su antojo, sea para vengarse de su resistencia. ¡Robó al niño y desapareció! Corrió Teresa tras él, pero había tomado tan bien sus precauciones, que equivocó la ruta y no le halló. Entonces fué cuando yo la encontré en Inglaterra, muriendo de desesperación y de fatiga en un mesón, casi loca, y tan desfigurada por el dolor, que me costó pena reconocerla.

Conseguí que se tranquilizase y me dejase hacer. Mis pesquisas tuvieron un resultado deplorable. El conde estaba en América. El niño había muerto a la llegada.

Cuando me vi obligado a llevar a la desgraciada Teresa la terrible noticia, quedé espantado de la calma con que la recibió. Durante ocho días hubiérase dicho que era una muerta que andaba. Lloró al fin, y comprendí que estaba salvada. Tuve que separarme de ella. Díjome que quería permanecer en donde estaba. Inquietábame su penuria. Me engañó diciéndome que su madre no la dejaba carecer de nada. Más tarde supe que su pobre madre vivía tan escasa como ella, no pudiendo disponer de un centavo en su casa sin rendir cuenta de él. Desconocía, además, las desventuras de su hija. Teresa, que le escribía frecuentemente, se las ocultaba para no desesperarla.

Vivió Teresa en Inglaterra dando lecciones de francés, de dibujo y de música, conocimientos en que era maestra y a los que tuvo que recurrir de asirse para no verse precisada a aceptar el socorro de nadie.

Un año después volvió a Francia y fijó su residencia en París, en donde no había estado jamás y no la conocía nadie. Tenía entonces veinte años; habíase casado a los dieciséis. No era bonita, y le han sido precisos ocho años de tranquilidad y de resignación para recobrar su salud y su dulce alegría de antaño.

Sólo la he visto raras veces durante ese tiempo, porque yo viajo siempre; pero la he hallado siempre digna y valerosa, trabajando con energía invencible y ocultando su pobreza con un milagro de orden y de limpieza; no quejándose nunca ni de Dios ni de nadie; no queriendo hablar del pasado, acariciando algunas veces a los niños en silencio, y apartándose de ellos en cuanto se la mira, por temor, sin duda, de que se note su emoción.

Tres años pasaron sin verla. Cuando vine a pedir a usted que hiciese mi retrato, buscaba precisamente su dirección, que iba a preguntar a usted en el momento en que me habló de ella. Llegado a París días antes, ignoraba que al fin hubiera logrado renombre y gozara de abundancia y de celebridad. Al hallarla así es cuando he comprendido que su alma, tanto tiempo enferma, podía aún vivir, amar..., sufrir o ser dichosa. Procure usted que lo sea, mi querido Lorenzo; lo tiene bien ganado. Y si no está usted seguro de que no la hará sufrir, levántese la tapa de los sesos esta noche antes que volver a su




# TRES LIBROS que son TRES SOLUCIONES

**DEL PROBLEMA DEL TEXTO DE ESTUDIO EN LA ESCUELA PRIMARIA**








Las tres obras del profesor JOSE D. CALDERARO que interpretan y simplifican los programas con alto espíritu docente; que contienen todo lo que el alumno necesita para estudiar con provecho y facilitar la tarea del maestro:

**EL CUARTO GRADO PRIMARIO**
Historia, Instrucción Cívica, Geografía, Naturaleza, Matemáticas y Lenguaje. 412 páginas.
Precio del ejemplar: $ 3.—

**EL QUINTO GRADO PRIMARIO**
Historia, Instrucción Cívica, Geografía, Naturaleza, Matemáticas y Lenguaje. 428 páginas.
Precio del ejemplar: $ 3.25

**EL SEXTO GRADO PRIMARIO**
Historia, Instrucción Cívica, Geografía, Naturaleza, Matemáticas y Lenguaje. 444 páginas.
Precio del ejemplar: $ 3.50

Los tres volúmenes contienen profusión de ilustraciones y están sólidamente encuadernados en cartoné.

**Publicados por la EDITORIAL SOPENA ARGENTINA**

**EN VENTA EN TODAS LAS LIBRERIAS**

casa. Esto es todo lo que tenía que decirle."

—Un instante —dijo Lorenzo hondamente emocionado—. Ese conde de***, ¿vive aún?

—Desgraciadamente, sí. Las personas que son tormentos de otras gozan siempre de buena salud y escapan de todos los peligros. Jamás presentan su dimisión. Poco ha tuvo la audacia de enviarme una carta para Teresa, que yo le entregué en presencia de usted, y de la que ha hecho el caso que merece.

Lorenzo había resuelto casarse con Teresa al oír la narración de Palmer. Aquella historia le había trastornado. Las monótonas inflexiones, el pronunciado acento extranjero y algunas faltas sintáxicas de Palmer, que hemos juzgado inútil reproducir, habían prestado al relato, en la viva imaginación del oyente, un no sé qué de extraño y de terrible, como el sino de Teresa. Esta hija sin padres, esta madre sin hijo, esta esposa sin esposo, ¿no estaba predestinada a tan excepcional desventura? ¡Qué triste concepto debía tener del amor y de la vida! La esfinge reaparecía ante los deslumbrados ojos de Lorenzo. Teresa, sin el velo que la encubría, se le antojaba más misteriosa que nunca. ¿Habíase consolado alguna vez, o podía serlo por un solo momento?

Abrazó a Palmer con efusión, le juró que amaba a Teresa, y que, si alguna vez llegaba a ser amado por ella, se acordaría en todos los momentos de su vida de la hora que acababa de pasar y del relato que terminaba de oír. Después de prometerle que aparentaría no conocer la historia de la señorita Santiago, volvió a su casa y escribió:

"Teresa, no crea usted ni una palabra de cuanto le he dicho desde hace dos meses. No crea tampoco nada de lo que le dije cuando usted temió que me enamorase. No estoy enamorado de usted, no es eso: la amo locamente. Será absurdo, será insensato, será miserable; pero yo, que creía no deber, ni poder decir, ni escribir jamás a una mujer esta frase: "la amo a usted", la encuentro hoy demasiado fría, demasiado circunspecta, pronunciada por mí para usted. No puedo vivir con este secreto, que me ahoga y que usted no quiere adivinar. Cien veces he querido alejarme de usted, irme al fin del mundo, olvidarla. Una hora más tarde estoy a su puerta; y con frecuencia por las noches, devorado de celos, casi furioso contra mí mismo, pido a Dios que me libre de mi tormento haciendo aparecer a ese amante desconocido, en quien no creo, inventado por usted para desilusionarme. ¡Vea yo a ese hombre en sus brazos, o ámeme, Teresa! Aparte de esta solución, no veo más que otra: matarme para acabar. Es cobarde y estúpida esta amenaza vulgar y manoseada por todos los amantes desesperados; pero, ¿es culpa mía que existan desesperaciones que arranquen el mismo grito a todos los que la padecen, y soy yo un loco porque resulto un hombre como los demás?

"De qué me ha servido todo lo que he inventado para defenderme y para lograr que mi pobre individuo fuese tan inofensivo como libre quería ser?

"¿Tiene usted algo que reprocharme respecto de mi conducta con usted, Teresa? ¿Me juzga un presuntuoso, un taimado, cuando sólo he procurado parecer cándido para infundir a usted confianza en mi amistad? ¿Por qué quiere usted que muera sin haber amado, siendo usted la única (bien lo sabe) que puede hacerme conocer el amor? Hay en el alma de usted un tesoro, y usted sonríe junto a un desdichado que se muere de hambre y de sed. Le arroja usted una limosnita de cuando en cuando, y a eso le llama usted amistad. No es ni compasión siquiera, porque usted debe saber que una gota de agua aumenta la sed.

"¿Por qué no me quiere usted? Quizá ha amado usted ya a alguien que valía menos que yo. Valgo poco, es verdad, pero amo. Y, ¿no es eso todo?

"No me creerá usted; dirá usted que me engaño, como antes. No, no puede usted decirlo sin mentir a Dios y a usted misma. Bien ve usted que mi mal me martiriza y me trae hasta a hacerle esta declaración ridícula, cuando lo que más temo en el mundo es que usted se burle de mí.

"No me juzgue corrompido, Teresa. Usted sabe que el fondo de mi alma no está manchado, y que, desde el abismo en que me arrojé, no he cesado nunca, a pesar mío, de clamar al cielo. Teresa, al lado de usted soy casto como un niño. Usted misma no ha sentido temor al tomar mi cabeza entre sus manos como para besarme en la frente, diciendo: "Mala cabeza, merecerías ser cortada". Y, sin embargo, en vez de aplastarla como la de una serpiente, procuraba usted hacer entrar en ella el aliento puro y ardiente del espíritu de usted. Lo ha logrado usted por completo; y ahora que ha encendido el fuego del altar, se aparta usted y me dice: "Confíe su guarda a otra. Cásese, ame a una joven bella, dulce y amorosa; tenga hijos, ambición de ser algo por ellos, orden, felicidad doméstica, ¿qué sé yo?... Todo, excepto a mí".

"Y a quien amo yo es a usted, Teresa, y no a mí mismo. Desde que nos conocimos, usted ha procurado hacerme creer en la dicha e infundirme el deseo de gozarla. No es culpa de usted que me haya hecho egoísta como un niño mimado. Pero valgo algo más. No pregunto si el amor de usted sería para mí la felicidad. Sé solamente que sería la vida, y que, buena o mala, o esta vida o la muerte es la que me falta."

## CAPITULO IV

Afligió profundamente a Teresa esta carta. Hirióla como un tiro. Parecíase tan poco su amor al de Lorenzo, que imaginaba que no le quería, sobre todo cuando tornaba a leer las frases que él usaba. No existía la embriaguez en el corazón de Teresa, o, si la había, había entrado gota a gota, tan lentamente que no lo advirtió, y creyóse tan dueña de sí misma como el primer día. La palabra pasión le repugnaba.

"¡Pasiones! —se decía—. Piensa, sin duda, que ignoro lo que son y que voy a volver a beber ese brebaje emponzoñado. ¿Qué le he hecho yo a quien he dado tanta ternura y tantos cuidados para que me proponga, como muestra de gratitud, la desesperación, la fiebre y la muerte?... Después de todo, no es falta imputable a su desdichado carácter. Ni sabe lo que quiere ni lo que pide. Busca el amor como la piedra filosofal, en lo que tanto más se empeñan en creer cuanto menos la hallan. Cree que la poseo y que me entretengo en negársela. En todo lo que piensa hay algo de delirio. ¿Cómo calmarlo y hacerle desistir de un capricho que llega hasta a hacerle desgraciado?

"Tiene razón en decir que es culpa mía. Pretendiendo alejarlo de la vida crápulosa, le he acostumbrado a un afecto honesto; pero es hombre, y ese afecto es para él incompleto. ¿Por qué me ha engañado? ¿Por qué me ha hecho creer que estaba indiferente, tranquilo, junto a mí? ¿Qué haré para reparar la falta de mi experiencia? No he sido lo bastante mujer. No he comprendido que una mujer, por cansada e indiferente que le sea la vida, puede siempre turbar el alma de un hombre. Debí estimarme seductora y peligrosa, como él mismo me dijo una vez, y adivinar que fingía, sobre este punto, sólo para tranquilizarme. ¿Es un defecto, una mala aventura, no poseer el instinto de la coquetería?"

Después, Teresa, rebuscando en sus recuerdos, acordábase de haber usado de esos instintos de reserva y desconfianza para prevenir los deseos de otros hombres que no le eran gratos; con Lorenzo no los sintió, porque estimaba de todas veras su amistad, porque no le era posible creer que tratara de engañarla y también, pre[...] decirlo, porque le quería más que a [...] Sola, en su estudio, iba y venía, pres[...] doloroso malestar, ora mirando la ca[...] que había dejado sobre la mesa, sin sa[...] hacer, sin decidirse ni a volver a lee[...] romperla, ora mirando su interrumpido [...] sobre el caballete. Trabajaba con en[...] con placer, en el momento en que le [...] traído aquella carta, es decir, aquell[...] aquella zozobra, aquel asombro y aque[...] Era un miraje que hacía reaparecer, [...] rizonte tranquilo y sin nubes, los espe[...] sus pasados dolores. Cada palabra [...] aquel papel era como un canto de mu[...] años atrás, como una profecía de nue[...] venturas.

Trató de serenarse volviendo a pi[...] su gran remedio para todas las agita[...] la vida exterior; pero aquel día resul[...] tente. El miedo que aquella pasión le [...] la hería en el santuario más puro y [...] dido de su vida presente.

"Dos felicidades turbadas o destru[...] jose arrojando el pincel y mirando la [...] el trabajo y la amistad".

El resto del día pasó sin decidir na[...] veía, en su pensamiento, un punto [...] resolución de contestar negándose; [...] quería expresar su negativa rápida[...] mente, con esa sombría rudeza de las [...] que sienten el temor de sucumbir [...] apresuran a atrancar la puerta. La [...] pronunciar ése no sin apelación, que [...] bía dejar abierto ningún portillo a la [...] pero que tampoco debía poner una [...] fuego sobre el dulce recuerdo de [...] era, para ella, un problema difícil [...] Aquel recuerdo era su mismo amor. [...] se va a enterrar a un ser querido, no [...] uno, sin dolor, a cubrir su faz con [...] lienzo y descenderlo a la fosa com[...] ríase embalsamarlo en una tumba espe[...] gida, a la que se vendría, de tiempo [...] a rezar por el alma del que allí des[...]

Llegó la noche sin haber encontra[...] do de rehusar sin hacer sufrir dem[...] talina, que observó su falta de apeti[...] guntó con inquietud si estaba enfer[...]

—No —respondió—, estoy preocup[...]

—¡Ah! —continuó la buena vieje[...] baja usted mucho; no piensa en viv[...]

Teresa alzó un dedo. Era un gest[...] talina conocía y que quería decir: [...] blemos de eso".

La hora en que Teresa recibía a[...] número de sus amigos, hacía tiemp[...] recía, reservada sólo a Lorenzo. [...] puerta estaba abierta para todo el [...] venir, él sólo venía, bien fuera [...] demás estuvieran ausentes, por ser [...] de ir o de vivir en el campo, bien [...] bieran advertido en Teresa cierta [...] cierto deseo involuntario de hablar [...] mente con el señor de Fauvel.

Lorenzo llegaba a las ocho, y Te[...] raba el reloj, diciéndose: "No he [...] hoy no vendrá". Sintió un penoso [...] corazón, y añadió: "Es preciso que [...] nunca".

¿Cómo pasar aquella eterna velad[...] nía la costumbre de emplear en con[...] su amigo, trazando ligeros croquis o [...] do en alguna labor de mujer, mient[...] maba, perezosamente tendido sobre los [...] dones del diván? Pensó combatir el [...] do a visitar a una amiga que tenía [...] rrio de Saint-Germain, con la que iba [...] veces al teatro; pero se acordó de que [...] se acostaba temprano y que ya [...] tarde cuando llegase allá. ¡La dis[...] tan larga y los coches andaban ta[...] en aquel tiempo! Además, era preciso [...] y Teresa, siempre en zapatillas, com[...] tistas que trabajan con ardor y no [...] nada les moleste, era perezosa para [...] y ponerse un traje de visita. ¿E[...]

chal y un velo, enviar a buscar un coche de alquiler y hacerse llevar, al paso, por las desiertas avenidas del Bosque de Bolonia? Así había paseado alguna vez con Lorenzo, cuando la noche calurosa les despertaba el deseo de buscar un poco de fresco bajo los árboles. Pensaba en que se hubiera visto comprometida paseándose de otro, mas no con Lorenzo, que guardaba religiosamente el secreto de tales confianzas, y los dos se complacían en la excentricidad de aquellas misteriosas entrevistas a solas, que no encubrían ningún misterio. Acordóse de ellas como de cosa muy lejana, y se dijo suspirando, ante la idea de que ya no tornarían: "¡Tiempo feliz! Nada de eso puede renacer para él, que sufre, ni para mí, que no lo ignoro".

A las nueve disponíase contestar a Lorenzo, cuando un campanillazo la sobresaltó. ¡Era él! Levantóse para ordenar a Catalina que dijese que había salido. Catalina entró: era una carta de él. Apesaró involuntariamente a Teresa que no fuese él mismo.

En la carta no había más que estas palabras: "Adiós, Teresa: usted no me ama y yo la amo como un niño".

Estas dos líneas hicieron temblar a Teresa de la cabeza a los pies. La única pasión que se había tratado de extinguir en su corazón era el amor maternal. Esta llaga, cerrada aparentemente, sangraba siempre como su amor no satisfecho.

—Como un niño —repetía la desdichada, apretando la carta entre sus manos temblorosas—. Me ama como un niño! ¡Qué es lo que dice, Dios mío! ¿Sabe siquiera el mal que me hace? *¡Adiós!* ¡Mi hijo ya sabía decir *adiós*, y no me lo pudo gritar cuando me lo quitaron! ¡Lo hubiera oído, y ya no lo oiré jamás!

Su emoción, su excitación, tomaron pie de aquel doloroso pretexto, y Teresa se deshizo en llanto.

—¿Me ha llamado usted? —dijo Catalina volviendo a entrar—. Pero, ¡Dios mío! ¿Qué tiene usted? ¡Llorando, como en pasados años!

—¡Nada, nada, déjame! —respondió Teresa—. Si viene alguien di que he ido al teatro. Quiero estar sola. Estoy enferma.

Catalina salió por el jardín. Había visto a Lorenzo rodear, con paso furtivo, la valla.

—No ponga ese ceño —le dijo—. No sé por qué llora mi señora, pero de usted es la culpa; usted es el que la hace sufrir. No quiere verle a usted. Venga a pedirle perdón.

A pesar de su respeto y su profundo afecto hacia Teresa, Catalina estaba persuadida de que Lorenzo era su amante.

—¿Llora? —gritó Lorenzo—. ¡Oh, Dios mío! ¿Por qué llora?

Y atravesó de un salto el jardín para caer a los pies de Teresa, que sollozaba en el salón con la cabeza entre las manos.

Si Lorenzo hubiera sido tan depravado como pretendía serlo en la apariencia, hubiérase llenado de alegría al ver así a Teresa; pero el fondo de su corazón era bueno y ella ejercía sobre él la secreta influencia de volverlo a su primitiva naturaleza. Las lágrimas que la bañaban despertaron en él una pena real y profunda. De rodillas le rogó que olvidase su locura y que se tranquilizase.

—Yo no quiero sino lo que usted quiera —le dijo;— y puesto que llora por la muerte de nuestra amistad, juro a usted que la haré renacer antes que causarle un nuevo pesar. ¡Pero escúcheme, mi dulce y buena Teresa, mi hermana querida! Seamos sinceros, porque ya no me siento con fuerzas para el engaño. Tenga usted el valor de aceptar mi amor como un triste descubrimiento hecho por usted y como una dolencia de la que usted quiere sanarme con paciencia y compasión. Yo pondré de mi parte cuanto pueda, se lo juro a usted. No le pediré ni un beso siquiera, sacrificio que no me ha de costar tanto como usted puede creer, porque no sé aún si mis sentidos toman parte en esto. Creo que no. ¿Cómo podría ser lo contrario, después de la vida que he llevado y que puedo volver a comenzar? Lo que yo siento es sed del alma. ¿Qué temor puedo causar a usted? Déme un poco de su corazón y tome todo el mío. Consienta usted en que la ame y no me diga que mi amor la ofende, porque mi desesperación es la, de pensar que usted me desprecia tanto, que, ni aun en sueños, me permite que aspire a ser amado por usted. Tanto me rebaja este pensamiento a mis propios ojos, que me asaltan tentaciones de matar a este desgraciado, que moralmente le repugna. Sáqueme del pantano en que he caído, enseñándome a expiar mi mala vida y a llegar a ser digno de usted. ¡Déjeme una esperanza! Por débil y pequeña que sea, hará de mí otro hombre. Usted verá, usted verá, Teresa. Sólo la idea de trabajar para parecer mejor a usted me da ya fuerza, lo siento; no me la arrebate usted. ¿Qué va a ser de mí si usted me rechaza? Tornaré a bajar todos los escalones que he subido desde que la conocí. El fruto de nuestra santa amistad se habrá perdido para mí. Habrá usted querido curar a un enfermo y le habrá matado. Y entonces usted misma, tan generosa y tan buena, ¿se alegrará de su obra? ¿No se acusará de no haberla conducido a mejor resultado? Sea usted para mí una hermana de caridad que no se limita a curar a un herido, sino que se esfuerza en reconciliar su alma con Dios. No me retire usted sus manos leales, no me oculte su rostro, que tanto hermosea el dolor. No me levantaré de aquí sino cuando usted me haya, si no permitido, al menos perdonado mi amor.

Hubo de aceptar Teresa esta efusión como sincera, porque Lorenzo hablaba de buena fe. Rechazarlo temerosa hubiera sido una confesión del afecto demasiado vivo que sentía por él. Una mujer que deja ver su cobardía ya está vencida. Mostróse, pues, valiente y quizá lo fué de veras, porque aun se cría fuerte. Y no la inspiraba mal su propia debilidad. Romper en aquel momento era provocar emociones terribles que valía más apaciguar, sin perjuicio de ir soltando suavemente el lazo, con destreza y con prudencia. Esto podía ser asunto de algunos días. ¡Era Lorenzo tan mudable y pasaba tan bruscamente de un extremo a otro!...

Tranquilizáronse ambos, ayudándose uno a otro a olvidar la pasada tempestad y esforzándose en sonreír como para asegurarse mutuamente sobre el porvenir; pero fuese la que fuere su conducta, su situación se había modificado en su esencia y su intimidad había dado un paso de gigante. El temor de no verse más les había reunido, y aun jurándose que nada había cambiado en su amistad, vibraba en todas sus palabras, asomaba en todas sus ideas una languidez espiritual, una especie de dulce fatiga, que era ya el abandono del amor.

Al servir el té, Catalina acabó de hacerlos dueños de sí mismos con sus inocentes y maternales preocupaciones.

—¡Mejor haría usted —dijo a Teresa— en comerse un ala de pollo que engañar al estómago con el té! ¿Sabe usted —dijo a Lorenzo, señalando a su señora— que no ha querido comer hoy nada?

—¡Pues venga la sopa! —exclamó Lorenzo—. ¡No se niegue usted, Teresa; es preciso! ¿Qué sería de mí si usted cayese enferma?

Rehusaba Teresa, que, en realidad, no sentía apetito, y entonces él, animado por los guiños de Catalina, que le incitaban a insistir, simuló tener hambre, lo cual era cierto, porque habíase olvidado de comer. Fué entonces un placer para Teresa el invitarle y comieron juntos por primera vez, hecho que no era insignificante en la vida solitaria y modesta de Teresa. Comer juntos y solos es un gran principio de intimar. Es la satisfacción en común de una necesidad del ser material y, si se busca un sentido más elevado, es una comunión, como su mismo nombre lo indica.

Lorenzo, inclinado voluntariamente a dar a sus ideas color poético, valiéndose de la agudeza y la broma, comparóse, riendo, al hijo pródigo, para quien se apresuraba Catalina a matar el más gordo de los cerdos. Este cerdo engordado, que se mostraba bajo la forma de un pollo pequeño, dió margen a la alegría de los dos amigos. Era tan poca cosa para el apetito de Lorenzo, que Teresa se sintió apenada. En el barrio no había grandes recursos, y Lorenzo no consintió que Catalina se molestase en ir a buscarlos. Del fondo de un armario se desenterró un pote de dulce de guayaba. Era un regalo de Palmer, que Teresa se había olvidado de comenzar. Emprendióla con él Lorenzo, hablando efusivamente del excelente Dick, de quien había cometido la tontería de estar celoso, y al que ahora estimaba de todo corazón.

—Ya ve usted, Teresa —dijo—, ¡cuán injustos nos hace el pesar! Créame, es preciso mimar a los niños. Sólo son buenos los que han sido tratados con dulzura. Déme usted un poco más de dulce. ¡El rigor no es sólo hiel amarga, es veneno mortal!

Cuando llegó el té, advirtió Lorenzo que había devorado como un egoísta y que Teresa, aparentando comer, no había probado bocado. Se acusó de su desatención y se arrepintió; después, despidiendo a Catalina, quiso hacer él mismo el té y servir a Teresa. Era la primera vez de su vida que se hacía servidor de alguien, y encontró en ello un delicado placer, cuya sorpresa confesó ingenuamente.

—Ahora comprendo —dijo a Teresa, ofreciéndole la taza de rodillas— que se pueda ser un criado y se viva contento. Todo depende de que se ame al señor.

En algunas personas, las atenciones más pequeñas tienen extremado valor. En las maneras de Lorenzo, hasta en sus actitudes, había cierta tiesura, de que no se despojaba entre la buena sociedad. Servía a las damas con la frialdad ceremoniosa de la etiqueta. Con Teresa, que hacía los honores de su modesta vivienda co-

ELLOS TIENEN TAMBIEN SU "PERRO"



Entre la mentalidad del perro y la del pollo, ha de haber posiblemente la misma diferencia que entre la del hombre y la del perro. Justo es entonces que un perro tenga un pollo de su propiedad, un pobre pollo que haga las veces de perro para él. Aquí tenemos el caso. Este can, orgullosísimo dueño de su pollo, tiene, además, el mérito de haberlo amaestrado, y se divierte con él como a veces nosotros lo hacemos con nuestro perro. No sabemos todavía cuál es la propiedad del pollo, qué "perro" tiene, a su vez, para su uso particular.

mo buena ama de casa y artista alegre, siempre habíase visto atendido y mimado, sin encontrar ocasión de pagar en igual moneda. De mal gusto y de mala crianza hubiera sido tomar el papel de amo de casa. Mas después de aquellas lágrimas y mutuas efusiones, sin que él mismo se diera cuenta, vióse investido Lorenzo de una autoridad que no le pertenecía, y de la que comenzó a hacer uso sin que Teresa, sorprendida y enternecida, pudiera oponerse. Parecía estar en su propia casa y con el deber, como privilegio conquistado, de cuidar de la dueña de aquella morada, a guisa de buen hermano o de viejo amigo. Teresa, sin pensar en el peligro de esta toma de posesión, mirábale con sus grandes ojos asombrados, y se preguntaba si no se había engañado hasta entonces de medio a medio, tomando a aquel niño tierno y abnegado por un hombre altivo y taciturno.

Reflexionó Teresa durante la noche; pero a la mañana siguiente, Lorenzo, que, sin premeditarlo, no quería dejarla respirar, puesto que él no vivía, le envió flores magníficas, golosinas exóticas y un billete tan tierno, tan dulce y tan respetuoso, que no pudo dejar de conmoverla. Llamábase el más feliz de los hombres; sólo deseaba su perdón para considerarse, en cuanto lo obtuviese, rey del mundo. Aceptaba todas las privaciones, todos los rigores, siempre que no se viera privado de ver y de oír a su amiga. Esto sobrepujaba sus fuerzas; lo demás érale indiferente. Constábale que Teresa no podía amarle, lo que no le impedía decir diez líneas más abajo: "¿No es nuestro santo amor indisoluble?"

Y así, hablando en pro y en contra, diciendo verdades y mentiras cien veces al día, con una inocencia que a él mismo engañaba, rodeando a Teresa de exquisitos cuidados, procurando con toda su alma infundirle confianza en la castidad de su afecto, proclamando a cada instante, con exaltación, su culto por ella, tratando de distraerla cuando la veía preocupada, y de alegrarla cuando la veía triste, de enternecerla cuando la encontraba severa, la condujo insensiblemente a no tener más voluntad ni más vida que la suya.

Nada tan peligroso como estas intimidades en que se ha hecho la promesa de respetarse mutuamente, cuando uno de los dos no inspira al otro secreta repulsión física. Los artistas, por su vida independiente y sus ocupaciones, que les obligan con frecuencia a pasar sobre las conveniencias sociales, están más expuestos a estos peligros que los que viven dentro del orden y la normalidad. Hay que perdonarles esos súbitos entusiasmos y esas febriles impresiones. La opinión general comprende que así debe hacerlo, puesto que se muestra más indulgente para los que viven esa vida tempestuosa que para los que pasan su existencia en calma enervadora.

Puesto que el mundo exige a los artistas el fuego de la inspiración, preciso es que ese fuego, que se desborda para goce y entusiasmo del público, llegue a consumirlos a ellos mismos. Se les compadece entonces, y el buen burgués, que vuelve por la noche al seno de su familia con la noticia de sus desastres y sus catástrofes, dice a su amada y dulce compañera:

—¿Sabes que aquella pobre muchacha que cantaba tan admirablemente ha muerto de pesar? ¿Y aquel gran poeta que decía tan bellas cosas se ha suicidado? Es una gran lástima, querida esposa... ¡Todas estas gentes concluyen así! Nosotros, los ignorantes, somos los felices...

Y tiene razón el buen burgués.

Teresa había vivido largo tiempo, si no como burguesa, porque para esto faltábale la familia que Dios le había negado, al menos como obrera laboriosa, trabajando desde bien temprano y sin que la desvaneciera el placer o la laxitud al fin de su diaria jornada. Aspiraba siempre a la vida normal y doméstica: amaba el orden y, lejos de mostrar ese pueril desdén que ciertos artistas prodigan a los que en nuestro tiempo llaman horteras, deploraba amargamente no haberse casado con un hombre de esa clase modesta y tranquila en la que, en vez de talento y celebridad, hubiera encontrado el afecto y la dicha. Pero nadie elige su suerte: el destino no sólo hiere con sus rayos a los locos y a los ambiciosos, sino también a los imprudentes.

## CAPITULO V

No se entregó Teresa a Lorenzo en el sentido burlón y lascivo que se da a esa palabra en los cánones del amor. Fué un acto de su voluntad el de que, después de varias noches de dolorosa meditación, le dijera:

—Quiero lo que tú quieres, porque hemos llegado a un extremo en que la falta que vamos a cometer es la reparación inevitable de una serie de faltas ya cometidas. Me considero culpable respecto de ti porque no he tenido la prudencia de huir; es mejor que sea culpable respecto de mí misma, siendo tu compañía y tu consuelo, aun a costa de mi reposo y de mi honradez. Escucha —añadió, reteniendo la mano de Lorenzo entre las suyas y apretándola con toda la fuerza de que era capaz—, no me retires esta mano jamás, suceda lo que suceda y guarda en tu corazón la estimación y el valor necesarios para no olvidar que antes de ser tu querida he sido tu amiga. Desde el primer día de tu pasión me lo he dicho: nos queríamos tan bien de aquel modo, que era preciso que de otros nos quisiéramos mal; pero aquella felicidad no podía ser duradera para mí, porque tú no participabas de ella, y porque en nuestra amistad, mezcla para ti de penas y de alegrías, por fin el sufrimiento alcanzó la victoria. Sólo te pido, si llega a cansarte mi amor como te ha cansado mi amistad, que recuerdes que no me he hecho caer en tus brazos un instante de delirio, sino un transporte de mi corazón y un sentimiento más tierno y más duradero que la embriaguez de la voluptuosidad. No presumo de ser superior a las demás mujeres, ni me juzgo invulnerable; pero te amo tan ardientemente y tan santamente, que no hubiera sido vencida nunca si tu salvación hubiera dependido de mi entereza. Después de creer que mi resistencia era provechosa, que te enseñaba a descubrir la tuya y a purificarte de un vergonzoso pasado, veo que te acontece todo lo contrario: te tornas hosco y desapacible hasta el punto de que parece que si te resisto te aprestas a odiarme y a volver a la vida disipada, maldiciendo hasta de nuestra pobre amistad. Por ti ofrezco a Dios el sacrificio de mi vida. Si tu carácter o tu pasado me han de hacer sufrir, sea. Me juzgaré recompensada si te libro del suicidio que te disponías a llevar a cabo cuando te conocí. Si no lo consigo, al menos lo habré intentado, y Dios me perdonará mi inútil sacrificio, porque sabrá que es sincero.

Lorenzo se mostró lleno de entusiasmo, de reconocimiento y de fe en los primeros días de esta unión. Sobrepujábase a sí mismo, tenía transportes religiosos, bendecía a su amante idolatrada por haberle hecho conocer, al fin, el amor verdadero, casto y noble en que tantas veces había soñado, juzgándose por su culpa desheredado de él. "Teresa —decía él— lo sumergía de nuevo en las aguas bautismales, hacía desaparecer hasta la memoria de sus malos días. Era una adoración, un éxtasis, un culto".

Teresa creyó en él cándidamente. Se entregó a la alegría de haber colmado de felicidad a un alma elevada y haberle devuelto toda su grandeza. Olvidó sus temores y burlóse de ellos como de tristes pesadillas que creyera, erróneamente, razonables. Rieron juntos, reprochándose el no haberse conocido más pronto y no haberse arrojado uno en brazos del otro desde el primer día, puesto que de tal modo eran nacidos para comprenderse,
se y estimarse. Ya no hubo más prudenc
más sermones. Teresa había rejuvenecido
diez años. Era una niña, más niña que
renzo mismo; no sabía qué hacer para
le una existencia en que no le molestara
roce de una hoja de rosa.

¡Pobre Teresa! Su embriaguez no duró
ocho días. ¿De dónde proviene ese castig
pantoso, impuesto a los que han abusado
su juventud, que consiste en hacerlos in
ces de saborear la dulzura de una vida
moniosa y razonable? ¿Tan culpable es el
ven que se ve lanzado en el mundo, con
mensas aspiraciones, y que se cree cap
abrazar a todos los ensueños que pasan, a
las venturas que le llaman? ¿Peca de
modo que por ignorancia? ¿Pudo aprend
su cuna que el curso de la vida no es
cosa que una lucha eterna consigo
Los hay dignos, verdaderamente, de com
difíciles de condenar, porque tal vez
faltado una guía, una madre prudente,
go discreto, una amante sincera. Les ha
do el vértigo desde sus primeros pas
caído la corrupción sobre ellos, como
una presa, para convertir en bestias a los
tenían más sentidos que corazón, para
en insensatos a los que, como Lorenzo,
laban entre el fango de la realidad y el
de sus sueños.

He aquí lo que se decía Teresa para
nuar amando aquella alma dolorida y p
portar las heridas que vamos a contar.

El séptimo día de su dicha fué irrev
mente el último. La cifra nefasta no se
jamás de la memoria de Teresa. Circuns
fortuitas habían contribuído a prolong
eternidad de alegrías durante una sema
tera; ningún íntimo vino a ver a Teres
tenía ella trabajo que la urgiese. Lor
prometía volver a poner manos a la
cuanto pudiese entrar en posesión de
ller, invadido por los obreros, a quien
bía confiado su reparación. El calor
focante en París. Propuso a Teresa pa
renta y ocho horas en el campo, en los
ques. Era el día séptimo.

Embarcáronse y llegaron por la tarde
hotel, del que salieron, después de com
recorrer el bosque, aprovechando la
fica noche de luna. Habían alquilado
y un guía, que bien pronto les fué
con su jerga pretenciosa. Habían corri
leguas y hallábanse al pie de una mas
cas que Lorenzo conocía. Propuso des
los caballos y al guía y volver a pie,
se hiciese un poco tarde.

—Podemos pasar toda la noche en
que —dijo Teresa—. No hay lobos ni
Quedémonos aquí el tiempo que qui
no volvamos jamás si eso te place.

Quedaron solos, y entonces fué cuand
teció un hecho extraño, casi fantástic
hay que narrar como sucedió. Habían
a lo alto de las rocas y se habían sentado
el espeso musgo, abrasado por el estío.
Lorenzo el cielo espléndido, en el que
eclipsaba el fulgor de las estrellas. Dos
de las mayores brillaban solas en lo
horizonte. Tendido boca arriba, con
balas Lorenzo.

—Quisiera saber el nombre de esta
casi encima de mi cabeza. Parece que
ra.

—Es Vega —respondió Teresa.

—¿Sabes el nombre de todas las estre

—Casi. No es difícil, y cuando qui
un cuarto de hora puedes saber tanto
yo.

—No, gracias, Prefiero ser ignoran
gusta más bautizarlas a mi capricho.

—Haces bien

—Prefiero pasearme al azar por esos
trazados allá arriba y combinarlas en
a mi antojo, a andar esclavo del capric
otros ¡Quizá me equivoco Teresa! A ti

...s trillados, ¿no es verdad? ...s para los pies. No tengo, como ...te leguas. ... De sobra sabes que eres más ...andadora que yo. ...cillo: carezco de alas para volar. ...s para abandonarme aquí. Pero ...de separarnos. Son palabras de

...piensa en eso? No repitas frase

...no hablemos, no hablemos más — ...zo, levantándose bruscamente. ...pasa? ¿Dónde vas? ...sí! A propósito: hay por aquí ...dinario. La última vez que vine ...e interesa saber el nombre, ver... ...aba oírlo aquí, mientras ella ...bajo, sobre el cerro que está fren...

...contestó. Lorenzo dióse cuenta ...poco delicado evocar el recuerdo ...sus fáciles aventuras en medio de ...velada con la reina de su co... ...que había acudido aquel recuer... ...moria? ¿Cómo había brotado de ...mbre de aquella cortesana? Sin... ...ado por su desacierto; pero, en ...e sinceramente y hacerlo olvidar ...te de tiernas palabras que salían ...ando la pasión le inspiraba, no ...smentido, y rogó a Teresa que

...—repuso ella dulcemente—. Ha... ...no montaba a caballo y me ...nsada. ...s más que algo, haz un esfuerzo, ...complacerá tanto!...

...do orgullosa Teresa para sentir ...o sentía pesar. Volvió la cabeza

...—dijo él riendo—, no es usted más ...mujer. Y además no cree usted ...lo veo. Pues quiero que usted ...Quédese aquí y yo subiré allá ...en que no tendrá usted miedo ...cinco minutos. ...ndió Teresa tristemente—, no ...ninguno. ...la roca opuesta era preciso des... ...rambla que la separaba de la en... ...pero la rambla era más honda de ... Cuando, después de haber ba... ...vió Lorenzo el camino que le ... detúvose, temiendo dejar sola a ...tiempo, y, gritando hacia ella, le ...le había llamado. ...ningún modo! —gritó ella a su ...ndo contrariar su capricho. ...explicar lo que pasó por la men... ...Tomó aquel *de ningún modo* ...seca y siguió bajando, pero me... ...y monologueando interiormente. ...dido y ahora se venga, como en ...en que jugábamos a ser el herma... ...na. ¿Es que va a continuar con ..., ahora que es mi querida? Pe... ...la he ofendido? He obrado mal, ...er. Es imposible que no acuda ...mi pasado a la memoria. ¿Y ha ...vez un ultraje para ella y una mor... ...mí? ¿Qué le importa mi pasa... ...que me ha aceptado tal como soy? ...al, sin embargo, he hecho mal. ...le ocurrirá nunca a ella misma ha... ...ese imbécil a quien ha querido y ...ha creído esposa? A su pesar, se ...Teresa, a mi lado, de los días en ...mí. Y yo, ¿se lo echaré en cara ...rimen?"

...se contestó inmediatamente: ...me sería insoportable! He hecho ...he debido pedirle en seguida que ...".

...gado el momento de hastío moral ...alma se siente saciada de entusiasmo, ...ser débil y huraño que hay en to... ...s quiere volver a tomar posesión ...o.


# A TODO HOMBRE INTERESA

Conocer el Método Naturista (Neumo-Hidropático) BIER y KHUNE, combinados, para combatir el INFANTILISMO GENESICO y Desarrollar y Regenerar el VIGOR MASCULINO sin droga alguna. UNICA casa especializada en el país, con 17 años de dedicación continuada a su clientela, siendo ésta la mayor garantía de seriedad que podemos ofrecer al público.

**GRATIS** Remitimos el librito científico explicativo de 82 páginas, en sobre cerrado y sin membrete, a quien lo solicite, acompañando $ 0.30 para franqueos.

CASA "A. E. CIDEX" - ESPARTACO Nº 904 (Suc. 6) - BUENOS AIRES


"¿Acusarme de nuevo, prometer de nuevo, persuadir de nuevo, conmover de nuevo? Pues que, ¿no puede confiar en mí y ser feliz ocho días completos? Es culpa mía, lo sé demasiado; pero también lo es suya, haciendo de tan poca cosa una montaña para anublarme esta hermosa noche de poesía que había dispuesto para ella en uno de los sitios más bellos del mundo. Cierto es que he venido antes aquí con amigos y amigas alegres; pero, ¿a qué rincón de los alrededores de París la puedo llevar sin tropezar con estos enojosos recuerdos? Hoy no son de mi agrado y es casi cruel reprochármelos".

Respondiendo así, en su corazón, a las acusaciones que, probablemente, le dirigía Teresa en el suyo, llegó al fondo del valle, turbado y fatigado, como si acabara de querellarse con ella, y se arrojó sobre la hierba, despechado y exhausto. Siete días enteros hacía que no se pertenecía a sí mismo; atenaceábale el deseo de reconquistarse y juzgarse solo y sin dueño por un instante.

Por su parte, Teresa sentíase afligida y espantada al propio tiempo. ¿Por qué había lanzado él la palabra separación, como un grito desapacible, en medio de aquella tranquila atmósfera de ventura que respiraban juntos? ¿Qué se proponía? ¿En qué le había disgustado? En vano meditaba. Lorenzo mismo no hubiera podido explicárselo. Todo lo que había sucedido era groseramente cruel. ¡Y cómo debía sentirse encolerizado por haberlo dicho él, hombre de tan exquisita educación! ¿De dónde habíale nacido esa cólera? ¿Llevaba dentro alguna serpiente que le mordía en el corazón y le arrancaba palabras de extravío y de maldición?

Habíale seguido con los ojos por la pendiente de la roca, hasta que se sumió en la sombra espesa de la rambla. Ya no le veía y extrañábase del tiempo que tardaba en aparecer por la vertiente del otro montículo. Tuvo miedo; podía haber caído en algún precipicio. Sus miradas interrogaban en vano a la profundidad de aquel terreno herboso, erizado de grandes rocas sombrías. Levantábase para llamarle, cuando un grito de inexpresable angustia subió hasta ella, un grito ronco, espantoso, desesperado, que erizó sus cabellos.

Lanzóse como una flecha en la dirección de la voz. Si hubiera estado abierto allí un abismo, hubiérase precipitado en él sin reflexión. Era sólo una rápida pendiente, en la que cayó muchas veces sobre el musgo y desgarró sus ropas entre las breñas. Nada la detuvo. Llegó, sin saber cómo, junto a Lorenzo, al que halló en pie, hosco, agitado por convulsivo temblor.

—¡Ah! ¡Estás aquí! —le dijo, asiéndole el brazo—. ¡Has hecho bien en venir! ¡Hubiera muerto!

Y como don Juan después de la contestación de la estatua, añadió con voz áspera y brusca:

—¡Salgamos de aquí!

Avanzaron rápidos, marchando a la ventura y sin que él pudiera explicar lo que había sucedido.

Al cabo de un cuarto de hora se calmó y se sentaron en un claro del bosque. No sabían dónde estaban; el suelo aparecía sembrado de piedras lisas que semejaban losas sepulcrales, entre las que florecían, al azar, enebros, que pudiéranse tomar por cipreses en la noche.

—¡Dios mío! —exclamó de súbito Lorenzo—. ¿Estamos en un cementerio? ¿Por qué me traes aquí?

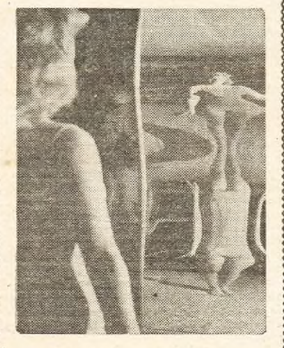
—Esto no es más que un paraje inculto —respondió Teresa—. Hemos atravesado muchos parecidos esta noche. Si no te agrada no nos detengamos; volvamos a lo espeso del bosque.

—No, quedémonos. Puesto que el azar, el destino, me arroja entre estas ideas de muerte, más vale afrontarlas y apurar su horror. Esto tiene su encanto, como todo, ¿no es verdad, Teresa? Todo lo que viene con fuerza a la imaginación es un goce más o menos áspero. Cuando va a rodar una cabeza en el patíbulo, la muchedumbre va a contemplarla, y es muy natural. Las emociones dulces nos hacen vivir, pero sólo las fuertes, las aterradoras, nos hacen sentir la intensidad de la vida.

Habló así, como sin propósito, durante algunos instantes. Teresa no se atrevía a interrogarle y se esforzaba en distraerlo; veía claramente que acababa de ser víctima de una alucinación. Al fin, serenóse lo bastante para contar lo que le había acontecido.

Había padecido, en efecto, una alucinación. Tendido sobre la hierba, en la rambla, su imaginación se había desvanecido. Había escuchado al eco, que cantaba solo, y aquel canto era

## LOS ESPEJOS QUE MIENTEN



Y deteniéndonos ante cada espejo, en busca de uno que nos dijera la verdad, alguna verdad por lo menos, nos encontramos de repente frente al más mentiroso de todos; ¡vean cómo quedó la hermosa rubia! Perdió completamente la forma humana adquiriendo la fantástica figura de un habitante de un planeta extraño. Como es de suponer, la bella rubia casi sufrió un desmayo y lanzó un grito de espanto, de espanto femenino, cosa que no alarmó a nadie. En vista de esto resolvió seguir andando, y continuamos el paseo en busca del espejo que nos diría la verdad. Quizá lo encontremos en el próximo número.

un estribillo obsceno. Después, al incorporarse para darse cuenta del fenómeno, había visto pasar por delante de él, en los matorrales, a un hombre que corría, pálido, con el traje desgarrado y los cabellos agitados por el viento.

—Lo he visto tan bien, que he tenido tiempo de reflexionar y asegurarme de que era un paseante extraviado, sorprendido y perseguido por ladrones, y hasta he buscado mi bastón para correr en su socorro; pero el bastón se había perdido entre la hierba, y aquel hombre avanzaba siempre hacia mí. Cuando lo tuve cerca, vi que era un borracho y no un perseguido. Pasó mirándome estúpidamente, haciéndome un guiño de odio y de desprecio. Entonces tuve miedo y me arrojé de bruces en el suelo, porque aquel hombre... era yo.

"Sí, era mi fantasma, Teresa. No te espantes, no me juzgues loco: era una visión. Lo he comprendido cuando me he vuelto a encontrar solo en la obscuridad. No hubiera podido distinguir las facciones de una persona; no vi aquel hombre más que en mi imaginación; pero su vista fué clara, terrible, aterradora. Era yo mismo, con veinte años más, con facciones demacradas por la disolución o la enfermedad, con ojos despavoridos, con labios embrutecidos, y, a pesar de tal descomposición de mi ser, con vigor suficiente en aquel fantasma para insultar y desafiar al que soy ahora. Díjeme entonces: "¡Dios mío! ¿Seré así en mi edad madura?" Me han asaltado en esta noche infames recuerdos, que he expresado en alta voz, a mi pesar. ¿Es que llevo siempre conmigo a ese hombre viejo, del que ya me juzgaba libre? El espectro de la depravación no quiere soltar su presa, y, hasta en los brazos de Teresa, va a venir a escarnecerme y a gritar: "¡Es demasiado tarde!"

"Me levanté entonces para reunirme contigo, mi pobre Teresa. Quería pedirte perdón por mi imprudencia y suplicarte que me salvaras. No sé cuántos minutos o cuántos siglos han pasado dando vueltas en torno de mí mismo, sin poder adelantar un paso hasta que has llegado tú. Te he reconocido en el acto, Teresa; pero he sufrido temor al verte y me he sentido libertado".

Mientras hablaba así Lorenzo, era difícil distinguir si contaba un suceso que le había acaecido realmente, o si mezclaba en su pensamiento una alegoría nacida de sus amargas reflexiones, o una imagen entrevista medio dormido. Juró, sin embargo, a Teresa, que no había cerrado sus ojos el sueño y que se había dado siempre cuenta exacta del sitio en que se encontraba y del tiempo que transcurría; pero esto mismo era difícil de probar. Teresa lo había perdido de vista, y a ella le pareció el tiempo horriblemente largo.

Preguntóle si solía padecer alucinaciones.

—Sí —repuso él—, cuando me embriago; pero yo no he padecido más embriaguez que la del amor desde los quince días que hace que eres mía.

—¡Quince días! —dijo Teresa extrañada.

—No, no tantos. No me riñas por la fecha. Bien ves que mi cabeza no está firme. Pongámonos en marcha; eso me restablecerá del todo.

—Tienes necesidad de reposo. Es preciso que pensemos en retornar.

—Bueno, ¿qué hacemos?

—No estamos bien orientados. Damos la espalda a nuestro punto de partida.

—¿Quieres que vuelva a pasar por esa maldita roca?

—No, tornemos por la derecha.

—No, por la izquierda.

Insistió Teresa, segura de no engañarse. No quiso ceder Lorenzo y hasta se dejó llevar de la ira y contestó en tono irritado, como si fuese aquello materia de disputa. Resignóse Teresa y le siguió por donde él quiso marchar. Sentíase desfallecer de emoción y de tristeza. Lorenzo acababa de hablarle en un tono que jamás había ella empleado con Catalina, ni aun cuando la pobre vieja la impacientaba. Le perdonaba porque le veía enfermo, pero aquel estado de excitación dolorosa en que le contemplaba le espantaba mucho más.

Gracias a la obstinación de Lorenzo se perdieron en el bosque, anduvieron durante cuatro horas y no volvieron hasta el alba. El caminar sobre la arena fina y pesada del bosque es muy fatigoso. Teresa sentía agotadas todas sus fuerzas, y Lorenzo, a quien reanimaba este violento ejercicio, no pensaba en aflojar el paso por consideración hacia ella. Caminaba delante, pretendiendo siempre acertar con la vía recta, preguntándole de vez en cuando si estaba cansada, y no adivinando que al responderle "no", quería quitarle el remordimiento de ser él la causa de aquella malaventura.

Al siguiente día, Lorenzo no se acordaba ya. Habíase visto rudamente sacudido por aquella extraña crisis; pero es propio de los temperamentos excesivamente nerviosos el restablecer su equilibrio como por arte de magia. Teresa observó que, al día siguiente de estas terribles pruebas, ella era la que se encontraba deshecha, mientras él parecía haber adquirido nuevas fuerzas.

No pudo dormir pensando en que estaba amenazado de alguna grave enfermedad. El tomó un baño y se sintió dispuesto a volver a comenzar el paseo. Parecía haber olvidado cuán enojosa había sido la velada para la luna de miel. La triste impresión se desvaneció pronto en casa de Teresa. Vuelta a París, pensó que nada había cambiado para ellos; pero aquella noche misma del retorno, Lorenzo tuvo el capricho de hacer la caricatura de Teresa y de él errando por el bosque al claror de la luna; él, con su aire azorado y distraído; ella, con su vestido desgarrado y el cuerpo vencido por la fatiga. Están tan acostumbrados los artistas a hacer la caricatura unos de otros, que a Teresa le divirtió la suya; pero aun cuando también ella tenía facilidad e ingenio, por nada del mundo hubiera hecho la de Lorenzo, y, cuando le vió dibujar cómicamente la escena nocturna que les había torturado, sintió pesar. Parecióle que ciertos dolores del alma no pueden tener jamás aspecto visible.

Lorenzo, en vez de comprenderla, empeoró el asunto cargándolo de más ironía. Debajo de su figura escribió: *Perdido en el bosque y en el corazón de su amante*, y bajo la de Teresa: *Tan destrozado el corazón como el vestido*. Puso por título al cuadro: *Luna de miel en un cementerio*. Teresa se esforzó en sonreír; elogió el dibujo, que, a pesar de su extravagancia, denunciaba la mano del maestro, y no hizo reflexión alguna sobre la deplorable elección del asunto. Engañóse: mejor hubiera hecho en exigir a Lorenzo, desde el principio, que no dejara desbordarse su jovialidad a zancadas y al azar. Dejóse arrastrar porque tuvo miedo, otra vez, de que aun se sintiera enfermo y presa de su alucinación en medio de su lúgubre chanza.

Advertida por dos o tres hechos más de la misma clase, se preguntó si la vida dulce y ordenada que quería hacer gozar a su amigo era realmente la higiene que convenía a aquella excepcional naturaleza. Habíale dicho:

—Sentirás alguna vez tedio. Ese tedio te alivia, te descansa del vértigo, y, cuando recobres la completa salud moral, te divertirás con cualquier cosa y conocerás la verdadera alegría.

Los acontecimientos tomaron giro muy distinto. No confesaba Lorenzo su hastío, pero érale imposible soportarlo y lo traducía en caprichos extraños y dolorosos. Su vida era un perpetuo contraste. Las bruscas transiciones del ensueño a la exaltación y de la absoluta pereza a los escandalosos excesos, habían llegado a constituir un estado normal sin el que no podía vivir. La ventura, dulcemente saboreada durante algunos días, llegaba a irritarle como la vista del mar en calma.

—Dichosa tú —decía a Teresa—, que despiertas todas las mañanas con el corazón en su sitio. Yo pierdo el mío durmiendo. Es como el gorro de dormir que me ponía mi niñera cuando era pequeño: lo encontraba unas veces a mis pies, otras en el suelo.

Teresa se decía a sí misma que la
dad no podía venir de pronto a aq
atormentado, y que era necesario
ella poco a poco. Por esta razón
impedir que volviese alguna vez a
tiva. Pero, ¿qué hacer para que
no fuera una mancha, un golpe
dado a su ideal? No podía tener
de las amantes que había tenido L
ro no se sentía con fuerzas para
frente al día siguiente de una orgí
el trabajo, al que había vuelto
excitaba en lugar de calmarlo, era
car con él un desahogo para
desahogo natural hubiera sido el
amor, pero también resultaba
tras de la cual Lorenzo hubiera
calar el cielo; no pudiéndolo,
lado del infierno, y su pensamie
mismo, reflejaban algo diabólico.

Teresa estudiaba sus gustos y
y le sorprendía ver cuán fáciles
facer. Lorenzo anhelaba diversio
tas. No era preciso pasearle por
lizable encantamiento; era bastan
a cualquier parte y proporcionar
dad inesperada. Si en vez de
le decía Teresa, poniéndose el
iban a comer juntos en un
en lugar del teatro al que le hab
la llevase, le rogaba de pronto
jese a otro espectáculo distinto,
cantado de aquella imprevista di
no de placer, mientras que,
cualquier plan trazado de antem
lestar considerable y un vehem
renegar de todo. Tratóle, pues,
a un niño convaleciente, al
niega, sin querer reparar en los
que pudieran sobrevenir para

El primero y el más grave fué
prometer su reputación. Se la
tenía por honrada. No se pers
de que no hubiese tenido más
Lorenzo, y habiendo dicho al
que la había visto en Italia hacia
conde de***, que estaba casado
creyósela la entretenida del que
había desposado con ella, cuando
que Teresa había preferido so
güenza a emprender un litigio
el que había amado; pero aun
como mujer prudente y razona

—Guarda las apariencias —de
Jamás han existido rivalidades
cerca de ella. Todos sus amigos
hablan de ella bien. Es una
sentido que sólo trata de pasar
cual es un mérito más.

Cuando se la vió, fuera de
brazo de Lorenzo, comenzó la
tanto más severa la censura cu
había sido el tiempo en que se
vado de ella. Lorenzo era muy
los artistas, pero tenía entre ell
mero de amigos. Criticábasele de
aristócrata entre los elegantes
social, y, por su parte, los ami
en aquel otro círculo ni creyero
versión ni la comprendieron. El
negado amor de Teresa pasó por
desenfrenado. ¿Hubiera escogido
casta, por amante, entre los hom
que la rodeaban, al único que
una vida disoluta con las más
de París? En cuanto a los que
a condenar a Teresa, estimaron
lenta de Lorenzo como una tru
a feliz término, de la que se de
bilmente cuando se sintiera hast

De tal manera, y por todos
dió la señorita Santiago la conside
se la tenía, por la elección que
y de la que parecía querer hace

No era ésta, seguramente, la
Teresa; peró, tratándose de Lo
él había resuelto hacerla respetar,
do alguno de ocultar la vida que
era posible renunciar al mundo

...ba volver solo, a riesgo de que ... se perdiera, o se le seguía y acom... preservarlo del peligro. Estaba ... a ver al público y a ser visto. ... un día entero retirado, creíase ... fondo de una cueva y clamaba a ... el aire y el sol.

...tima llegó bien pronto para Te... ...ficio que apurar: el de la tran... ...éstica. Hasta entonces había ga... ...te con su trabajo para llevar una ...da, pero a condición de tener ...bres, mucho orden en el gasto ...idad en la labor. Lo imprevisto, ... a Lorenzo, trajo los apuros. ... no queriendo rehusarle el sacri... ...tiempo precioso, que es el capi...

... no era más que el marco de un ... más sombrío, sobre el que ... un velo tan espeso que nadie ...dicha, y hasta sus amigos, es... ...o apenados de su situación, se... ...ella diciendo:

...quecido. Esperemos que torne a ... muy pronto.

... Todos los días adquiría Tere... ...tidumbre de que Lorenzo ya ...o que era su amor tal, que no ...speranza alguna de felicidad ni ... ella. La certeza absoluta la tu... ...en Italia, y ese viaje a Italia es ... a contar.

## CAPITULO VI

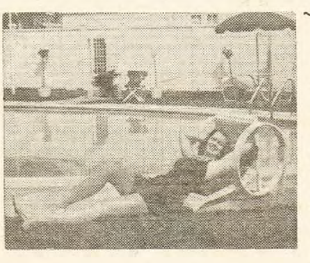
...po hacía que deseaba Lorenzo ... su sueño dorado desde niño. Al... ...s que logró vender inesperada... ...ron en condiciones de realizarlo. ...esa que le acompañase, mostrán... ...su pequeño caudal y jurándole ... consentía en seguirle, renunciaba ... sabía de sobra que tal renun... ...n contrariedad y sin reproche. ... tanto, para procurarse dinero ... Lo consiguió comprometiendo su ..., y partieron hacia fines de oto...

...biase forjado grandes ilusiones ...eyendo hallarse en plena prima... ...embre, en cuanto descubriese el ... Vino la rebaja y fué preciso ... frío muy duro en la travesía de ...nova. Génova le agradó extraor... ..., como había allí muchos cua... ...ar, y éste era para él el prin... ... su viaje, consintió gustoso en ... uno o dos meses y alquiló un piso

... ocho días, Lorenzo lo había visto ... apenas empezaba a instalarse ... tarea que no le era posible aban... ...nar algunos billetes de Banco ...prometido, con un comerciante ... enviarle copias de retratos iné... ...ría hacer grabar en seguida. El ... desagradable; como hombre de ... industrial había designado varios ... Dyck: uno en Génova, otro en ... Las copias de este maestro eran ...dad, gracias a la cual había de... ...esa su propio talento, ganando ... para vivir, antes de pintar retratos ... cuenta; pero ahora le era preci... ... por obtener la autorización de los ... aquellas obras maestras, y, por mu... ... se dió, transcurrió una semana ... empezar la copia designada en Gé...

... no se sentía dispuesto a copiar a ...ividualidad era demasiado original ... característica para que se dedica... ...ro de estudio. Aprovechaba la vis... ...turas famosas muy de otro modo. ... derecho. Sin embargo, más de un ..., encontrando la ocasión propicia, ...rovechado. Lorenzo no tenía aún veinticinco años y todavía podía aprender. Tal era el parecer de Teresa, que veía en esto la ocasión de que él dispusiera de más recursos pecuniarios. Si hubiera consentido en copiar un Ticiano, que era su maestro predilecto, sin duda que el mismo comerciante con quien había tratado Teresa lo hubiese comprado o hecho comprar a un *amateur*. Esta idea pareció absurda a Lorenzo. Mientras tenía dinero no concebía que se descendiera de las cimas del arte para pensar en el lucro. Dejó a Teresa absorta ante su modelo, burlándose de antemano del Van Dyck que iba a pintar y tratando de desanimarla ante la tarea penosa que osaba emprender; después dióse a vagar por la ciudad, muy preocupado del empleo de las seis semanas que Teresa le había pedido para llevar su obra a feliz término.

Y en verdad que la pobre muchacha no tenía tiempo que perder en aquellos días de diciembre, cortos y sombríos, con aquella instalación, que carecía de todas las comodidades de su taller de París: mala luz, un gran salón sin calefacción ninguna y bandadas de papanatas turistas que, con el pretexto de contemplar la obra maestra, colocábanse delante de ella, o la importunaban con sus observaciones más o menos descabelladas. Acatarrada, enferma, triste, aterrada, sobre todo, por el hastío que veía asomar en los ojos de Lorenzo, tornaba a su casa para encontrarlo de mal humor, o para esperarlo hasta que el hambre lo trajese.




### LA MUJER HERMOSA

Largas piernas, linda cara, elegante en el vestir, sabia en el sonreír..., esta chica tiene al mundo en el bolsillo; en la mano, cuando se trata del mundo de los $$; a sus pies, cuando se trata del mundo galante; en la pileta, todo el resto. Descansa al sol hasta que se quema y luego se zambulle, hasta que se cansa de nuevo y vuelve a echarse al sol. ¡Qué vida! Alguien dijo que esta muchacha nació del lado en que las tortitas tienen azúcar. Hizo bien, porque se vive una sola vez; ella ha sido el más sabio de los seres. Y se llama Cobina Wright.


No pasaron dos días sin que él comenzara a decirle que había tomado sobre ella un trabajo embrutecedor, y sin que le propusiera renunciar a él. ¿No tenía él dinero bastante para los dos? ¿Por qué rehusaba aceptar la parte que le correspondía?

Teresa se mantuvo firme: sabía que el dinero iba a durar poco en manos de Lorenzo y que se hallaría sin un centavo para volver el día en que se sintieran cansados de Italia. Rogóle que la dejase trabajar y que trabajase él mismo como mejor le pareciese, pero como debe trabajar todo artista que ha de hacerse un porvenir.

Convino Lorenzo en que tenía razón y resolvió emprender la tarea. Desembaló sus cajas, halló un local y trazó algunos dibujos; pero, fuese por el cambio de aires y de costumbres, fuese por la vista demasiado reciente de tantas obras maestras diferentes que le habían vivamente impresionado y que no había tenido tiempo de digerir, sintióse herido por momentánea impotencia y cayó en uno de aquellos *spleens*, contra los que no sabía reaccionar él solo. Hubiéranle hecho falta emociones exteriores, una música admirable que cayera del techo, un caballo árabe que entrase por el agujero de la cerradura, una obra maestra literaria desconocida al alcance de su mano, o, aun mejor, una batalla naval en el puerto de Génova, un terremoto, un acontecimiento

Remita su nombre y dirección a las Escuelas Latino-Americanas, Boyacá 932, Capital, y a vuelta de correo recibirá GRATIS Y SIN COMPROMISO "LA GUIA DE ENSEÑANZA", de 92 páginas ilustradas, con detalles de los 72 cursos que enseñamos por correo.
Ver última tapa.

cualquiera, delicioso o terrible, que lo arrancara de sí mismo y bajo cuya impulsión se sintiera exaltado y renovado.

De pronto, en medio de sus vagas y tumultuosas aspiraciones, un mal pensamiento le acometió a su pesar.

"Cuando pienso —se dijo— que *antes* (así llamaba al tiempo en que aun no amaba a Teresa) la diversión más inocente bastaba para animarme. Ahora poseo muchas de las cosas con que soñaba: dinero, es decir, seis meses de ocio y de libertad; la Italia bajo mis plantas; el mar a mi puerta; una querida en torno mío, tierna como una madre, al propio tiempo que es un amigo serio e inteligente, ¡y nada de esto basta para que mi alma renazca! ¿De quién es la culpa? No mía, de seguro. No soy un niño mimado y no me hace falta tanto para aturdirme. ¡Cuando me acuerdo de que la sidra más débil se me subía a la cabeza como el vino más añejo; que el más picaresco palmito, acompañado de una ojeada provocativa y una *toilette* problemática, era suficiente para despertar mi alegría y persuadirme de que tal conquista me transformaba en un héroe de la Regencia! ¿Cómo he podido creer que la belleza moral y física me era necesaria para el amor? Sabía contentarme con el *menos;* el *más* debía anonadarme, puesto que lo mejor es enemigo de lo bueno. Y por otra parte, ¿es que hay una belleza verdadera para nuestros sentidos? La verdadera es la que nos place. La que nos hastía es como si no hubiese existido. Hay, además, el placer de la variación, del cambio, y quizá en eso estriba el secreto de la vida. Cambiar es renovarse; poder cambiar es ser libre. ¿Ha nacido el artista para la esclavitud? ¿No son una esclavitud la fidelidad no quebrantada, la fe prometida?"

Dejábase seducir Lorenzo por estos antiguos sofismas, siempre nuevos para las almas desorientadas. Bien pronto sintió la necesidad de expresarlos delante de alguien, y ese alguien fué Teresa. ¡Tanto peor para ella, ya que Lorenzo sólo a ella veía!

La conversación de la noche comenzaba casi siempre lo mismo:

—¡Qué ciudad más aburrida!

Una noche añadió:

—Las pinturas aquí deben morirse de tedio. No quisiera ser yo el modelo que tú copias. Esa pobre condesa de traje negro y oro, colgada allí hace doscientos años, si no está condenada por sus hermosos ojos, como una condenada debe sufrir en el cielo viendo su retrato encerrado en este fastidiosísimo país.

—Sin embargo—respondió Teresa— siempre goza del privilegio de la belleza, del éxito que sobrevive a la muerte y que eterniza la mano de un maestro. Seca y hecha polvo, como estará hoy, en el fondo de una tumba, aun tiene amantes: todos los días veo a algunos jóvenes, insensibles al mérito de la pintura, caer en éxtasis ante esa hermosura que parece respirar y sonreír con una calma triunfante.

—¿Sabes que se parece a ti, Teresa? Hay en ella algo de esfinge y ya no me extraña tu pasión por su misteriosa sonrisa. Dícese que los artistas crean siempre conforme a su temperamento; es natural que hayas elegido los retratos de Van Dyck para tus años de aprendizaje. Pintaba grande, delicado, elegante y soberbio, como tu modo de ser.

—¡Ya estamos en las galanterías! Detente ahí, porque veo asomar la burla.

—No, no estoy de humor para chanzas. Ya sabes que he dejado de reír. A tu lado hay que tomarlo todo en serio; me atengo a la ordenanza. Diré solamente una cosa triste, y es que tu condesa difunta debe estar cansada de ser siempre hermosa del mismo modo. ¡Una idea, Teresa! Un sueño fantástico que acude a mi memoria a propósito de lo que decías ahora. Atiende:

"Un joven, que probablemente tenía nociones de escultura, se enamoró de una estatua de mármol yacente en un sarcófago. Enloqueció, y el pobre loco alzó un día la losa sepulcral para ver lo que restaba de la hermosa mujer. Encontró... lo que debía encontrar el desdichado: una momia. Volvió entonces a la razón y, abrazando al esqueleto, le dijo: "Más te amo así. Al menos eres algo que ha vivido, mientras que antes amaba a una piedra que no tuvo jamás conciencia de sí misma".

—No comprendo—dijo Teresa.

—Yo tampoco—repuso Lorenzo—; pero tal vez, en amor, la estatua es lo que uno se forja en la mente, y la momia lo que halla en su corazón.

Otro día dibujó la figura y la actitud de Teresa, soñadora y triste, en un álbum; lo hojeó ella poco después y vió una docena de croquis de mujeres, cuyas posturas impertinentes y tipos desvergonzados la hicieron ruborizarse. Eran los fantasmas del pasado, que surgían en la memoria de Lorenzo y se escondían, quizá a su pesar, entre aquellas hojas blancas. Teresa, sin decir una palabra, desgarró la que ella ocupaba en tan mala compañía, la arrojó al fuego, cerró el álbum y tornó a dejarlo sobre la mesa. Sentóse junto al fuego, puso sus pies sobre los morrillos y comenzó a hablar de otro asunto.

—Es usted muy orgullosa, querida — le dijo Lorenzo—. Si hubiera quemado todas las hojas que le desagradaban, para no dejar en el álbum más que su retrato, hubiera comprendido por qué lo hacía y hubiera dicho: "Haces bien". Pero retirarse usted, dejando a las otras, significa que usted no me dispensará nunca el honor de disputar mi posesión a nadie.

—He luchado para arrancarle a usted de la disolución—respondió Teresa—. No lucharé jamás para disputárselo a ninguna de esas vestales.

—Pues eso es orgullo, lo repito; eso no es amor. Yo he porfiado por usted con la prudencia y disputaría a usted a cualquiera de sus adeptos.

—¿Por qué haría usted eso? ¿No está usted ya cansado de amar a la estatua? ¿No está la momia en su corazón?

—¡Ah! Recuerda usted bien las palabras. ¡Dios mío! Pero, ¿qué es una palabra? Cada uno la interpreta a su gusto. Por una palabra se condena a un inocente. Veo que es preciso llevar cuidado con lo que se dice delante de usted; quizá lo más prudente fuera no hablar jamás solos.

—¿A esto hemos llegado ya, Dios mío? —dijo Teresa, deshaciéndose en llanto.

Habían llegado. En vano Lorenzo se afligió con sus lágrimas y le pidió perdón por haberlas hecho correr. El mal se produjo al día siguiente.

—¿Qué quieres que haga en esta aborrecida ciudad? Quieres que trabaje. También yo he querido, pero no puedo. No he nacido, como tú, con un resorte de acero en el cerebro, en el que no hace falta más que apretar el botón para que funcione la voluntad. ¡Yo soy un creador! Grande o pequeño, débil o poderoso, hay en mí un resorte que no obedece a nada y que pone en marcha, cuando le place, el soplo de Dios o el viento que pasa. Soy inútil para todo cuando me fastidio o me desagrada el lugar en que me hallo.

—¿Cómo es posible que un hombre de talento se aburra—dijo Teresa—, a menos que se vea privado de luz y de aire en una cueva? ¿No habrá en esta ciudad, que tanto te encantó el primer día, ni cosas hermosas que ver, ni paseos interesantes que dar por los alrededores, ni buenos libros que leer, ni personas inteligentes con quien hablar?

—Estoy de obras maestras de arte hasta la coronilla; no me gusta pasear solo; los libros mejores me irritan cuando me dicen lo que no me agrada creer. En cuanto a relaciones sociales..., tengo cartas de recomendación de las que sabes demasiado que no puedo hacer uso.

—No lo sabía. ¿Por qué?

—Porque, naturalmente, mis amigos de la buena sociedad me han presentado a personas de su clase. Estas personas no viven encerradas entre cuatro paredes sin pensar en divertirse, y, como tú no eres de esa buena sociedad, como no puedes acompañarme, sería necesario que te dejara sola.

—¡Durante el día, y ya sabes que estoy obligada a trabajar allá abajo, en aquel palacio!

—Durante el día se hacen visitas y proyectos para la noche. Por la noche es cuando se divierten en este país, ¿no lo sabes?

—Sal alguna vez de noche, puesto que es preciso. Ve al baile, a las tertulias. Lo único que te suplico es que no juegues.

—Y eso es lo que no te puedo prometer. En la alta sociedad hay que entregarse ... o a las mujeres.

—¿De modo que todos los ... alta sociedad, o se arruinan en el ... dedican a la galantería?

—Los que no hacen ni una ... aburren y aburren a los demás. ... hombre ameno para conversar en ... soy bastante vanidoso para hac... sin decir nada. ¿Quieres, pues, que ... ese mundo a todo riesgo y vent...

—Todavía no —dijo Teresa—. ... ¡Ay! No creí perderte tan pr...

El acento dolorido y la mirada ... de Teresa irritaron a Lorenzo ... solía.

—¿Sabes —le dijo— que me ... propósitos con la más pequeña ... abusas de tu influencia, mi pobre ... te arrepentirás algún día si me ... y desesperado?

—Ya me arrepiento, puesto que ... lo que quieras.

—¿Me abandonas a mi destino? ... sado de luchar? ¡Ah! Tú eres ... me amas.

—Por el tono con que lo dices ... anhelas que así sea.

Lorenzo respondió: "No", pero ... después todos sus actos respond... resa era muy seria, muy orgullosa ... No quería descender con él de ... lestiales. Una palabra libre tom... insulto. Un recuerdo sin impor... en su censura. Como en todo era ... parecían posibles ni los deseos ... los antojos sin freno. Ella era ... dos, seguramente, y estaba pronta ... si hacía falta, pero, ¿era ésta la ... se trataba de encontrar la ... juntos? Antes era ella más alegre ... trado *coqueta* con él y ya no ... ahora parecía un pájaro enfermo ... con las plumas erizadas, la cabeza ... y el ojo apagado. Su semblante ... citurno, algunas veces aterraba. ... bitación grande y sombría, entr... restos de un lujo pasado, le hac... un espectro. Algunas veces le ... le era posible llenar aquel inte... cantos extraños y de risas sono...

—Vamos, ¿qué hacer para ... sombra de muerte que hiela las ... tate al piano, toca un vals. Val... tú valsar? Apuesto a que no. ... que cosas tristes.

—Escucha —dijo Teresa poni... vámonos mañana, y suceda lo que ... te volverías loco. Quizá sea peor ... pero yo no dejaré mi tarea hasta ...

Al oír esta frase, Lorenzo ... ¿De modo que se había impue... ¿Cumplía fríamente con un de... bía hecho voto de redimir a su ... faltaba más que ser devota.

Tomó su sombrero con el ... desdén y de graciosa ruptura ... zaba. Eran las diez de la noche. ... entre angustias intolerables. Vol... y se encerró en su habitación ... Teresa no se atrevió a aparecer ... irritarle, y se retiró silenciosa ... la primera vez que se dormían ... palabra de afecto o de perdón.

Al día siguiente, en lugar de ... trabajo, Teresa preparó el equ... despertó a las tres de la tarde ... riendo en qué pensaba. Había ... lución; había vuelto en su ... paseado solo por la orilla del ... noche; había reflexionado. ...

—Ese mar rugiente y tempe... trastornado —dijo alegremente— ... poeta. Me he comparado a él y ... pulsos de arrojarme a su verdo... pués me han parecido monóto... las olas, lamentándose sin cesar ... rocas en la playa. ¡Si no tien...

## HABIA DESCENDIDO

El célebre pianista Paderewsky, que fué delegado de Polonia a la Conferencia de la Paz, se encontró en dicha oportunidad con Clemenceau.

—Dígame, señor — le preguntó el "Tigre" —; ¿es usted el mismo Paderewsky conocido en el mundo entero como el más grande pianista contemporáneo?

—Sí, señor presidente.

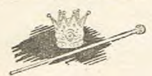
—¿Y ahora es usted ministro de Relaciones Exteriores?

—Sí.

—¡Qué decadencia! — dijo Clemenceau.

## LA PRIMERA "MAJESTAD"

**El primer rey que usó el título de "majestad" fué Luis XI de Francia. En tiempos anteriores se les daba el tratamiento de "alteza".**



## LUZ EN EL FONDO DEL MAR

*Algunos peces que viven en las grandes profundidades del mar no tienen ojos; en cambio otros, a las mismas profundidades, poseen grandes ojos saltones. Los sabios, cuando estudian a los primeros deducen por su ausencia de ojos que no llega la luz hasta allí, y cuando estudian los ojos saltones, opinan que, naturalmente, hay luz; si no, ¿para qué los ojos?*

*¿...?*

... se callen! Que hagan como yo, ... quejarme. Aquí me tienes con... trabajar y permanecer aquí. ... cuidadosamente. Abrázame, Te... os más de la estúpida conver... Deshaz el equipaje, quita esas ... que no las vea yo más. Me ... de un reproche, y no lo me...

... quedaba ya el tiempo en que una ... de Teresa era bastante para ... rodillas y volver prontamente ... y, sin embargo, la verdad era ... pasado más que tres meses. ... vino a distraerlos. Míster Pal... a Génova en aquella mañana, se ... un puesto en la mesa. Lo... encantado con la novedad. ... ceremonioso con los demás hom... cuello del americano, llamándole ... cielo. Palmer quedó más sorpren... ...ado de tan calurosa acogida. ... echar una ojeada a Teresa ... no lucía en ella la expresión de ... Lorenzo no habló de su aburri... Teresa quedó absorta al oírle elogiar ... el país. Llegó hasta decir que ... encantadoras. ¿De dónde las ...

... pidió su abrigo y salió. Palmer ... marcharse.

... —le dijo Lorenzo— no hace usted ... rato más a Teresa? Le compla... Estamos aquí siempre solos. No ... de una hora. Espéreme para to...

... Lorenzo no había aparecido. Te... Esforzábase inútilmente en ... ...ración. No se sentía intran... Palmer lo comprendió, pe... ...rlo; habló para tratar de dis... como Lorenzo no llegaba y no ...te esperarle pasada la media... apretando la mano de Teresa. ... en aquel apretón de mano le dió ... que no le engañaba su presencia ... que comprendía toda la extensión ...

... en aquel momento y vió la ... de Teresa. Apenas quedaron solos, ... términos que afectaban no des... mostrarse celoso.

... —dijo Teresa—. No me haga usted ... ¿Cree usted que Palmer me ... Vámonos: ya lo propuse.

...; no soy necio hasta tal extre... que usted tiene tertulia y me per... rato solo, todo va bien, y hasta ... deseos de trabajar.

... haga! —dijo Teresa—. Haré lo ...; pero si le complace la com... me ha encontrado, tenga la bon... hablarme como acaba de hacerlo, ... podré sufrirlo.

... qué se incomoda usted? ¿Qué he ... moleste? Se está volviendo usted ... susceptibilidad demasiado tormentosa, ... amiga. ¿Qué mal habría en que ... hubiera enamorado de usted?

... en que me dejase usted sola con ... usted eso que dice.

... Lo habría... en dejar a usted en el ... Luego, según usted, el peligro exis... me equivocaba?

... Pasemos las veladas juntos y no re... a nadie. Lo deseo. ¿Estamos confor...

... buena es usted, querida Teresa! Per... Me quedaré en casa y recibiremos a ... quiera. Será el mejor y el más ... de los arreglos.

...o, Lorenzo pareció volver en su ... Comenzó un hermoso estudio en su ... invitó a Teresa a que viniese a verlo. ... algunos días sin tormenta. Palmer no ...o. Hartóse pronto Lorenzo de esta ...ada y fué a buscarlo, echándole ... que abandonase así a sus amigos. Ape... para pasar la velada con ellos, inventó Lorenzo un pretexto, salió y no volvió hasta la medianoche.

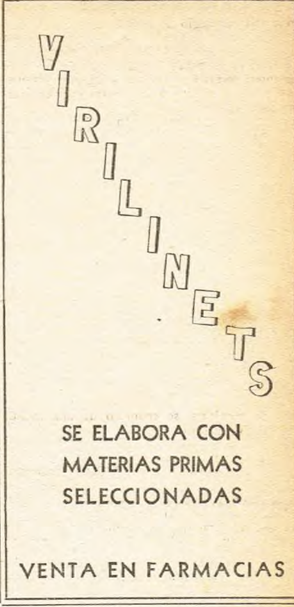
Así pasó una semana; después otra. Cada tres o cuatro quedábase Lorenzo en casa una noche. Teresa hubiera preferido la soledad.

¿Dónde iba? Lo ignoraba. No a la buena sociedad. El tiempo húmedo y frío no permitía suponer que paseara por placer en el mar. Sin embargo, según él decía, embarcábase con frecuencia y su traje olía, en efecto, a alquitrán. Ejercitábase en remar y tomaba lecciones de un pescador a quien iba a buscar a la playa. Diríase que le sentaba bien, para emprender su trabajo al día siguiente, la fatiga que calmaba la excitación de sus nervios. Teresa no se atrevía ya a ir a buscarle a su estudio. No agradaban a Lorenzo sus consejos cuando se sentía dispuesto a llevar al lienzo su idea, ni su silencio, que traducía como una censura. No debía ver su obra hasta que llegase el momento en que él la juzgase digna de ser vista. Antes no comenzaba nada sin exponerle su idea: ahora la trataba como *un público*.

Dos o tres veces pasó toda la noche ausente. Teresa no se avenía a la inquietud que le causaban estas ausencias prolongadas. Hubiérale exasperado manifestando que lo advertía; pero bien se comprende que le acechaba y procuraba saber la verdad. Era imposible seguirle por la noche en una ciudad llena de marineros y aventureros de todas las naciones. Por nada del mundo se hubiera rebajado al extremo de hacerle seguir por otro. Entraba en su habitación sin ruido y mirábale dormir. Parecía muerto de cansancio. Quizá era el resultado de la desesperada lucha emprendida consigo mismo para matar con el ejercicio físico sus exaltados pensamientos.

Una noche reparó en que su traje estaba lleno de barro y desgarrado, como si hubiera peleado con alguien o se hubiera caído en el fango. Aterrada, se acercó más y vió la almohada manchada de sangre; tenía una pequeña herida en la frente. Dormía tan profundamente, que creyó que no se despertaría si le descubría un poco el pecho para ver si tenía alguna otra herida; pero despertó y montó en cólera de tal suerte, que fué para Teresa el golpe mortal. Quiso huir; retúvola él a la fuerza, púsose un traje de casa, cerró la puerta, y paseando agitado por la habitación, iluminada débilmente por una lamparilla nocturna, desahogó todo el sufrimiento encerrado en su alma.

—Basta ya —le dijo—; seamos sinceros. Ni nos amamos, ni nos hemos amado nunca. Nos hemos equivocado. Usted ha querido tener un amante. Quizá no era yo el primero ni el segundo; no importa. Lo que hacía falta era un servidor, un esclavo. Usted ha pensado que mi desdichado temperamento, mis deudas, mi hastío, mi cansancio de una vida crápula, mis ilusiones sobre el amor verdadero, me someterían a su antojo y ya no podría recuperar mi libertad. Para llevar a feliz término tan peligrosa empresa era necesario a usted un carácter más amable, más paciencia, más flexibilidad y, sobre todo, más ingenio. Sea dicho sin ánimo de ofenderla: no tiene usted ingenio ninguno, Teresa. Es usted toda de una pieza, monótona, testaruda y envanecida de su pretendida moderación hasta el colmo, de esa moderación que no es más que la filosofía de las gentes de pocos alcances y de inteligencia limitada. En lo que a mí se refiere, yo soy un loco, un inconstante, un ingrato, todo lo que usted quiera; pero soy sincero, no medito, me entrego sin reservas, y por eso vuelvo en mi acuerdo del mismo modo. Mi libertad moral es cosa sagrada y no consiento que nadie me esclavice. Se la había confiado a usted, pero no se la había dado; a usted tocaba el hacer buen uso de ella, dándome la felicidad. ¡Oh! No intente convencerme de que usted no aspiraba a dominarme. Conozco esos manejos de la modestia y esas evoluciones de la conciencia de las mujeres. En el momento en que usted fué mía, comprendí que pensaba






que me había conquistado, y que toda aquella fingida resistencia, aquellas lágrimas de angustia y aquellos perdones otorgados a mis súplicas no eran más que el arte vulgar de tender la caña para que picase el pececillo engañado por el cebo. He engañado a usted fingiendo que ese cebo me seducía. Estaba en mi derecho. Usted exigía adoraciones para rendirse: se las he prodigado sin esfuerzo y sin hipocresía, porque usted era bella y deseable. Pero una mujer no es más que una mujer, y la más miserable nos hace gozar tanto como la reina más poderosa. Usted tenía el candor de ignorarlo, y ahora es preciso que reflexione. Es preciso que sepa que la monotonía no es de mi gusto, que hay que dejarme entregado a mis instintos, que no serán sublimes, pero a los que no puedo renunciar sin renunciar a mí mismo. ¿En dónde está la maldad de todo esto, y por qué hemos de mesarnos los cabellos? Nos unimos y nos separamos, nada más. No por eso hemos de odiarnos e insultarnos. Vénguese usted colmando los anhelos de ese pobre Palmer, a quien hace penar; me satisfará su alegría y quedaremos los tres como los mejores amigos del mundo. Recobrará usted sus gracias de antaño, que ha perdido, y el brillo de su hermosos ojos, que se fatigan y se empañan velando para espiar mis idas y venidas. Yo volveré a ser el buen camarada de antes y olvidaremos esta pesadilla que hemos padecido juntos. ¿Estamos conformes? ¿No contesta usted? ¿Desea que nos odiemos? Lleve usted cuidado. No he odiado jamás, pero puedo aprender a hacerlo, porque ya sabe usted que tengo facilidad para todo. Vea usted: esta noche luché con un marinero borracho que era mucho más grande y más fuerte que yo; lo he acribillado a golpes y no he recibido más que un rasguño. Tenga usted cuidado de que no resulte yo tan vigoroso moral como físicamente, y que, en una lucha de odio y de venganza, no aplaste

al diablo en persona sin dejarle ni uno solo de mis cabellos entre las uñas.

Lorenzo, pálido, agresivo, ya irónico, ya furioso, con la cabellera en desorden, la camisa desgarrada y la frente ensangrentada, aterraba de tal modo con su vista y su palabra, que Teresa sintió que todo su amor se trocaba en repugnancia. Tanto desesperaba de la vida en aquel momento, que no tuvo miedo. Muda, inmóvil en el sillón en que estaba sentada, dejaba correr aquel torrente de blasfemias y, al mismo tiempo en que se decía que aquel insensato era capaz de matarla, esperaba con desdén glacial y absoluta indiferencia que llegara el paroxismo de aquel acceso.

Calló Lorenzo cuando le faltaron fuerzas para hablar. Entonces ella se levantó y salió sin contestar una sílaba y sin dirigirle ni una mirada.

## CAPITULO VII

Lorenzo valía más que sus palabras. Ni una sola de las que tan despiadadamente había pronunciado en aquella horrible noche estaba en su corazón. Ocurríansele en el momento en que las decía, o, mejor dicho, hablaba sin conciencia de lo que decía. De nada se acordó al despertar, y, si alguien le hubiese hecho memoria, habríale desmentido.

Sólo quedaba una cosa cierta en aquel instante: su cansancio del amor elevado y la aspiración de todo su ser a las funestas embriagueces del pasado. Era el castigo del mal camino emprendido al empezar la vida, castigo muy cruel sin duda y del que bien se alcanza, que se quejaba duramente el mismo Lorenzo, que, sin premeditarlo, habíase arrojado al abismo, del que creía poder salir con facilidad cuando quisiese. Pero el amor parece regirse por un código que, como todos los códigos sociales, descansa sobre esta terrible sentencia: "La ignorancia de la ley es inexcusable". Tanto peor para los que la ignoran de veras. Si un niño se arroja entre las garras de una pantera creyendo poder acariciarla, la pantera no se hará cargo de su inocencia; devorará al niño, porque no depende de ella el perdonarlo. Lo propio acontece con los venenos, con la pólvora, con los vicios, agentes ciegos de la ley fatal que al hombre toca, o conocer, o padecer.

Al día siguiente de la crisis, no quedó en la memoria de Lorenzo más que el recuerdo de haber tenido con Teresa una explicación decisiva y la vaga idea de haberla visto resignada.

"Quizá es mejor así", pensó al volverla a encontrar tan tranquila como al separarse de él en la noche anterior.

Asustóle, sin embargo, su palidez.

—No es nada —dijo ella serenamente—. El reuma me molesta mucho, pero no pasa de ser un reuma. Se irá con el tiempo.

—Y bien, Teresa, ¿en qué estado quedan hoy nuestras relaciones? ¿Ha reflexionado usted? Usted lo ha de decidir. ¿Debemos separarnos disgustados, o seguir juntos, amigablemente, como antes?

—No estoy disgustada —repuso Teresa—. Continuemos siendo amigos. Quédese usted aquí, si le place. Yo acabaré mi tarea y volveré a Francia dentro de quince días.

—Pero en estos quince días, ¿debo irme a vivir a otra casa? ¿No teme usted que demos que hablar?

—Haga usted lo que juzgue conveniente. Tenemos aquí habitaciones del todo independientes. Sólo es común el salón. No me es necesario. Se lo cedo a usted.

—No; soy yo el que le ruego que lo tenga por suyo. No me oirá usted salir ni entrar. No pondré los pies en él si usted me lo prohibe.

—No prohibo a usted nada más sino el que crea ni por un sólo instante que su amante pueda perdonarlo. En cuanto a su amiga, está por encima de cierta clase de desilusiones. Aun confía en ser útil a usted y la encontrará usted siempre que tenga necesidad de afecto.

Tendióle la mano y marchóse a trabajar.

Lorenzo quedó estupefacto. Tanto dominio sobre sí misma era una cosa que no podía explicarse él, que desconocía el valor pasivo y las resoluciones mudas. Creyó que Teresa se proponía reconquistar su ascendiente sobre él y traerle de nuevo el amor por la amistad. Se prometió mostrarse invulnerable a toda debilidad, y, para estar más seguro de sí mismo, decidió tomar a alguien por testigo de la consumada ruptura. Fué a buscar a Palmer, le narró la historia desdichada de su amor, y añadió:

—Si ama usted a Teresa, como creo, mi querido amigo, haga usted que Teresa le ame. Yo no puedo mostrarme celoso, sino todo lo contrario. Como la he hecho muy desgraciada y estoy seguro de que sería usted muy bueno con ella, borraría usted de mi espíritu un remordimiento que deseo alejar de mí.

Quedó Lorenzo sorprendido ante el silencio de Palmer.

—¿Ofendo a usted hablándole como le hablo? —le dijo—. No es esa mi intención. Siento por usted amistad, estimación, respeto, si usted quiere. Si mi conducta en este asunto le parece censurable, dígamelo; lo conceptuaré preferible a ese aire de indiferencia o de desdén.

—Ni soy indiferente a los pesares de Teresa ni a los de usted —respondió Palmer—. Sólo ahorro consejos o reproches, que serían tardíos. Les había creído nacidos el uno para el otro; hoy estoy persuadido que el más grande, el único bien que pueden ustedes otorgarse mutuamente, es el de separarse. En cuanto a mis sentimientos personales respecto a Teresa, no reconozco en usted derecho alguno a interrogarme, y en lo que toca a los que, según usted, pudiera llegar a inspirarle, después de lo que acaba de decirme es una suposición que tampoco tiene usted derecho a emitir delante de mí, y mucho menos delante de ella.

—Está bien —repuso Lorenzo de mal talante—. Entiendo perfectamente lo que eso quiere decir. Veo que, desde ahora, estoy aquí de sobra y que haré lo que debo, marchándome, para no estorbar a nadie.

Partió, en efecto, despidiéndose fríamente de Teresa, y se fué derechamente a Florencia con intención de echarse en brazos de la vida mundana o del trabajo, según se le antojara. Saboreó una exquisita dulzura al decirse:

"Haré lo que se me ocurra, sin que nadie sufra o se desazone. No siendo un criminal, el peor de los suplicios es el de estar fatalmente constreñido a ver una víctima. Al fin soy libre y el mal que pueda hacer no caerá más que sobre mí".

Teresa padeció, sin duda, el error de no dejarle ver cuán profunda era la herida que le había hecho. Excedióse en valor y en orgullo. Puesto que había emprendido la cura de un enfermo desesperado, no debió retroceder ante los grandes remedios y las operaciones crueles. Hubiera sido preciso sangrar copiosamente aquel corazón delirante, agobiarlo de reproches, devolverle injuria por injuria y dolor por dolor. Viendo el mal que había causado, quizá Lorenzo se hubiera hecho justicia a sí mismo. Tal vez la vergüenza y el arrepentimiento hubieran salvado su alma del crimen de matar al amor a sangre fría.

Pero después de tres meses de esfuerzos inútiles, Teresa se sentía rechazada. ¿Debía ella tanta abnegación a un hombre a quien jamás había pretendido esclavizar, que se le había impuesto a pesar de su dolor y de sus tristes presentimientos, que se había atravesado en su camino como un niño abandonado, gritándole: "Llévame contigo, guárdame contigo, porque si no me voy a morir al borde de la carretera"?

Y este niño la maldecía porque había atendido a sus gritos y a sus llantos. Acusábala de haberse aprovechado de su debilidad para privarle de los placeres de la libertad. Alejábase de ella, respirando a pleno pulmón y diciendo: "¡Al fin, al fin!"

"Puesto que es incurable —pensó— [illegible]
hacerle sufrir? ¿No he visto mi [illegible]
¿No me ha dicho y casi probado, [illegible]
que yo ahogaba su genio, tratando [illegible]
su fiebre? Cuando yo creía haber [illegible]
que aborreciera sus malos hábitos, [illegible]
to que los apetecía más ávidam[illegible]
le he dicho: "Vuelve al mundo", [illegible]
mis celos y se ha arrojado en la [illegible]
teriosa y grosera; ha vuelto bo[illegible]
traje destrozado y ensangrentada [illegible]

El día de la partida de Lorenzo, [illegible]
a Teresa:

—¿Qué quiere usted hacer, amiga [illegible]
re que vaya a buscarlo?

—No, de ningún modo.

—¡Quizá consiguiera traerlo!

—Lo deploraría.

—¿No le ama usted ya?

—Nada absolutamente.

Después de un largo silencio, [illegible]
abstraído, prosiguió:

—Teresa, tengo que dar a usted [illegible]
muy grave. Vacilo porque temo [illegible]
ted una gran emoción más, y en [illegible]
usted no se halla dispuesta...

—Perdón, amigo mío. Estoy [illegible]
triste, pero completamente en [illegible]
parada para todo.

—Pues bien, Teresa: sepa usted [illegible]
El conde de *** ya no existe.

—Lo sabía —respondió Teresa—. [illegible]
días que lo sé.

—¿Y no se lo ha dicho usted a [illegible]

—No.

—¿Por qué?

—Porque hubiera provocado [illegible]
mismo instante, cualquier reacc[illegible]
be de qué manera le trastorna y [illegible]
imprevisto. Y hubiera acontecido [illegible]
dos cosas: o imaginar que al [illegible]
nueva situación quería casarme [illegible]
temor de ese lazo conmigo hub[illegible]
su aversión, o él mismo hubiera [illegible]
idea del casamiento en uno de [illegible]
mos de abnegación que se apo[illegible]
duran... un cuarto de hora [illegible]
lugar a una intensa desespera[illegible]
cólera insensata. Es demasiado [illegible]
pecto a mí ese desdichado; no [illegible]
añadir un incentivo nuevo a su [illegible]
un motivo más a su perjurio.

—¿Ha perdido hasta la estima[illegible]

—No digo eso, querido Palm[illegible]
dezco, no le acuso. Quizá otra [illegible]
bueno y feliz. Yo no he podido [illegible]
cosa ni otra. Quizá hay en mí [illegible]
mo en él. Sea como fuere, lo [illegible]
es que nos equivocamos y que [illegible]
tratar de amarnos de nuevo.

—¿Y no procurará usted obten[illegible]
taja de la libertad a que ha tor[illegible]

—¿Qué ventaja puedo obtener?

—Puede usted volver a casarse [illegible]
las alegrías del hogar.

—Mi querido Dick, dos veces [illegible]
mi vida, y ya ve cómo me enc[illegible]
mi destino el de ser dichosa. [illegible]
para buscar lo que huye de mí. [illegible]
años.

—Porque tiene usted treinta [illegible]
vivir sin amor. Acaba de padecer [illegible]
la pasión, porque es precisamen[illegible]
que las mujeres no pueden su[illegible]
Porque ha sufrido usted, porque [illegible]
amada como merecía es por lo [illegible]
tinguible sed de felicidad va a [illegible]
usted de nuevo y quizá la va a [illegible]
cepción en decepción, hasta el [illegible]
mos más profundos que este de [illegible]
lido.

—Confío en que no.

—Sí, sin duda, usted confía, [illegible]
Teresa. Hay que temerlo todo de [illegible]
su sensibilidad sobreexcitada y [illegible]
dora calma en que la sume un [illegible]
timiento y de cansancio. El [illegible]
no lo dude, y, apenas libre. [illegible]

[illegible]da y obsesionada. Su aislamien[illegible] a raya las esperanzas de los [illegible]ban; pero ahora que Lorenzo le [illegible] perder, tal vez, su estimación, to[illegible] se conceptuaban sus amigos que[illegible] amantes. Inspirará usted pasiones [illegible] habrá entre ellos alguno lo bas[illegible] para seducir a usted. Por último... [illegible], Palmer, usted me juzga perdi[illegible] soy desgraciada. Es una crueldad [illegible] comprender con toda claridad has[illegible] he caido.

[illegible] cubrió la cara con las manos y [illegible]ente.

[illegible] dejó llorar; viendo que las lágri[illegible] necesarias, había provocado, con [illegible], aquella angustia. Cuando la vió [illegible] arrodillóse ante ella.

[illegible] –le dijo–, he causado a usted una [illegible] pero debe usted perdonar mi in[illegible] amo a usted, la he amado siempre, [illegible] pasión ciega, sino con toda la fe [illegible] de que soy capaz. Veo, con [illegible] ahora que nunca, en usted un [illegible]ñada, quebrantada por faltas aje[illegible] merecido usted en el concepto del [illegible] no en el mío. Al contrario; su [illegible] Lorenzo me ha probado que es [illegible], y mejor la quiero a usted así [illegible] de pies a cabeza contra todas las [illegible] humanas, como antes me la figura[illegible], Teresa. Yo soy un filósofo, [illegible] hombre que atiende más a la ra[illegible] tolerancia que a los prejuicios de [illegible] y a las sutilezas románticas del [illegible] Aunque llegara usted a los más [illegible]víos no dejaría de amarla y de [illegible] que usted es de las mujeres que [illegible] perderse por impulsos del corazón. [illegible] de caer usted en tales desastres? [illegible] seguro de que si encuentra usted [illegible] corazón adicto, tranquilo y fiel, li[illegible] enfermedades del alma, de las que [illegible] grandes artistas y los malos esposos, [illegible] hermano, un amigo, un marido, [illegible] usted preservada para siempre de [illegible] y las desdichas del porvenir. Me [illegible], Teresa, que yo soy ese hom[illegible] en mí de brillante para que la [illegible] tengo un corazón firme para [illegible] absoluta confianza en usted. Así [illegible], será agradecida, y, después de [illegible] fiel y rehabilitada para siempre. [illegible] sí, Teresa; consienta en ser mi es[illegible] ahora mismo, sin temor, sin [illegible] sin falsa delicadeza, sin descon[illegible] misma. Le doy a usted mi vida y [illegible] que crea en mí. Me considero lo [illegible] de mí para sufrir las lágrimas [illegible]tud de otro hombre le haga verter [illegible] echaré a usted en cara su pasado, [illegible] modo me propongo hacerle dulce y [illegible] el porvenir, que nunca logrará el [illegible] la tempestad arrancar a usted de [illegible]

[illegible] habló en este tono largo tiempo con [illegible]cia de corazón que Teresa des[illegible] él. Trató de convencerle que no [illegible] confianza; pero, según Palmer, esta [illegible] era sólo un resto del decaimiento [illegible] el que debía luchar. Comprendía [illegible] Palmer decía la verdad, pero tam[illegible] quería echar sobre sí una tarea abru[illegible]

[illegible] –decíale–, no es a mí a quien temo. [illegible] amar a Lorenzo, ni le amo ya; pero, [illegible], y su madre de usted, y su pa[illegible] consideración y el honor de su nom[illegible] perdida; usted lo ha dicho y así [illegible] Palmer! No me apure usted de este [illegible] Me espanta lo que quiere afrontar por [illegible]

[illegible] siguiente, y en los sucesivos, Pal[illegible]stió enérgicamente. No dejó respirar [illegible] De la mañana a la noche, solo con [illegible]plicó las fuerzas de su voluntad pa[illegible]cerla. Palmer era un hombre de co[illegible] no resistía a su primer impulso; más tarde veremos si Teresa tenía razón para dudar. Lo que la inquietaba era la precipitación con que obraba Palmer y con que pretendía obligarla a proceder ligándose a él con una promesa.

—Teme usted que yo reflexione —decía Teresa—. No le inspiro la confianza de que se envanecía.

—Creo en su palabra —respondía Palmer—. La prueba es que se la pido, pero no me siento obligado a creer en que usted me ama, puesto que guarda silencio sobre esto, y con razón. No acierta usted a dar nombre a nuestra amistad. En cuanto a mí, sé que es amor lo que siento y no soy de los que vacilan y no ven claro en sí mismos. El amor es lógico en mí y se impone como dictador. Lucha contra la mala suerte a que puede usted conducirlo con las reflexiones y los ensueños en que, enferma como se halla, no verá bien claro cuál es su verdadero interés.

Teresa sentíase casi ofendida cuando Palmer le hablaba de su conveniencia. Veía la inmensa abnegación de Palmer y no podía sufrir la idea de que la juzgase capaz de aceptar sus proposiciones sin objeción alguna. Sintió vergüenza de sí misma en aquel combate de generosidad a que Palmer se entregaba por entero, sin exigir más de ella que aceptase su nombre, su fortuna, su protección y el afecto de toda su vida. El lo daba todo y, por única recompensa le rogaba que pensase en sí misma.

Volvió la esperanza al corazón de Teresa. Aquel hombre a quien había juzgado siempre tan positivo, y que aun afectaba serlo candorosamente, se le revelaba bajo un aspecto tan imprevisto, que hería y reanimaba su espíritu en medio de su agonía. Era como un rayo de sol en el seno de la noche, que ella pensaba que debía de ser eterna. En el momento en que, injusta y desesperada, iba a maldecir al amor, la forzaba a creer en él y a contemplar su desgracia como un accidente del que quería el cielo indemnizarla. La belleza fría y correcta de Palmer se transfiguraba a cada instante ante la mirada asombrada, dudosa y enternecida de la mujer amada. Su timidez, que imprimía a sus primeras frases algo de rudeza, desaparecía ante la expansión, y, aunque se expresaba con menos poesía que Lorenzo, persuadía más fácilmente.

Bajo la corteza algo áspera de la obstinación, vió palpitar Teresa el entusiasmo y no pudo dejar de sonreír enternecida ante la pasión con que él pretendía perseguir *fríamente* su propósito de salvarla. Sintióse conmovida y se dejó arrancar la promesa exigida.

En aquel momento recibió una carta de letra desconocida; de tal modo estaba alterada. Le fué difícil descifrar la firma. Ayudada por Palmer llegó, al fin, a leer estas palabras: "He jugado, he perdido. He tenido una querida, me ha engañado, la he matado. Me he envenenado. Me muero. Adiós, Teresa. — *Lorenzo*".

—Partamos —dijo Palmer.

—¡Ah, buen amigo, le amo a usted! —respondió Teresa arrojándose en sus brazos—. Ahora comprendo cuán digno es usted de ser amado.

Partieron en seguida. En el transcurso de una noche llegaron, por mar, a Liorna, y, a la tarde siguiente, estaban en Florencia. Allí encontraron a Lorenzo en un mesón, no moribundo, pero sí con un acceso de fiebre cerebral tan violento, que cuatro hombres no podían sujetarlo. Reconoció a Teresa al verla, y se abrazó a ella gritando que querían enterrarle vivo. Abrazábala tan fuertemente, que cayó en tierra, casi asfixiada. Palmer la sacó de la estancia desvanecida; volvió en sí al instante, y, con una perseverancia que parecía milagrosa, pasó veinte días y veinte noches a la cabecera de aquel hombre, al que ya no amaba. El no la reconocía sino para colmarla de groseras injurias; pero en cuanto se alejaba un momento, la llamaba, diciendo que sin ella se iba a morir.

Felizmente, ni había matado a mujer alguna, ni se había envenenado, ni quizá perdido su fortuna en el juego, ni era cierto nada de lo que había escrito a Teresa al comenzar su delirio y su enfermedad. Jamás recordaba aquella carta, de la que Teresa tuvo miedo de hablarle. Bastante le aterró el trastorno de su razón cuando empezó a tener conciencia de lo que le acontecía. En tanto que le duró la fiebre, aun le acometieron algunos siniestros delirios. Tan pronto imaginaba que Teresa quería envenenarle, como que Palmer le ponía esposas en las muñecas. La más frecuente y la más cruel de sus alucinaciones consistía en ver una aguja grande de oro que Teresa desprendía de su cabello y le clavaba lentamente en el cráneo. Era verdad que Teresa llevaba una aguja de esa clase para sujetar su peinado, a la moda italiana. Quitósela, pero él continuó viéndola y sintiéndola.

Como casi siempre parecía que su presencia le exasperaba, Teresa se colocaba ordinariamente detrás de su lecho, oculta por las cortinas; pero en cuanto se trataba de hacerle beber algo, se encolerizaba y protestaba de que no tomaría nada sino de manos de Teresa.

—Sólo ella tiene derecho a matarme —decía—. Le he hecho tanto mal... Me odia. Que se vengue. ¿No la veo a todas horas, a los pies de mi lecho, en brazos de su nuevo amante? Vamos, Teresa, venga usted; tengo sed, sírvame el veneno.

## LOS SOLTEROS SE LIBERAN



¡Por fin! Tanto hicieron... y deshicieron tejidos nuestros estudiosos y esforzados aprendices, que hoy llegaron a la terminación del primer sweater más o menos derecho y más o menos simétrico en todas las líneas. Tan contentos se pusieron que festejaron el acontecimiento con la compra de tremendos cigarros habanos, con lo que también quisieron demostrar que, no obstante sus oficiones tejeriles, son todavía bastante hombrecitos.

Aquí vemos a dos de ellos comprobando la exactitud de las medidas obtenidas, y en tal operación de medir y comprobar y probarse la prenda se entretuvieron todo un día. Después de este primero y sonado triunfo se entregaron al trabajo con más ahinco que antes, y a estas horas están produciendo sweaters en cantidades alarmantes. Veremos pronto lo que sucederá.

Remita su nombre y dirección a las Escuelas Latino-Americanas, Boyacá 932, Capital y a vuelta de correo recibirá GRATIS Y SIN COMPROMISO "LA GUIA DE ENSEÑANZA", de 92 páginas ilustradas, con detalles de los 72 cursos que enseñamos por correo.
Ver última tapa.

Teresa le servía la calma y el sueño. Tras de muchos días de una excitación que los médicos no creían poder vencer y que juzgaban como un estado anormal, Lorenzo se calmó súbitamente y quedó inerte, quebrantado, siempre aletargado, pero fuera de peligro.

Estaba tan débil, que era preciso darle de comer a mano y en dosis muy escasas, para que su estómago trabajase muy poco al hacer la digestión. Teresa juzgó que no debía abandonarle ni un instante. Palmer trató de conseguir que descansara, dándole su palabra de honor de reemplazarla junto al enfermo. Rehusó Teresa, comprendiendo que la humana resistencia no puede defenderse de la fatiga del sueño, y que, puesto que se realizaba en ella el milagro de advertir en cada minuto cuándo debía llevar la cuchara a la boca del doliente, sin que jamás la venciera el cansancio, a ella, y no a otro, era a quien Dios había encargado la salvación de aquella frágil existencia.

A ella era y ella le salvó.

Si la medicina, por indicada que esté, resulta ineficaz en los casos desesperados, es muy frecuente que sea porque el tratamiento es casi imposible de seguir de una manera absoluta. No se conoce bien la perturbación que un minuto de más o de menos puede producir en una vida vacilante. El milagro que hace falta para la salud del moribundo está en la calma, en la tenacidad, en la puntualidad de los que le asisten.

Al fin, una mañana, despertó Lorenzo como de un letargo. Pareció sorprendido al ver a Teresa a su diestra y a Palmer a su siniestra; tendió una mano a cada uno y les preguntó dónde estaba y de dónde venía.

Engañósele durante largo tiempo sobre la duración y la gravedad de su mal, porque se impresionaba mucho al verse tan flaco y tan débil. La primera vez que se miró a un espejo, se tuvo miedo. En los primeros días de su convalecencia llamó a Teresa; se le contestó que dormía. Quedó muy sorprendido.

—¿Se ha hecho italiana? —dijo—. ¿Duerme de día?

Teresa durmió veinticuatro horas seguidas. La naturaleza recobró sus derechos así que desapareció la inquietud.

Poco a poco supo Lorenzo hasta qué punto se había dedicado a él, y vió en su rostro las señales de tantas fatigas como habían sucedido a tantas penas. Como aun se encontraba tan débil, Teresa le acompañaba de continuo, unas veces convertida en lectora, otras jugando a la baraja para distraerle, otras sacándole a pasear en carruaje. Palmer siempre estaba con ellos.

Volvían las fuerzas a Lorenzo con una rapidez tan extraordinaria como su temperamento. Sin embargo, su inteligencia no acababa de recobrar la lucidez. Un día dijo riendo a Teresa, en un momento en que se vió solo con ella:

—Y ese bueno de Palmer, ¿cuándo nos hará el favor de marcharse?

Teresa comprendió que había una laguna en su memoria, y no contestó. El entonces reflexionó penosamente y añadió:

—Le parezco a usted ingrato al hablar así de un hombre que me ha atendido casi con tanta abnegación como usted misma; pero no soy tan inocente ni tan cándido para no comprender que sólo por no separarse de usted es por lo que se ha encerrado durante un mes en la alcoba de un enfermo tan desagradable. ¿Puedes tú, Teresa, jurarme que lo ha hecho sólo por mí?

Sintióse herida Teresa por la pregunta y por aquel *tú*, que creía desterrado para siempre de su trato. Sacudió la cabeza y cambió de conversación. Lorenzo obedeció tristemente, pero tornó a insistir al otro día; y como Teresa, viéndole ya bastante repuesto para no serle necesaria, se disponía a partir, Lorenzo le dijo realmente sorprendido:

—Pero, ¿dónde vamos a ir, Teresa? ¿No estamos bien aquí?

Preciso era tener una explicación, puesto que él insistía.

—Niño mío —le dijo Teresa—, usted seguirá aquí. Los médicos dicen que aun deben pasar una o dos semanas antes de emprender un viaje sin temor a una recaída. Yo vuelvo a Francia porque ya terminé mi trabajo en Génova y no tengo por ahora propósito de visitar el resto de Italia.

—Bien, Teresa; eres libre, pero si has decidido volver a Francia, también yo soy libre para resolver lo mismo. ¿No puedes esperarme ocho días? Estoy seguro de que no me hacen falta tantos para encontrarme en disposición de viajar.

Tan candorosamente olvidaba sus extravíos, tan niño aparecía en aquel momento, que Teresa contuvo una lágrima que iba a brotar, evocada por el recuerdo de aquella adopción que se veía forzada a abdicar y que tan tiernamente amaba en otra época.

Tornó a tutearle sin darse cuenta, y con la mayor dulzura y miramiento posible le dijo que era preciso separarse por algún tiempo.

—¿Por qué separarnos? —gritó Lorenzo—. ¿Es que ya no nos amamos?

—Eso sería imposible —replicó Teresa—. Seremos amigos siempre, pero nos hemos causado mutuamente muchas penas y tu salud podría resentirse. Dejemos pasar el tiempo necesario para que todo se dé al olvido.

—¡Yo lo he olvidado todo! —exclamó Lorenzo con una buena fe enternecedora a fuerza de ser ingenua—. No recuerdo que me hayas hecho ningún mal. Has sido siempre un ángel para mí, y, siendo un ángel, no puedes abrigar rencor. Es preciso que me lo perdones todo y que me lleves contigo, Teresa. Si me abandonas aquí, me moriré de tedio.

Y viendo que Teresa mostraba una entereza que no esperaba, comenzó a chancearse diciéndole que hacía mal en fingir una severidad que su conducta desmentía.

—Comprendo lo que deseas —le dijo—. Exiges que me arrepienta, que expíe mis culpas. Pero, ¿no ves que las detesto? ¿No las he expiado bastante volviéndome loco durante ocho o diez días? ¿Quieres lágrimas y juramentos, como otras veces? ¿Para qué? No creerías en ellos. Mi conducta futura es la que hay que juzgar, y ya ves que no temo al porvenir, puesto que quiero seguir unido a ti. Tú también, Teresa mía, eres una niña, y recuerda que te he llamado así muy a menudo, cuando ponías cara de enfadada. ¿Crees tú que podrás persuadirme de que ya no me amas, cuando acabas de pasar un mes encerrada aquí, en el que has permanecido veinte días y veinte noches sin dormir y casi sin salir de mi habitación? ¿No estoy viendo en tus hermosos ojos, cercados de azuladas ojeras, que hubieras muerto de pena si la enfermedad me hubiera vencido? No se hacen esas cosas por un hombre a quien ya no se ama.

Teresa no se atrevía a pronunciar la palabra fatal. Esperaba que llegase Palmer a interrumpir aquel diálogo, evitando así una escena peligrosa para un convaleciente. Fué imposible. Lorenzo se atravesó en la puerta para impedirle salir; cayó a sus pies y se arrastró allí desesperado.

—¡Dios mío! —le dijo ella—. ¿Es posible que me creas tan cruel, tan caprichosa, que me goce en no pronunciar una palabra que podría decirte? No puedo, porque esa palabra no sería la verdad. Nuestro amor ha concluído.

Alzóse Lorenzo con rabia. No se le alcanzaba cómo había podido él matar aquel amor en que había fingido no creer.

—¿Es Palmer? —gritó rompiendo una tetera, con la que se había servido maquinalmente una tisana—. ¿Es él? ¡Dígalo, lo quiero! ¡Quiero la verdad! ¡Me moriré, lo sé, pero no quiero ser engañado!

—¡Engañado! —dijo Teresa tomándole las manos para impedir que se las desgarrara con las uñas—. ¡Engañado! ¿Qué dice usted? ¿Le pertenezco, acaso? ¿No somos extraños el uno para el otro desde la primera noche que pasó fuera de casa en Génova, tras de decirme que

era yo su suplicio y su verdugo? ¿N[…] esto ya más de cuatro meses? ¿No c[…] tiempo, sin arrepentimiento por s[…] sido bastante para tornarme en d[…] misma?

Y viendo que Lorenzo, en vez [de a]irarse por su franqueza, se calmaba [y …] con la más ávida curiosidad, pro[siguió:]

—Si no ha comprendido usted q[ue …] sentimiento es el que me ha lleva[do a] su lecho de agonía y me ha re[tenido] hoy a su lado para dar cima a su c[…] ced a cuidados maternales, es qu[e …] visto usted claro en mi corazón. E[…] Lorenzo —dijo golpeándose el pe[cho—] no es tan arrogante ni tan ardiente [como] usted; pero, usted mismo lo ha di[cho …] cuencia en otro tiempo, está s[…] mismo sitio. Lo que una vez h[a amado no] puede dejar de amarlo; pero n[o …] no es el amor tal como usted lo […] mo el que usted me ha inspirado[…] aun espera locamente que renazca[…] tidos ni mi pensamiento le pert[enecen …] reconquistado mi persona y mi[…] confianza y mi afecto no pueden […] de usted. Puedo disponer de ellos […] quien los merezca: de Palmer, si […] y usted no puede objetarme nada[…] a buscarle un día para decirle[…] Teresa; me hará con eso un gran […]

—¡Es cierto…, es cierto! —[…] juntando sus manos temblorosas[—] ¡Lo había olvidado, pero lo recuer[do!]

—No lo olvides más —dijo Te[resa, y tor]nó a hablarle con dulzura cuand[o …] mado—, y aprende, mi pobre […] amor es una flor demasiado delica[da …] ver a erguir su tallo cuando se l[…] sueñes más conmigo; búscalo e[n …] triste experiencia que has sufrido[…] tus ojos y modificado tu carácter[…] trarás el día en que seas digno de […] to a mí, no podría soportar tu[…] considerarme envilecida; pero mi […] mana y de madre lo tendrás sie[mpre …] tuvo y a pesar de todo. Este […] distinto; es, no quiero ocultárte[lo …] y te lo digo precisamente para q[ue …] en reconquistar un amor que te […] to como a mí. Si quieres que esta […] hoy juzgas ofensiva, sea dulce pa[ra …] merecerla. No has tenido ocasió[n …] Ahora se presenta, aprovéchala, s[…] sin flaqueza, sin amargura. Mués[trame un sem]blante sereno y afectuoso de u[n …] corazón, en vez de ese rostro [que …] llora sin saber por qué.

—Déjame llorar, Teresa —dijo [Lorenzo ca]yendo de rodillas—; déjame lavar […] mis lágrimas; déjame adorar esa […] que ha sobrevivido en ti al amor […] me humilla, como tú crees; sien[…] a ser digno de ella. No me exijas […] quilice; demasiado sabes que ja[más …] tarlo, pero puedo llegar a ser […] Teresa! ¡Te he conocido muy tar[de …] no me has hablado antes como lo […] ¿Por qué vienes a confundirme co[n …] y tu abnegación, pobre herman[a …] dad, si ya no puedes devolverme […] Tienes razón, Teresa; merezco lo […] cede. Tú me lo has hecho co[…] respondo de que aprovecharé la […] alguna vez pudiese amar a otra […] amarla. ¡Te seré deudor de todo, […] del pasado y del porvenir!

Todavía hablaba Lorenzo con […] do entró Palmer. Arrojóse a s[…] mándole su hermano y su salvado[r …] señalando a Teresa:

—¡Ay, amigo mío! ¿Recuerda […] me decía en el hotel "Maurice" […] que nos vimos en París? "Si no […] usted capaz de hacerla feliz, le[…] de los sesos antes de volver a ve[r…] debido hacerlo y no lo hice. Y […] está más cambiada que yo la pobre […]

[illegible] herida, y ha venido para arran- [illegible] muerte cuando hubiera debido mal- [illegible] abandonarme.

[illegible] sentimiento de Lorenzo era verdade- [illegible] se sintió profundamente enternecido. [illegible] que se entregaba a él, expresábalo [illegible] con tan persuasiva elocuencia, que [illegible] Palmer quedó a solas con Teresa, le

[illegible] usted, amiga mía, que me ha he- [illegible] la solicitud de usted hacia él. He [illegible] que usted quería sanar su cuer- [illegible] alma. Ha quedado victoriosa. Su po- [illegible] está salvado. ¿Qué va usted a hacer

[illegible] para siempre —respondió Teresa—, [illegible] no volverle a ver sino después de [illegible]. Si vuelve a Francia, permanece- [illegible] si se queda en Italia, volveré a [illegible] No dije a usted que era esa mi re- [illegible] Porque es firme y decisiva he re- [illegible] momento de la separación. Sabía [illegible] inevitable una crisis y no quería de- [illegible] a ella, si era en mal sentido.

[illegible] ha pensado usted bien, Teresa? — [illegible] meditativo—. Está usted segura de [illegible] en el último momento?

[illegible] segura.

[illegible] es irresistible en el dolor. Mo- [illegible] a las entrañas de una piedra, y [illegible]. Teresa, se pierde y él con us- [illegible] le ama, medite en que solamente [illegible] separándose de él.

[illegible] —respondió Teresa—; pero, ¿de qué [illegible] usted, amigo mío? ¿Está usted en- [illegible]? ¿Olvida que le he dado mi

[illegible] besó la mano, sonriendo. Volvió [illegible] espíritu.

[illegible] a decirles, al día siguiente, que [illegible] irse a Suiza para acabar de res- [illegible]. El clima de Italia no le sentaba bien: [illegible] Los médicos le aconsejaban que no [illegible] los grandes calores.

[illegible] separarse en Florencia. Teresa no [illegible] proyecto que el de ir a donde no [illegible] pero, viéndolo tan quebrantado [illegible] de la víspera, tuvo que prometerle [illegible] en Florencia una semana más, a [illegible] no partiese sin haber recuperado las [illegible] necesarias.

[illegible] fué esta semana la mejor de la vida [illegible]. Generoso, cordial, confiado, sin- [illegible] hallábase en un estado de ánimo en que [illegible] sentido jamás, ni aun en los ocho [illegible] días de su unión con Teresa. La ter- [illegible] había vencido, penetrado, pudiérase [illegible] invadido. No se separaba de sus dos [illegible] paseando con ellos en carruaje por los [illegible] a las horas en que no iba la gente, [illegible] con ellos, gozando como un niño [illegible] tiempo, dando el brazo unas veces a [illegible] a Palmer, ensayando sus fuerzas [illegible] gimnasia con este último, acompa- [illegible] Teresa al teatro y haciéndose trazar [illegible] *el gran turista*, el itinerario de su [illegible] Suiza. Hubo gran discusión sobre si [illegible] Milán o por Génova. Decidióse, al fin, [illegible] última vía, tomando por Pisa y Luca, [illegible] después el litorial, por tierra o [illegible] según se sintiera más fuerte o más [illegible] las primeras jornadas del viaje.

[illegible] el día de la partida. Había hecho Lo- [illegible] preparativos con melancólica alegría. [illegible] agudezas sobre su traje, su equipa- [illegible] extravagante que iba a tener con [illegible] impermeable que Palmer le había [illegible] a aceptar y que era entonces una no- [illegible] sobre el galimatías de un criado italiano [illegible] por Palmer y que era el hombre más [illegible] del mundo; aceptando reconocido y su- [illegible] las previsiones y todos los mimos [illegible] tenía llenos los ojos de lágrimas, al [illegible] tiempo que reía a carcajadas.

[illegible] noche antes del último día tuvo un li- [illegible] acceso de fiebre. Burlóse de él. El carrua- [illegible] que iba a viajar por cortos trayectos [illegible] a la puerta del hotel. La mañana era [illegible] Teresa se alarmó.

—Acompáñele hasta Spezzia —le dijo Palmer—. Allí debe embarcarse, si no le sienta bien el carruaje. Allí me reuniré con usted el día de su partida. Ha surgido un negocio urgente que me retiene aquí veinticuatro horas.

Sorprendida Teresa por tal resolución y tal proposición, rehusó partir con Lorenzo.

—Se lo suplico —dijo Palmer vivamente—. Me es imposible partir con usted.

—Está bien, amigo mío, pero tampoco es preciso que yo parta con él.

—Sí, es necesario.

Teresa creyó entender que Palmer estimaba indispensable esta prueba. Le extrañó y se inquietó.

—¿Puede usted darme su palabra de honor de que es cierto que tiene aquí un negocio importante?

—Sí, se la doy.

—Bien, me quedo.

—No, es necesario que se vaya usted.

—No lo entiendo.

—Me explicaré más tarde, amiga mía. Creo en usted como en Dios. Tenga confianza en mí. Váyase.

Teresa hizo precipitadamente un ligero envoltorio, que echó al carruaje, y subió tras de Lorenzo, diciendo a Palmer:

—Me ha dado usted su palabra de honor de que vendrá a unirse a mí dentro de veinticuatro horas.

## CAPITULO VIII

Palmer, realmente obligado a permanecer en Florencia y a separarse de Teresa, sintióse herido de golpe mortal cuando la vió partir. Sin embargo, el peligro que le hacía temer no existía. La cadena rota no tenía soldadura. Lorenzo no soñó siquiera en despertar los sentidos de Teresa. En cambio, resolvió reconquistar su estima, seguro de tener todavía un lugar en su corazón. ¿Decimos que lo resolvió? No: no hizo cálculo alguno; experimentó lógicamente la necesidad de rehabilitarse ante los ojos de aquella mujer, cuya grandeza veía tan patente su espíritu. Si en aquel momento hubiera vuelto a hablarle de amor, Teresa le hubiera resistido sin esfuerzo, tal vez despreciándolo. Guardóse de ello, o, mejor dicho, no pensó en hacerlo. Hallábase bien inspirado y no podía cometer tamaña falta. Desempeñó tan lleno de buena fe y de entusiasmo el papel de amante dolorido, de niño sumiso y castigado, que, al término del viaje, preguntábase Teresa si no era él la víctima de aquel amor fatal.

Durante aquellos tres días de intimidad, Teresa se sintió feliz al lado de Lorenzo. Veía abierta una era nueva de delicados sentimientos, una vía inexplorada por la que, hasta entonces, había caminado sola. Saboreaba el placer de amar sin remordimiento, sin inquietud, sin lucha, a un ser pálido y débil, que no era casi más que un alma, al que se imaginaba que volvía a encontrar en esta vida, en el paraíso de las más puras afecciones, como soñamos en volvernos a hallar después de la muerte.

Además, Teresa había sido maltratada y humillada; habíase sentido turbada, irritada consigo misma; aquel amor, aceptado con tanto ardor y tanta grandeza de alma, había dejado en su corazón una mancha, como si hubiera sido la aventura de una cortesana. Llegó el momento en que se despreció a sí misma por haberse dejado seducir y engañar tan groseramente. Ahora se sentía renacer, se reconciliaba con el pasado, viendo brotar sobre la tumba de la pasión sepultada una flor de sincera amistad, más bella que la pasión misma, aun en sus días mejores.

El 10 de mayo llegaron a Spezzia, ciudad pequeña y pintoresca, medio genovesa, medio florentina, situada en el centro de una rada azul y serena como el cielo. No había llegado aún la estación de los baños de mar. En el país había una soledad encantadora, un tiempo fresco y delicioso. Al ver aquel mar hermoso y tranquilo, Lorenzo, algo cansado del carruaje, decidió seguir el viaje embarcado. Tomaron informes sobre los medios de transporte: un vaporcito salía para Génova dos veces por semana. Teresa se alegró de que no fuese aquel día mismo el de la salida. Disponía de veinticuatro horas de descanso para su enfermo. Hízole tomar un camarote en el vaporcito para la noche siguiente.

Jamás se había encontrado tan bien Lorenzo, a pesar de sentirse aún débil. Comía y dormía como un niño. La dulce languidez de los primeros días de una salud completa sumía su alma en una deliciosa turbación. El recuerdo de su vida pasada se desvanecía como un sueño. Sentíase, creíase transformado radicalmente para siempre. En aquella renovación de su vida había desaparecido el sufrimiento. Separábase de Teresa con una especie de alegría triunfante, mezclada de llanto. La sumisión con que acataba los decretos del destino era, a sus ojos, una expiación voluntaria que Teresa debía tenerle en cuenta. No la había provocado, pero la aceptaba desde el momento en que comprendía el valor de lo que había desconocido. Llevaba su deseo de inmolarse hasta el punto de decirle que debía amar a Palmer, que era el mejor de los amigos y el más grande de los filósofos. Después exclamaba de repente:

—¡No me digas nada, querida Teresa! ¡No me hables de él! Aun no me siento bastante fuerte para oírte decir que le amas. No, cállate. ¡Me moriría!... ¡Pero sabe que yo también le quiero! ¿Qué más puedo decirte?

Teresa no pronunció, ni una vez, el nombre de Palmer, y cuando Lorenzo, menos heroico, le preguntaba indirectamente, le respondía:

—Calla. Tengo un secreto que te revelaré más adelante y que no es el que crees. No te canses, no puedes adivinarlo.

Pasaron el último día recorriendo, en una barca, la bahía de Spezzia. Tomaban tierra de vez en cuando para recoger, en la orilla, las bellas plantas aromáticas que crecen en la are-

**RAYOS X** ¡La domaría! Por HALEBLIAN Y DEL CASTILLO

na y hasta en los primeros remolinos de las olas claras y ondulantes. La sombra es rara en estas hermosas playas, de las que brotan montañas cubiertas de espinos en flor. Como el calor se dejaba sentir, en cuanto veían un grupo de pinos hacíanse conducir a él. Habían llevado el almuerzo, que comieron sobre la hierba, entre la espesura de las alhucemas y los romeros. Pasó el día como un sueño, breve como un instante y resumiendo en él las más dulces emociones de la existencia.

Bajaba el sol y Lorenzo se entristecía. A lo lejos veía el humo del "Ferruccio", el vapor de Spezzia, que tomaba presión para salir, y aquella nube negra pasaba sobre el cielo de su alma. Comprendió Teresa que era preciso distraerlo hasta el último momento y preguntó al patrón de la barca si quedaba algo que ver en la bahía.

—La isla Palmaria —respondió— y la cantera de mármol *portor*. Si quieren ir pueden hacerlo. Toca el vapor, antes de hacerse a la mar, enfrente, en Porto-Venere, para recibir pasajeros y mercancías. Tienen ustedes tiempo de sobra para embarcarse, se lo aseguro.

Hiciéronse llevar los dos amigos a la isla Palmaria. Es un bloque de mármol cortado a pico sobre el mar, que baja en suave pendiente por el lado de la ciudad. En este lado hay algunas edificaciones a mitad de la altura y dos hermosas casas de campo en la orilla del mar. La isla está situada, como una defensa natural, a la entrada del golfo, cuyo paso es muy estrecho entre la isla y el pequeño puerto, antes consagrado a Venus. De aquí su nombre de Porto-Venere.

Nada hay en el feísimo caserío que justifique tan poético nombre; pero su situación sobre las rocas desnudas, batidas por las agitadas olas, porque son las primeras olas de la alta mar las que se precipitan en el estrecho, es de las más pintorescas. Sería imposible imaginar una decoración más adecuada para caracterizar un nido de piratas. Las casas, negras y miserables, roídas por el ambiente salino, se escalonan, desmesuradamente elevadas, sobre la desigual roca. No hay ni un cristal sano en sus ventanucas, que parecen ojos inquietos ocupados en acechar una presa en el horizonte. No hay un muro al que no falte su cimiento, apareciendo todos caídos en grandes placas como velas desgarradas por la tempestad. No hay una línea de aplomo en estas construcciones, apoyadas unas en otras y próximas a derrumbarse todas a la vez. Todo esto asciende hasta la extremidad del promontorio, en donde surge bruscamente, coronándolo, un fuerte viejo y truncado y la aguja de un pequeño campanario, colocado, como un vigía, frente a la inmensidad. Tras de este cuadro, que forma un plano destacado sobre las aguas, se alzan rocas enormes de tinte lívido, cuya base, irisada por los reflejos del mar, parece hundirse en algo indeciso e impalpable como el color del vacío.

Desde la cantera de mármol de la isla Palmaria, al otro lado de la estrecha entrada del golfo, contemplaron Teresa y Lorenzo aquel pintoresco conjunto. El sol poniente vestía los primeros términos de un tono rojizo, que confundía en una sola masa de aspecto homogéneo las rocas, los muros viejos y las ruinas, de modo tal que todo, hasta la iglesia, parecía tallado en el mismo bloque, mientras que las grandes rocas del último término parecían bañadas por una luz verde y suave.

Impresionado Lorenzo ante tal espectáculo, olvidándolo todo, lo abarcó con una mirada de pintor, en la que Teresa vió brillar, como en un espejo, todo el fuego del abrasado cielo.

"¡Loado sea Dios! —pensó—. Al fin despierta el artista".

Y era verdad. Desde su enfermedad, Lorenzo no había pensado ni una vez en su arte.

Como la cantera no presentaba más interés que el de ver grandes bloques de hermoso mármol negro estriado de un amarillo oro, quiso Lorenzo ascender por la rápida pendiente de la isla para contemplar desde la cima el mar, y subió, por un bosque de pinos poco practicable, hasta una cornisa de líquenes, en la que se vió de repente como perdido en el espacio. La roca avanzaba sobre el mar, que había roído su base, y se rompía en ella con formidable rugido. Lorenzo, que no creía tan escarpada aquella costa, se sintió presa de tal vértigo, que sin Teresa, que le había seguido y le obligó a dejarse caer cuán largo era hacia atrás, hubiérase precipitado en el abismo.

En aquel momento le vió lleno de terror y con la mirada extraviada, como le había visto en el bosque de...

—¿Qué es eso? —le dijo—. ¿Otra vez el delirio?

—¡No, no! —gritó Lorenzo, levantándose y asiéndose a Teresa como si creyese asirse a una fuerza inmutable—. No es el delirio, es la realidad. ¡Es el mar, el mar espantoso, que va a tragarme! ¡Es la imagen de la vida en que voy a recaer! ¡Es el abismo que se va a abrir entre nosotros! ¡Es el rumor monótono, infatigable, odioso, que yo me iba a oír por la noche en la rada de Génova, en el que escuchaba zumbar la blasfemia en mis orejas! ¡Es esta brutal marejada, que yo pretendía domar en mi barca y que me llevaba fatalmente hacia un abismo más profundo y más implacable aun que el de esas aguas! Teresa, Teresa, ¿sabes lo que haces arrojándome, como una presa, a ese monstruo que está ahí, que abre ya su deforme boca para devorar a tu pobre niño?

—¡Lorenzo! —gritó Teresa sacudiéndole el brazo—. ¡Lorenzo! ¿Me oyes?

Pareció despertar al reconocer la voz de Teresa. Creíase solo al interpelarla, y quedó sorprendido al ver que el árbol al que se asía desesperado era el brazo tembloroso y débil de su amiga.

—¡Perdón! ¡Perdón! —le dijo—. Es el último acceso. No es nada. Vámonos.

Y descendió precipitado la vertiente que acababa de subir.

El "Ferruccio" llegaba a todo vapor desde el fondo de la bahía de Spezzia.

—¡Dios mío! ¡Ya está aquí! ¡Qué aprisa va! ¿Por qué no se ha hundido antes de llegar?

—¡Lorenzo! —repitió Teresa con tono severo.

—Sí, sí; no temas nada, amiga mía; estoy tranquilo. ¿No sabes que ahora basta una mirada tuya para que yo obedezca gozoso? ¡Eh, barquero! Vamos. Estoy sereno, estoy contento. Dame la mano, Teresa. Ya ves; ni un solo beso te he pedido en éstos tres días de soledad y de intimidad. Sólo te pido tu mano leal. Acuérdate del día en que me dijiste: "No olvides nunca que antes de ser tu amante he sido tu amiga". Ya llegó lo que tú anhelabas; no soy nada tuyo y te pertenezco por toda la vida.

Echóse a la barca creyendo que Teresa se quedaría en la playa de la isla y que la barca volvería por ella cuando le dejase a él en el "Ferruccio", pero Teresa saltó tras él. Quería asegurarse, según dijo, de que el criado que debía acompañar a Lorenzo, y que se había embarcado con el equipaje en Spezzia, no había olvidado nada de lo que pudiera necesitar su señor en el viaje.

Aprovechó la parada que hacía el vaporcito delante de Porto-Venere para subir a bordo con Lorenzo. Vicentino, el mencionado servidor, les aguardaba. Se recordará que era un hombre de confianza elegido por Palmer. Teresa le llamó aparte.

—¿Lleva usted el dinero de su señor? —le dijo—. Sé que ha encargado a usted para que pague todos los gastos del viaje. ¿Cuánto le ha dado?

—Doscientas libras florentinas, *signora*, pero creo que lleva más en su cartera.

Teresa había registrado los bolsillos del traje de Lorenzo mientras dormía. Había tropezado con la cartera y sabía que estaba casi vacía. Lorenzo había gastado mucho en Florencia; las cuentas de su enfermedad habían sido muy grandes. Había entregado a Palmer el resto de su pequeña fortuna, rogándole que pusiera en
claro sus cuentas, y ni las había
pecto al dinero, Lorenzo era como
que desconoce el precio de las cosas
tranjero y hasta ignora el valor de
en los diversos Estados. Pensaba
había dado a Vicentino debía
tiempo, cuando no había ni lo
para llegar a la frontera un hombre
que no tenía ni la menor idea de

Entregó Teresa a Vicentino
tenía en aquel momento en Italia,
ni aun lo que le era necesario
días, porque, al ver acercarse a
tuvo tiempo de quedarse con
de oro del paquete que dió
al criado, diciéndole:

—Aquí tiene lo que había en
Es muy distraído y prefiere que lo

Volvióse hacia el artista para
apretón de manos. Esta vez le
remordimiento. Habíale visto
perado en otra ocasión en que
deudas; ahora no era más que
él y tenía derecho a hacer lo que

Nada había visto Lorenzo.

—¡Un momento más, Teresa!
voz ahogada por las lágrimas—.
una campana para advertir a los
pasajeros que vuelvan a sus

Tomó Teresa su brazo y bajó a
rote, que era bastante cómodo
pero que olía a pescado de un
nante. Buscó su frasco de esencias
pero lo había perdido en las
Palmaria.

—¿Por qué se alarma usted?
conmovido por tantos cuidados—.
rama de ese espliego salvaje que
juntos allá abajo en la arena.

Teresa llevaba aquellas flores
dárselas era como dejarle una
Parecióle algo indelicado o
samiento y su instinto de mujer
pero al inclinarse sobre la banda
en una de las barcas amarradas a
a un niño que ofrecía a los
*bouquets* de violetas. Buscó en
postrer moneda, que encontró
la arrojó al pequeño
tiempo en que éste le lanzaba su
*bouquet* por encima de la borda.
destreza, lo deshizo y lo
marote de Lorenzo, que
cado pudor de su amiga, pero
que las violetas habían sido
único, con el último dinero de

Un joven, cuyo traje de viaje
aristocrática hacía gran contraste
restantes pasajeros, casi todos
aceite de oliva y modestos
ros, pasó junto a Lorenzo, y,
clamó:

—¡Calle! ¿Es usted?

Diéronse la mano con la
de gesto y de fisonomía, que es
personas de buen tono. Era uno
compañeros de vida alegre, a los
había llamado, al hablar de ellos a
días de tedio, sus mejores, sus
En aquellos momentos añadía:
mi clase", porque nunca tuvo
despecho contra Teresa, sin
era gentilhombre.

Pero Lorenzo estaba cambiado
te, y, en vez de alegrarse del
interiormente a todos los demonios
tigo importuno de su último
M. de Verac, que tal era el
antiguo amigo, conocía a Teresa
presentado a ella Lorenzo en París,
de saludarla respetuosamente, le
decía su buena suerte, que le
aquel pobre "Ferruccio" dos
viaje tales como ella y Lorenzo.

—Yo no soy de la partida
resa—. Me quedo aquí.

—¿Cómo? ¿Aquí? ¿Dónde?
nere?

...onces Fauvel va a desempeñar sus ... Roma y vuelve mañana?

... Lorenzo impacientado por tanta ... que le parecía indiscreta—. Yo voy ... señorita Santiago no va. ¿Le ex... usted que la señorita Santiago se ... y que me es dolorosa esta sepa... ...prende usted?

... Verac sonriendo—; pero no es

...ciso que usted comprenda lo que ... Lorenzo vivaz y alterado—. He ... que me sucede, y me someto, por... Santiago, poniendo en olvido ... se ha dignado ser para mí una ... madre, en una enfermedad mortal ... padecer. Le soy deudor de tanta ... respeto y amistad.

...rac muy sorprendido de lo que ... historia a la que no encontraba ... su memoria. Alejóse por discre... de decir a Teresa que nada bue... de parte de ella; pero perma...do de reojo la despedida de los ... Teresa, de pie en la escala, apre... por los indígenas, que se abra... y ruidosamente al sonar las ...ciadoras de la partida, dió un ... en la frente a Lorenzo. Ambos ...pués, ella bajó a la barca y se ... para tomar tierra a la informe y ... de rocas achatadas que daba ... de Porto-Venere.

... extrañó al verla emprender tal ... lugar de volver a Spezzia.

...ensó, deshaciéndose en lágrimas—. ... allí Palmer, que la espera".

... cabo de diez minutos, cuando el ... entrando en alta mar, viraba en... ...montorio, al arrojar Lorenzo la ... hacia aquella triste roca, vió, ...forma del anciano fuerte en rui... a la que el sol doraba la cabeza ... agitados por el viento: era la ... de Teresa y su figura adorada. Lorenzo tendió los brazos con ... ella; después juntó sus manos ... arrepentimiento, y sus labios mur... palabras que se llevó la brisa:

... ¡Perdón!

...rac miraba a Lorenzo con estupor, ... el hombre más susceptible del mun... a temer el ridículo, no se cuidó ... de su antiguo camarada de disi... parecía mostrar una especie de ...fiándola en aquel momento. Cuan... la costa entre la bruma de la ...nzo se encontró sentado en un ... de Verac.

... dijo éste—. Cuénteme esta extra... Me ha dicho usted lo bastante para ... en tan buen camino; todos sus ... París, es decir, todo París, puesto ... es un hombre célebre, va a pregun... desenlace ha tenido su amistad con ... Santiago, que también es demasiado ... no inspirar curiosidad. ¿Qué he ...?

... ha visto usted triste y atontado. ...dicho a usted puede condensarse en ... ¿Es necesario que las repita? ... usted ha sido el primero en aban... Lo juzgo mejor para usted.

...tiendo a usted; es ridículo ser trai... glorioso tomar la delantera. Así ... en otro tiempo; ese era nuestro ... he cambiado de ideas en todo eso ... he amado. La he traicionado, la he ..., mi desesperación es sin límites, ...tiguas teorías no tenían sentido co... en esa ciencia de la vida que hemos ...ntos encuentra usted un argumento ...bre de mi pesar y de mi sufrimiento, ... tiene usted razón.

... buscaré argumento alguno, querido; ...ento no se razona. Compadezco a ...que le veo desgraciado. Sólo me pregunto si existe una mujer que merezca ser tan llorada, y si no hubiera hecho mejor la señorita Santiago en perdonar a usted una infidelidad, que en dejarle en tal desolación. Para madre me parece muy cruel y vengativa.

—Es porque usted ignora hasta qué punto he sido culpable y absurdo. ¡Una infidelidad! Estoy seguro de que me la hubiese perdonado; pero injurias, reproches..., ¡más que eso, Verac! He llegado a decirle la frase que no puede olvidar una mujer que se respeta a sí misma: "Estoy cansado de usted".

—Sí, la frase es dura, sobre todo si es cierta. Pero, ¿si no lo era? ¿Si era sólo un instante de mal humor?

—No; era el cansancio moral. No la amaba ya. O aun peor: no he podido amarla cuando se me entregó. Acuérdese de esto, Verac: ríase, si le place, pero acuérdese para su gobierno. Es muy posible que un día se despierte usted harto de falsos placeres y perdidamente enamorado de una mujer honrada. Puede sucederle a usted eso, como a mí, porque no le creo más ni menos disoluto de lo que yo lo he sido. Pues bien, cuando usted haya triunfado de la resistencia de esa mujer, le ocurrirá probablemente lo que a mí me ha ocurrido: que habiendo contraído la funesta costumbre de hacer el amor a mujeres a las que se desprecia, se verá usted condenado a recaer en ese anhelo de libertad salvaje que el amor verdadero mira con horror. Entonces se considerará usted como un animal feroz domado por un niño y siempre dispuesto a devorarlo para romper su cadena. Y cuando haya usted asesinado un día a su débil guardián, huirá usted solo, rugiendo de alegría y sacudiendo la melena; pero entonces..., entonces le darán a usted miedo las bestias del desierto y, gustada la prisión, ya no amará usted la libertad. Aunque su corazón haya aceptado, mal y de mala manera, la esclavitud, la echará de menos cuando la haya roto y se hallará espantado por el horror de la soledad, sin poder elegir entre el amor y el libertinaje. Es un mal que usted no conoce aún. ¡Que Dios le libre de conocerlo! Entretanto, búrlese como yo me burlaba. Eso no impedirá que llegue el día, si la crápula no ha hecho de usted un cadáver.

M. de Verac dejó correr sonriendo aquel torrente de ideal, que escuchaba como una cavatina bien cantada en el Teatro Italiano. Lorenzo era sincero, sin duda; pero tal vez su oyente tenía razón al no conceder demasiada importancia a su desesperación.

**DEL AMOR**

*El amor es el genio de la razón.*
TOUSSENEL.

**TIEMPOS MODERNOS**

—¡Qué bonito es su bebé, señora!... ¿Lo alimenta usted misma?

—No, es él quien nos alimenta... Trabaja en el cine.



**DE LOS CELOS**

Los celos pretenden pasar por exceso de amor; pero amedrentan cuando dicen que aman. — STANISLAS.

## CAPITULO IX

Era ya de noche cuando Teresa perdió de vista al "Ferruccio". Había despedido la barca que tomó y pagó adelantada por la mañana, en Spezzia. Al traerla desde el vapor a Porto-Venere notó que el barquero estaba borracho; tuvo miedo de volver con aquel hombre y lo despidió, confiando en hallar otra barca.

Pero, al pensar en el retorno, se acordó de la completa miseria en que se encontraba. Nada más sencillo que volver al hotel de "La Cruz de Malta", en Spezzia, al que había llegado la víspera con Lorenzo, decir que pagasen el bote que la conducía y esperar la llegada de Palmer; pero la idea de no tener ni un óbolo y verse forzada a deber a Palmer su desayuno de la mañana siguiente, le causaba una repugnancia, tal vez pueril, pero insuperable, dada la situación en que, respecto de él, se hallaba. Uníase a esta repugnancia una viva inquietud acerca de las causas de su conducta con ella. Había notado la desgarradora tristeza de sus miradas cuando salió de Florencia. No podía desechar de su pensamiento la idea de que había surgido un obstáculo contra su matrimonio y veía en él tantos inconvenientes para Palmer, que juzgaba de su deber no luchar contra el obstáculo, viniera de donde viniere. Resolvió entonces Teresa, como por instinto, permanecer en Porto-Venere. En el paquetito que por pura precaución había tomado al salir, tenía con qué pasar cuatro o cinco días, aunque de mala manera. Tenía también un reloj y una cadena de oro, que podía dejar en prenda hasta que recibiera el importe de su trabajo, que debían haberle enviado a Génova en letra contra algún banquero. Había hecho a Vicentino el encargo de que recogiera sus cartas en la lista de correos de Génova y se las mandase a Spezzia.

La cuestión del momento era pasar la noche en alguna parte, y el aspecto de Porto-Venere no era muy halagüeño. Aquellas casas elevadas, que por el lado del mar llegan hasta la misma orilla, en el interior de la villa tan al nivel están de la cima de las rocas, que, en muchos sitios, es preciso inclinarse para pasar por bajo del alero de sus techos, que avanza hasta el centro de la calle. La calle, estrecha y empinada, pavimentada de piedras toscas, estaba interceptada por chiquillos, gallinas y grandes recipientes de cobre colocados en los ángulos irregulares que formaban los techos, para recibir el agua de lluvia durante la noche. Estos recipientes son los termómetros de la localidad; es tan rara el agua dulce allí, que apenas una nube aparece en la misma dirección que el viento, las amas de casa se apresuran a poner delante de su puerta todos los recipientes posibles para no dejar perder el beneficio que el cielo les envía.

Pasando por ante aquellas puertas cavernosas, advirtió Teresa un interior que le pareció más limpio que los demás, del que salía un olor de aceite menos agrio. Sentada en el suelo estaba una pobre mujer, cuyo semblante dulce y honesto le inspiró confianza. La mujer se le anticipó, hablándole italiano o cosa parecida. Teresa pudo entablar conversación con la buena mujer, que le preguntaba, con aire de solicitud, si buscaba a alguien. Entró, examinó el local y preguntó si podía disponer de una habitación para pasar la noche.

—Sí, señora; de una habitación mejor que ésta, en la que estará usted más tranquila que en la posada, porque allí tendría usted que pasar la noche oyendo cantar a los marineros. Pero como no soy posadera, si quiere usted evitarme cuestiones me hará el favor de decir mañana, en la calle, en alta voz, que me conocía antes de venir aquí.

—Bien —dijo Teresa—; enséñeme la habitación.

Subieron algunos escalones y encontróse en una cámara grande y miserable, desde la cual abrazaba la vista un panorama inmenso sobre el mar y sobre el golfo. Fuéle grata aquella estancia desde el primer momento, sin saber por qué, tal vez porque le pareció un refugio contra los lazos que no quería verse obligada a contraer. Desde allí escribió a su madre al día siguiente:

"Madre idolatrada: Heme aquí tranquila des-

de ha doce horas y en plena posesión de mi libre albedrío por... no sé cuántos días, o años. Todo lo he sometido a juicio dentro de mí misma, y usted va a ser juez de mi situación.

"El amor funesto que tanto le hacía a usted temer, ni ha sido reanudado, ni lo será jamás. Puede estar tranquila respecto a este punto. Seguí a mi enfermo y lo embarqué ayer por la tarde. Si no puedo vanagloriarme de haber salvado su alma, por lo menos algo la he corregido y hecho morar en ella, por poco tiempo, la dulzura de la amistad. Si hubiera consentido en creerle, creyérale curado para siempre de sus tormentos; pero veía bien claro, en sus contradicciones y en sus retornos hacia mí, que aun existía en él lo que constituye el fondo de su carácter, lo que yo no sabría definir bien sino llamándolo el amor de lo que no existe.

"¡Ay, sí! Quisiera este niño tener por amante algo así como la Venus de Milo animada por el espíritu de mi patrona Santa Teresa, o más bien que la misma mujer fuese hoy Safo y mañana Juana de Arco. Desgraciada de mí, que pensé que, después de concebirme en su imaginación con todos los atributos de la divinidad, no abriría los ojos al día siguiente. Sin duda, soy muy orgullosa sin advertirlo, puesto que acepté la misión de inspirar culto. Pero no. Juro a usted que no lo soy. El día en que me dejé colocar en el altar no pensaba en mí; le decía: "Puesto que en vez de amarme, que sería lo mejor, te es absolutamente necesario adorarme, adórame, ¡ay!, sin que eso sea obstáculo a que me desprecies mañana".

"¡Me ha despreciado! ¿De qué puedo quejarme? ¡Lo había previsto y de antemano estaba resignada! Al llegar tan afrentoso instante me he mostrado débil, indignada, infortunada; después he vuelto en mí y Dios me ha permitido sanar en menos tiempo del que esperaba.

"Ahora tengo que hablar a usted de Palmer. Usted quiere que sea su esposa; él lo desea, yo he consentido. ¿Consiento aún? ¿Qué voy a decir a usted, mi adorada madre? Me asaltan escrúpulos y temores, quizá por culpa suya. O no ha podido o no ha querido pasar junto a mí los últimos momentos en que he acompañado a Lorenzo. Me ha dejado sola con él tres días, tres días que yo sabía que pasarían, y han pasado, sin peligro alguno para mí; pero él, Palmer, ¿podía saberlo, podía tener la misma convicción? O, lo que sería mucho peor, ¿quería saber a qué atenerse? Ha habido en esto, por su parte, no sé qué romántico abandono, no sé qué exagerada discreción, que no puede ser hija de honrados sentimientos en un hombre como él, y que me da mucho en que pensar.

"Ya escribí a usted lo que pasaba entre nosotros; parecía que se había impuesto el sagrado deber de rehabilitarme, por medio del matrimonio, de las vergüenzas que acababa de sufrir. Despertó en mí el entusiasmo de la gratitud y la ternura de la admiración. Contesté que sí; le prometí ser su mujer y aun hoy conozco que le amo tanto como puedo amar.

"Y dudo, sin embargo, porque me parece arrepentido. ¿Me equivoco? No sé, pero, ¿por qué no ha podido seguirme hasta aquí? Cuando llegó la noticia de la terrible enfermedad de mi pobre Lorenzo, no esperó a que yo dijese: "Parto para Florencia", sino que dijo. "Partamos". Las veinte noches que he pasado a la cabecera de Lorenzo, él las ha pasado en la habitación contigua, y nunca me dijo: "Se está usted matando", sino solamente: "Descanse un poco para poder seguir". Nunca he visto en él la sombra de los celos. Diríase que, en su concepto, jamás podía yo hacer bastante para salvar a aquel hijo ingrato que habíamos adoptado los dos. Su noble corazón comprendía claramente que su confianza y su generosidad aumentaban mi amor hacia él, y yo le agradecía en el alma que lo comprendiese. De este modo me realzaba ante mis propios ojos y me sentía orgullosa de pertenecerle.

"¿Por qué, pues, este capricho o este inconveniente en el último momento? ¿Un obstáculo imprevisto? No creo en los obstáculos, dada la voluntad de que le sé dotado. Más bien parece que ha querido probarme. Y esto me humilla, lo confieso. ¡Ay! Me he vuelto vidriosamente susceptible desde que caí. ¿No es eso natural? ¿Por qué él, que lo comprende todo, no lo ha comprendido así?

"Tal vez ha reflexionado y se ha convencido de las razones que yo le daba al principio para que no pensara en mí. ¿Qué habría de extraño en esto? Yo había conceptuado siempre a Palmer como un hombre prudente y razonable; quedé sorprendida al descubrir en él tesoros de entusiasmo y de fe. ¿No podría ser uno de esos caracteres que se exaltan al ver sufrir y se entregan apasionadamente a amar a las víctimas? Es un instinto natural de los fuertes la piedad sublime de los corazones puros y felices. Momentos ha habido en que yo hablaba así conmigo misma, para reconciliarme, cuando amaba a Lorenzo, puesto que, ante todo y sobre todo, era su sufrimiento lo que me ataba a él.

"Nada de lo que aquí le digo, madre adorada, me atrevería a decir a Palmer si estuviera presente. Temería que mis dudas le causaran un gran dolor, y esto angustia mucho, porque, a mi pesar, mis dudas existen y me inspiran miedo, si no por el hoy, por el mañana. ¿No va a echar sobre sí un verdadero ridículo casándose con una mujer a la que ama, según dice, desde ha diez años, a la que jamás ha dicho una palabra de ese amor y a la que se decide a manifestarlo el día en que la encuentra herida y ensangrentada a los pies de otro hombre?

"Vivo en un horrible y magnífico puertecillo de mar, en donde espero pasivamente el decreto de mi destino. Tal vez Palmer está en Spezzia, a tres leguas de aquí, y yo, como enfadada, o mejor, como temerosa, no puedo decidirme a decirle: "¡Aquí estoy!". No, no. Si duda de mí, nada es posible ya entre los dos. Al otro le he perdonado cinco o seis injurias por día: a éste no podría tolerarle ni la sombra de una sospecha. ¿Es esto una injusticia? No. De ahora en adelante, quiero un amor sublime o nada. ¿He buscado el suyo? El me lo ha impuesto diciéndome: "Será un cielo". El otro me dijo que tal vez era el infierno lo que me ofrecía. No me engañó. Y es preciso que Palmer no me engañe, engañándose a sí mismo, porque, tras de este nuevo error, no me quedaría otro camino que la negación de todo y decirme que, como Lorenzo, había perdido por mi culpa, y para siempre, el derecho a creer, y no sé si con esta desalentadora certeza podría serme la vida soportable.

"Perdón, querida madre; estoy cierta de que mis angustias la apenan, aunque usted me diga que desea conocerlas. Sepa, al menos, que mi salud es buena; me siento bien, tengo ante mis ojos el mar más hermoso del mundo y sobre mi cabeza el cielo más bello que se pueda imaginar. Vivo entre gentes honradas, y tal vez mañana le diga que mis incertidumbres se han desvanecido. Ame usted siempre a su Teresa, que la adora".

En efecto. Palmer estaba en Spezzia desde el día anterior. De propósito había llegado una hora justa después de la salida del "Ferruccio". Como no encontró a Teresa en "La Cruz de Malta" y supo que había ido a despedir a Lorenzo, embarcado a la entrada del golfo, esperó su retorno. A las nueve de la noche vió volver solo el bote que Teresa había tomado por la mañana y que pertenecía al hotel. El patrón del bote era un hombre de bien, no habituado a embriagarse. Agradablemente sorprendido por una botella de Chipre que le dió Lorenzo, después de comer sobre la hierba con Teresa, se la había bebido mientras los dos amigos visitaron la isla Palmaria, y el resultado de esas libaciones era que recordaba muy bien haber llevado al *signor* y a la *signora* a bordo del "Ferruccio", pero no que había conducido en seguida a la *signora* a Porto-Venere.

Si Palmer le hubiera interrogado con calma, hubiera adivinado en seguida que las ideas del marinero no eran muy claras sobre
punto; pero Palmer, bajo su exter
impasible, era muy irritable y apasi
yó que Teresa había partido con Lo
gonzada, sin atreverse o sin querer
la verdad. Túvola por dicha, volvi
y pasó en él una noche horrible.

No es la historia de Ricardo Pa
nos hemos propuesto escribir. H
por título a nuestra narración Ell
decir, Teresa y Lorenzo. No dir
tanto, de Palmer más que lo que fu
para que se comprendan los suce
toma parte, y estimamos que su c
da suficientemente explicado por s
Apresurémonos sólo a decir en t
que Ricardo era tan apasionado
lesco, que tenía una gran dosis de
orgullo del bien y de la belleza,
fuerza espiritual no estaba siempre
de la idea que había concebido, y
diendo elevarse de continuo sobre
la humana naturaleza, acariciaba
ensueño, tal vez irrealizable, en

Levantóse temprano y paseó por
golfo, acometido por pensamientos
de los que le salvó una especie de
precio hacia Teresa; después, la
noche de agitación e insomnio
flujo y le trajo a dictámenes razo
era mujer y no debió someterla a
peligrosa. Por consecuencia, pue
así y Teresa, colocada tan alto e
ción, había sido vencida por u
pasión, olvidando sagradas pro
era no creer en mujer ninguna,
mujer merecía el sacrificio de la v
hombre. Así discurría Palmer
atracar a la orilla, cerca del si
hallaba, a un elegante canot pint
mandado por un oficial de mar
remeros que impulsaban rápidam
y ligera embarcación sobre las t
alzaron sus blancos remos, en sig
con precisión militar; el oficial
y se dirigió hacia Ricardo, a qui
nocido desde lejos.

Era el capitán Lawson, com
fragata americana "La Unión",
en el golfo desde hacía un año. Y
las potencias marítimas envían de
muchos meses o años, a barcos s
a proteger sus relaciones comerc
versos puertos del mundo.

Lawson era amigo de la infanc
y éste había dado a Teresa una c
mendación para aquél, por si se
visitar el buque y recorrer la ba

Palmer pensó en que Lawson
de ella, pero no fué así. Ni h
carta alguna, ni le había visitad
parte. Llevóselo a almorzar a bo
no opuso resistencia. "La Unión"
al finalizar la primavera, y Palm
idea de aprovechar la ocasión p
América. Todo había terminad
sa y él; en consecuencia, reso
Spezzia. La vista del mar había
pre sobre él una influencia fo
los momentos definitivos de su v

Tres días hacía que vivía más
americano que en el hotel de
Malta", esforzándose en volver a
to a los estudios sobre navegació
ocupado la mayor parte de su vi
alférez joven contó una mañana,
medio riendo, medio suspirand
enamorado desde la víspera, y
de su pasión era un problema
quería conocer la opinión de u
mundo tal como míster Palmer.

Era una mujer que parecía te
cinco a treinta años. La había
ventana, junto a la cual estaba s
do encaje. El encaje basto de
faena de las mujeres del pueb
costa genovesa. Antes era un r
cio, que las máquinas han arru

de ocupación y de algún pequeño ... las mujeres y a las jovencitas del ... consiguiente, la mujer de que se ...do el alférez era de la clase arte... por el género de trabajo a que ... sino también por la pobreza del ... que la había visto. Sin embargo, ... su vestido negro y la distinción de ... despertaban la duda. Tenía el ..., ni negro ni rubio, los ojos soña... pálida. La desconocida había visto ... oficial la contemplaba con curio... la posada en que había buscado ... la lluvia. No se había dignado ...der a sus miradas ni sustraerse a ... la imagen desesperante de la ... personificada.

... marino contó también que había ... a la posadera de Porto-Venere, ... dicho que la extranjera estaba allí ... tres días, albergada en casa de ... la hacía pasar por su nieta, min... ...da alguna, porque era una vieja ... alquilaba una mala habitación ... de la posada, que tenía su título ... y que trataba de atraer y dar de ... viajeros al parecer, pero que debía ... comida porque carecía de todo, y, ..., se captaba el desprecio de las ...blecidas legalmente y de los via... respetaban.

...encia de este discurso fué que de... alférez que no había cosa más ... que correr a casa de la vieja y ...miento para un amigo suyo, espe... pretexto de esta historia, hacerla ...guar algo respecto a la descono... vieja se había mostrado impene... incorruptible.

... que hacía el marino de la joven ... despertó la atención de Palmer. ... de Teresa, pero, ¿qué hacía y ... ocultaba en Porto-Venere? Sin duda ...: Lorenzo estaría escondido en ... Palmer discutió consigo mismo ... partir para la China para no ser ... desgracia. Al fin adoptó el partido ...: el de saber a qué atenerse.

... conducir inmediatamente a Porto... le costó trabajo alguno encontrar ...ada y ocupada tal y como se le ... La explicación fué viva y sincera. ... demasiado leales para engañarse; ... confesaron que habían estado seria... ...odados uno contra otro: Palmer, ...erle dicho Teresa el lugar de su ..., por no haber sido mejor bus... pronto hallada por Palmer.

... mía —dijo este último—, usted me ... sobre todo, el que la haya aban... peligro. No he creído en ese peligro

... usted razón y se lo agradezco. ¿Por ... estaba usted triste y desesperado ... veía partir? ¿Y cómo se explica que, ..., no haya sabido usted descubrir ... yo desde el primer día? ¿Supuso ... había partido y que era inútil bus...

...eme —dijo Palmer eludiendo la pre... verá que, desde hace algunos días, ...tima de amarguras que me han hecho ... cabeza. Así comprenderá usted tam... qué, habiéndola conocido joven y pu... ...dir entonces su mano, he dejado pasar ...d cuyo sueño, cuyo remordimiento, ... abandonado jamás. Era, en aquella ... amante de una mujer que me ha en... de mil maneras. Creíame, creíme, du... años, en el deber de rehabilitarla y ... Al fin llegó al colmo de su ingra... de su perfidia y pude abandonarla, ... ser dueño de mí mismo. A esta mu... yo creía en Inglaterra, la encontré en ... en el momento en que Lorenzo iba ... Abandonada por mi sucesor, su nuevo ... quería, estaba segura de reconquistar... ...bía sido tantas veces generoso y débil ... Me escribió una carta amenazadora, y, fingiendo unos celos absurdos, se propuso venir a insultar a usted en mi presencia. Sé que es una mujer a la que no intimida el escándalo, y por nada en el mundo quería yo que usted fuese testigo de su furor. No pude convencerla de que desistiese de su propósito de entrar en escena, sino con la promesa de tener una explicación con ella en aquel mismo día. Precisamente se hospedaba en el hotel en que vivíamos nosotros, junto a nuestro enfermo, y, cuando llegó a la puerta el carruajito que debía llevarse a Lorenzo, allí estaba ella, resuelta a dar un escándalo. Su odiosa y ridícula manía era la de gritar, ante la gente que hubiese en el hotel y en la calle, que yo compartía mi nueva querida con Lorenzo de Fauvel.

"Por eso hice a usted partir con él y por eso me quedé, decidido a concluir con aquella loca, sin comprometer a usted y sin exponerla a verla y oírla. No dirá usted ahora que quise someterla a una prueba, dejándola sola con Lorenzo. ¡Eso me ha hecho sufrir mucho, Dios mío! No me acuse usted, porque cuando creí al llegar aquí que había usted partido con él, todas las furias del infierno se cebaron en mí".

—¡Eso es lo que le reprocho! —dijo Teresa.

—¡Ah! ¡Qué quiere usted! —exclamó Palmer—. ¡He sido tantas veces en la vida odiosamente engañado! Aquella miserable mujer había removido en el fondo de mi ser un mundo entero de amargura y de desprecio.

—¡Y ese desprecio recayó sobre mí!

—¡Oh! ¡No diga usted eso, Teresa!

—Yo también fuí engañada, y, a pesar de ello, creía en usted.

—No hablemos de esto, amiga mía. Pésame haberme visto obligado a hablar a usted de mi pasado. Va usted a pensar que puede influir sobre mi porvenir y que, como Lorenzo, voy a hacer pagar a usted las traiciones de que he sido víctima. ¡Ea, ea, mi querida Teresa! Desechemos tan tristes pensamientos. Está usted en un sitio capaz de hacer contraer el *spleen*. Nos espera el bote; véngase a Spezzia.

—No, permaneceré aquí —dijo Teresa.

—¿Cómo? ¿Qué es esto? ¿Rencor entre nosotros?

—No, no, querido Dick —repuso ella tendiéndole la mano—. Jamás lo sentiré hacia usted. ¡Oh! Le ruego que sea nuestro afecto un ideal de sinceridad, porque, en cuanto a mí, me propongo hacer todo lo que sea posible a un alma creyente. No sabía que era usted celoso: lo ha sido usted y lo ha confesado. Pues sepa usted que no está en mí el poder dejar de sufrir por consecuencia de esos celos. Es eso tan diametralmente opuesto a lo que usted me había prometido, que me hace pensar en lo que va a ser de nosotros ahora, y por qué al salir de un infierno, he de entrar en un purgatorio, cuando yo no anhelaba más que el reposo y la soledad.

"Estos nuevos tormentos, que parecen amenazar, no los temo por mí sola. Si en amor fuera posible que uno de los dos fuese feliz mientras el otro sufriera, fácil de seguir, y marcado con toda claridad, se vería el camino de la abnegación; pero demasiado sabe usted que no es así: no nace un dolor en mí sin que usted lo sienta en seguida. Heme, pues, arrastrada a emponzoñar su vida, y yo, que sueño en que la mía sea inofensiva, comienzo por hacer un desdichado. No, Palmer, créame: tenemos la pretensión de conocernos y no nos conocemos. Me había enamorado en usted una disposición de ánimo que ha perdido ya la confianza. ¿No comprende usted que, en el envilecimiento en que me hallaba, esa confianza era la que me hacía falta para amarle, y no otra cosa? Si yo me resignara a soportar su cariño con sus faltas y sus debilidades, con sus dudas y sus tempestades, ¿no tendría usted derecho a pensar que me unía a usted por cálculo? ¡Oh! No asegure usted que no le asaltaría jamás tal idea: a su pesar, vendría. Sé cómo se pasa de una sospecha a otra y por cuán rápida pendiente nos despeñamos desde un ligero desencanto hasta un hastío injurioso. ¡He bebido demasiada hiel de esa clase! No quiero ni una gota más; ni me creo ni soy capaz de padecer más de lo que he padecido. Se lo dije el primer día, y, si usted lo ha olvidado, yo no. Alejemos, pues, de nosotros esa idea del matrimonio y quedemos amigos. Retiro por el momento mi palabra, hasta que pueda contar con la estimación de usted, tal como creía poseerla. Si no quiere usted someterse a tal prueba, separémonos ahora mismo. En cuanto a mí, le advierto que, en la situación en que me hallo, no quiero serle deudora ni aun del más pequeño servicio. Y voy a decir a usted cuál es mi situación, para que comprenda bien mi voluntad: estoy aquí alojada y alimentada bajo mi palabra de pagar algún día, porque hoy no tengo nada absolutamente. Todo se lo entregué a Vicentino para los gastos de viaje de Lorenzo. Por fortuna sé hacer encaje, mejor y más aprisa que las mujeres del país, y, mientras recibo de Génova el dinero que me deben, puedo ganar aquí, cotidianamente, lo bastante, si no para recompensar, a lo menos para ayudar a mi buena patrona a sufragar la frugal comida que me sirve. Tal estado de cosas ni me humilla ni me atormenta, y durará hasta que llegue el dinero. Entonces veré qué partido debo tomar. Hasta entonces, vuelva usted a Spezzia y véngame a ver cuando quiera; haré encaje mientras hable con usted".

Tuvo Palmer que someterse, y se sometió de buen grado. Pensaba en reconquistar la confianza de Teresa, que bien claro veía que se había debilitado por su culpa.

## CAPITULO X

Algunos días después recibió Teresa carta de Génova. Acusábase Lorenzo por escrito de todo lo que se había acusado de palabra, como si consagrara de este modo el testimonio de su arrepentimiento.

"No, decía, no he sabido merecerte. Me he mostrado indigno de un amor tan generoso, tan puro, tan desinteresado. ¡Hermana mía, madre mía, he agotado tu paciencia! ¡Hasta los ángeles se hubieran cansado de mí! ¡Ah! Teresa, a medida que recobro la salud y la vida, se aclaran mis recuerdos y veo mi pasado como en un espejo, que me pone delante el espectro de un hombre que he conocido y al que ya no comprendo. Seguramente ese desdichado estaba loco. ¿No crees tú, Teresa, que al incubarse la espantosa enfermedad física de que me has salvado por un milagro, he podido, tres o cua-

**OJO POR OJO...,** **Por González Fossat**

TUS CIGARROS

TUS COMIDAS

**PINCELITO PURAPOSE** — **Demasiado real** — **Por DOMINGO VILL**






tro meses antes, ser víctima de una enfermedad moral que me dejaba sin clara conciencia de mis palabras y de mis acciones? ¡Oh! Si así fuera, ¿no deberías haberme perdonado? Pero esto que te digo, ¡ay!, no tiene sentido común. ¿Qué es el mal sino una enfermedad moral? El que mata a su padre, ¿no podría alegar la misma excusa que yo? El bien, el mal... Es la primera vez que su noción me atormenta. Antes de conocerte y hacerte sufrir, mi pobre Teresa, no había pensado en ello jamás. El mal era, para mí, un monstruo de piso bajo, la bestia apocalíptica que mancha con sus odiosos abrazos, la hez de los hombres en las cloacas infectas de la sociedad. ¡El mal! ¡Cómo podía acercarse a mí, el hombre de la vida elegante, el niño mimado de París, el noble hijo de las musas! ¡Ah! ¡Cuán imbécil era al figurarme que, porque llevaba perfumada la barba y enguantadas las manos, purificaban mis caricias a la gran prostituída de las naciones, a la orgía, mi prometida, la que me había atado a su carro con una cadena tan honrosa como la que ata a los forzados en las galeras! Y te inmolé, mi dulce amada, a mi brutal egoísmo, y después levanté mi cabeza gritando: "¡Estoy en mi derecho! ¡Me pertenece! ¡No puede ser malo nada de lo que tengo derecho a hacer!" ¡Ah! ¡Desdichado, desdichado! Era un criminal y no lo sabía. Para llegar a comprenderlo ha sido necesario que te perdiese, único bien mío, único ser que me ha querido, que ha sido capaz de amar a este hijo ingrato e insensato. Sólo cuando he visto a mi ángel de la guarda velarse la faz y volver a emprender su vuelo hacia los cielos, he comprendido que me quedaba solo y abandonado para siempre en el mundo".

Gran parte de esta primera carta estaba escrita en un tono exaltado, cuya sinceridad se veía confirmada por detalles de la realidad y por un brusco cambio de tono, característico en Lorenzo.

"¿Creerás que, al llegar a Génova, lo primero que he hecho, aun antes de pensar en escribirte, ha sido salir a comprar un chaleco? Un chaleco de verano, lindísimo, bien cortado, que hallé en casa de un sastre francés, encuento agradable para un viajero deseoso de abandonar esta ciudad de relojeros y naturalistas. Heme aquí paseando por las calles de Génova, satisfecho de mi chaleco nuevo, deteniéndome ante el escaparate de un librero, en el que una edición de Byron, encuadernada con sumo gusto, es para mí una tentación irresistible. ¿Qué se puede leer viajando? No puedo sufrir los libros de viajes, a menos de que traten de países a los que no me sea posible ir jamás. Prefiero los poetas, que le pasean a uno por el mundo de sus ensueños, y por eso he comprado esta edición. Después he seguido a la ventura a una linda muchacha, vestida de corto, que pasó por delante de mí, cuyo tobillo me parecía una obra maestra. La he seguido, pensando más en mi chaleco que en ella. De pronto ella ha echado por la derecha y yo por la izquierda, sin darme cuenta, y me he encontrado de vuelta en el hotel, en el que, al guardar mi libro en la maleta, he hallado las violetas de que sembraste el camarote del "Ferruccio" en el momento de separarnos. Las recogí cuidadosamente, una por una, y las guardé como una reliquia; al volverlas a ver me han hecho llorar como una gotera, y, mirando mi chaleco flamante, que había sido el gran acontecimiento de la mañana, me dije: "¡Este es el chiquillo que ha amado esa pobre mujer!"

Más adelante decía:

"Me arrancaste la promesa de que cuidaría de mi salud diciéndome: "Puesto que yo te la he devuelto, algo de ella me pertenece, y tengo derecho a prohibirte que la pierdas". ¡Ah! Teresa mía, ¿qué quieres que haga de esta maldita salud, que comienza a emborracharme como el vino nuevo? Florece la primavera, la estación del amor; pero el amar, ¿depende de mí? No has podido tú inspirarme el amor verdadero, ¿y crees que encontraré una mujer capaz de hacer el milagro que tú no has hecho? ¿Dónde voy a encontrar a esa hechicera? ¿En el mundo? De seguro que no; sólo hay en él mujeres que no quieren ni arriesgar ni sacrificar nada. Sin duda tienen razón, y tú podrías decirles, mi pobre amiga, que aquellos por quienes se hace el sacrificio no lo merecen; pero no es culpa mía el que no pueda avenirme a compartir una mujer con un marido o con otro amante. ¿Que ame a una señorita? ¿Que me case con ella? ¡Oh! Teresa, tú no puedes pensar así en este momento sin reírte... o sin temblar. ¡Yo ligado por la ley, cuando no acierto a estarlo por mi propia voluntad!

"Tuve, años hace, un amigo que amaba a una modistilla y se creía feliz. Hice la corte a tan fiel amante, y fué mía merced a una cotorra verde que su amante no quería regalarle. Ella decía candorosamente: "El tiene la culpa. ¿Por qué no me compró la cotorra?" Desde aquel día me prometí no amar jamás a una entretenida, es decir, a una mujer que se encapricha de todo lo que su amante no le da.

"Por consecuencia, respecto a querida, no me parece posible más que una aventurera de esas que se tropiezan en los viajes, todas princesas de nacimiento, pero que han sufrido reveses de fortuna. ¡Demasiados reveses! No soy bastante rico para llenar los abismos de tales pasados. ¿Una actriz célebre? Con frecuencia me ha acometido esa tentación; pero sería preciso que mi querida renunciase al público, y ése es un amante al que no me siento con fuerzas para reemplazar. ¡No, no, Teresa, yo no puedo amar! Pido mucho, pido lo que no sé dar en cambio; es preciso que torne a mi antigua vida. Mejor es esto, porque así tu recuerdo no se marchará nunca, dentro de mí, comparándote con otra. ¿Por qué no se había de arreglar mi vida de esta manera: queridas para los sentidos, pero una sola amante para el alma? Ni de ti ni de mí ha dependido el que tú no seas esa amante, ese ideal soñado, perdido, llorado y vuelto a soñar otra vez. No podrás ofenderte; jamás te diré una palabra. Te amaré en el secreto de mi pensamiento, sin que nadie lo sepa, sin que mujer alguna pueda nunca decir: "¡Yo reemplacé a Teresa!".

"Amiga mía, has de concederme un favor que me has negado en esos últim
dulces y tan inolvidables, que h
juntos: has de hablarme de Palmer
do que eso me disgustaba. Te has
Hubiérame matado cuando te habl
primera vez apasionadamente. Au
fermo y algo enloquecido. Pero
razón, cuando me has dejado ad
creto que no estabas obligada a
comprendido, en medio de mi d
complacerme en tu felicidad,
mis culpas. He reparado atentam
hacíais al estar juntos; he visto q
con pasión y que, al mismo tiemp
ra mí la ternura de un padre. E
me ha transformado. No tenía id
nerosidad, de tal grandeza en el
Palmer! ¡Cuán seguro está de t
comprende y cuán merecedor es
tanto! Esto me ha recordado el t
yo te decía: "Ame usted a Palmer,
cerá mucho". ¡Ah! ¡Qué sent
odiosos albergaba entonces mi
verme libre de tu amor, que me
remordimientos, y, sin embargo, si
hubieras contestado: "Pues sí, le
biera matado.

"El, el hombre de noble coraz
ya y no temía consagrarse a ti en
en que tú tal vez me amabas
circunstancias yo no me hubiese
nía en mí una buena dosis de
que con tanta vanidad ostentam
bres de buena sociedad, de ese
tado por los tontos para impedi
quista de la felicidad, arriesgánd
los peligros, o acertar a retener
nos escapa.

"Sí, quiero confesarlo todo, mi
ga. Cuando te decía: "Ame usted
creía algunas veces que ya le a
es lo que me hacía alejarme de ti.
ras han pasado en estos últimos
que me sentía dispuesto a arrojar
Una idea me detenía: es muy
otro. Así lo he querido yo, pero
debido quererlo así. ¡Es indigna

"Así razonaba durante mi locura.
toy seguro de que si yo hubiera
sinceramente, aun comenzando a
lo hubieras sacrificado por mí y h
to a sufrir el martirio que yo te
he hecho bien en huir? Lo he
al separarme de ti. Sí, Teresa,
me ha dado la energía suficiente
charme a Florencia sin decirte ni
labra. Sentí que te asesinaba dí
que no me restaba otro modo de
errores que el de dejarte sola al
hombre que te amaba de verdad.

"Eso es también lo que ha sost
lor en Spezzia durante aquella j
que aun hubiera podido lograr mi
ro este detestable pensamiento no
mi espíritu, amiga mía, te lo jur
habrías encomendado al barquero
perdiera de vista. Tu precaució
Antes me hubiera arrojado al m
traición a la confianza que me
Palmer dejándonos juntos.

[illegible] ses, que le amo de todo corazón, [illegible] puedo yo amar. Dile que, tanto [illegible] a ti, soy deudor de haberme con- [illegible] ejecutado en la forma en que lo he [illegible] Cuánto he sufrido, Dios mío, hasta [illegible] suicidio de ese hombre viejo que en [illegible] Hoy estoy contento de mí. Mis [illegible] amigos juzgarán que he sido un im- [illegible] cobarde al no procurar la muerte de [illegible] un duelo, sin perjuicio de abando- [illegible] da, escupiéndole en el rostro, a [illegible] que me había traicionado. Así es co- [illegible] mo hubiera juzgado, en otro, la [illegible] que he seguido contigo y con Palmer [illegible] decisión como alegría. Y es que no [illegible] gracias a Dios. No valgo nada; [illegible] do lo poco que valgo y me hago [illegible]

[illegible] de Palmer y no temas que sufra; [illegible] será mi consuelo en mis horas de [illegible] También será mi fuerza, porque tu po- [illegible] está aún muy debil, y, cuando se de- [illegible] en lo que ha podido ser y en [illegible] ahora para ti, su cabeza aun vacila. [illegible] eres feliz, y yo me diré con or- [illegible] hubiera podido estorbar, disputar, tal [illegible] esa dicha; no lo he hecho. En [illegible] es obra mía y me da derecho a la [illegible] Teresa".

[illegible] respondió cariñosamente a su pobre [illegible] ese nombre estaba sepultado y em- [illegible] en el santuario del pasado. Teresa [illegible] Palmer, o, por lo menos, quería o [illegible] No le parecía posible que su [illegible] el tiempo en que, al despertar [illegible] mañanas, abría los ojos temerosa de [illegible] se le viniese encima.

[illegible] le faltaba, y no sé qué tristeza [illegible] apoderado de ella desde que habitaba [illegible] áridas rocas de Porto-Venere. Era [illegible] desgajamiento de la vida que no ca- [illegible] misterioso encanto; pero también [illegible] sé qué obscuro y abatido, impropio [illegible], y que no acertaba a explicarse [illegible]

[illegible] imposible hacer lo que Lorenzo le pe- [illegible] a Palmer. Hizo en dos líneas su [illegible] dijo, de parte suya, las más afec- [illegible]; pero no pudo resolverse a to- [illegible] confidente de su intimidad. Le re- [illegible] cuenta de su verdadera situa- [illegible], confiarle las promesas sobre [illegible] misma no había pronunciado la [illegible] en su propio corazón. Y, aun- [illegible] fuera irrevocable, ¿no hubie- [illegible] prematuro decir a Lorenzo: "¡Usted [illegible] ¡Tanto peor para usted! Yo me [illegible]

[illegible] que esperaba no llegó hasta pasa- [illegible] días. Durante esos quince días hizo [illegible] una perseverancia que desolaba a [illegible] Cuando, al fin, se vió dueña de algu- [illegible] de Banco, pagó espléndidamente a [illegible] y se permitió salir con Palmer a [illegible] el golfo; pero resolvió permanecer [illegible] Venere algún tiempo más, sin saber [illegible] por qué se había aficionado a tan [illegible] miserable residencia.

[illegible] ciones morales que se sienten me- [illegible] definen. Sólo en las cartas a su ma- [illegible] Teresa al extremo del desahogo.

[illegible] aquí —le escribía en el mes de [illegible] pesar del calor asfixiante. Me he adherido como una lapa a esta roca, en la que jamás ha podido arraigar un árbol, pero en la que se respiran brisas enérgicas y vivificantes. Este clima es duro, pero sano, y la continua vista del mar, que antes no podía yo sufrir, ahora se ha hecho para mí casi necesaria. El paisaje que hay a mi espalda, y al que puedo transportarme en menos de dos horas, estaba encantador en primavera. Internándose tierra adentro, en el fondo del golfo, a dos o tres leguas de la costa, se descubren los sitios más extraños. Hay una parte de terreno, desgarrada por no sé qué remoto temblor de tierra, que presenta los accidentes más rudos. Es una serie de colinas de arena roja, cubiertas de pinos y matorrales, escalonadas las unas sobre las otras, desde cuyas crestas se abren largos caminos naturales que súbitamente caen en profundos abismos y dejan el ánimo desconcertado y desorientado. Si retrocedemos y se extravía el pie en el dédalo de pequeños senderos transitados por los rebaños, se llega a otros abismos, y muchas veces Palmer y yo hemos permanecido horas enteras en la cumbre de esos bosques sin hallar el camino que nos había conducido hasta allí. Luego se sumerge uno en una inmensidad de terreno cultivado, cortado aquí y allá por esas extrañas quebraduras, y, más allá de esta inmensidad, se despliega la infinidad del azul del mar. Por este lado parece que el horizonte no tiene límites. Por el lado del norte y por el de Levante están los Alpes marítimos, cuyas cimas, ásperamente dibujadas, estaban todavía cubiertas de nieve cuando llegué aquí.

"Pero no se trata de esas sabanas de jaras en flor y de esos matorrales de blanco brezo que exhalan un perfume tan fresco y tan fino en los primeros días de mayo. Entonces era un paraíso terrenal; sus bosques estaban cuajados de falso ébano, de árboles de Judea, de olorosa retama y de citisos brillantes como el oro en medio de los chaparrales de mirto. Ahora todo está abrasado. Los pinos exhalan un olor acre; los campos de altramuz, tan floridos y perfumados ha poco, no dejan ver más que tallos cortados, negros, como si el fuego los hubiera besado. Con los trigos crecidos la tierra humea bajo el sol del mediodía, y es preciso madrugar mucho para pasear sin agobio. Y como, tanto en barca como a pie, son menester cuatro horas, lo menos, para llegar a la parte poblada de árboles, el retorno no es agradable, y todas las alturas que rodean el golfo, magníficas en forma y en aspecto, se muestran tan desnudas, que, sin duda, en Porto-Venere y en la isla Palmaria es donde se está mejor.

"Hay una plaga en Spezzia: los mosquitos, engendrados por las aguas estancadas de un pequeño lago vecino y las grandes marismas que el cultivo disputa a las aguas del mar. Aquí no nos molesta el agua de riego: no hay más que mar y rocas, y, por tanto, ni un insecto, ni una brizna de hierba. Pero, ¡qué nubes de oro y púrpura, qué sublimes tempestades, qué solemnes calmas! El mar es un cuadro que cambia de color y de expresión a cada minuto del día y de la noche. Hay aquí cavernas llenas de rumores de los que es imposible reproducir la espantosa variedad: todos los sollozos de la desesperación, todas las imprecaciones del infierno se han dado cita allí, y desde mi ventana escucho, por la noche, esas voces del abismo, que ora rugen en una bacanal sin nombre, ora cantan himnos salvajes que infunden temor hasta su más grande solemnidad.

"Todo esto me inspira amor, a mí, a quien sólo eran gratos los gustos campestres y los rincones verdes y tranquilos. ¿Es que he adquirido durante mi fatal pasión la costumbre de las tormentas y la necesidad del ruido? ¡Tal vez! ¡Somos tan extrañas criaturas las mujeres! Tengo que confesarlo, madre querida: han sido precisos muchos días para que no echara yo de menos mi diario suplicio. Faltándome una persona a quien cuidar, no sabía qué hacer. Si Palmer hubiera sido algo insoportable...; pero, ¡vea usted qué injusticia! Apenas hizo mención de serlo, me rebelé, y ahora que vuelve a mostrarse bueno como un ángel, no sé cómo librarme del aterrador hastío que me invade por momentos. ¡Ah! ¡Así es! ¿Debo decirlo? No; mejor sería para mí ignorarlo, o, de saberlo, no afligir a usted con mi locura. Quisiera hablar a usted sólo del país, de mis paseos, de mis ocupaciones, de mi triste sotabanco, en que me place estar sola, ignorada, olvidada del mundo, sin deberes, sin clientes, sin negocios, sin más trabajo que el que deseo hacer. Tomo por modelo a los niños y me divierto en copiar grupos de ellos; pero nada de esto le basta a usted, porque si no le digo qué es lo que hay en mi corazón y en mi voluntad, aun se inquietaría usted más. Sépalo usted: estoy decidida a casarme con Palmer y le amo, pero no he podido resolverme a fijar la fecha del matrimonio, porque me inspira temor, por él y por mí misma, el mañana de esta unión indisoluble. ¡Pasé de la edad de las ilusiones, y después de una vida como la mía, se tienen cien años de experiencia y... de miedo! Heme creído del todo desligada de Lorenzo; lo estaba, en efecto, el día en que me dijo que yo era su castigo, el asesino de su genio y de su gloria. Hoy no me considero tan independiente de él; después de su enfermedad, de su arrepentimiento y de las adorables cartas, llenas de ternura y de abnegación, que me ha escrito durante estos dos últimos meses, siento que un deber sagrado me une todavía a ese desdichado niño, al que no quisiera herir con mi completo abandono. Y eso es lo que puede suceder al día siguiente de mi enlace. Palmer se ha sentido celoso un momento, y ese momento puede volver el día en que tenga el derecho de decirme: "¡Lo quiero!" No amo ya a Lorenzo, lo juro; preferiría morir a volver a sentir amor por él; pero el día en que Palmer quiera romper la amistad que ha sobrevivido en mí a mi desventurada pasión, quizá dejara de amar a Palmer.

"Le he dicho todo esto. Lo comprende, porque se jacta de ser un gran filósofo y persiste en la creencia de que lo que hoy le parece justo y bueno no cambiará jamás de aspecto a sus ojos. También yo lo creo, y, sin embargo, le ruego que deje correr los días, sin contarlos, en la dulce calma en que nos hallamos. Tengo accesos de *spleen*, es cierto; pero Palmer no es, por fortuna, muy observador, y no me es difícil ocultárselos. Puedo adoptar ante él lo que Lorenzo llamaba mi aspecto de pájaro enfermo, sin que se espante. Si el mal futuro que presagio se limitase a esto, a tener yo los nervios irritados y el es-



píritu ensombrecido, sin que él se diera cuenta ni le afectase, podríamos vivir juntos y casi felices. Si se dedica a escrutar mis miradas vagas, si trata de levantar el velo de mis ensueños, si reproduce todas las crueles niñerías con que me agobiaba Lorenzo en mis horas de desfallecimiento moral, comprendo que me faltarían fuerzas para la lucha, y preferiría que me matase de una vez, y así terminaría todo más pronto".

Por la misma época recibió Teresa una carta de Lorenzo, tan apasionada, que la inquietó. No era ya el cariño de la amistad: era el del amor. El silencio guardado por Teresa sobre sus relaciones con Palmer había hecho renacer en el artista la esperanza de volver a reanudar los antiguos lazos. No podía vivir sin ella. Habíase esforzado en vano por retornar a la vida de placer. El asco se le había subido a la garganta.

"¡Ah, Teresa! —le decía—. Otras veces te he dicho que amabas demasiado castamente y que más eras nacida para el convento que para el amor. ¿Cómo he podido blasfemar así? Ahora que trato de volver a ser cortesano del vicio, soy yo el que se siente de nuevo casto como un niño, de tal modo que las mujeres me dicen que parezco un cartujo. No, no; no podré olvidar nunca lo que entre nosotros existía, a más del amor: la dulzura maternal que me mecía horas enteras, con una sonrisa tierna y plácida; los desahogos del corazón, los vuelos de la inteligencia, el poema en que éramos a la vez autores y personajes sin advertirlo. ¡Teresa, si no eres de Palmer, no puedes ser más que mía! ¿Con quién podrías volver a gozar nuestras apasionadas emociones, nuestros profundos enternecimientos? ¿Han sido tristes todos nuestros días? ¿No los hemos visto también hermosos? ¿Es acaso la dicha lo que tú buscas, mujer abnegada? ¿No te es preciso siempre sufrir por alguien? ¿No me has llamado algunas veces, cuando me perdonabas mis locuras, tu caro suplicio y tu tormento necesario? ¡Acuérdate, acuérdate, Teresa! Has sufrido, y vives. Yo te he hecho sufrir, y muero. ¿No estoy bastante castigado? ¡Tres meses de agonía para mi alma!"

Después seguían las recriminaciones. Teresa había sido, o de sobra locuaz o reservada de sobra. Sus palabras eran demasiado apasionadas si no expresaban más que amistad; demasiado frías y prudentes si traducían su amor. Era preciso que tuviera el valor de darle la vida, o de matarlo.

Teresa se decidió a contestarle que amaba a Palmer y que confiaba en amarle siempre; pero sin hablarle del proyecto de matrimonio, que no podía considerar como una resolución definitiva. Dulcificó cuanto pudo el golpe que su confesión debía producir al amor propio de Lorenzo.

"Ten la convicción —le decía— de que no he entregado mi corazón y mi vida a otro para castigarte, como tú supones. Estabas perdonado el día en que respondí al afecto de Palmer, y la prueba es que fuí a Florencia con él. ¿Crees tú, pobre niño mío, que, al cuidarte como lo he hecho durante tu enfermedad, yo no era más que una hermana de la caridad? No, no era sólo el deber lo que me atraía hacia ti: era la ternura de una madre. Y las madres ¿no perdonan siempre? Pues siempre será así. Siempre que, sin faltar a lo que debo a Palmer, pueda servirte, cuidarte, consolarte, me hallarás a tu lado. He podido amar a Palmer; le amo porque no se opone a esta manera de pensar y de obrar. Si hubiera de haber pasado de tus brazos a los de tu enemigo, hubiérame horrorizado de mí misma, pero ha sucedido todo lo contrario. Nuestras manos se han unido, jurándonos uno a otro velar por ti y no abandonarte jamás".

Mostró Teresa a Palmer esta carta. Palmer se sintió vivamente conmovido y quiso escribir, por su parte, a Lorenzo, haciéndole iguales promesas de solicitud constante y verdadero afecto.

La respuesta de Lorenzo se hizo esperar. Había comenzado de nuevo un ensueño y lo veía desvanecerse sin esperanza. Sintió al principio un verdadero dolor; después resolvió desechar aquella pena, que no se sentía con fuerzas para soportar. Operóse en él una de las revoluciones súbitas y completas, que unas veces eran el castigo y otras la salud de su vida, y escribió a Teresa:

"Bendita seas, hermana mía adorada; soy feliz, estoy orgulloso de tu fiel amistad, y la de Palmer me ha conmovido hasta hacerme verter lágrimas. ¿Por qué no has hablado más pronto, taimada? No hubiera yo sufrido tanto. ¿Qué me faltaba? Saber que eras dichosa, nada más. Porque te creía sola y triste me arrojaba de nuevo a tus plantas diciéndote: "Puesto que sufres, suframos juntos. Quiero compartir tus tristezas, tus hastíos, tu soledad. ¿No es ese mi deber y mi derecho?". Pero eres feliz, Teresa, y yo también lo soy por consecuencia. ¡Bendita seas por habérmelo dicho! ¡Al fin me veo libre de los remordimientos que me devoraban el corazón! Puedo ir con la cabeza erguida, aspirar el aire a pleno pulmón y decirme que no he manchado ni truncado la vida de la mejor de las amigas. ¡Ah! Estoy lleno de orgullo al sentir en mí esta generosa alegría, en vez de los horribles celos que me torturaban antes.

"Querida Teresa, querido Palmer: son ustedes mis dos ángeles de la guarda. Ustedes me han traído la felicidad. Gracias a ustedes sé que he nacido para cosa mejor que la vida que hasta aquí he llevado. Renazco, siento penetrar en mis pulmones, ávidos de una atmósfera pura, una brisa celestial. Mi ser se transforma. ¡Voy a amar!

"¡Sí, amaré; amo ya!... Amo a una niña hermosa y pura, que nada sabe aún, junto a la que gozo del misterioso placer de guardar el secreto de mi corazón y de parecer, de ser, tan inocente, tan alegre, tan niño como ella misma. ¡Ah! ¡Cuán hermosos son estos primeros días de un amor naciente! ¿No es verdad que hay algo de sublime y de temeroso en esta idea: "Voy a traicionarme, es decir, voy a entregarme? Mañana, quizá esta noche, ¿ya no me perteneceré?"

"Alégrate, Teresa mía, del desenlace que ha tenido la triste y loca juventud de tu pobre niño. Piensa que esta renovación de un ser que parecía perdido y que, en vez de caer en el lodo, abre sus alas como un pájaro, es la obra de tu amor, de tu dulzura, de tu paciencia, de tu cólera, de tu rigor, de tu perdón y de tu amistad. ¡Oh! Ha sido preciso que ocurriesen todas las peripecias del drama íntimo, en el que he resultado vencido, para que se abrieran mis ojos. Soy tu obra, tu hijo, tu trabajo y tu recompensa, tu martirio y tu corona. Bendecidme los dos, amigos míos, y rogad por mí. ¡Voy a amar!"

El resto de la carta seguía en el mismo tono. Al leer aquel himno de alegría y de gratitud, Teresa sintió, por vez primera, asegurada y completa su propia felicidad. Tendió sus dos manos a Palmer y le dijo:

—Y bien, ¿cuándo y dónde nos casamos?

## CAPITULO XI

Decidieron celebrar la boda en América. Palmer gozaba de antemano con la idea de presentar a Teresa a su madre y de recibir, en presencia de ésta, la bendición nupcial. La madre de Teresa era imposible que asistiera, aun cuando la ceremonia se celebrase en París. Resarcíala de tal contrariedad la alegría de ver a su hija unida a un hombre honrado y amante. Odiaba a Lorenzo y temblaba siempre ante la posibilidad de que Teresa volviera a caer en su poder.

"La Unión" se aprestaba a partir. El capitán Lawson se ofrecía a llevar a Palmer y a su prometida. El proyecto de realizar el viaje con la amada pareja llenaba de gozo a la gente de a bordo. El alférez jovencito enmendaba su impertinente persecución de días atrás con la actitud más respetuosa y la estimación más sincera hacia Teresa.

Cuando ya lo tenía Teresa todo [illegible]
para embarcarse, el día 18 de agos[illegible]
una carta de su madre rogándole se [illegible]
a París en seguida, aunque no fuese [illegible]
por venticuatro horas. Asuntos de [illegible]
obligaban a ir a ella. ¿Quién sabe [illegible]
gresaría Teresa de América? La po[illegible]
no era feliz con sus demás hijos, a [illegible]
ejemplo de un padre desconfiado [illegible]
había hecho insubordinados y sin [illegible]
ella. Por eso adoraba a Teresa, a la [illegible]
se había mostrado siempre como [illegible]
amiga de corazón. Quería bendecirl[illegible]
zarla, quizá por última vez, porque [illegible]
envejecida antes de tiempo, enferma [illegible]
de una vida sin tranquilidad y sin [illegible]

La carta contrarió a Palmer más [illegible]
dejó entrever. Aun admitiendo, co[illegible]
satisfacción, la certeza de una amistad [illegible]
entre Lorenzo y él, no cesaba de [illegible]
a su pesar, la idea de los sentimientos [illegible]
dieran despertarse en el corazón de [illegible]
volverlo a ver. No se daba cuenta [illegible]
temores cuando proclamaba lo contr[illegible]
le mordieron en el corazón cuando [illegible]
del navío hizo resonar los ecos del [illegible]
Spezzia con sus repetidos adioses [illegible]
el día 18 de agosto.

Cada disparo le estremecía, y al [illegible]
timo se retorció las manos desesper[illegible]

Teresa se asombró. Desde las [illegible]
que mutuamente se habían dado en [illegible]
zos de su estancia en el país, no [illegible]
mientes en las ansiedades de Palm[illegible]

—¿Qué es esto, Dios mío? —dijo [illegible]
atentamente—. ¿Qué es lo que usted [illegible]

—Sí, eso es —repuso Palmer co[illegible]
ción—. Un presentimiento... acerca [illegible]
mi amigo de la infancia. No sé por [illegible]
sí, es un presentimiento.

—¿Cree usted que le acontecerá [illegible]
gracia en el viaje?

—¡Quizá! ¿Quién sabe? En fin [illegible]
Dios, usted escapará a ella, pues [illegible]
vamos a París.

—"La Unión" hace escala en Bre[illegible]
tiene allí quince días. ¿Iremos a [illegible]
allí?

—Sí, sí, sin duda; si antes no ocu[illegible]
tástrofe.

Palmer quedóse triste y aplanado [illegible]
Teresa adivinara lo que pasaba en [illegible]
de su amigo. ¿Cómo podía adivinar[illegible]
estaba en las aguas termales de Ba[illegible]
lo sabía, y además Lorenzo escribí[illegible]
bién andaba ocupado con planes de [illegible]

Partieron al día siguiente por la [illegible]
detenerse en parte alguna, entraron [illegible]
por Turín y el monte Cenis.

El viaje fué tristísimo. Palmer veía [illegible]
lados presagios de desventuras, y [illegible]
supersticiones y debilidades de espír[illegible]
mal se avenían con su carácter. Sien[illegible]
cible y tan fácil de contentar de [illegible]
irritaba contra los postillones, contra [illegible]
nos, contra los aduaneros, contra los [illegible]
Teresa no le había visto nunca así. [illegible]
dejar de decírselo. Palmer contes[illegible]
frase cualquiera, pero con tan som[illegible]
sión en el rostro y tan marcado [illegible]
despecho, que despertó en Teresa [illegible]
el porvenir.

Para ciertas existencias hay un [illegible]
cable. Mientras Teresa y Palmer [illegible]
Francia por el monte Cenis, Lore[illegible]
por Génova. Llegó a París unas hora[illegible]
ellos, hondamente preocupado. H[illegible]
a saber que, para hacerle viajar d[illegible]
nos meses, se había despojado Teres[illegible]
de cuanto poseía entonces, y había [illegible]
(porque todo se descubre tarde o [illegible]
por una persona que había vivido [illegible]
en la misma época, que la señori[illegible]
vivía en Porto Venere con gran [illegible]
ciendo encaje para pagar su pupi[illegible]
libras mensuales.

Humillado y arrepentido, irritado [illegible]
quería saber a qué atenerse sobre [illegible]
actual de Teresa. Sabía que era d[illegible]

para que aceptase nada de Palmer, y con grandes visos de probabilidad, no le habían pagado sus trabajos de habría tenido necesidad de vender en París.

... a los Campos Elíseos temblando ante ... encontrar a unos desconocidos instala... inolvidable casita, a la que se acer... ...ando que el corazón le latía con vio... Como no había portero, hubo de llamar ... puerta de hierro del jardín, sin saber ... a responderle. No sabía nada de ... boda de Teresa, ni de que ésta fuese ... estuviera en condiciones de volverse ... La última carta que Teresa le había ... tal asunto había llegado a Baden ... ...ente de su partida.

... fué su alegría al ver que le abría la vieja Catalina. La abrazó gozoso, ... se entristeció al contemplar la faz ... de la buena mujer.

—¿... viene usted a hacer aquí? —le dijo la ... tono desapacible—. ¿Sabe usted que ... llega hoy? ¿No la puede dejar ... ¿Aun vuelve usted para hacerla des... Me habían dicho que se habían se...des, y estaba muy contenta, porque, ... haberle querido a usted, ahora le ... Sé que es usted la causa de sus ... de sus penas. ¡Ea, ea! No se quede ...perarla, a menos que no se haya pro... su muerte.

—¡... usted que llega hoy! —exclamó Lo... veces.

...co que había oído de la catilinaria ... sirviente. Entró en el estudio de ... el saloncito color lila y hasta en la ...tando las telas grises que Catalina ...dido por todas partes para preser... ...bles del polvo y de la luz. Miraba, ...tro, aquellos muebles tan limpios y ...nes, objetos de arte y de buen gus... Teresa empleara el fruto de su ... No faltaba ninguno. Nada había cam... ...nzo miraba a Catalina, que le seguía ... paso, vigilante, y repetía:

—¡... hoy! ¡Llega hoy!

... que amaba a una muchacha con ... puro y cándido como ella, Lorenzo ... Pensaba que decía la verdad al ... a Teresa con la exaltación que le ... cuando hablaba de sí mismo, haciendo ...traste con el tono despreciativo y ... se juzgaba obligado a emplear en su ... No había declarado su amor a la ... objeto de sus ensueños. Un ave, una ...ando el cielo por la tarde, habían ... para destruir el frágil edificio de feli... de expansión levantado por la mañana ...inación de niño y de poeta. El mie...do se había apoderado de su ánimo, ... temor de verse curado de su inven... ...ial pasión por Teresa.

...ba, sin contestar a Catalina, que, al ... en prepararlo todo para la llegada ... señora, se decidió a dejarlo solo. ... se hallaba dominado por la más ex...ción. Preguntábase por qué volvía ... París sin avisarle. ¿Venía de incógnito ..., u obraba como él mismo lo había ... ¿Habíale anunciado una felicidad que ... y cuyo pensamiento ya se había ...do? Aquel brusco y misterioso re... ...cultaba una ruptura con Dick?

... se alegraba y se estremecía al mismo ... Mil ideas, mil sentimientos luchaban ... de su ser y atirantaban sus nervios. Hu... momento en que perdió insensiblemente ... de la realidad, y se le antojó que ... muebles, cubiertos de tela gris, eran ... de un cementerio. Siempre había te... horror a la muerte y siempre pensaba en ... su pesar. Veíala en torno suyo bajo ... las formas. Creyóse rodeado de sudarios ... de pie espantado, gritando:

—¿Quién ha muerto? ¿Teresa? ¿Palmer? ...ento que hay un muerto en la región ... acabo de penetrar! ¡No, eres tú —con... hablándose a sí mismo—; eres tú, que viviste en esta casa los únicos días felices de tu vida y vuelves a entrar en ella inerte, abandonado, olvidado como un cadáver!

Sin que él lo advirtiera volvió Catalina, quitó las fundas, sacudió los muebles, abrió de par en par las ventanas, levantó las persianas y puso flores en los grandes jarrones de china que había sobre las cómodas doradas. Después se acercó a él y le dijo:

—Vamos, ¿qué hace usted aquí?

Salió Lorenzo de su rapto, y paseando la mirada en torno, como deslumbrado, vió las flores reflejadas en los espejos, los muebles de Boule resplandeciendo a la luz del sol, y aquellas decoraciones de fiesta en que se transformaba, por arte mágico, el aspecto fúnebre de la ausencia, que tanto se asemeja a la muerte.

Sus alucinaciones tomaron otro camino.

—¿Qué hago aquí? —dijo sonriendo sombríamente—. ¿Qué hago aquí? Hoy es día de fiesta en casa de Teresa, día de embriaguez y de olvido. Es una cita de amor que da la dueña de la casa, y de seguro que no es a mí a quien espera. ¡A mí, a un muerto! ¿Qué va a hacer mi cadáver en esta cámara nupcial? Dirá lo que tú, pobre vieja; dirá: "¡Vete! ¡Tu sitio es un ataúd!"

Lorenzo hablaba como delirando. Catalina tuvo compasión de él.

"Está loco —pensó—. Lo ha estado siempre".

Y cuando estaba discurriendo qué le diría para lograr que se marchase sin violencia, oyó que un coche se detenía en la calle. En su alegría de recibir a Teresa, olvidó a Lorenzo y corrió a abrir la puerta.

En ella estaban Palmer y Teresa; pero deseoso de quitarse de encima el polvo del viaje y de evitar a Teresa la molestia de hacer descargar la silla de postas en su casa, Palmer volvió en seguida a subir al carruaje, dando la orden de que le llevaran al hotel "Maurice", y diciendo a Teresa que le enviaría su equipaje dentro de un par de horas y que vendría a comer con ella.

Teresa abrazó y besó a su buena Catalina, y, al propio tiempo que le preguntaba cómo lo había pasado en su ausencia, entró en la casa con esa curiosidad impaciente, inquieta y gozosa, que sentimos instintivamente cuando volvemos a una morada en que hemos vivido muchos años; tan rápidamente, que Catalina no tuvo lugar de decirle que estaba allí Lorenzo. Y allí le sorprendió, pálido, absorto y como petrificado, en el sofá del salón.

No había oído el coche ni el ruido de las puertas abiertas precipitadamente. Sumido estaba aún en sus lúgubres delirios, cuando la vió ante sí. Lanzó un grito terrible, precipitóse hacia ella para abrazarla, y cayó sofocado, casi desvanecido, a sus pies.

Fué preciso quitarle la corbata y darle a respirar éter. Ahogábase, y los latidos de su corazón eran tan violentos, que todo su cuerpo se estremecía como sacudido por corrientes eléctricas. Espantada Teresa al verlo así, creyó que había vuelto a caer enfermo. Bien pronto tornó a su mejillas el rosado color de la juventud y reparó Teresa en que había engordado. Lorenzo le aseguró que jamás se había encontrado más sano, y que era para él un gozo grande el de volverla a ver más hermosa que nunca y con la misma mirada pura y hermosa de los primeros días de sus amores. Arrodillóse ante ella y le besó los pies para testimoniarle sus respetos y su adoración. Tan vivos eran sus transportes, que inquietaron a Teresa, y se creyó en el deber de apresurarse a recordarle su próxima partida y su próximo casamiento con Palmer.

—¿Qué? ¿Qué es eso? ¿Qué dices? —exclamó Lorenzo, pálido como si un rayo hubiera caído a sus pies—. ¡Partida! ¡Matrimonio! ¿Por qué? ¿Sueño aún? ¿Eres tú la que pronuncias esas palabras?

—Sí —respondió Teresa—, yo soy. Te lo escribí. ¿No has recibido mi carta?

—¡Partida! ¡Matrimonio! —repetía Lorenzo—. ¿Y cómo decías antes que era imposible? Días han pasado en que yo deploraba no poder imponer silencio a las gentes que te censuraban dándote mi nombre y mi vida entera. Y tú me decías: "¡Jamás, jamás mientras viva ese hombre!" ¿Es que ha muerto? ¿Es que amas a Palmer como nunca me has amado, puesto que desprecias por él los escrúpulos que te parecían fundados y el escándalo que juzgabas inevitable?

—El conde de *** ya no existe: soy libre.

De tal modo aturdió a Lorenzo esta revelación, que le hizo olvidar todos sus propósitos de amistad fraternal y desinteresada. Lo que Teresa había previsto en Génova, se realizó en las condiciones más desgarradoras. Apoderóse de Lorenzo la idea fija y exaltada de la felicidad que hubiera podido gozar siendo esposo de Teresa, y vertió torrentes de lágrimas sin que en su alma turbada y desesperada hicieran mella palabras razonables y amonestaciones cariñosas. Tan verdaderas eran sus lágrimas y tan vivamente expresado su dolor, que Teresa no pudo sustraerse a la emoción de aquella escena patética y lastimosa. Nunca había podido ver sufrir a Lorenzo sin sentir conmovidas todas las fibras de la maternidad regañona, pero vencida. En vano trató de contener sus propias lágrimas. No eran lágrimas de pena: eran arrancadas por el vértigo que dominaba a Lorenzo; pero obraban sobre sus nervios, y los nervios de una mujer como ella eran las mismas fibras de su corazón, excitadas por un sentimiento que no se podía explicar.

Consiguió, al fin, calmarle y, hablándole dulce y tiernamente, hacerle comprender que aquella boda era la más prudente y la mejor solución para ella y para él mismo. Lorenzo asentía, sonriendo con tristeza.

—Tienes razón —decía—. ¡Yo hubiera sido un marido detestable y él te hará feliz! Te era deudor el cielo de esta recompensa y de este pago. Tienes razón en darle gracias y en decir que esto nos preserva: a ti, de una existencia miserable, y a mí, de remordimientos peores que los de antes. Y precisamente porque todo eso es verdadero, es prudente, es lógico, es por lo que soy tan desgraciado.

Y tornó a sollozar.

## EL EXITO DEL PARAISO

*La duquesa de Montauban pedía al cardenal Dubois que le cediera una casita de campo a la que él no iba nunca. El prelado le contestó:*

*—¿No sabe usted que siempre es necesario un lugar al que nunca se va, y en el que uno supone que sería feliz si fuera?*

*La duquesa le respondió:*

*—Es verdad. Y, precisamente, eso es lo que ha hecho la fortuna del Paraíso.*

## ULTIMAS PALABRAS

**Famosas fueron las últimas palabras de Cromwell:**

*"Mi deseo es apresurar todo lo posible mi partida."*



## Dijo BARRETT:

Para decidir de la verdadera energía de un hombre, esperad a que caiga de su falso pedestal, esperad a que se le deje desamparado y desnudo.

Palmer entró sin que nadie advirtiese su llegada. Vivía bajo el peso de un angustioso presentimiento y, sin premeditarlo, venía como un celoso desconfiado, llamando quedo a la puerta, procurando apagar sus pasos. Se detuvo en el umbral del salón y reconoció la voz de Lorenzo.

—¡Ah! Bien seguro estaba —se dijo desgarrando el guante, que había dejado sin calzarse hasta llegar a aquella puerta, para tener tiempo de reflexionar antes de franquearla.

Creyó que debía llamar.

—¡Adelante! —gritó vivamente Teresa, extrañada de que alguien le hiciese la injuria de llamar a la puerta de su salón.

Al ver a Palmer palideció. Lo que acababa de hacer era más elocuente que las palabras. Sospechaba.

Palmer vió su palidez, pero no pudo adivinar la verdadera causa de ella. Vió también que Teresa había llorado, y la fisonomía descompuesta de Lorenzo acabó de turbarle. La primera mirada que involuntariamente cambiaron aquellos dos hombres, fué de odio y de provocación; después avanzaron el uno hacia el otro, sin saber si se tenderían la mano o se estrangularían.

Lorenzo fué, en tan crítico momento, el mejor y el más sincero de los dos, porque siempre nacían en su ánimo espontáneos impulsos que redimían todas sus faltas. Abrió los brazos y estrechó entre ellos a Palmer con efusión, sin ocultarle las lágrimas que volvían a ahogarle.

—¿Qué es esto? —le dijo Palmer mirando a Teresa.

—No sé —respondió ella con firmeza—. Acabo de participarle que nos marchamos para casarnos. Se siente apenado. Cree que vamos a olvidarle. Dígale usted, Palmer, que le querremos siempre, lo mismo de lejos que de cerca.

—¡Es un niño mimado! —repuso Palmer—. Debería tener presente que yo no tengo más que una palabra y que deseo que sea usted feliz sobre todo. ¿Será necesario que nos lo llevemos a América para que cese de afligirse y de hacer llorar a usted?

Estas palabras fueron pronunciadas en un tono indefinible. Era el acento de la amistad paternal, mezclado a no se sabe qué agrura profunda e invencible.

Teresa lo comprendió. Pidió su chal y su sombrero y dijo a Palmer:

—Vamos a comer al *cabaret*. Catalina no esperaba a nadie más que a mí, y no habría provisión bastante para que comiéramos los dos.

—Querrá usted decir los tres —replicó Palmer, siempre en tono semiamargo, semitierno.

—Yo no como con ustedes —respondió Lorenzo, comprendiendo, al fin, lo que pasaba en el ánimo de Palmer—. Me voy; volveré a decir a ustedes adiós. ¿Qué día parten?

—Dentro de cuatro días —dijo Teresa.

—Lo menos —añadió Palmer mirándola de un modo extraño—; pero eso no es una razón para que no comamos los tres juntos hoy. Déme ese gusto, Lorenzo. Comeremos en los "Hermanos Provenzales" y luego daremos una vuelta, en coche, por el Bosque de Bolonia. Eso nos hará recordar a Florencia y los Casinos. Vamos, se lo ruego.

—Estoy comprometido —dijo Lorenzo.

—Desligúese del compromiso —repuso Palmer—. Aquí hay papel y pluma. Escriba, escriba, se lo ruego...

Hablaba Palmer con tono tan resuelto, que era preciso obedecer. A Lorenzo le pareció que era su acento autoritario de costumbre. Teresa hubiera querido que rehusase, y se lo hubiera hecho comprender con una sola mirada; pero Palmer no la perdía de vista y parecía dispuesto a interpretarlo todo siniestramente.

Lorenzo era sincero. Cuando mentía, era él el primer engañado. Creyóse bastante dueño de sí mismo para afrontar tan delicada situación, y concibió la idea recta y generosa de volver a mostrar a Palmer su confianza de antaño. Desgraciadamente, cuando el alma humana, arrebatada por grandes emociones, sube a ciertas alturas, si en ellas la acomete el vértigo, no desciende: se precipita. Esto acontecía a Palmer. Hombre leal y de corazón, tenía la presunción de dominar las emociones interiores de una situación difícil. Si le traicionaban sus fuerzas, ¿quién podría censurarle? Lanzábase al abismo, arrastrando tras de sí a Teresa y a Lorenzo. ¿Quién no se apiadaría de los tres? Los tres habían soñado con escalar el cielo y llegar a las regiones serenas en que las pasiones no tienen nada del fango de la tierra; pero no es esto dado al hombre: bastábale con haberse creído por un instante capaz de amar sin turbación y sin desconfianza.

La comida se deslizó en medio de una tristeza mortal. Aunque Palmer, que se había adjudicado el papel de anfitrión, tomó a pecho el obsequiar a sus invitados con los platos y los vinos más exquisitos, todo lo hallaron desagradable, y Lorenzo, tras de vanos esfuerzos para sentirse en la situación de ánimo que tan dulcemente había saboreado en Florencia en su convalecencia entre aquellas dos personas, rehusó acompañarlos al Bosque de Bolonia. Palmer, que había bebido más que de costumbre, para aturdirse, insistió de tal modo, que impacientó a Teresa.

—Vamos, no se empeñe usted así. Lorenzo tiene razón en rehusar. En el Bosque de Bolonia, en carruaje descubierto, nos verá todo el mundo; encontraremos a personas conocidas que no están obligadas a saber la situación excepcional en que los tres nos hallamos, y podrían pensar algo muy desagradable a propósito de cada uno de nosotros.

—Pues volvamos a su casa de usted —dijo Palmer—. Yo iré a pasearme solo: me hace falta respirar aire puro.

Lorenzo se excusó, viendo claro el propósito de Palmer de dejarle solo con Teresa, sin duda para espiarlos o sorprenderlos. Volvió a su morada muy triste, pensando en que Teresa sin duda no era feliz, y algo contento, a pesar suyo, al decirse a sí mismo que Palmer no era un hombre superior a los demás, como él lo había imaginado y como Teresa se lo había pintado en sus cartas.

Pasaremos rápidamente sobre los ocho días siguientes, ocho días que hicieron caer, hora por hora, cada vez más baja, la novela heroica soñada, con más o menos intensidad, por los tres desdichados amigos. La más ilusionada había sido Teresa, que, después de temores y previsiones prudentísimas, se había decidido a cambiar de vida y a mantener la palabra dada, cualesquiera que fuesen en adelante las injusticias de Palmer.

Palmer la desligó de su compromiso violentamente, tras de una serie de sospechas más ofensivas, por calladas, que lo habían sido todas las injurias de Lorenzo.

Después de haber pasado toda la noche escondido en el jardín de Teresa, retirábase Palmer una mañana, cuando apareció ella junto a la verja y le detuvo.

—Ha velado usted aquí durante seis horas. Lo he visto desde mi habitación. ¿Se ha convencido usted de que no ha venido nadie a mi casa esta noche?

Hablaba irritada, y, sin embargo, al provocar la explicación, que esquivaba Palmer, aun esperaba hacer renacer en él la confianza. El pensó de modo distinto.

—Veo, Teresa —dijo—, que se ha cansado usted de mí, puesto que me exige una confesión que me va a hacer despreciable a sus ojos. Nada le hubiera costado cerrarlos ante una debilidad, con la que jamás la he importunado. ¿Por qué no me ha dejado sufrir en silencio? ¿La he injuriado y perseguido con sarcasmos y duras palabras? ¿Le he escrito volúmenes enteros llenos de ofensas, de ultrajes, para venir al siguiente día a llorar a sus plantas y hacer delirantes protestas de arrepentimiento, sin perjuicio de tornar a martirizarla veinticuatro horas más tarde? ¿Le he dirigido siquiera una pregunta indiscreta? ¿No dormía usted esta noche tranquila mientras yo permanecía sentado sobre este banco, sin turbar su reposo con
mis sollozos y mis lágrimas? ¿No pu[...]
perdonarme un pesar que tal vez [...]
güenza y que tengo, al menos, el [...]
querer y de poder ocultar? Mucho m[...]
donado usted a alguien que no tenía [...]
valor.

—Nada le he perdonado, Palmer, p[...]
le he abandonado para siempre. En [...]
sufrimiento de usted, que usted cre[...]
disimulado, sepa que está tan claro [...]
día ante mis ojos y que me hace pa[...]
que a usted. Sepa que me humilla [...]
mente y que, viniendo de un hombre [...]
reflexivo como usted, me hiere cien [...]
que los ultrajes de un niño enloqu[...]

—Sí, sí, es verdad —respondió Pa[...]
falta la ha ofendido e irritado para [...]
contra mí. Todo ha concluído entre [...]
Teresa. Haga por mí lo que ha hech[...]
renzo: consérveme su amistad.

—¿Me deja usted?

—Sí, Teresa; pero no olvido que, c[...]
ted se dignó concederme su mano, [...]
nombre, mi fortuna y mi considera[...]
pies. No tengo más que una palabra [...]
lo prometido. Casémonos aquí, sin [...]
fiesta: acepte mi nombre y la mita[...]
rentas, y después...

—¿Después? —dijo Teresa.

—Después yo partiré, iré a abraza[...]
dre, y usted quedará libre.

—Eso que usted dice, ¿es una ame[...]
cidio?

—¡Juro a usted que no! El suici[...]
cobardía, sobre todo cuando se tie[...]
dre como la mía. Viajaré, daré [...]
vuelta al mundo, y no tornará uste[...]
a oír hablar de mí.

Teresa se indignó ante tal propo[...]

—Si no le tuviera a usted por [...]
serio, juzgaría que lo que me di[...]
broma de mal género. Prefiero cre[...]
me juzga usted capaz de aceptar [...]
y esa fortuna que me ofrece como [...]
un caso de conciencia. No vuelv[...]
formular tal proposición, porque me [...]

—¡Teresa! ¡Teresa! —exclamó P[...]
violencia, apretándole el brazo ha[...]
daño—. Júreme, por la memoria de[...]
perdió, que no ama a Lorenzo, y [...]
pies para suplicarle que me perdo[...]
justicia.

Teresa retiró su brazo magullado [...]
en silencio. Hasta el fondo de su al[...]
día aquel juramento exigido, y aun [...]
la fórmula más cruel y más brutal q[...]
físico que acababa de padecer.

—¡Hijo mío! —gritó al fin entre [...]
sollozos—. Te juro a ti, que estás [...]
que ningún hombre volverá a envi[...]
pobre madre.

Púsose en pie, entró en su casa y [...]
tíase de tal modo inocente ante P[...]
no podía aceptar la idea de descen[...]
ficarse como una mujer culpable. [...]
más, un porvenir espantoso junto a [...]
que sabía ocultar tan bien sus profu[...]
y que, después de haber provocado [...]
lo que juzgaba un peligro para ella, [...]
como un crimen su propia impruden[...]
saba en la existencia atormentada de [...]
al lado de un marido celoso del pa[...]
decía, con razón, que tras de la d[...]
haber soportado una pasión como [...]
renzo, había sido insensata al pens[...]
podría ser feliz con otro hombre.

En el alma de Palmer había un [...]
razón y de orgullo que le decía con [...]
ridad que no había esperanza de qu[...]
él hacer feliz a Teresa después de la [...]
acababa de pasar entre ambos. C[...]
que sus celos no desaparecerían jam[...]
sistía en creerlos fundados. Escribió [...]

"Amiga mía: perdóneme si la he he[...]
No puedo menos de reconocer que i[...]
trarla a un abismo de desesperación. [...]
a Lorenzo, lo ha amado siempre, a [...]
y tal vez le ame toda la vida. Es s[...]

...ido sustraerla el influjo de ese hado: ...bién lo quiso. Reconozco que al acep... ...mor era usted sincera y que ha hecho ...posible por corresponderme. Me hice ...siones; pero cada día, desde que ... Florencia, las he visto desvanecerse, ... otras. Si hubiera seguido mostrándo... estaba yo salvado; pero su arrepen... y su gratitud la han conmovido a ... mismo he sentido enternecerse mi ... esforzándome por escapar a la ... Ha sido en vano. Desde entonces, ... mía, han atormentado a ustedes dos ... me han ocultado, pero que yo he ...vinar. En él renacía el antiguo amor ..., y usted, luchaba contra sus propios ...os, se lamentaba de pertenecerme. ...esa, entonces es cuando usted debió ... palabra que me había dado. Yo se la ...vuelto. Hubiera dejado a usted que ...bre, con él, a Spezzia. ¿Por qué no lo ...?

...eme. Le hago un cargo de lo mucho ...frido por hacerme feliz y por unirse ... También yo he luchado, se lo juro! Y ... usted quiere aceptar mi ofrecimiento, ...puesto a luchar y a sufrir de nuevo. ... usted en si quiere padecer más; en ...me a América, espera curar de esa ...da pasión que la amenaza con tan ... porvenir. No vacilaré en llevarla con... le suplico que no volvamos a hablar ... y que no me juzgue culpable por ...ado la verdad. Seamos amigos, ven... con mi madre, y si, dentro de algu... no le parezco indigno de ser suyo, ... nombre y la vida en América sin el ... pensamiento de volver nunca a ...

... París esperaré su respuesta durante ocho ... *...do*".

... rechazó esta oferta, que hería su ... Todavía amaba a Palmer; pero se ... tan ofendida al ser perdonada, sin ... de qué arrepentirse que ocultó cui... el desgarramiento de su alma. ...ía también que no podía seguir uni... Palmer con lazo alguno sin prolongar un ... que él no tenía ya fuerzas para disi... y que su vida iba a ser, de ahora en ... una lucha amarguísima y continua. ... París con Catalina sin decir a nadie ... se encaminaba, y se encerró en una ... campo que alquiló en provincias por ...

## CAPITULO XII

... partió para América profundamente ... en su dignidad, pero sin querer con... se había equivocado. En su alma ha... ...ndo de obstinación que predominaba ... carácter, pero sólo para hacerle llevar ...eltamente esta o la otra idea, no para ... en una vía dolorosa y difícil. Habíase ... capaz de curar a Teresa de su fatal ... por virtud de su fe exaltada y hasta ...te, si se quiere, había hecho el mila... en el momento en que debía recoger ... de su conducta lo perdía, porque en ...ento de la última y decisiva prueba le ... fe.

...so es consignar también que, para inmu... enlace definitivo, la más deplorable cir...cia es la de querer ser dueño, sin demo... un corazón que acaba de ser herido. La ... de tal unión brilla llena de generosas ..., pero los celos retrospectivos son un ...rable, engendrador de tempestades, que ... misma vejez logra siempre disipar.

... Palmer hubiera sido realmente un hombre ..., o si su voluntad hubiera sido más ... y reflexiva, hubiese podido salvar a ... de los desastres que veía venir sobre ... Hubiera debido hacerlo, puesto que ella ... entregado a él con una sinceridad y ...nterés dignos de solicitud y de respeto; ... muchos hombres que tienen el deseo y la ilusión de ser fuertes, no tienen más que un momento de voluntad, y Palmer era de estos hombres acerca de los que solemos vivir engañados largo tiempo. Tal como era, merecía las recriminaciones de Teresa. Bien pronto se verá que era capaz de los más nobles impulsos y de las acciones más generosas. Su error consistió en creer en la perdurabilidad de lo que no había sido en él más que un espontáneo esfuerzo de voluntad.

Lorenzo no supo que Palmer había partido para América. Su desolación fué grande cuando se dió cuenta de que Teresa se había marchado sin decirle adiós. Había recibido de ella tres líneas:

"Sólo usted conoce en Francia el proyecto de mi boda con Palmer. Ese matrimonio no se hará. Guárdenos el secreto. Parto".

Al escribir a Lorenzo estas breves y heladas frases, Teresa sentía algo de amargura respecto a él. ¿No era este fatal niño la causa de todas las desgracias, de todos los pesares de su vida?

Bien pronto se hizo cargo de que esta vez su rencor era injusto. Lorenzo se había portado con la mayor corrección durante aquellos ocho días desdichados, en que todo se había malogrado. Tras de la primera impresión, Lorenzo había aceptado la situación con un candor admirable y había hecho cuanto le era posible para no ensombrecer a Palmer. Ni una sola vez había tratado de sacar partido, respecto a Teresa, de las injusticias de su prometido. No había cesado de hablar de él con respeto y con cariño. Por extraño concurso de circunstancias morales, el papel más noble había tocado esta vez a Lorenzo. Además, Teresa no podía menos de reconocer que, si bien Lorenzo era alguna vez insensato hasta el límite más atroz, nunca cabía en su pensamiento nada que fuese pequeño ni rastrero.

En los tres meses siguientes a la partida de Palmer, Lorenzo continuó mostrándose digno de la amistad de Teresa. Había llegado a descubrir el lugar en que vivía retirada, pero no turbó su tranquila soledad. Le escribió, quejándose dulcemente de la frialdad de su despedida, reprochándole el no haber tenido confianza en él en sus penas, de no haberle tratado como a un hermano... "¿No había venido él al mundo para servirla, consolarla y vengarla si fuera necesario?" Después le dirigía preguntas a las que Teresa se veía obligada a contestar. ¡Palmer la había ofendido! ¿Había que ir a pedirle cuentas?

"¿He cometido alguna imprudencia que te ha herido? ¿Tienes algo que echarme en cara? ¡No lo creo, Dios mío! Si soy la causa de tu dolor, ríñeme, y si no lo soy, permíteme llorar contigo".

Teresa defendió a Ricardo, sin querer dar explicaciones. Prohibió a Lorenzo que le hablase de Palmer. Resuelta generosamente a no consentir ni una sombra sobre el recuerdo de su prometido, dejó entrever que la ruptura había nacido de ella. Quizá esto era volver a despertar en Lorenzo esperanzas que jamás le había dado; pero hay circunstancias en las que, óbrese como se quiera, se cometen torpezas que nos llevan fatalmente a la perdición.

Las cartas de Lorenzo rebosaban una dulzura, una ternura infinita. Escribía sin arte, sin pretensiones, frecuentemente sin estilo ni corrección. Tan pronto era inocentemente énfatico, como trivial sin mojigatería. Con todos sus defectos, sus cartas resultaban inspiradas por tan arraigada convicción, que las hacía irresistiblemente persuasivas, trasluciéndose en cada palabra el fuego de la juventud y la abrasadora savia de un artista genial.

Además, Lorenzo se dedicó a trabajar con afán, resuelto a no volver jamás a su antigua existencia de desorden. Dolíanle en el alma las privaciones sufridas por Teresa para proporcionarle la agitación, el aire puro y la salubridad del viaje a Suiza. Estaba decidido a pagar su deuda lo más pronto posible.

Teresa vió en seguida que el afecto de su *pobre niño*, como él se llamaba siempre, le impresionaba dulcemente, y que, si continuaba de la misma manera, sería, sin duda, el más puro y el más excelso sentimiento de su vida.

Con respuestas maternales le animó a perseverar en la vía del trabajo, de la que decía que se había retirado para siempre. Las cartas eran dulces, resignadas, impregnadas de casta ternura; pero Lorenzo vió asomar en ellas una tristeza mortal. Teresa confesaba que su salud no era completa, y reía, con lastimera melancolía, de las ideas de muerte que en él se despertaban. Estaba realmente enferma. Sin amor y sin trabajo, el hastío la devoraba. Habíase llevado consigo el poco dinero que le quedaba de lo que había ganado en Génova, y lo economizaba avaramente para permanecer en el campo el mayor tiempo posible. Horrorizábala París. Y sentía invadirla poco a poco el deseo y el temor de volver a ver a Lorenzo cambiado, sumiso y corregido, tal como le pintaban sus cartas.

Deseaba que se casase; puesto que había pensado hacerlo alguna vez, el buen pensamiento podía volver. Ella le decidiría a hacerlo. El, unas veces asentía, otras se negaba. Teresa temía que algún rescoldo del pasado amor apareciese en las cartas de Lorenzo. Alguna vez asomaba, pero con exquisita delicadeza y dominando a esos resurgimientos, de un sentimiento no extinguido del todo, una suave ternura, una sensibilidad expansiva, una especie de entusiasta piedad filial.

Cuando llegó el invierno, Teresa, apurados sus recursos, se vió obligada a volver a París en donde estaban su clientela y sus deberes. Ocultó su vuelta a Lorenzo, no queriendo verle en seguida; pero no se sabe por qué ignorado presentimiento, pasó Lorenzo por la solitaria calle en que estaba la casita. Vió abiertas las maderas y entró, loco de júbilo. Su alegría era tan candorosa y tan infantil, que ante ella hubiera resultado ridícula y gazmoña cualquier actitud de desconfianza y de reserva. Dejó a Teresa a la hora del almuerzo, suplicándole que fuese por la tarde a su casa a ver un cuadro que acababa de terminar, sobre el que quería conocer su opinión antes de entregarlo. Estaba vendido y pagado; pero, ante la más ligera observación suya, trabajaría de nuevo lo que fuera preciso. Lejos estaba aquel tiempo deplorable en que Teresa "carecía de talento, en que tenía el juicio mezquino y realista de los pintores de retratos, en que era incapaz de comprender una obra de imaginación, etc."

### DE LA LIBERTAD

La libertad no consiste en hacer lo que se quiere, sino en hacer lo que se debe.

CAMPOAMOR.

### DESCRIPCION DE LAS MUJERES CHINAS

Las descripciones que los chinos hacen de sus mujeres hermosas son muy célebres.

Es corriente oír como una beldad china es cantada en una poesía, de la siguiente manera: "Tiene carrillos como flor de almendras, labios como capullos de melocotones, cintura como la rama de una planta, ojos como las centellas del sol, y pisadas como la flor del loto".



### DEL BUEN SENTIDO

*Pocos son aquellos que en compañía de la felicidad conservan el buen sentido.*

PLUTARCO.

Ahora era "su musa y su potencia inspiradora. Sin la ayuda de su soplo divino nada podía. Con sus consejos y su aliento, su genio llegaría a cuanto de él se esperaba".

Olvidó Teresa lo pasado, y, sin forjarse ilusiones sobre el presente, creyó que no debía negarse a lo que un artista no niega jamás a un compañero. Tomó un coche, después de comer, y fué a casa de Lorenzo.

Halló el estudio iluminado y el cuadro bajo la luz más esplendorosa. Era una obra hermosísima. El genio poderoso de su autor gozaba del privilegio de hacer, descansando, los rápidos progresos que no siempre realizan los que trabajan con perseverancia. A causa de sus viajes y su enfermedad, había habido una tregua de un año en su trabajo, y diríase que por la sola reflexión se había despojado de los defectos de su primera exuberancia.

Al mismo tiempo había adquirido nuevas cualidades que no parecían propias de su temperamento: la corrección del dibujo, la suavidad de los tipos, el secreto encanto de la ejecución, todo lo que había de seducir al público sin hacerle desmerecer ante los artistas.

Teresa se conmovió y se entusiasmó. Le expresó con viveza su admiración. Le dijo todo lo que le pareció adecuado para despertar en él el noble orgullo de su genio enfrente de todos los desdichados acontecimientos del pasado. Nada le pareció criticable, y hasta le prohibió el más leve retoque.

Lorenzo, modesto en sus maneras y en su lenguaje, tenía más orgullo del que Teresa quería infundirle. En el fondo le embriagaban sus elogios. Sabía que, entre las personas capaces de comprenderle, era ella la más reflexiva y la de más talento. Sentía renacer imperioso aquel deseo de compartir con ella sus angustias y sus alegrías de artista, y aquella esperanza de llegar a ser un maestro, es decir, un hombre que sólo ella podía mantener en los días de desaliento.

Después de contemplar Teresa el cuadro largo tiempo, volvióse para ver una figura que Lorenzo le rogaba que mirase, asegurándole que aun le gustaría más; pero, en lugar de un lienzo, Teresa vió a su madre en pie y sonriente en medio del estudio de Lorenzo.

La señora C. había venido a París sin saber a punto fijo el día del regreso de Teresa. Traíanla asuntos de importancia: se casaba su hijo y el señor C. también estaba en París desde hacía algún tiempo. Sabedora la madre de Teresa de que ésta había reanudado su correspondencia con Lorenzo, y temerosa del porvenir, había venido a sorprenderle y decirle cuanto puede decir una madre a un hombre para impedir que haga la desgracia de su hija.

Lorenzo poseía la elocuencia del corazón. Tranquilizó a la pobre madre y la retuvo diciéndole:

—Teresa va a venir. Quiero jurarle, ante usted, que seré siempre para ella lo que ella ordene: su hermano o su esposo, y, en uno y otro caso, su esclavo.

Fué una dulce sorpresa para Teresa el hallar allí a su madre, a la que no esperaba ver tan pronto. Abrazáronse llorando de alegría. Hízolas pasar Lorenzo a un saloncito lleno de flores, en el que estaba servido el té con todo lujo. Lorenzo era rico: acababa de ganar diez mil francos. Sentíase satisfecho y feliz al poder devolver a Teresa cuanto había gastado con él. Mostróse adorable en aquella velada; cautivó el corazón de la hija y la confianza de la madre, y tuvo la delicadeza de no dirigir ni una palabra de amor a Teresa. Lejos de eso, al besar unidas las manos de las dos mujeres, exclamó con sinceridad que aquél era el día más hermoso de su vida y que jamás, en sus entrevistas a solas con Teresa, se había sentido tan dichoso y tan contento de sí mismo.

La señora C. fué la primera que al cabo de algunos días habló a Teresa de matrimonio. La pobre mujer, que lo había sacrificado todo a la estimación pública y que, a pesar de sus disgustos domésticos, creía haber obrado bien, no podía soportar la idea de ver a su hija abandonada por Palmer, y, juzgaba que Teresa debía rehabilitarse ante el mundo casándose con otro. Lorenzo era un hombre célebre y muy en boga. Ningún matrimonio más igual. El gran artista, en su plena juventud, estaba corregido de sus errores. Teresa tenía sobre él la soberana influencia que había dominado las más grandes crisis de su penosa transformación. Lorenzo se sentía invenciblemente atraído hacia ella. Presentábase como un deber para ambos el de reanudar para siempre la cadena, que nunca estuvo definitivamente rota, y que no lo estaría jamás por mucho esfuerzo que pusieran en ello.

Lorenzo disculpaba sus pasados extravíos con un razonamiento singular. Teresa, decía, le había consentido al principio, tratándole con demasiada dulzura, con demasiada resignación. Si desde que él se mostró ingrato por primera vez, ella se hubiera mostrado ofendida, hubiérale corregido de su mala costumbre, contraída en su trato con otras mujeres, de ceder a sus arrebatos y a sus caprichos. Hubiérale enseñado el respeto que merece la mujer que se entrega por amor.

Otra consideración de más peso alegaba Lorenzo para disculparse, a la que había ya aludido en sus cartas.

—Cuando te ofendí por vez primera —decía—, es casi seguro que ya estaba enfermo sin saberlo. Una fiebre cerebral parece que ataca como un rayo, pero no es posible creer que, tratándose de un hombre joven y fuerte, no se haya venido preparando, de mucho tiempo atrás, una crisis terrible en que su razón se haya turbado y contra la cual no haya podido reaccionar su voluntad. ¿No es ésto lo que ha pasado por mí, mi pobre Teresa, al avecinarse la enfermedad en que he estado a punto de sucumbir? Ni tú ni yo podíamos darnos cuenta. Por lo que a mí toca, frecuentemente me ha acontecido despertar por la mañana pensando en tus penas del día anterior, sin poder separar la realidad de mis ensueños de la noche. Demasiado sabes que yo no podía trabajar, que la ciudad en que nos hallábamos me inspiraba una aversión enfermiza, que ya en el bosque de *** tuve una extraña alucinación; en fin, que cuando me reprochabas dulcemente mis palabras y mis acusaciones injustas, te oía como embobado, creyendo que eras tú la que había soñado tales cosas. ¡Pobre mujer! ¡Te creía loca! Bien ves que el loco era yo. ¿No puedes perdonarme mis involuntarios extravíos? Compara mi conducta posterior a mi enfermedad con la de antes. ¿No era un despertar de mi alma? ¿No me has visto tan confiado, tan sumiso, tan resignado, como escéptico, irascible, egoísta, antes de la crisis que me ha devuelto mi verdadero ser? Desde ese momento, ¿tienes algo de qué acusarme? ¿No acepté tu matrimonio con Palmer como un castigo merecido? Me has visto morir de dolor ante la idea de perderte para siempre. ¿Te he dicho una sola palabra contra tu prometido? Si me hubieras mandado correr tras él, y hasta levantarme la tapa de los sesos para hacerle volver a ti, te hubiera obedecido, que hasta ese punto te pertenecen mi alma y mi vida. ¿Es eso lo que aun ahora deseas? Dilo, que si mi vida te estorba y te es enojosa, pronto estoy a suprimirla. Di una sola palabra, Teresa, y no volverás jamás a oír hablar de este desgraciado, que no tiene otra misión en este mundo que la de vivir o morir por ti.

El carácter de Teresa se había debilitado con su doble amor, que no había sido, en resumen, más que dos actos del mismo drama. Sin su amor despreciado y herido, nunca hubiera pensado Palmer en casarse con ella, y el esfuerzo hecho por Teresa en ligarse a Palmer no había sido más que una reacción en su desesperación. Siempre había estado presente la figura de Lorenzo en el desarrollo de su vida, puesto que el argumento empleado por Palmer para persuadirla era perpetuo recuerdo del lazo funesto que quería hacerle olvidar y que se veía obligado a recordarle constantemente.

Además, el retorno a la primera a[...] bía sido, en realidad, para Loren[...] torno a la pasión, mientras que, pa[...] había constituído una nueva fase de [...] ción más delicada y más tierna que [...] mismo. El abandono de Palmer la [...] cho sufrir, pero sin desalentarla. Se[...] te contra la injusticia, y hasta pudi[...] que en esto estribaba toda su fuer[...] la mujer eternamente dolorida y ll[...] sumida en lamentaciones inútiles y [...] posibles. Sacudíanla enérgicas reac[...] que ayudaba su poderosa intelig[...] una alta idea de la libertad moral, y [...] amor o la fe de los demás se le de[...] quiebra, tenía el legítimo orgullo d[...] trar a disputar pedazo por pedaz[...] roto. Complacíase entonces en el p[...] volver generosamente y sin recon[...] independencia y el reposo al que los [...]

Pero decimos que era menos fu[...] sus años juveniles en el sentido de [...] recobrado la necesidad de amar y [...] largo tiempo adormecida en su al[...] desastre excepcional. Por mucho t[...] ginó que podría vivir así y que el [...] su única pasión. Habíase engañad[...] podía forjarse ilusiones sobre el p[...] cesitaba amar, y para mayor des[...] con dulzura, con abnegación, sat[...] toda costa el maternal anhelo, qu[...] un sello fatal de su temperamen[...] vida. Había contraído el hábito de [...] alguien, tenía necesidad de seguir [...] si esta necesidad extraña, tan cla[...] racterizada en algunas mujeres y [...] gunos hombres, no le había hech[...] ricordiosa con Palmer como con L[...] porque aquél le pareció más fue[...] necesitado de su sacrificio. Palm[...] equivocado ofreciéndose a ella co[...] yo y un consuelo. Faltó a Teres[...] juzgarse necesaria para aquel hom[...] seaba y quería que no pensara m[...] misma.

Lorenzo, más ingenuo, poseía el [...] atractivo hacia el cual se sentí[...] arrastrado: el de la debilidad. No [...] proclamaba él mismo esta conmo[...] dad de su carácter con transport[...] ridad e inagotables enternecimiento[...] bién él se engañaba. Ni él era ver[...] débil, ni Palmer verdaderamente [...] ciertos momentos hablaba con el [...] un ángel; mas en cuanto lograba [...] ced a su misma debilidad, recobr[...] gía para hacer sufrir, como hace[...] niños mimados.

Lorenzo era víctima de inexorab[...] Lo reconocía en sus instantes de [...] ríase que, nacido de la unión de [...] habíale amamantado una furia, i[...] en la sangre una levadura de rab[...] sesperación. Era uno de esos ca[...] frecuentes de lo que se cree e[...] humana, y en ambos sexos, que, [...] más sublimes ideas y los más g[...] pulsos del corazón, no pueden ll[...] geo de sus facultades sin caer s[...] una especie de epilepsia intelectu[...]

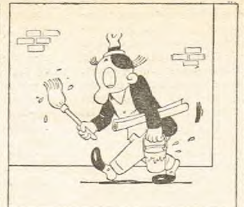
Como Palmer, quería intentar l[...] pretendía cimentar la dicha en la [...] y saborear las celestiales venturas d[...] yugal y de la santa amistad sobr[...] de un pasado devastado reciente[...] tas dos almas, aun ensangrentadas [...] ridas ha poco recibidas, hacíales [...] Teresa lo pedía con la angustia [...] presentimiento, pero Lorenzo cre[...] bían pasado diez siglos en los di[...] su separación, y enfermaba del [...] deseo puramente espiritual, que d[...] más temor a Teresa que un deseo [...]

Desgraciadamente, la naturaleza [...] seo la tranquilizó. Lorenzo parecí[...] hasta el punto de haber reintegr[...] del espíritu el lugar que le era [...] primer rango y permanecer solo [...]

## DON ZENON EL DISTRAIDO

Por JORGE HERGOTT









...tarla, como antes, con sus transpor... cariño. Durante horas enteras le ha... el afecto más grande, él, que se ... y que al fin sentía la expansión de ... que se remontaba a sublimes altu...ase al porvenir de Teresa, demos... sin cesar que tenía, respecto a él, una ... que cumplir, una misión sagrada: la ... de los arrebatos de la juventud, de ... ambiciones de la edad madura y ...ado egoísmo de la vejez. Hablábale ...ente de sí mismo. ¿Por qué no? ¡Ha... bien! Merced a ella llegaría a ser ... artista, un gran corazón, un gran ... Debía ayudarle, puesto que le había ... vida. Y a Teresa, con la sencillez ... corazones amantes, parecíale irre... razonamiento y tomaba como un ... que, poco antes, había pedido Lo... un perdón.

... al fin, Teresa en reanudar la fa... Sólo tuvo la feliz inspiración de ... matrimonio, queriendo someter a ... resolución de Lorenzo sobre este ...iendo, sólo por él, el lazo irrevo... sólo se hubiera tratado de ella, hu... para siempre imprudentemente. ... felicidad de Teresa sólo duró ... como dice, tristemente, una ale...; la segunda, no llegó a veinticuatro ... reacciones en Lorenzo eran violen... desesperadas, y producíanse en razón ... intensidad de sus alegrías. Decimos ...nes, a lo que Teresa llamaba sus ...es, con palabra más exacta. Obe... a esa inexorable necesidad que experi... algunos adolescentes de matar o des... aquello que aman apasionadamente. Han... estos crueles instintos en hombres ...res muy diversos, y la historia los ...ado de instintos perversos; más justo ...arlos instintos pervertidos, ora por ...medad cerebral contraída en el me... que estos hombres nacieron, ora por la ... mortal para la razón, que ciertas ... les han asegurado desde sus pri... pasos en la vida. Sábese que algunos re...scentes han hecho abrir en canal a ... las que parecían querer, por el solo ... ver palpitar sus entrañas. Los hom... en el medio en que se desenvuelven, ... reyes, reyes absolutos a quienes em... el poder, tortura la sed de dominación, ...minación de que están cubiertos les ... hasta el furor.

... Lorenzo, en el que dos hombres, ...ersos, luchaban sin cesar. Dijérase que ..., disputándose el cuidado de animar ...o, entregábanse a una lucha sin tre... arrojarse la una a la otra. Combatido ... contrarios impulsos, el desdichado per... voluntad, y cada día caía vencido por ... o el demonio, que se lo arrancaban ...ente.

...do se reconcentraba y analizaba sus ...entos, parecíale leer en un libro de ... y hallar en él, con asombrosa y magnífica lucidez, la clave de las misteriosas conspiraciones de que era víctima.

—Sí —decía a Teresa—, padezco ese fenómeno que los taumaturgos llaman *posesión*. Dos espíritus se han apoderado de mí. ¿Son, en realidad, uno bueno y otro malo? No lo creo. El que te espanta, el escéptico, el violento, el terrible, no hace el mal sino porque no es árbitro de hacer el bien tal como lo entiende: quisiera ser reflexivo, filósofo, jovial, tolerante. El *otro* no quiere que así ocurra: quiere desempeñar su papel de ángel bueno; quiere ser ardiente, entusiasta, exclusivo, abnegado, y como su adversario se burla, le niega y le hiere, tórnase sombrío y cruel, de tal suerte, que los dos ángeles que viven en mí llegan a engendrar un demonio.

Sobre tan extraño tema decía y escribía Lorenzo a Teresa cosas tan bellas como aterradoras, que parecían verdaderas y servían para acumular nuevos derechos a la impunidad, que parecía reservarse respecto de ella.

Todo lo que Teresa tuvo miedo de sufrir, por causa de Lorenzo, casándose con Palmer, tuvo que padecerlo, por causa de Palmer, al volver a ser la compañera de Lorenzo. Los terribles celos retrospectivos, los peores de todos, porque en todo se basan sin fundamentarse en nada, royeron el corazón y torturaron el cerebro del desdichado artista. El recuerdo de Palmer llegó a ser para él un espectro, un vampiro. Obstinóse en que Teresa le diera cuenta de todos los detalles de su vida en Génova y en Porto-Venere, y, ante su negativa, la acusó de que, desde entonces, había tratado de engañarle. Olvidando que en aquellos días le había escrito Teresa: "Amo a Palmer", y poco después: "Me caso con él", la reconvenía diciéndole que siempre había tenido sujeta en su mano pérfida la cadena de esperanzas y de deseos que lo mantenían unido a ella. Teresa le puso ante los ojos toda su correspondencia, y hubo de reconocer que le había dicho, en el momento y lugar oportunos, todo lo que su lealtad le prescribía como necesario para dejarle libre. Apacigüóse y convino en que ella había tratado su pasión mal extinguida con excesiva delicadeza, diciéndole la verdad poco a poco y a medida que lo veía dispuesto a soportarla sin dolor y que ella cobraba confianza en el porvenir a que Palmer la conducía. Reconoció que jamás había pasado por los labios de ella la sombra de una mentira, ni aun cuando rehusaba dar explicaciones de su conducta, y que, en la convalecencia de su enfermedad, cuando aun se hacía él ilusiones acerca de una reconciliación imposible, Teresa le había dicho: "Todo ha terminado entre nosotros. Lo que he resuelto y aceptado es mi secreto, y tú no tienes derecho a interrogarme".

—¡Sí, sí, tienes razón! —exclamó Lorenzo—. Era injusto, y mi fatal curiosidad es un tormento que me obstina, como un criminal, en hacerte sufrir. Sí, pobre Teresa; te someto a interrogatorios humillantes, a ti, que sólo me debías conceder un generoso olvido y llegar hasta el perdón. Cambio los papeles: instruyo tu proceso, olvidando que soy yo el culpable y el condenado. Trato de desgarrar, con mano impía, el velo del pudor en que tu alma tiene el derecho, y también el deber, de envolverse acerca de cuanto concierne a tus relaciones con Palmer. Gracias por tu altivo silencio. Eso me hace estimarte más. Eso me prueba que jamás has consentido en que Palmer te interrogase sobre los misterios de nuestros dolores y nuestras alegrías. Ahora lo comprendo: no sólo no es deudora una mujer a su amante de tales confidencias íntimas, sino que debe rehusar el hacerlas. El hombre que las exige envilece a la que ama. Le pide una cobardía, al propio tiempo que la mancilla en su pensamiento, asociando su imagen a la de los fantasmas que le obsesionan. Sí, Teresa, tienes razón. Es preciso que procure uno mismo mantener la pureza de su ideal, y yo me obstino sin cesar en profanarlo y arrojarlo del templo que para él había levantado.

Después de tales explicaciones, que Lorenzo decía estar dispuesto a firmar con su sangre y con sus lágrimas, parece que debía renacer la calma y comenzar una era de felicidad. Nada de eso. Lorenzo, devorado por un ansia secreta, volvía al día siguiente a sus preguntas, a sus ultrajes, a sus sarcasmos. Noches enteras transcurrían en discusiones lamentables, en que dijérase que le era absolutamente indispensable atormentar su inteligencia a latigazos, herirla, torturarla, para arrancarle maldiciones de aterradora elocuencia, que ya los llevaban, a él y a Teresa, a los últimos linderos de la desesperación. Tras de tales tormentas, parece que ya no quedaba otro recurso que el de matarse ambos. Teresa así lo esperaba a cada momento y hallábase dispuesta, porque la horrorizaba la vida; pero en Lorenzo no había brotado aún tal idea. Agotado por el cansancio, se dormía, y no parecía sino que su ángel bueno venía a velar su sueño y trazar sobre su rostro la divina sonrisa de las visiones celestiales.

Regla invariable, inconcebible, pero sin excepción en este extraño temperamento: el sueño trasmutaba todas sus resoluciones. Si se dormía con el corazón rebosante de ternura, despertaba ávido de lucha y de muerte; y viceversa: si se separaba de Teresa la noche antes maldiciéndola, volvía a la mañana siguiente para bendecirla.

Tres veces le abandonó Teresa y huyó lejos de París; tres veces corrió tras ella y la obligó a perdonarle, porque, en cuanto la perdía, la adoraba y tornaba a suplicar, con torrentes de lágrimas nacidas del más exaltado arrepentimiento.

En este infierno, al que se había arrojado cerrando los ojos y haciendo el sacrificio de su vida, Teresa fué, a la vez, miserable y sublime. Llevó su abnegación hasta extremos que espantaban a sus amigos, y hacían caer sobre ella la censura y hasta el desprecio de las personas honradas y prudentes que ignoran lo que es amar.

Además, el amor de Teresa hacia Lorenzo

era incomprensible para ella misma. No la arrastraban hacia él los sentidos, porque Lorenzo, manchado por la crápula en que se enfangaba para matar un amor que no acertaba a extinguir por su propia voluntad, había llegado a ser un ser repugnante, peor que un cadáver. Ni le acariciaba jamás, ni él osaba pedirle tal muestra de afecto. Ya no la vencían ni dominaban ni el encanto de su elocuencia ni las gracias infantiles de sus arrepentimientos. No podía esperar en el mañana. Las desbordantes ternuras, que tantas veces los había reconciliado, no eran ya más que los aterradores síntomas precursores de la tempestad y del naufragio.

Lo que la ataba a él era esa inmensa compasión que se hace habitual y necesaria hacia las personas a quienes se ha perdonado mucho. Diríase que el perdón engendra el perdón hasta la saciedad, hasta la más imbécil debilidad. Cuando una madre confiesa que su hijo es incorregible, y que es preciso que muera o que mate, no le queda más recurso que abandonarlo o resignarse á todo. Teresa se había equivocado cuantas veces creyó que curaría a Lorenzo abandonándolo. Verdad es que tornaba a ella corregido, pero con la condición de obtener su perdón. Cuando no confiaba en lograrlo, se echaba de cabeza en el ocio y en el desorden. Volvía entonces ella para sacarlo de aquel abismo, y lograba hacerle trabajar durante algunos días. Pero ¡cuán caro pagaba aquel escaso beneficio que conseguía hacerle! Cuando le acometía el hastío de la vida normal, no hallaba invectivas bastante enérgicas para echarle en cara que pretendiera hacer de él "lo que *su tocaya Teresa Levasseur* (1) había hecho de Juan Jacobo", es decir, según él, "un idiota y un monomaníaco".

Y muy al contrario: en la compasión de Teresa, que tan ardientemente imploraba, para despreciarla en cuanto la poseía, latía un respeto entusiasta y tal vez algo fanático por el genio del artista. Aquella mujer, a quien acusaba de burguesa y poco inteligente, cuando la veía preocuparse de su bienestar con candorosa perseverancia, era una gran artista, al menos en su amor, puesto que aceptaba la tiranía de Lorenzo como si fuera de derecho divino, y le sacrificaba su dignidad, su trabajo y lo que otra, menos abnegada quizá, hubiera llamado su gloria.

Y él, desdichado, veía y comprendía aquella abnegación, y, cuando se daba cuenta de su ingratitud, sentíase devorado por remordimientos que le asesinaban. Faltábale una amante descuidada y sanota que se burlara de sus arrebatos de ira y de sus arrepentimientos, a la que nada hubiera hecho sufrir mientras ella le dominase. No era así Teresa. Moríase de cansancio y de pena, y, viéndola descaecer, buscaba Lorenzo en el suicidio de su inteligencia, en el veneno de la embriaguez, el olvido momentáneo de sus propias lágrimas.

## CAPITULO XIII

Una noche la importunó con tan larga e incomprensible querella, que dejó de escucharle y se adormeció en su sillón. Al cabo de unos instantes, un leve roce le hizo abrir los ojos. Lorenzo arrojó convulsivamente a tierra algo que brillaba: era un puñal. Teresa sonrió y tornó a cerrar los ojos. Comprendía vagamente, como a través del velo de un ensueño, que había pensado matarla. En aquel momento todo le era indiferente a Teresa. Descansar de la fatiga de vivir y de pensar, fuese por obra del sueño o de la muerte: dejaba la elección al destino.

Despreciaba la muerte. Lorenzo creyó que a quien despreciaba era a él, y, despreciándose a sí mismo, separóse, al fin, de ella.

Tres días después, decidida a pedir un préstamo que le permitiese hacer un largo viaje, una definitiva ausencia (porque aquella vida de luchas y de borrascas impedía su trabajo y arruinaba su existencia), Teresa fué al muelle de las Flores y compró un rosal blanco, que envió en seguida a Lorenzo sin dar su nombre al portador. Era su despedida. Al volver a su casa encontró en ella otro rosal blanco anónimo: también era el adiós de Lorenzo. Ambos se marchaban, ambos se quedaron. La coincidencia de los rosales blancos conmovió a Lorenzo hasta hacerle llorar. Corrió a casa de Teresa y la encontró haciendo el equipaje. Tenía tomado billete para el correo de las seis de la tarde. El de Lorenzo era para la misma hora y el mismo carruaje. Los dos habían decidido volver a Italia el uno sin el otro.

—Pues bien, vámonos juntos —dijo él.

—No, ya no me voy —respondió ella.

—Teresa, por más que hagamos, este lazo que nos une no se romperá jamás. Es una locura pensar en ello. Mi amor ha resistido a todo lo que puede quebrantar un sentimiento, a todo lo que puede matar a un alma. O ámame tal cual soy, o muramos juntos. ¿Consientes en amarme?

—Aunque quisiera no podría —dijo Teresa—. Mi corazón está agotado; creo que está muerto.

—¿Quieres morir?

—Me es indiferente, bien lo sabes; pero no quiero ni tu vida ni tu muerte conmigo.

—¡Ah! ¡Crees en la eternidad del *yo!* ¡No quieres volver a encontrarme en la otra vida! ¡Pobre mártir! ¡Todo lo comprendo!

—No nos volveremos a encontrar, Lorenzo; te lo aseguro. Cada espíritu vuela hacia su foco de atracción. A mí me llama el reposo, la tranquilidad, y a ti siempre te atraerá la tormenta.

—De modo que tú no mereces el infierno.

—Ni tú tampoco. Irás a otro cielo.

—¿Y qué me espera en este mundo si tú me abandonas?

—La gloria, cuando dejes de correr en pos del amor.

Quedó pensativo Lorenzo. Repitió maquinalmente varias veces "la gloria". Después se arrodilló ante la chimenea, atizándola, como tenía costumbre hacer cuando quería estar a solas consigo mismo. Teresa salió para dar contraorden a la de su partida. Estaba segura de que Lorenzo la hubiera seguido.

Cuando volvió, lo halló tranquilo y contento.

—Este mundo —dijo Lorenzo— no es más que una comedia aburrida. Pero, ¿por qué levantar más alto el vuelo, puesto que nada sabemos del más allá, ni siquiera estamos ciertos de que exista algo? La gloria que desprecias, bien lo sé...

—No desprecio la de los otros.

—¿Qué otros?

—Los que creen en ella y la aman.

—¡Dios sólo sabe si yo creo o no, o si me burlo de ella como de una farsa! Se puede amar una cosa, aun reconociendo que vale poco. Se puede tener cariño a un caballo resabiado capaz de tiraros de cabeza, al tabaco que nos envenena, a una piececilla detestable que nos hace reír, y a la gloria, que no es más que una mascarada. ¡La gloria! ¿Qué es para un artista durante su vida? Artículos de periódico en que nos apalean y que hacen que se hable de nosotros; elogios que no lee nadie, porque al público sólo le divierten las críticas acerbas, y cuando ve que suben a su ídolo hasta las nubes, se encoge indiferente de hombros. Grupos que se apelotonan, unos tras otros, ante un lienzo pintado, y demandas extraordinarias que primero nos llenan de alegría y de ambición y después nos dejan medio muertos de cansancio, sin haber conseguido dar vida a nuestra idea... Después... el Instituto..., una reunión de personas que nos odian, y que ellos mismos...

Siguió Lorenzo ensartando los más crueles sarcasmos, y terminó su ditirambo diciendo:

—¡No importa! ¡Esa es la gloria del mundo! Escupimos encima, pero no podemos pasar sin ella, porque no hay otra cosa mejor.

La conversación se prolongó hasta la noche, ora burlona, ora filosófica, e insensiblemente se hizo impersonal. Viéndolos y oyéndolos, dijérase que eran dos amigos entre los cuales jamás hubo ni la más ligera rencilla. Muchas veces había ocurrido esto en medio [illegible]
gran crisis, y es porque, cuando sus [illegible]
callaban, sus inteligencias convivían [illegible]
tendían aún.

Lorenzo sintió hambre y pidió de [illegible]
Teresa.

—¿Y el viaje de usted? —dijo ella— [illegible]
ca la hora.

—¡Como usted no se va...!

—Me iré si usted se queda.

—Entonces me voy, Teresa. ¡Adiós!

Salió bruscamente y volvió al cabo [illegible]
hora.

—He llegado tarde —dijo—; partiré [illegible]
¿No ha comido usted todavía?

Teresa, preocupada, había olvidado [illegible]
nía servida la comida.

—Querida Teresa —dijo Lorenzo—, [illegible]
me el último favor. Venga usted a [illegible]
migo en cualquier parte, y después [illegible]
tos a cualquier teatro. Quiero vo[illegible]
amigo de usted, nada más que amigo. [illegible]
rá mi curación y la salud de ambos. [illegible]
ted la prueba. Ya no seré celoso, ni [illegible]
siquiera enamorado. Sépalo usted: [illegible]
querida, una mujercita encantadora [illegible]
na sociedad, menuda como una alon[illegible]
ca y fina como un tallo de lirio. [illegible]
Soy amigo de su amante, a quien [illegible]
Tengo dos rivales, dos peligros de [illegible]
he de desafiar cada vez que obteng[illegible]
Esto es muy atractivo y ahí está el [illegible]
mi amor. Mis sentidos, mi imagina[illegible]
satisfechos; sólo ofrezco a usted mi [illegible]
el cambio de mis ideas con las suyas.

—Rehuso —dijo Teresa.

—¡Cómo! ¿Tendrá usted la vanida[illegible]
celosa de un hombre a quien ya [illegible]

—Ciertamente que no. Ya no pue[illegible]
don de mi vida, y no comprendo [illegible]
tad tal como la que pretende de [illegible]
completa abnegación. Consiento en [illegible]
a verme como uno cualquiera de [illegible]
pero no exija usted intimidad nin[illegible]
quiera aparente.

—Comprendo, Teresa. Usted tiene [illegible]
te.

Teresa se encogió de hombros y [illegible]
tó. Deseaba vivamente Lorenzo que [illegible]
nagloriara de un capricho, como el [illegible]
hacerlo. Su abatida fuerza se rean[illegible]
mandaba la lucha. Esperaba con [illegible]
Teresa aceptase el reto, para col[illegible]
proches y desprecios y decirle que [illegible]
ción de otra querida no era ver[illegible]
sólo una añagaza para obligarla [illegible]
denunciase. No comprendía hasta [illegible]
gaba la fuerza de la inercia en Te[illegible]
considerarse odiado y engañado a [illegible]
tuno e indiferente.

Llegó a cansarle el mutismo de [illegible]

—Buenas noches —le dijo—. Me [illegible]
y después al baile de la Opera, [illegible]
borracho.

Al quedarse sola, Teresa volvió, [illegible]
lésima vez, a considerar la prof[illegible]
abismo del misterioso sino de Lo[illegible]
le faltaba para ser uno de los más [illegible]
destinos? La razón.

"¿Y qué es la razón? —se preg[illegible]
sa—. ¿Cómo puede existir el genio [illegible]
¿Tan grande es la fuerza del gen[illegible]
de matar a la razón y sobrevivi[illegible]
vez la razón no es más que una [illegible]
lada, cuya unión con los demás [illegible]
lutamente necesaria?"

Sumióse en una especie de ensu[illegible]
sico. Siempre le había parecido que [illegible]
era una síntesis de ideas y no un [illegible]
las demás facultades de un ser bien [illegible]

---

(1) Teresa Levasseur, o Le Vas[illegible]
como más frecuentemente se halla es[illegible]
llido, fué una obrera a la que conoc[illegible]
cobo Rousseau en París. Vivió con [illegible]
casó más tarde, en el año 1768. [illegible]
hijos, a los que abandonó despi[illegible]
autor del **Emilio** y las **Confesiones**. [illegible]
yor parte de los biógrafos de Rous[illegible]
influencia de la Le Vasseur fué [illegible]
cruel cerca del famoso filósofo.

de ella, o a ella aportaban, alguna era a un mismo tiempo el medio que ninguna obra maestra podía de sus normas, y que ningún hombre llegar a valer algo realmente desprotearla.

en su memoria la vida de los grandes y pensaba en la de los artistas ráneos. Doquiera veía la regla de lo asociada al anhelo del ideal, y, sin también por todas partes excepciones regla, anomalías desconsoladoras, fiembrantes y heridas por el rayo, co- Lorenzo. La aspiración a lo sublime una enfermedad de la época y del que vivía Teresa. Era como una se apoderaba de la juventud, hadespreciar las condiciones de la fequila y normal, a la vez que los la vida ordinaria. Sin haberlo predeseado, por la irresistible fuerza de cimientos, Teresa se veía encerrada círculo fatal del humano infierno. Ha- a ser la compañera, la mitad inde uno de esos locos sublimes, de esos genios extravagantes; asistía a la perpetua de Prometeo, a los furores cientes de Orestes. Era víctima del aquellos inexpresables dolores sin la causa, sin alcanzar a descubrir

moraba Dios en aquellas almas atormentadas, puesto que de cuando Lorenzo se mostraba entusias- puesto que la fuente pura de la inspiración no se había secado. No era agotado; aun era un hombre de gran Debía abandonarlo a la invasión de o al embrutecimiento de la fatiga? veces había bordeado Teresa este que no se sintiera alguna presa del su pesar, tanto su carácter como su estado a punto de engolfarse, en tan desesperado camino. Hatado esa morbosa exaltación del que aumenta las miserias de la vi- entre los límites indecisos de lo imaginario; mas, por reacción natuespíritu tendía siempre hacia lo verdaes ni una cosa ni otra, ni el ideal el hecho sin poesía. Comprendía estribaba la belleza y que era neuna vida material sencilla y digna de la vida lógica del alma. Reel haber dejado de ser como era tiempo; pero, un instante desse en cara, del mismo modo, el preocuparse demasiado de sí misma, el inminente peligro que amenazaba

estas voces, con la de la amistad de la opinión pública, el mundo la levantarse, a dignificarse, a tornar de sí. Este era su deber, según el norma, en estos casos, equivale general dictada en interés de la so- Seguid el buen camino y dejad que los que de él se apartan". Y la recial añade: "Los sabios y los buenos de la eterna felicidad; los ciegos y irán al infierno". De donde cabe precomo deducción: ¿No importa nada al que perezca el insensato?

esta conclusión se rebeló Teresa.

que yo me tuviese por el ser más permás precioso, más excelente de la tierra, la sentencia de muerte de todos los Pero si ese día llegara, ¿no sería más los demás locos? ¡Atrás la locura de madre del egoísmo! ¡Suframos por por nosotros solamente!"

cerca de medianoche cuando se levantó en que se había dejado caer inerte y cuatro horas antes. Llamaban a la Un demandadero traía una caja de una carta. La caja contenía un dorun antifaz de seda negra. El billete estas breves palabras de letra de Lorenzo: *Senza veder, senza parlar.*

Sin ver y sin hablar... ¿Qué significaba este enigma? ¿Quería que fuese ella al baile de máscaras, intrigada, en busca de una aventura ordinaria? ¿Quería tratar de amarla sin reconocerla? ¿Era aquello un capricho de poeta, o un insulto de libertino?

Teresa devolvió la caja y cayó de nuevo en su sillón; pero la inquietud no la dejaba reflexionar. ¿No era su deber intentarlo todo para arrancar a aquella víctima del infernal torbellino?

—Iré —dijo—, le seguiré paso a paso. Veré, sabré la vida que hace lejos de mí, lo que hay de cierto en los desórdenes de que me habla, hasta qué extremo ama el vicio, o cándidamente o haciendo gala de ello, si es verdad que tiene gustos depravados, o sólo trata de aturdirse y olvidar. Sabiendo todo lo que he querido ignorar respecto de él y de su malvada sociedad, todo lo que alejaba con asco de sus recuerdos y de mi imaginación, tal vez descubra un resquicio, un medio de arrancarlo a tal vértigo.

Acordóse del dominó que Lorenzo acababa de enviarle, sobre el que apenas había posado los ojos. Era de satén. Envió a buscar uno de gro, púsose un antifaz, ocultó con cuidado sus cabellos, sembró su traje de lazos de varios colores para desfigurarse, por si Lorenzo llegara a sospechar que bajo tal disfraz estaba ella, pidió un coche, y sola y decidida marchóse al baile de la Opera.

Jamás había puesto allí los pies. El antifaz parecíale una cosa insoportable, asfixiante. Nunca había probado a fingir la voz y no quería ser conocida por nadie. Deslizóse, muda, por los corredores, buscando los rincones solitarios cuando se cansaba de andar; siguiendo sin detenerse cuando veía que alguien se acercaba; siempre afectando prisa por pasar, y consiguiendo, más fácilmente de lo que esperaba, considerarse completamente sola y libre en medio de la agitada muchedumbre.

Era la época en que no se bailaba en los bailes de la Opera y en que el único disfraz admitido era el dominó negro. Era una baraúnda sombría y grave, en apariencia, en la que tal vez se desarrollaban intrigas tan inmorales como las de las bacanales de otros tiempos; pero que vista desde arriba tenía, en conjunto, un aspecto imponente. Cada hora una orquesta ruidosa tocaba desenfrenadas cuadrillas, como si la empresa, adversaria de la corrección, hubiera querido arrastrar a la gente a pisotear las órdenes de la policía; pero nadie hacía caso. El negro hormiguero seguía andando lentamente y cuchicheando en medio del estruendo musical, que terminaba con el disparo de una pistola, final extraño, fantástico, que parecía impotente para desvanecer la visión de la lúgubre fiesta.

Durante algunos momentos impresionó de tal modo a Teresa aquel espectáculo, que estuvo a punto de olvidar dónde se hallaba y de creerse en el mundo de los tristes ensueños. Buscaba a Lorenzo y no lo encontraba.

Atrevióse a entrar en el *foyer*, en donde se reunían, sin disfraz y sin máscara, los hombres más conocidos de París, y después de dar una vuelta por él iba a retirarse, cuando oyó pronunciar su nombre en un rincón. Volvióse rápidamente y vió al hombre a quien había amado tanto sentado entre dos mujeres enmascaradas, cuya voz y cuyo acento tenían un no sé qué de dulzón y de acre, a la vez que revelaba el cansancio del cuerpo y la amargura del alma.

—Y qué — decía una de ellas—; ¿has abandonado por fin a tu famosa Teresa? Según parece, te engañaba allá en Italia, y tú no querías creerlo.

—Comenzó a sospechar — siguió la otra— el día en que consiguió ahuyentar al rival favorecido.

Mortalmente herida quedó Teresa al oír la dolorosa historia de su vida entregada a tales interpretaciones, y más aun al ver sonreír a Lorenzo, escucharle responder a aquellas mujeres que no sabían lo que decían y hablarles de otra cosa sin indignarse y como si no recordara o no le importase lo que acababa de oír. Jamás había llegado a pensar Teresa que no fuera, al menos, su amigo. Ahora tenía esta triste certidumbre. Quedóse y continuó escuchando. Sentía que un sudor frío pegaba el antifaz a su rostro.

Entretanto Lorenzo, sin decir a aquellas muchachas nada que no pudiera oír todo el mundo, charlaba, se divertía con su chismorreo y tomaba parte en él como hombre de buena sociedad. No eran muy ingeniosas, y dos o tres veces bostezó disimuladamente. Seguía allí, sin embargo, importándole poco que le vieran en tal compañía, dejándose cortejar, bostezando de cansancio, mas no de hastío, dulce, distraído, pero amable, hablando a sus compañeras de ocasión como si fuesen damas de la más exquisita sociedad, buenas y antiguas amigas, evocadoras de recuerdos agradables, de placeres que puede saber todo el mundo.

Pasó un cuarto de hora. Teresa permanecía inmóvil. Lorenzo le volvía la espalda. El diván en que estaba sentado se hallaba colocado enfrente de una puerta de cristales, cerrada. Cuando los grupos que paseaban por los pasillos exteriores se detenían junto a la puerta, los fracs y los dominós hacíanle un fondo opaco, y el cristal convertíase en un espejo negro en donde se reflejaba la imagen de Teresa sin que ella lo advirtiese. Lorenzo la vió varias veces sin fijarse; pero poco a poco la inmovilidad de aquella figura enmascarada le inquietó y dijo a sus compañeras, señalándoles aquel espejo sombrío:

—¿No os parece pavoroso el antifaz?

—¿Te damos miedo?

—No, vosotras no; sé cómo tenéis la nariz bajo ese trocito de seda; pero una persona que no adivinamos quién sea, que no conocemos y que nos mira con esos ojos ardientes... Me voy de aquí, estoy cansado...

—Es decir — replicaron ellas— que te has hastiado de nosotras.

## COMO AMATEUR

*Auber se sentía muy enfermo un día en que se encontró en el sepelio de un personaje oficial.*

*—Esta es la última vez —le dijo, con acento de seguridad— que asisto a un entierro en calidad de "amateur".*

*Efectivamente, poco después moría.*

## EL NO LA OIRIA

Estaba Quevedo agonizando, y como se hubiera olvidado, al otorgar su testamento, de disponer si había de ir o no al entierro la música del pueblo, se acercó el escribano al moribundo poeta y le preguntó:

—Don Francisco, ¿no asigna vuestra merced alguna cantidad para la música?

—La música — contestó Quevedo, con voz desfalleciente — que la pague quien la oiga.

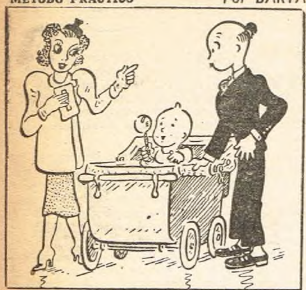


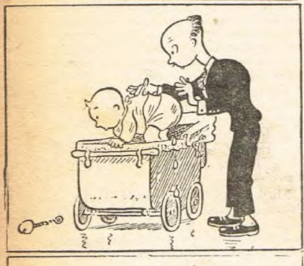
## De La BRUYERE:

El espíritu de partido hace que los hombres más grandes se rebajen hasta las pequeñeces más miserables.

## AVENTURAS DE DON LINO

**METODO PRACTICO** *Por BARTA*









—No, del baile. Esto ahoga. ¿Queréis venir a ver nevar? Me voy al Bosque de Bolonia.

—¿A ponerte en trance de muerte?

—¿Y qué? ¿Existe la muerte, acaso? ¿Venís?

—¡Ah, no!

—¿Quién quiere venir en dominó al Bosque de Bolonia conmigo? — dijo Lorenzo alzando la voz.

Un grupo de figuras negras cayó como una bandada de murciélagos en torno suyo.

—¿Cuánto das? — dijo una.

—¿Me harás mi retrato? — dijo otra.

—¿A pie o a caballo? — dijo una tercera.

—Cien francos por cabeza — repuso él — sólo por pasear a pie sobre la nieve a la luz de la luna. Yo os seguiré de lejos. Para ver el efecto... ¿Cuántas sois? —añadió al cabo de unos instantes—. ¡Diez! No sois muchas. No importa. ¡Vamos!

Tres no se movieron, diciendo:

—No tiene un cuarto. Nos hará *pescar* una pulmonía y no sacaremos nada más.

—¿Os quedáis? — dijo Lorenzo—. ¡Quedan siete! ¡Bravo! Número cabalístico: ¡los siete pecados capitales! ¡Vive Dios! Temí aburrirme, y he aquí una idea que me salva.

—Vamos — dijo Teresa—, ¡un capricho de artista!... Se acuerda de que es pintor. Nada hay perdido.

Siguió a aquella extraña comparsa hasta el peristilo, para asegurarse de que la fantástica idea se ponía en ejecución, pero el frío hizo retroceder a las más determinadas y Lorenzo se dejó persuadir y renunció. Pretendíase que cambiase la partida por una cena.

—¡Ah! No —dijo—; no sois más que unas cobardes y unas egoístas, iguales a las mujeres honradas. Me voy a buscar mejor compañía. Peor para vosotras.

Arrastráronle de nuevo al *foyer*, y entre algunos amigos suyos y unas cuantas de aquellas desdichadas se entabló tan viva plática y con tales proyectos, que Teresa, asqueada, se retiró, diciéndose que ya era muy tarde. Lorenzo amaba el vicio; nada podía hacer ya por él.

¿Amaba realmente Lorenzo el vicio? No. El esclavo no ama el yugo ni el látigo; pero cuando lo es por su culpa, cuando ha consentido en perder su libertad por no haber tenido un día bastante valor o bastante prudencia, se habitúa a la servidumbre y a todos sus sufrimientos; justifica aquella profunda sentencia de la antigüedad que decía que "cuando Júpiter reduce a un hombre a tal estado, le quita la mitad de su alma".

Cuando la esclavitud del cuerpo es el terrible fruto de la victoria, obran así los dioses por compasión hacia la víctima; pero cuando es el alma la que soporta el funesto abrazo de la vida depravada, el castigo cae sobre ella por entero. Lorenzo merecía tal castigo. Pudo rescatarse. Intentólo Teresa, que era la mitad de su alma. No aprovechó el intento.

Cuando ella subió al carruaje para volver a su casa, un hombre enloquecido se sentó a su lado. Era Lorenzo. La había reconocido en el momento en que salía del *foyer* por un gesto de involuntario horror de que ella no se había dado cuenta.

—Teresa —le dijo—, volvamos al baile. Quiero decir a todos esos hombres: "¡Sois unos brutos!" Y a todas esas mujeres: "¡Sois unas infames!" Quiero proclamar tu nombre, tu nombre sagrado, ante esa muchedumbre imbécil, arrojarme a tus pies, besar el polvo que pisas, echando sobre mí todos los desprecios, todos los insultos, todas las deshonras. Quiero confesarme en alta voz ante esa inmensa mascarada, como lo hacían los primitivos cristianos en los templos paganos, purificados en el acto por las lágrimas de la penitencia y la sangre de los mártires.

Duró tal excitación hasta que Teres
a la puerta de su casa. No podía lle
prender por qué aquel hombre, rara
briagado, tan dueño de sí mismo,
conversador entre las muchachas
baile de máscaras, tornábase apasion
la extravagancia en cuanto se veía
ella.

—Yo soy la que le enloquece a
dijo—. Poco ha hablaban a usted de
una perdida, y ni eso le indignaba. He
a ser para usted como un espectro
No era eso lo que yo deseaba. Se
puesto que sólo puedo causarle mal.

### CAPITULO XIV

Volvieron a verse al día siguiente.
que le concediera, por última vez,
conversación fraternal, de paseo
amistoso, tranquilo. Fueron juntos al
Plantas, sentáronse bajo el cedro
traron en el laberinto. El tiempo era
quedaban huellas de la nieve. Un
asomaba por entre nubes de color
tones de las plantas estaban hinchad
Lorenzo era poeta, nada más que
artista contemplativo aquel día. Re
una profunda calma desconocida,
dimientos, deseos ni esperanzas.
momentos hasta le animaba una
gría. Teresa, que le observaba con
pensaba que nadie dijera que todo
minado entre los dos.

Al día siguiente se reprodujo
tempestad, sin motivo, sin pretexto,
ma razón que se produce en el cielo
porque el día anterior ha sido her

Después, de día en día se enten
y más el horizonte y llegó a ser
de un mundo, un continuo lucir de
y rayos en medio de las tinieblas.

Una noche entró Lorenzo en casa
a hora muy avanzada, en tal estado
que sin saber dónde estaba, sin pro
labra, cayó asoporado sobre el sofá

Teresa entró en su estudio y
desesperada y anhelante, que la
suplicio. Había perdido toda esper
colmada la medida. Lloró y rezó
la noche.

Amanecía cuando oyó llamar a la
talina dormía y Teresa pensó que
seúnte trasnochador se había equivoc
micilio. Llamaron otra vez; llam
ces. Abrió Teresa por la ventanilla
lera, que caía encima de la puerta
Vió a un niño de diez o doce
con elegancia, y cuyo semblante,
ella, le pareció angelical.

—¿Qué le pasá, amiguito? —le
perdido usted en el barrio?

—No — respondió el niño—; me
aquí. Busco a una señora que se
rita Santiago.

Bajó Teresa, abrió y miró al niño
extraordinaria emoción. Parecíale
visto otra vez, o que se asemejaba a
ella conocía y de quien no podía
nombre. El niño también parecía
indeciso.

Condújole Teresa al jardín para
pero, en lugar de responder, dijo
acento tembloroso:

—¿Es usted la señorita Teresa?

—Yo soy, hijo mío. ¿Qué quieres?
do hacer por ti?

—Vivir con usted siempre, si

—¿Quién eres, pues?

—Soy el hijo del conde de***.

Teresa ahogó un grito y su pri
fué rechazar al niño; pero de pr

**Fin**

el parecido con un rostro que había ... recientemente, mirándolo en un espejo ... rlo a su madre: aquel rostro era el ...o.

...ra! — exclamó estrechando al adoles... ...e sus brazos—. ¿Cómo te llamas?

...el.

... Dios mío! ¿Quién es tu madre?

... Me han encargado mucho que no ... a usted todo de pronto. Mi madre... ... la condesa de***, que está allá, en ... No me quería...; me decía a "No eres hijo mío; no tengo obliga... ...rerte". Pero mi padre sí me que... ...decía con frecuencia: "No tienes a ... que a mí; no tienes madre". Murió ... y medio, y la condesa dijo: "Eres ...rás conmigo". Porque mi padre le ...do su herencia con la condición de ...saría por hijo suyo. A pesar de eso, ... tenerme cariño, y yo sufría mucho ... cuando un caballero de los Estados ... se llama Ricardo Palmer, vino ...e. La condesa dijo: "No, no quie... ...es el señor Palmer me dijo: "¿Quie... ... lleve a tu verdadera madre, que te ..., y se alegrará muchísimo de vol...?". Y yo dije: "¡Sí, sí, quiero!". ... el señor Palmer vino una noche en ... porque nosotros vivíamos a la orilla ... yo me levanté calladito, y fuimos ... un gran barco, y después hemos ... el mar, y aquí estamos.

...estáis! — dijo Teresa, que tenía al ...do contra su corazón, y conmovida ... hondo de sus entrañas, le cubría ... beso ardiente—. ¿Dónde está Pal...

... — dijo el niño—. Me ha traído hasta ... ha dicho: "¡Llama!", y después ... visto más.

...le; no puede estar muy lejos.

...do con el niño, encontró a Palmer, ..., a cierta distancia, hasta asegu... ... el niño había sido reconocido por ...

...! ¡Ricardo! —gritó Teresa arro... ... sus pies en medio de la calle de... ... lo hubiera hecho aún cuando re... ...gente—. Usted es Dios para mí.

... decir más. Enloquecía, sofocada ...mas, del gozo que la inundaba. ... Palmer bajo la naciente sombra ...es de los Campos Elíseos y la hi... ... Más de una hora pasó antes de ...mase y fuera dueña de sí y pu... ...ar a su hijo sin peligro de aho...

...gué mi deuda —dijo Palmer—. Era ... usted de días de esperanza y de ... No quería quedar insolvente. Le trai... ... entera de ternura y de consuelo, ... niño es un ángel y me es doloroso ... de él. Le he privado de una he... ... es justo que le dé otra en cambio. ... usted derecho a oponerse; he tomado ...uciones y todos sus intereses están ... En un bolsillo hay una cartera que ... el presente y el porvenir. ¡Adiós, ... Téngame siempre por su amigo en vi... ... muerte.

...se Palmer feliz; había realizado una ...ción. Teresa no quiso volver a la casa ... Lorenzo dormía. Tomó un fiacre, des... ... enviar un recadero a Catalina con sus ...nes, que escribió en un modesto ca... ...nde se desayunó con su hijo. Pasaron el día correteando juntos por París, equipándose para un largo viaje. Llegada la noche, reunióse Catalina con ellos, llevando los paquetes que había hecho durante el día, y Teresa partió a ocultar a su hijo, su dicha, su reposo, su trabajo, su alegría, su vida, en el interior de Alemania. Su felicidad fué egoísta: no pensó ni un momento en lo que sería de Lorenzo sin ella. Era madre; la madre había matado para siempre a la amante.

Lorenzo durmió todo el día y despertó en medio de la mayor soledad. Levantóse maldiciendo de Teresa, que se había marchado a paseo sin ordenar que le hicieran la comida. Extrañóse de no ver a Catalina, soltó cuatro palabrotas enfurecido y salió.

Sólo al cabo de algunos días llegó a comprender lo que le ocurría. Cuando vió la casa de Teresa alquilada, los muebles embalados o vendidos y pasado semanas y meses sin saber de ella, perdió toda esperanza y no pensó más que en aturdirse para olvidar.

Al cabo de un año halló el medio de hacer llegar una carta suya a manos de Teresa. Acusábase en ella de ser él mismo el autor de toda su desgracia y le pedía que volviesen a su antigua amistad. Después, siempre apasionado, terminaba así:

"Sé demasiado que ni aun esto merezco de ti, porque te he maldecido y, desesperado por haberte perdido, he hecho esfuerzos inútiles por olvidarte. Me he empeñado en desnaturalizar tu carácter y tu conducta ante mis propios ojos; he hablado mal de ti con los que te odian y me he regocijado oyendo cómo te execraban los que no te conocían. ¡Te he tratado ausente como cuando estabas aquí! ¿Por qué no estás aquí? Tú eres culpable de mi locura: no debiste abandonarme... ¡Oh, desgraciado de mí, que veo que al mismo tiempo te aborrezco y te adoro. Toda mi vida se ha de consumir en amarte y maldecirte... ¡Y ahora comprendo que me odias! ¡Quisiera matarte! ¡Y si estuvieras aquí, caería a tus pies! Teresa, Teresa, ¿acaso te has transformado en un monstruo, puesto que no tienes compasión? ¡Oh, qué espantoso castigo el de este amor incurable unido a esta insaciable rabia! ¿Qué he hecho yo, Dios mío, para quedar reducido a perderlo todo, hasta la libertad de amar o aborrecer?"

Teresa le contestó:

"¡Adiós para siempre! Nada has hecho contra mí que no te haya perdonado, y nada podrás hacer que yo no pueda perdonarte. Dios condena a algunos hombres de genio a caminar errantes entre las tempestades y a crear en medio del dolor. Te he estudiado lo bastante en tus días sombríos y en tus días luminosos, en tu grandeza y en tu debilidad, para no saber que eres víctima de una fatalidad y que no puedes ser pesado en la misma balanza que el resto de los hombres. Tu sufrimiento, tus dudas, lo que tú llamas tu castigo, tal vez no es más que la condición de tu gloria. Resígnate a cumplirla. Has aspirado con toda tu alma el ideal de la felicidad, y no lo has alcanzado más que en tus sueños. Pues bien, hijo mío: tus sueños son tu realidad, tu talento, tu vida. ¿No eres artista?

"Tranquilízate. ¡Dios te perdonará el que no hayas podido amar! Te había condenado a esa aspiración insaciable para que no consumieras tu juventud en aras de una mujer. Las mujeres del porvenir, las que admirarán tus obras en los venideros siglos, ésas son tus hermanas y tus amantes".

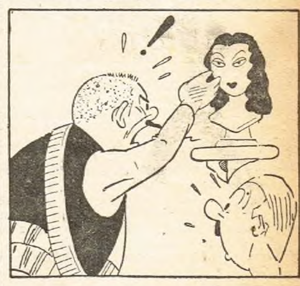
...ELLA Y EL"

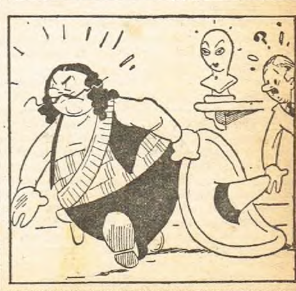
## PANCHO SOMBRERO

**RECURSO SUPREMO** *Por TOONDER*









# JELI EL PASTOR

(CONCLUSIÓN DE LA PÁGINA 7)

cara, pero era lo mismo que arrojarlo al pozo.

—Toma un buen cocimiento de "eucalitus", que no cuesta nada—indicaba el señor Agripino—; y si pasa lo mismo que con el sulfato, por lo menos no te arruinas gastando.

Tomaba el cocimiento de eucalipto, y la fiebre le subía con más fuerza. Jeli atendía a su padre lo mejor que sabía. Todas las mañanas, antes de salir con la manada, le dejaba en la gamella el cocimiento preparado, el haz de sarmientos a mano, los huevos en la ceniza caliente, y retornaba temprano a la noche, con la leña, la botella de vino y algún trozo de carne de carnero que había ido a mercar a Licodia. El pobre muchacho hacíalo todo con disposición, como una buena ama de casa, y su padre, que le seguía con cansados ojos en sus quehaceres por la cabaña, de cuando en cuando sonreía, pensando que el chico sabría salir adelante cuando se quedara sin él.

Los días en que cedía la fiebre algunas horas, el compadre Menu se levantaba todo descompuesto, con el pañuelo atado a la cabeza, y se sentaba a la puerta a aguardar a Jeli mientras se calentaba al sol. Cuando Jeli posaba junto a la puerta el haz de leña y sobre la mesa ponía la botella y los huevos, le decía:

—Pon a hervir el "eucalitus" para esta noche. O:

—No te olvides, cuando yo te falte, que el oro de tu madre lo tiene a recaudo la tía Agueda.

Y Jeli asentía con la cabeza.

—Es inútil—repetía el señor Agripino cada vez que venía a ver al compadre Menu y lo hallaba con la fiebre—. Tiene ya apestada toda la sangre.

El compadre Menu escuchaba sin parpadear, con la cara más blanca que el pañuelo que envolvía su cabeza.

Ya no se levantaba. Jeli se ponía a llorar cuando no contaba con fuerzas para ayudarle a volverse de un lado; poco a poco, el compadre Menu terminó por no hablar nada. Las últimas palabras que le dijo a su hijo fueron éstas:

—Cuando me muera, te vas a ver al amo de las vacas, a Ragoleti, y que te dé las onzas y los doce túmulos de trigo que me debe desde mayo acá.

—No — respondió Jeli —; son tan sólo dos onzas y quince, porque usted ha dejado las vacas hace más de un mes, y con el amo hay que hacer la cuenta justa.

—¡Es verdad!—asintió el compadre Menu, entornando los ojos.

—Ahora sí que estoy en el mundo igual que un potro perdido, que se lo pueden devorar los lobos—pensó Jeli cuando se llevaron a su padre al cementerio de Licodia.

Mara también fué a casa del muerto, con esa inquieta curiosidad que despiertan las cosas espantosas.

—¡Mira cómo me quedé!—le dijo Jeli.

La niña retrocedió asustada, por miedo a que quisiera hacerle entrar en la casa donde había estado el muerto.

Jeli fué a retirar el dinero de su padre y se marchó con el ganado a Passanitello, donde ya estaba crecida la hierba en el terreno en barbecho y el pasto era abundante; en tanto que los potros estuvieron allí pastando mucho tiempo, Jeli se había hecho muy mayor, y también Mara debía haber crecido, pensaba él muchas veces cuando tocaba la flauta; luego, al volver a Tebidi, después de tanto tiempo, llevando delante de él, poco a poco, las yeguas por los resbaladizos senderos de la fuente del tío Cosme, iba buscando con los ojos el puentecillo del valle, la casa del valle del Tacitano, y el tejado de *las casas grandes*, sobre el que siempre revoloteaban las palomas. Pero, por entonces, ya el amo había despedido al señor Agripino, y toda la familia de Mara estaba desalojando. Jeli encontró muy crecida y guapetona a la muchacha, a la puerta del corral, mirando cómo cargaban su ropa en la carreta. Ahora la vivienda vacía parecía más obscura y ahumada que de costumbre. La mesa, la cómoda, la cama, las estampas de la Virgen y San Juan, inclusive los clavos para colgar las calabazas de las semillas, habían dejado señal en las paredes donde tantos años estuvieron.

—Marchamos—le dijo Mara al ver que miraba—. Nos vamos a Marineo, a ese caserío tan grande que hay en el llano.

Jeli se puso a ayudar al señor Agripino y a la "seña" Lía a cargar la carreta, y cuando ya no hubo nada que sacar de la vivienda, fué a sentarse con Mara en el muro del abrevadero.

—Tampoco las casas—le dijo después que vió cargar la última cesta en la carreta—, tampoco las casas, cuando se saca lo que guardan dentro, parecen las mismas.

—En Marineo—respondió Mara—tendremos un cuarto más lindo, dice mi madre, y tan grande como el almacén del fideo.

—Cuando te marches, no volveré más por aquí, pues al encontrar cerrada esta puerta me parecerá que ha vuelto el invierno.

—En Marineo hallaremos otra gente, a Pudda, "la Roja", y a la hija del campero; nos divertiremos; por la siega irán más de ochenta segadores con su cornamusa, y bailaremos en la era.

El señor Agripino y su esposa habían echado a andar tras la carreta; Mara los seguía muy contenta, llevando la cesta con los pichones. Jeli la acompañó hasta el puentecillo, y cuando ya estaba para desaparecer en el valle, la llamó:

—¡Mara, Mara!

—¿Qué quieres?

No sabía lo que quería.

—Y tú, ahora, ¿qué vas a hacer aquí solo?—le preguntó entonces la muchacha.

—Yo me quedo con la manada.

Mara se fué dando brincos, y él se quedó allí quieto mientras pudo oír el ruido de la carreta, tambaleándose sobre las piedras. El sol tocaba las altas rocas del cerro de la Cruz; las grisáceas cabelleras de los olivos se esfumaban en el crepúsculo, y en la lejanía del campo sólo se oía la esquila de la "Blanca" en el inmenso silencio.

Apenas Mara se vió en Marineo entre gente nueva y en las faenas de la vendimia, se olvidó de él; pero Jeli siempre pensaba en ella, porque no tenía otra cosa que hacer en los largos días que se pasaba contemplando la cola de sus potros. Ahora ya no tenía para qué bajar al valle, del otro lado del puentecillo, y nadie le veía en la hacienda. Por eso, durante mucho tiempo ignoró que Mara tenía novio, porque bajo el puentecillo había pasado mucha agua. A la muchacha no volvió a verla hasta el día de la fiesta de San Juan, cuando fué a la feria a vender unos potros; una fiesta que se le trocó en veneno y le sacó el pan de la boca por un accidente que le sucedió a uno de los potros del amo; Dios nos libre.

Desde el amanecer del día de la feria, el mayoral esperaba los potros, andando de un lado a otro, con sus relucientes polainas, por detrás de las grupas de los caballos y las mulas, colocados en fila a uno y otro lado de la carretera. La feria estaba ya para terminar, y Jeli no aparecía aún con el ganado por el recodo que hacía la carretera. En las empinadas cuestas del Calvario y del Molino de viento quedaban aún algunos rebaños de ovejas apretadas en corro, con el hocico en tierra y los ojos cerrados, y algunas parejas de bueyes de pelo largo, de esos que se venden para pagar la renta de las tierras, esperando inmóviles bajo el ardoroso sol. Abajo, en el valle [illegible] pana de San Juan tocaba a misa ma[illegible] pañada del largo estampido de los [illegible]

El campo de la feria parecía h[illegible] griterío que se prolongaba entre los [illegible] de los vendedores alineados en la [illegible] los Gallos, bajaba por las calles del [illegible] parecía regresar del valle donde se [illegible] iglesia.

—¡Viva San Juan!

—¡Santo diablo!—gritaba el ma[illegible] maldito Jeli me va a hacer perder [illegible]

Las ovejas alzaban el hocico at[illegible] menzaban a balar todas a coro, y [illegible] andaban lentamente, mirando en d[illegible] sus grandes e inexpresivos ojos.

El mayoral estaba más enojado p[illegible] día había que abonar el arrendami[illegible] cercados grandes, "cuando San J[illegible] bajo el olmo" rezaba el contrato, y [illegible] pletar la cantidad se había cont[illegible] venta de los potros. Entretanto, cab[illegible] y mulas había tantos como el Señor [illegible] limpios y relucientes, adornados de [illegible] zos y cascabeles, que sacudían p[illegible] las moscas, volviendo la cabeza a [illegible] pasaba, como si aguardasen un al[illegible] que quisiera adquirirlos.

—¡Se habrá tirado a dormir el [illegible] —seguía gritando el mayoral—, y me [illegible] dos los potros...

Por el contrario, Jeli había cam[illegible] te toda la noche para que los p[illegible] frescos a la feria y agarrasen un [illegible] y al pisar el llano del Cuervo, [illegible] puesto aún los *tres reyes* que b[illegible] el monte Arturo con los brazos [illegible] el camino pasaban sin cesar ca[illegible] a caballo que marchaban a la fi[illegible] el mozo tenía los ojos bien abie[illegible] los potros no se espantaran con [illegible] trajín y siguieran todos juntos a [illegible] la cuneta, tras de la "Blanca", q[illegible] derecha y tranquila, sacudiendo [illegible]

De cuando en cuando, como el c[illegible] por lo alto del monte, oíase allá [illegible] la campana de San Juan, que hasta [illegible] silencio del campo llegaba la fiesta, [illegible] el camino, a lo lejos, poblado de [illegible] o a caballo que iba a Vizzini, [illegible] "¡Viva San Juan!", y los cohe[illegible] derechos y relucientes tras los [illegible] Canzinia, como las estrellas que [illegible] agosto.

—¡Es como la Nochebuena!— [illegible] al muchacho que le ayudaba a [illegible] manada—, que en todas las haci[illegible] fiesta y luminaria y se ven hogu[illegible] el campo.

El muchacho dormitaba, arr[illegible] despacio una pierna tras otra, y [illegible] nada. Pero Jeli, a quien aquella [illegible] nada le hacía hervir la sangre, no [illegible] callado, como si los cohetes que [illegible] obscuridad, callados y relucientes [illegible] te, le partieran a él el alma.

—Mara también habrá ido a la f[illegible] Juan—decía—, porque todos los [illegible]

Y sin preocuparse de que Alfio, [illegible] no respondía nada, exclamó:

—¡No sabes! Ahora Mara es así [illegible] está más crecida que la madre que [illegible] y cuando la vi de nuevo no me [illegible] misma con quien iba a agarrar hi[illegible] y a varear las nueces.

Y se puso a cantar en alta voz [illegible] ciones sabía.

—¡Alfio! ¿Te duermes?—le gritó [illegible] bo terminado—. ¡Mira que la "Bl[illegible] siempre tras de ti!

—¡No, no me duermo!—respo[illegible] ronca Alfio.

cómo el lucero nos mira allí, sobre como si disparasen cohetes también Dominica? Ya falta poco para que ; pero llegaremos a la feria a tiempo r un buen lugar. ¡Ya verás, "Mo- tendrás cabezada nueva, con tus rados para la feria! ¡Y tú también, "!

iba hablando a los potros para que zaran oyendo su voz en la oscu- le dolía que el "Estrellado" y el fueran a ser vendidos en la feria. scan vendidos los llevará el amo no se los verá en la manada, como con Mara después que se marchó

e está muy bien en Marineo; que visitarlos me pusieron delante pan, y todo lo que da Dios, porque el mayoral, y tiene las llaves de to- uisiese, yo me habría comido toda Mara casi no me conocía de tanto hacía que no me vió, y se puso "¡Anda! ¡Mira quién está aquí! or de los caballos, el de Tebidi!" ando uno retorna de lejos, que la cresta de un monte reconoce la tierra donde nació. La "señá" ería que tutease a su hija, ahora ande, porque la gente que no sabe murmura. Mara se reía, y "dián" de cocer el pan, según estaba de ponía la mesa, extendiendo el man- parecía la misma.

... ¿te acuerdas de Tebidi?—le pre- pronto la "señá" Lía salió para fresco del barril.

me acuerdo—me dijo—. Allí ha- pana, y un campanario que pare- un salero, y desde el atrio se bién había dos gatos de piedra, guardia a la puerta del jardín. dentro de mí todas aquellas co- que ella me las iba diciendo. iraba de arriba abajo, con unos ornaba a decirme: "¡Cuánto has se echó a reír y me dió un pes-

nera perdió Jeli, el guardián de el pan, porque justamente en to, apareciendo de improviso un no se había oído antes, según su- paso a paso, al llegar al llano trote, con gran estrépito de látigo como si lo llevase el diablo. Los tados, se desbandaron en un re- parecía aquello un terremoto, ecisos no pocos gritos, llamadas " de Jeli y del muchacho, antes agruparan en torno a la "Blanca", trotaba sin rumbo, con su cen- ello. Apenas contó Jeli sus caballos, faltaba el "Estrellado", y se llevó la cabeza, porque por aquel sitio , el camino corría a lo largo del y en el barranco fué donde se patas el "Estrellado", un potro doce onzas como doce ángeles del Gimiendo y gritando llamaba Jeli que no se veía por parte alguna: Ohí! ¡Ohí!". Por fin, el "Estrellado" desde el fondo del barranco, con broso relincho, como si el pobre biese tenido el don del habla.

madre mía! —gritaban Jeli y el mu- ¡Ay qué desgracia, madre mía!

dantes que se encaminaban a la fies- llorar tan dolorosamente en la obs- preguntaban qué se les había per- ego, cuando sabían de lo que se tra- guían su marcha.

rellado" permanecía inmóvil en el mis- en que había caído, con las patas en ntras Jeli lo tocaba por todas partes, y hablándole como si pudiese enten- pobre animal levantaba la cabeza difi- cultosamente y la volvía hacia él, con un aliento quebrado por el espasmo.

—¿Qué se le habrá roto? —lloriqueaba Jeli, desesperado de no poder ver nada, debido a la mucha obscuridad; y el potro, inerte como una piedra, dejaba caer pesadamente la cabeza. Alfio, que se había quedado en el camino al cuidado de la manada, tranquilizándose antes que Jeli, sacó el pan del zurrón. El cielo se había puesto blancuzco, y los montes del contorno parecían despuntar uno por uno, altos y negros. Desde la revuelta de la carretera comenzaba a divisarse el pueblo, con su monte Calvario, y el del Molino de viento estampado en el amanecer, umbríos aún, salpicados de las blancas manchas de los rebaños; y, como los bueyes que apacentaban en lo alto del monte, en el azul iban de un lado a otro, parecía como si la corteza del monte se animase y bullera de vida. La campana no se oía ya desde el fondo del barranco; los caminantes cada vez eran más raros, y los pocos que pasaban tenían premura por llegar a la feria. El pobre Jeli no sabía a qué santo volverse en aquella soledad; el mismo Alfio, por sí solo, no podía servirle de nada; por eso éste mordisqueaba su pedazo de pan tranquilamente.

## EL NIÑO DEL PERRO



*Se diría el título de un cuadro de un pintor (uno de esos títulos que están completamente de más si los consideramos por el servicio que prestan). ¿Por qué no llamarle más bien "Las orejas del perro"? o ¿"El perro de las orejas"? O simplemente ¿"Orejas"? Pues la maravillosa expresión que vemos en la cara "pensante" de este perrito se debe exclusivamente a la posición, al movimiento de sus orejas. También este cuadro podría llamarse "Cachorros", porque los dos están en la infancia. E igualmente, no andaría descaminado quien le llamase "El cachorro y la fiera"; ¿no se acuerda el lector de cómo era él mismo cuando niño?*

Al fin vióse acercar a caballo al mayoral, que desde lejos gritaba y blasfemaba al ver la manada detenida en el camino; tanto, que Alfio, asustado, echó a correr monte arriba. Jeli no se movió de al lado del "Estrellado". El mayoral dejó su cabalgadura en el camino y bajó al barranco a su vez, intentando ayudar al potro a erguirse tirándole de la cola.

—¡Déjelo estar! —decía Jeli todo pálido, como si él hubiese sido quien se hubiera roto las piernas—. ¡Déjelo estar! ¿No ve que el pobre animal no se puede levantar?

En efecto, el "Estrellado", a cada movimiento y a cada esfuerzo que le obligaban a hacer, daba un ronquido que parecía un doloroso gemido. El mayoral se desahogaba dándole puntapiés y pescozones a Jeli, clamando contra los ángeles y santos del cielo. En tanto, Alfio, ya más tranquilo, había retornado al camino para no dejar sin guarda a los caballos, e intentaba disculparse diciendo:

—Yo no tengo la culpa. Yo marchaba delante con la "Blanca".

—Aquí ya no hay nada que hacer —dijo al fin el mayoral, luego que se convenció de que todo era tiempo perdido—. Aquí ya no se aprovecha más que la piel, que es buena.

Jeli, cuando vió al mayoral sacar la escopeta de las alforjas de la mula, se puso a temblar como una hoja

—¡Sácate de ahí, holgazán! —le gritó el mayoral—. ¡Que no sé cómo no te derribo junto a ese potro, que valía bastante más que tú con todo el puerco bautismo que te echó el bribón del cura!

El "Estrellado", no pudiendo moverse, volvía la cabeza con ojos espantosos, como si lo hubiese entendido todo, y el pelo se le rizaba en ondas a lo largo del lomo; parecía como si por debajo le corriera un estremecimiento. Así, pues, el mayoral mató allí mismo al "Estrellado", para sacarle al menos el pellejo, y el ruido sordo que hizo en la carne viva el tiro a boca de jarro lo sintió dentro de sí Jeli.

—Ahora, si quieres seguir mi consejo —le dijo el mayoral—, mejor es que no te presentes al amo a que te pague lo que te debe, porque te lo pagará en amarga moneda.

El mayoral se marchó con Alfio, con los demás potros, que, sin mirar siquiera donde quedaba el "Estrellado", iban buscando la hierba del ribazo. El "Estrellado" se quedó solo en el barranco, esperando que fuesen a desollarlo, con los ojos espantados aún y las cuatro patas rígidas; feliz al cabo, que no pensaba más. Jeli, que presenció la sangre fría con que el mayoral apuntó y disparó mientras el pobre animal volvía la cabeza penosamente, cual si tuviera sentido, dejó de llorar y se quedó mirando al "Estrellado", sentado en una piedra, hasta que llegaron los hombres que iban a despellejarlo.

Ahora ya podía marcharse de paseo, a divertirse o quedarse en la plaza todo el día, viendo a los señorones en el casino, como mejor le placiera, que ya no tenía pan ni techo, y era preciso buscarse un amo, si es que alguno, después de la desgracia del "Estrellado", lo quería.

Así son las cosas del mundo: en tanto Jeli andaba buscando un amo, con el zurrón a cuestas y cayado en la mano, la banda tocaba alegremente en la plaza, con sus sombreros de plumas, en medio de una multitud de gorras blancas, espesas como moscas, y los señorones estaban tan satisfechos sentados en el casino. Toda la gente iba vestida de fiesta, como el ganado de la feria, y en un rincón de la plaza veíase una mujer con falda corta y medias color de carne, que parecía llevar desnudas las piernas, tocando el tambor ante una tela pintada, donde aparecía una carnicería de cristianos derramando sangre a raudales; y entre la gente que allí estaba mirando con la boca abierta, vió Jeli al señor Colás, al que conocía de cuando estaba en Passanitello, quien le dijo que el amo se lo encontraría él, porque el compadre Isidoro Macca buscaba un guardián para su piara de cerdos.

—¡Pero no digas nada de lo del "Estrellado"! —le advirtió el señor Colás—. Una desgracia le pasa a cualquiera, pero es mejor no hablar de ello.

Fueron, pues, a buscar al compadre Macca, que estaba en el baile, y en tanto el señor Colás entró con el encargo, Jeli aguardó en la calle, entre la gente que estaba en la puerta. En la sala había una porción de parejas que saltaban y se divertían, todas sofocadas, haciendo un gran ruido de pisadas sobre el piso, que ni aun el "ron-ron" del contrabajo se oía, y apenas acababa una pieza, que costaba un grano, levantaban el dedo para indicar que deseaban otra, y el del contrabajo marcaba una cruz con carbón en la pared para llevar la cuenta y comenzaba otra vez.

—Estos gastaban sin medida — decía Jeli —, y no están como yo apurados por falta de un

amo, cuando tanto sudan y se afanan por gusto, como si estuvieran a destajo.

El señor Colás regresó diciendo que el compadre Macca no precisaba a nadie. Entonces Jeli volvió las espaldas y se marchó cabizbajo a la ventura.

Mara vivía hacia San Antonio, donde las casas escalan el monte, frente al valle de la Canzinia, todo verde de chumberas, y al fondo las ruedas de los molinos que espumaban en el torrente; pero Jeli no se animó a ir hacia aquellos sitios ahora que ni aun para guardar cerdos lo querían; y vagando por entre la gente, que le zarandeaba de un lado a otro sin preocuparse de él, le parecía estar más solo que cuando estaba con los potros en las landas de Passanitello, y sentía deseos de llorar. Por último, el señor Agripino lo encontró en la plaza, cuando iba de aquí para allá con los brazos colgando, viendo la fiesta, y comenzó a llamarlo: "¡Jeli, Jeli!", y se lo llevó a su casa. Mara, muy peripuesta, con unos largos pendientes que le daban en las mejillas, estaba a la puerta mano sobre mano, cargadas ambas de anillos, aguardando que anocheciese para ir a ver los fuegos artificiales.

—¡Oh! —dijo Mara—. ¿También tú viniste para la fiesta de San Juan?

En verdad, Jeli no se atrevía a entrar, porque estaba mal vestido; pero el señor Agripino lo empujó diciéndole que no se veían por primera vez y que ya sabían que había ido a la feria con los potros del amo. La "señá" Lía le sirvió un buen vaso de vino, y luego se lo llevaron a ver la luminaria con las comadres y los demás vecinos.

Jeli, al llegar a la plaza, se quedó con la boca abierta, maravillado; era todo un mar de fuego, como cuando se incendian los rastrojos, por los muchos cohetes que los feligreses disparaban ante el santo, que parecía regodearse con ellos desde la embocadura del Rosario, negro, negro, bajo el dosel de plata. Los feligreses iban y venían por entre las llamas como diablos, y había inclusive alguna mujer desceñida, despeinada, con los ojos desorbitados, encendiendo cohetes a su vez, y un cura con la sotana al viento y destocado, que parecía un poseído, de tanta devoción como tenía.

—Ese es el hijo del señor Neri, el mayoral de la Salonia, y ya lleva gastadas más de diez liras de cohetes —decía la "señá" Lía, mostrando a un mozo que andaba dando vueltas por la plaza con dos cohetes en cada mano, como dos velas; y todas las mujeres se lo comían con los ojos, gritándole:

—¡Viva San Juan!

—Su padre es rico y tiene más de veinte cabezas de ganado —agregó el señor Agripino.

Mara sabía también que en la procesión había llevado el estandarte grande, y que lo sostenía derecho como un huso, tan fuerte y robusto era el mozo.

El hijo del señor Neri parecía como si oyese todo aquello y prendiese los cohetes por la Mara, haciendo la rueda delante de ella; tanto que, luego de los fuegos, los acompañó hasta el baile y el cosmorama, donde se veía el antiguo y el nuevo mundo, pagando él, claro está, inclusive por Jeli, que iba detrás de la comitiva como perro sin dueño, a ver al hijo del señor Neri con la Mara, que daba vueltas y se acurrucaba como enamorada paloma, teniendo sostenida con garbo una punta del delantal. El hijo del señor Neri saltaba como un potro, tanto que la "señá" Lía lloraba de gusto, y el señor Agripino decía con la cabeza que sí, que la cosa iba bien.

Cuando al fin se cansaron, fueron de un lado para otro por "el paseo", arrastrados por la gente como por una correntada, viendo los transparentes iluminados, donde cortábanle la cabeza a San Juan, que a los mismísimos turcos daría compasión, y el santo pataleaba como un corderillo bajo la segur. Allí cerca estaba la banda, que tocaba bajo un techado, semejante a un paraguas de madera todo iluminado, y en la plaza había tan enorme muchedumbre que jamás se vieron tantos cristianos en una feria.

Mara marchaba del brazo del hijo del señor Neri, como una señorita, y le hablaba al oído y se reían, viéndose que se divertían mucho. Jeli no podía más del cansancio, y se quedó dormido sentado en un banco, hasta que lo despertaron los primeros petardos de los fuegos artificiales. Mara, siempre al lado del hijo del señor Neri, apoyaba ambas manos cruzadas en su hombro, y a la luz de los fuegos parecía, ora blanca, ora roja. Cuando los últimos cohetes en haz escaparon cielo arriba, el hijo del señor Neri se volvió hacia ella, que estaba muy pálida, y la besó.

Jeli no dijo nada; pero en aquel instante se le trocó en veneno toda la fiesta que hasta entonces había tenido, y volvió a pensar en sus desgracias, que se le habían olvidado, y en que se había quedado sin amo y no sabía qué hacer ni adónde dirigirse, y que no tenía pan ni techo; en fin, que era preferible

## CUANDO NO ENSAYAN...

El gran hombre de teatro, Lucien Guitry, está atendiendo unos ensayos, pero debe ausentarse por media hora para hacer cierta inspección. Al partir dice a sus camaradas:

—Voy a ver un decorado...; trabajen solos.

Terminada su inspección, vuelve al teatro y entra por la sala. Entreabre una puerta del fondo, escucha con atención, y dice a alguien que le acompaña:

—Las voces son naturales: no ensayan.

## *MUCHAS PALABRAS, PERO...*

*Un necio alabábase en presencia de Voltaire de saber cuatro idiomas.*

*—Os felicito —dijo el gran filósofo—, ya se ve que tenéis cuatro palabras para cada idea.*



tirarse al barranco, como el "Estrellado", al que en aquel momento estarían comiendo los perros.

Entretanto, la gente a su alrededor estaba muy alegre. Mara saltaba con las compañeras y cantaba por la pedregosa callejuela, a medida que volvían a su casa.

—¡Buenas noches! ¡Buenas noches! —decíanse las compañeras, según se iban separando unas de otras.

Mara, tal contento tenía en la voz, que daba las buenas noches como si cantara, y el hijo del señor Neri parecía entontecido por completo, y como si no quisiera dejarla, en tanto el señor Agripino y la "señá" Lía disputaban al abrir la puerta de la casa. Nadie se ocupaba de Jeli; sólo el señor Agripino se acordó de él, y le preguntó:

—Y ahora, tú, ¿adónde vas a ir?

—No lo sé —dijo el pastor.

—Mañana ven a buscarme y te ayudaré a encontrar colocación. Ahora vuelve a la plaza donde hemos estado oyendo la banda; ya encontrarás lugar en algún banco; que lo que es a dormir al sereno debes estar acostumbrado.

Sí que estaba acostumbrado, pero lo que más lo apenaba era que Mara no le dijese nada y lo dejase de aquella manera a la puerta, como a un mendigo; tanto que al día siguiente se lo dijo, apenas pudo verla ... un momento en su casa.

—¡Ay, Mara, cómo te olvidas de los ...

—¿Eres tú, Jeli? —dijo Mara—. No ... olvidé de ti. ¡Pero estaba tan cansada ... de los fuegos artificiales!

—¿Es que al menos quieres al hijo de ... Neri? —le preguntó dando vueltas a ... entre los dedos.

—¡Qué estás diciendo! —respondió ... mente Mara—. ¡Mi madre está ahí ... oye todo!

El señor Agripino le encontró pues... ovejero en la Salonia, donde era mayo... ñor Neri; pero como Jeli estaba poco ... en el oficio, tuvo que conformarse con ... lario bastante escaso.

Ahora atendía a sus ovejas y ... aprender cómo se hace el queso, el ... la cuajada y todo fruto pastoril; pe... charlas que sostenían por la noche ... rral entre los demás pastores y lab... tanto las mujeres pelaban las judías ... je, si se hablaba del hijo del señor ... se casaba con Mara la del señor Ag... no decía nada, y ni aun se atrevía a ... boca. Cierta vez que el campero le ... Mara ya no quería nada con él, ... haber manifestado todo el mundo ... marido y mujer, Jeli, que cuidaba ... en que hervía la leche, respondió ... poco a poco el cuajo:

—Es que Mara ha crecido y se ... tan linda, que parece una señora.

Pero como era trabajador y paci... dió pronto el oficio, como si en ... nacido, y como estaba bastante ... convivir con el ganado, quería a ... jas, y así el "mal" no hacía tan... en la Salonia, y el rebaño prosper... un contento para el señor Neri ... visitaba la hacienda; tanto que, por ... vo, se sirvió inducir al patrón a ... tase el sueldo a Jeli, de suerte que ... nar casi igual que cuando era ... caballos. Eran dineros bien gastados ... no se preocupaba de contar las ... cando el mejor pasto para sus reses ... las ovejas parían o estaban enfer... vaba a pastar en las alforjas del ... cargaba a cuestas con los corde... balaban en la cara, con el hocico ... saco, lamiéndole las orejas. En la ... vada de la noche de Santa Lucía ... cuatro palmos de nieve en el "lag... de la Salonia y en todos los co... rante leguas y leguas, que no se ... por el campo cuando nació el ... vez habría sido la ruina del señor ... fué la de tantos otros, si Jeli no ... levantado tres o cuatro veces du... che a espantar las ovejas en el re... los pobres animales se sacudieran ... lomo y no se quedaran sepultados ... chos de los rebaños vecinos, seg... señor Agripino cuando fué a ech... zo a un huerto de habas que pos... lonia. Por cierto que también ... aquella historia de la boda del hijo ... Neri con su hija Mara no era cier... Mara tenía pensado otra cosa.

—¡Si decían que se casaba para ... exclamó Jeli.

—¡No es cierto nada de eso: ... nadie; sólo charlas de gentes ... se meten en los negocios ajenos ... señor Agripino.

Pero el campero, que conocía ... porque lo había oído contar en la ... do iba al pueblo, refirió la cosa ... era, después que se marchó el ... no; ya no se casaban porque el hijo ... Neri se enteró de que Mara, la del ... pino, se entendía con don Alfon... to, que conocía a Mara desde pe... señor Neri había manifestado que ... su hijo fuese honrado, como su ...

casa no quería más cuernos que los de ...

... estaba allí presente también, sentado en ... los demás para almorzar, y en aquel ... cortando el pan en rebanadas. No ... pero el apetito se le quedó por todo ... siguiente.

... conducía las ovejas, volvió a pensar ... cuando era niña, y estaban juntos ... día, e iban al valle del Tacitano y al ... la Cruz, y ella le miraba, con la ... espingada, según iba a agarrar nidos ... de los árboles, y también pensaba ... Alfonso, que iba a buscarle desde la ... vecina y se tiraban de bruces en la ... hurgar con una pajita en los aguje... los grillos. Evocaba todas estas cosas ... horas, sentado en un ribazo, acarician... ...llas con las manos; los altos nogales ... los espesos matorrales de los va... vertientes de los montes, verdes de ... y los grises olivos, que se esfuma... la niebla del valle; los techos rojizos ... y el campanario, "que parecía el ... salero" entre los naranjos del jardín. ... campo se extendía ante sus ojos, pe... ...erto, manchado con la hierba abra... ...cante, silencioso en el lejano hori...

... primavera, apenas las vainas de las habas ... a doblar la cabeza, Mara fué a ... con su padre, su madre, el mucha... el borrico, para recogerlas, y durmie... juntos en la hacienda los dos o tres ... duró la cosecha. Así que Jeli veía a ... de día y de noche, y muchas ve... junto a las teleras del redil y ... rato, en tanto el muchacho con... ...ño.

... parece estar en Tebidi —decía Mara—, ... éramos pequeños y estábamos ... ...cillo del camino.

... también se acordaba de todo, aunque ... porque siempre había sido un mu... ...cioso y parco en palabras.

... la recolección, la víspera de la ... Mara fué a despedirse de Jeli, cuando ... haciendo el requesón y recogía el ... el cazo.

... a decirte adiós —díjole ella—, por... retornamos a Vizzini.

... tal la cosecha de habas?

... La hierba tora se las comió todas ...

... se debe a que llovió poco —dijo Je... hemos tenido que matar las cor... ...que no tenían pasto... En toda la ... han nacido ni tres dedos de hierba. ... a ti eso te importa poco, que buen ... tu salario siempre lo tienes.

... es cierto; pero me da pena entregar ... animales al cortador.

... ...erdas cuando viniste por la fiesta de ... que te habías quedado sin amo?

... lo recuerdo.

... padre fué quien te empleó aquí con ... Neri.

... por qué no te casaste con el hijo ... Neri?

... no era la voluntad de Dios. Mi ... mala suerte —continuó luego de ... pausa—. Desde que nos marchamos ... ...co, todo nos salió mal. Las habas, la ... el pedazo de viña que teníamos. Ade... hermano se marchó al servicio mi... se nos murió una mula que valía cua... ...zas.

... lo sé —respondió Jeli—, la mula baya. ... que lo hemos perdido todo, ¿quién ... que se case conmigo?

... desmenuzaba un vástago de endrina, ... que hablaba, con la barbilla hundida ... seno y los ojos bajos, rozando, sin ad... con el codo, el de Jeli. Pero el pas... los ojos en el suelo, no contestaba ... suerte que ella continuó:

... Tebidi decían que seríamos marido y mujer, ¿lo recuerdas?

—Sí —dijo Jeli, y dejó el cucharón en el borde de la mantequera—. Pero yo sólo soy un pobre pastor y no puedo pretender a la hija de un propietario como es tu padre.

Mara se quedó callada, y al cabo de un rato dijo:

—Si tú me quieres, yo me caso contigo de buena gana.

—¿De veras?

—Sí, de veras.

—Mi padre dice que tú ya sabes el oficio y que no eres de los que te gastas el jornal, sino que de un cuarto haces dos, y no comes para no consumir tu pan; de modo que llegarás a tener ovejas también tú, y serás rico.

—Si es así —concluyó Jeli—, yo también me caso contigo de buena gana.

—Bueno... —le dijo Mara una vez que se hubo hecho la obscuridad y las ovejas fuéronse callando poco a poco—, si quieres un beso, te lo doy, ya que vamos a ser marido y mujer.

Jeli lo recibió muy complacido, y no sabiendo qué decir, agregó:

—Yo siempre te quise; hasta cuando ibas a dejarme por el hijo del señor Neri...

## PARA ESTAR A MANO

**Al finalizar una velada musical, la dueña de casa pide al tenor mundano que cante aún alguna cosa.**

**—Con el mayor gusto — responde el artista —; pero me parece que es muy tarde y temo molestar a los vecinos.**

**La dama, entonces, contesta:**

**—¡Bah! No importa, ahora les toca a ellos... ¡Tienen un perro que nos fastidia todos los días!**

## DISTRACCION DE AMPERE

*Ampère sale cierto día de su casa, y escribe en su puerta con tiza: "No estoy". Vuelve poco después, y en el momento de abrir, ve la inscripción; la lee, da una vuelta y baja nuevamente la escalera.*



Pero no se animó a decirle lo demás.

—¿Lo ves? ¡Estábamos destinados el uno para el otro! —concluyó Mara.

En efecto, el señor Agripino consintió, y la "seña" Lía hizo prestamente un jubón nuevo y un par de calzones de velludo para el yerno. Mara estaba fresca como una rosa; con aquella mantilla blanca semejaba el cordero pascual, y aquel collar de ámbar le hacía más blanco el cuello; de modo que Jeli, cuando caminaba a su lado por las calles, marchaba muy tieso, vestido de paño y de velludo nuevo, y no se atrevía a sonarse con el pañuelo de seda rojo para pasar inadvertido; pero los vecinos y cuantos sabían la historia de don Alfonso se le reían en la cara. Cuando Mara dió el *sí quiero* y el cura se la entregó por esposa con una gran bendición, Jeli se la llevó a su casa, y le pareció que le habían dado todo el oro de la Virgen y todas las tierras que había visto en sus andanzas con la manada.

—Ahora que somos marido y mujer —le dijo cuando llegaron a casa, sentado frente a ella y haciéndose muy pequeño—, ahora que somos marido y mujer, te diré que no me parece verdad que me quieras..., cuando habrías tenido tantos otros mejores que yo..., tan linda como eres...

El pobre no sabía decirle otra cosa, y tan contento estaba de tener a Mara en su casa, arreglando y tocándolo todo, en su papel de ama, que no cabía en el traje nuevo. No encontraba momento para abrir la puerta y volverse a la Salonia; cuando amaneció el lunes, tardaba grandemente en cargar las alforjas sobre la albarda del burro, el tabardo y el paraguas de hule.

—¡Debías venir a la Salonia tú también! —le dijo a su esposa, que hubiese quedado mirándole desde el umbral—. Debías venir conmigo.

Pero ella, echándose a reír, le contestó que no había nacido para pastora y que en la Salonia no tenía nada que hacer.

Efectivamente: Mara no había nacido para pastora, no estaba habituada a la tramontana de enero, cuando las manos se congelan sobre el cayado y parece como si se le fueran a caer a uno las uñas; a los furiosos aguaceros en que le penetra a uno el agua hasta los huesos; al polvo asfixiante de los senderos, cuando las ovejas caminan bajo el ardiente sol; a la yacija dura, al pan mohoso, a los largos días silenciosos y tristes, en que por el abrasado campo no se ve a lo lejos, sino muy rara vez, algún campesino tostado por el sol, que marcha detrás de su borriquillo, por la carretera blanca e interminable. Jeli, al menos, sabía que Mara estaba tan a gusto entre sábanas, hilando delante del fuego, en corro con las vecinas, tomando el sol en el arriate, en tanto él volvía del campo, cansado y sediento o empapado en agua, cuando el viento arrastraba la nieve hasta dentro de la casa y apagaba el fuego de zumaques. Todos los meses Mara iba a cobrar el salario a casa del amo, y no le faltaban huevos en el gallinero, aceite en la lámpara ni vino en la botella. Dos veces al mes iba a verla Jeli, y ella lo aguardaba en el balcón, huso en mano; luego, cuando había atado el burro en la cuadra, sacándole la albarda y echado la cebada en el pesebre, y colocada la leña bajo el cobertizo del corral o lo que traía a la cocina, Mara le ayudaba a colgar de un clavo el tabardo, a sacarse las perneras mojadas ante el hogar, y le servía el vino, mientras el potaje hervía ruidosamente y ella preparaba la mesa poco a poco, previsora, como buena ama de casa, a la vez que le formulaba alguna pregunta y le hablaba de las cosas de la casa: de la clueca, que había puesto a empollar; de la tela que tenía en el telar, del ternero que estaban criando, sin olvidar ninguno de los quehaceres; de suerte que Jeli se sentía tan a gusto como un Papa.

Pero la noche de Santa Bárbara volvió a una hora inusitada, cuando todas las luces de la calleja estaban apagadas y el reloj de la ciudad daba las doce. Una noche de lobos; y el lobo precisamente había entrado en su casa, mientras él estaba a la intemperie, por causas del salario y por la yegua del amo, que estaba mala y era necesario que la viera luego el veterinario. Golpeó y sacudió la puerta, llamando a Mara con grandes voces, mientras el agua del alero le caía encima y le chorreaba por los tobillos. Al fin fué su mujer a abrirle y comenzó a regañarle, como si hubiese sido ella la que hubiera correteado por los campos con aquel temporal, con una cara, que le preguntó:

—¿Qué ocurre? ¿Qué tienes?

—¡Tengo, que me has asustado! ¿Te parece hora de cristianos ésta? ¡Mañana estaré enferma!...

—Ve a acostarte, yo prenderé el fuego.

—No, es preciso que vaya por la leña.

—Yo iré.

—¡Que no te digo!

Cuando Mara retornó con la leña en los brazos, Jeli le preguntó:

—¿Por qué abriste la puerta del corral? ¿Es que no había leña en la cocina?

—No; fuí por ella al cobertizo.

Ella se dejó besar fríamente, y torció la cara.

—¡Su mujer lo deja en remojo a la puerta —murmuraban los vecinos— cuando está en casa el tordo!

Pero Jeli no sabía que era engañado, ni los demás se lo decían, porque nada le importaba, que ya se había casado con daño, luego que el hijo del señor Neri la había plantado al saber la historia de don Alfonso. Jeli, por el contrario, vivía feliz y dichoso con tal vituperio, y hasta engordaba como un chancho, "que dientes y cuernos duelen al apuntar, mas luego sirven para comer".

Al fin, el zagal del ganado se lo dijo en la cara, cierta vez que se enfadaron debido a unos quesos mordidos.

—Como don Alfonso se entiende con tu mujer, te crees que eres su cuñado, y hasta te has puesto más orgulloso que un rey de corona con los cuernos que llevas.

El mayoral y el campero, que estaban presentes, creyeron que iba a correr la sangre; pero Jeli se calló, como si no fuese con él, con una cara de tonto que los cuernos le sentaban bien en realidad.

La Pascua acercábase, y el mayoral enviaba a todos los hombres de la hacienda a confesarse, con la esperanza de que con el temor de Dios ya no robasen más. También Jeli fué, y al salir de la iglesia buscó al muchacho con quien había tenido aquellas palabras y lo abrazó, diciéndole:

—El confesor me dijo que te perdone; pero yo no estoy enfadado contigo por aquellas habladurías, y si no vuelves a morder el queso, a mí no me importa nada de lo que me dijiste de sobra.

Desde aquel momento, lo apodaron "Cuernos de oro", y el remoquete quedósele, y a todos los suyos, aun después de haberse lavado los cuernos con sangre.

También la Mara había ido a confesarse, y volvía de la iglesia muy envuelta en su mantilla, con los ojos bajos, como una Magdalena. Jeli, que la aguardaba taciturno en el arriate, cuando la vió venir de aquella manera, que bien se veía que traía al Señor consigo, la miraba muy pálido, de arriba abajo, como si la viese por primera vez o le hubiesen cambiado a su Mara, y no se atrevió ni a levantar los ojos hacia ella, mientras desdoblaba el mantel y ponía las escudillas sobre la mesa, tan tranquila y compuesta como de costumbre. Luego de pensarlo un poco, le preguntó muy calmosamente:

—¿Es cierto que te entiendes con don Alfonso?

Mara fijó en él sus límpidos y bellos ojos, y se hizo el signo de la cruz.

—¿Por qué quieres hacerme pecar en este día? —respondió asombrada.

—¡No, no quiero creerlo todavía!... Porque don Alfonso y yo anduvimos siempre juntos cuando chicos, y no pasaba día sin que fuese a Tebidi... igual que dos hermanos... Además, él es rico, que tiene el dinero a paladas, y si quisiera mujer, se casaría, que no le faltaría pan que comer.

Mara, por el contrario, íbase encendiendo, y comenzó a regañarle con tan malos modos, que él ya no levantaba la nariz del plato.

Al cabo, para que lo que estaban comiendo no se les volviese veneno, Mara cambió de tema y le preguntó si no había pensado en azadonar aquel poco de lino que habían sembrado en el habar.

—Sí —respondió Jeli—, y allí se dará bien el lino.

—Si es así —dijo Mara—, te haré dos camisas nuevas este invierno para que no tengas frío.

Jeli, en verdad, no comprendía lo que quería decir cornudo ni qué eran celos; todo lo nuevo entrábale difícilmente en la cabeza, y esto era tan voluminoso que le costaba un trabajo de todos los diablos que le entrara, máxime cuando veía ante sí a su Mara, tan linda, tan blanca, tan arreglada, la misma a quien había querido él y en quien había pensado tanto tiempo, tantos años, desde pequeño, que el día que le dijeron que se iba a casar con otro no tuvo deseos de comer ni beber. Y pensando también en don Alfonso, no podía creer en una bribonada semejante; le parecía estar viéndole aún con aquellos ojos francos y aquella boca risueña con que iba a llevarle dulces y pan blanco a Tebidi tantos años atrás —¡una acción tan negra!—, y que aun no habiéndole visto de nuevo, porque él era un pobre pastor y se pasaba todo el año en el campo, se le había adentrado en el corazón. Pero la primera vez que por desgracia volvió a ver a don Alfonso ya convertido en hombre, Jeli sintió como un golpe en el corazón. ¡Cómo había crecido y qué buen mozo era! ¡Con aquella cadena de oro sobre el chaleco, aquella americana de velludo y aquella barba atusada que parecía de oro también! Nada orgulloso además, que lo palmeó en el hombro y le llamó por su nombre. Había ido con el amo de la hacienda y con una partida de amigos, a hacer una excursión en el tiempo de la esquila de las ovejas; y Mara había llegado de improviso, con el pretexto de que estaba encinta y sentía antojo de requesón fresco.

Era un hermoso y cálido día en los campos rubios con los setos en flor y [...] hileras verdes de las viñas. Las ove[...] ban y balaban de gozo al sentirse [...] de todo aquel vellón, y en la coci[...] jeres preparaban un buen fuego [...] todas las provisiones que el amo [...] vado para el almuerzo. Los señores, [...] aguardaban a la sombra de los [...] mandaban tocar tamboriles y co[...] bailaban con las mujeres de la ha[...] según esquilaba las ovejas, sentía [...] tro de sí, sin saber por qué, le [...] yendo una espina, un clavo agudo, [...] tijera que le trabajaba poco a poco [...] si fuera un veneno.

El amo había ordenado que se [...] dos cabritos, el castrado de un añ[...] y unos pollos. En suma: quería h[...] sas en grande, sin reparar en [...] hacerles los honores a sus amigos; [...] todos aquellos animales se retor[...] dolor, y balaban los cabritos al [...] chillo, Jeli sentía que las piernas [...] ban, y de vez en cuando le [...] si la lana que iba cortando y la [...] brincaban las ovejas se convirtier[...] gre.

—¡No vayas! —le dijo a Mara [...] Alfonso la llamó para que saliese [...] los demás—. ¡No vayas, Mara!

—¿Por qué?

—¡Porque no quiero que vay[...] yas!

—¿No ves que me llaman?

El no dijo más. Se quedó callado [...] muerto, encorvado como estaba [...] ovejas. Mara se encogió de hom[...] a bailar. Estaba alegre y color[...] ojos negros que parecían dos [...] dosele los dientes blancos al reír, [...] le sobre las mejillas y el pecho [...] cabellos, lo mismo que la Virgen [...] Jeli se irguió de pronto, aferrand[...] tijeras, tan pálido como su padre [...] cuando temblaba con la fiebre [...] fuego en la cabaña. Vió que [...] con su barba rizada, su american[...] y su cadena de oro sobre el cha[...] a Mara de la mano y la sacaba [...] vió que alargaba el brazo, como [...] charla contra su pecho, y que [...] hacer; entonces, que le perdone [...] no vió nada más, y de un solo tajo [...] igual que a un cabrito.

Después, cuando lo llevaron [...] atado, rendido, sin que hubiese [...] la menor resistencia, exclamó:

—¡Qué! ¿Tampoco tenía que [...] ¡Si me ha sacado a mi Mara! ◈

Fin de "JELI EL PASTOR"

# COMO VIVE LA PRIMERA DAMA DE LOS EE. UU.

(CONCLUSIÓN DE LA PÁGINA 23)

—Bueno, Anna, bueno. Todo eso está bien. Pero, ¿qué has visto tú? — la interrumpe el marido, impacientándose.

—Lo que acabo de decirte. Todos estuvieron muy gentiles conmigo.

—Entonces... no has visto nada. Anna, escucha bien lo que voy a decirte: debes acostumbrarte a ver. ¡Es esencial que sepas ver!

¿Ver? ¿Qué? He ahí el problema. Anna Eleanor comprende en el acto el significado de la advertencia. Comprende también que no es el marido quien habla, sino el presidente de los Estados Unidos; y que el presidente espera de ella exactamente lo que él haría si pudiera moverse sin dificultad. El próximo informe contrasta con el primero: es breve, claro y preciso:

"Trabajando a un solo turno, las fábricas de Montgomery que hoy visité, ocupan a cinco mil obreros. Si trabajasen dos turnos de ocho horas diarias, no sólo se duplicaría la cantidad de obreros, sino que sería necesario habilitar nuevas minas de hierro de la zona de Cavanagh y traer más carbón de Pensilvania. Aunque en mínima parte, las flamantes fábricas de Montgomery ayudarían a resolver el terrible problema de los "parados".

Otros informes, por el tenor del de las fábricas de Montgomery, se refieren al problema minero, a la cuestión ferroviaria, a la construcción de viviendas en las regiones miserables de los Estados del sur; a ciertos informes importantísimos que ha tenido que ir a buscar fuera del país (como los de Puerto Rico, en 1933); y así como entra y observa, y a menudo sugiere soluciones para complejísimos problemas sociales y económicos, no tarda en conocer los íntimos engranajes de la alta política, conocimientos que le permiten intervenir activamente en las campañas presidenciales.

En 1940 — asegurada ya la reelección por tercera vez de Franklin Delano [...] la presidencia del país — estalla [...] en el Partido Demócrata, donde [...] do varios candidatos a la vicepresi[...] Eleanor vuela desde Nueva York [...] presentándose en la Convención [...] Demócrata, donde pronuncia un [...] tunísimo, que no sólo termina con [...] cias partidarias, sino que contribu[...] clamación de Henry A. Wallace, [...] presidente, que era el candidato [...] Roosevelt.

Ahora, mientras escribo estas lí[...] rios anuncian sucintamente, como [...] y corriente: "Después de haber [...] ses navales de ciertas zonas de las [...] na Eleanor Roosevelt ha llegado [...] naval de Port Gulick, en Panamá, [...] inspección"

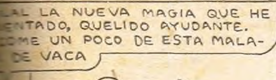
Tal es, en síntesis, el ritmo de [...] mujer excepcional, primera dama [...] dos Unidos, y "ojo mágico" del [...] aquel gran país. ◈

# LAS AVENTURAS DE CHU-MAN-FÚ



Por J. CHRISTIE M.

(ESPECIAL PARA LEOPLÁN)





































30

## Lecciones de Magia de Chu-Man-Fú

APUNTALE EN UN PAPEL, QUÉ MONTÓN DE CALTAS ELEJILÁS TÚ

NO PUEDE ADIVINAR!



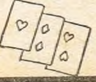




EL SECRETO CONSISTE EN ARREGLAR ANTERIORMENTE LA BARAJA, DE TAL MANERA QUE EL PRIMER MONTÓN DE DOS CARTAS SEA UN AS Y UN DOS, EL SEGUNDO DE TRES CARTAS DIFERENTES Y EL ÚLTIMO DE PUROS TRES.

LA PERSONA QUE HAGA LA PRUEBA DEBE ESCRIBIR SIEMPRE EN EL PAPEL: "UN MONTÓN DE TRES".










## JEROGLIFICOS COMPRIMIDOS

**¡210!**

---

**K MA**

---

**: UN a**

(Las soluciones en el próximo número)

## CHARADAS

Mi *primera* con *segunda*
en una barca lo hallas,
y animal bastante listo
en mi *segunda* con *cuarta;*
*Tercia cuarta* es vegetal
de bastante aplicación,
y *dos tres cuatro* lo hay
en cualquiera población;
el *todo* suele venir
en cualquier tiempo del año,
pero con mucha frecuencia
en los días de verano.

* * *

*Segunda primera - dos*
verás la cara de Dios.

(Las soluciones en el próximo número)

## PROBLEMA DE PALABRAS CRUZADAS

### HORIZONTALES

1. Hace don.
3. ¡Quiá!
5. (Marco Silvio), emperador romano en el año 69.
8. Jefe árabe.
10. Estandarte de los emperadores romanos, en los cuales mandó bordar Constantino, después de su victoria sobre Majencio, la cruz y el monograma de Cristo.
13. Cada una de las butacas colocadas en fila frente al escenario.
15. Percibir con el oído.
16. Lugar donde se oían los músicos y cantores en Atenas.
18. Yunque pequeño de plateros.
19. Nivel.
21. Manija.
22. Gran extensión de agua salada que cubre la mayor parte del globo.
23. Consonante (nombre plural).
25. Clara.
26. Primer libro del Pentateuco de Moisés y de toda la Biblia, en el cual se refieren los principios del mundo.
29. Mezcla de gases, de vapor de agua y de partículas más o menos tenues, que se desprende de los cuerpos en combustión.
30. Diosa de los egipcios, esposa de Osiris y madre de Horo.
32. Delicado, menudo.
33. Palos aguzados que servían a los indios para labrar la tierra.
35. Deseo, necesidad de beber.
36. Paleta con que extienden el yeso los albañiles.
39. Acusativo del pronombre personal femenino plural, de la tercera persona.
41. Juanete, hueso saliente del pie.
43. Llamador de hierro o bronce que se pone a las puertas.
45. Región de Rusia oriental.
46. Orilla adornada de ciertas telas y vestidos.
47. Artículo.
48. Iniciales del nombre y apellido de un conocido novelista francés (1840-1902).

### VERTICALES

1. Engaño, fraude, trampa.
2. Moldura que se hace en las escuadras y tableros de las puertas y ventanas.
3. Instrumento músico de cuerdas, usado en la antigüedad.
4. Altar donde se ofician sacrificios (plural).
6. Hacer una cosa, ejecutarla.
7. Símbolo químico.
8. Preposición inseparable.
9. Cuerpo simple dotado de un brillo particular, buen conductor, en general, del calor y la electricidad.
11. Nombre de un signo matemático.
12. Poema del género lírico, dividido en estrofas iguales.
13. Alabanza.
14. Apócope.
17. Punto cardinal.
20. Preposición.
22. Nombre de una especie de junco cubano.
24. Pasta de harina o fécula reducida a granos, que se usa para hacer sopa.
25. Sitio lleno de riscos o de peñascos.
27. Negación.
28. Forma reflexiva del pronombre personal de tercera persona.
29. Nombre de dos constelaciones del hemisferio boreal y austral.
31. Sazonar con sal.
32. Fabulista latino, liberto de Augusto.
34. Arma blanca, especie de espada de un solo corte.
35. Primer rey de los hebreos.
37. Iniciales del nombre y apellido de un célebre compositor de música, suizo (1802-1861).
38. Nombre con que algunos gramáticos designan tres consonantes diferentes del alfabeto sánscrito.
40. Ciudad de Checoslovaquia (Bohemia), a orillas del Eger.
42. Violinista polaco contemporáneo, nacido en Varsovia en 1840, que en 1862 ingresó como primer violín de la capilla del gran duque de Weimar.
44. Nota de la escala diatónica.

(La solución en el número próximo)

## SOLUCIONES DEL NUMERO ANTE...

DE LOS "JEROGLIFICOS COMPRIM...

**BUEN ORDEN**

**TOCANTE**

**DE CAZA**

DE LA "CHARADA"

**MARGARITA**

DE LA "CHARADA ANAGRA...

**TORINO**

DEL PROBLEMA "EL DRAG...

*Se traza un segundo cuadrado ... al primero, de modo que la ... tre los dos lados homólogos sea ... metros. Se recorta el papel ... lados del segundo cuadrado y ... debida forma.*

DE "UNA CONSPIRACI... FRUSTRADA"

Siendo las 9 la hora del levantamiento ... número señalado por el detenido, para ... no habia más que añadir 12 ó 5, ... contando mentalmente en esta forma ... del número pensado: 9-10-11-12-13-... en sentido contrario al de la marcha ... manecillas, la cifra a que corresponde ... 17 será la hora que se trata de averiguar.

## ¡Aquí le contestamos!

En esta sección contestamos todas las preguntas de carácter general que nos formulen nuestros lectores. No se devuelven los originales de colaboraciones espontáneas ni se mantiene correspondencia sobre ellas. La correspondencia debe dirigirse siempre a Esmeralda 116, Buenos Aires.

PELLEGRINENSE, *Pellegrini.* — Los estudios en el Colegio Militar no son gratuitos. Sin embargo, existe la posibilidad de seguir los cursos en esa forma, pues cada año se otorgan algunas becas, las cuales se obtienen por concurso. La dirección de dicho establecimiento es: Colegio Militar, San Martín, Buenos Aires.

B. S. MARTÍNEZ, *9 de Julio.* — Para quitar las incrustaciones, que se forman en las pavas al cabo de algún tiempo de usarlas, puede emplear la sosa cáustica, el carbonato sódico o un compuesto del ácido tánico. Este último debe ser utilizado con mucha prudencia.

**¿CONOCE USTED NUESTRAS ESTATUAS?**

**He aquí lo que representan las fotos de las páginas 28 y 29**

1º—Monumento a Luís Viale, en la Costanera (capital federal).
2º—Monumento al ejército de los Andes, en el Cerro de la Gloria (Mendoza).
3º—Monumento al general Arenales, en la plaza 9 de Julio (Salta).
4º—Monumento al sargento Cabral (Corrientes).

C. F. PÉGAZ, *T...* Recordará usted ... tenía un cómodo ... Banco, lo cual le ... holgadamente. Lue... esa vida de holgura ... viviendo en la más ... seria, para dedicarse por entero a ... A eso se refiere el título de la obra ... set Maugham "La luna y seis p... luna, es decir, el arte, y seis pe... cir... y nada, y la miseria, los ... el hambre. En otro orden de ide... ser aquello tan conocido de "C... cebolla".

RICARDO E. ORTIZ, *Capital.* — H... nota de su pedido y procuraremos ...